

C. J. SANSOM

EL GALLO NEGRO



Lectulandia

Invierno de 1537, Inglaterra. Bajo el reinado de Enrique VIII, la disolución de los monasterios está en marcha. Thomas Cromwell, el temido vicario general del rey, se enfrenta a la vieja Iglesia católica con leyes draconianas y la mayor red de informadores nunca vista. La reina Ana Bolena ha sido decapitada y los monasterios, amenazados con la desamortización, sufren el expolio de sus tesoros y ven peligrar sus tierras, codiciadas por cortesanos y aristócratas. Y mientras la tensión aumenta, los acontecimientos toman un giro desgraciado cuando, en el monasterio benedictino de Scarnsea, el comisionado de Cromwell aparece muerto con la cabeza separada del cuerpo.

Ante la gravedad del hecho, el vicario envía al monasterio al abogado Matthew Shardlake, un reformista de aguda inteligencia y carácter noble, para que dirija la investigación. Pero cuando Shardlake y su joven secretario y protegido Mark Poer llegan a Scarnsea, el panorama no puede ser más desolador. Bajo la aparente calma monacal se esconde un mundo de delitos sexuales, malversación de fondos, traición y, para colmo, otros dos nuevos y terribles crímenes. Además, el trabajo del abogado se ve perturbado por una serie de desagradables descubrimientos sobre Cromwell y la Reforma que harán vacilar su fe.

Lectulandia

C. J. Sansom

El gallo negro

Matthew Shardlake - 1

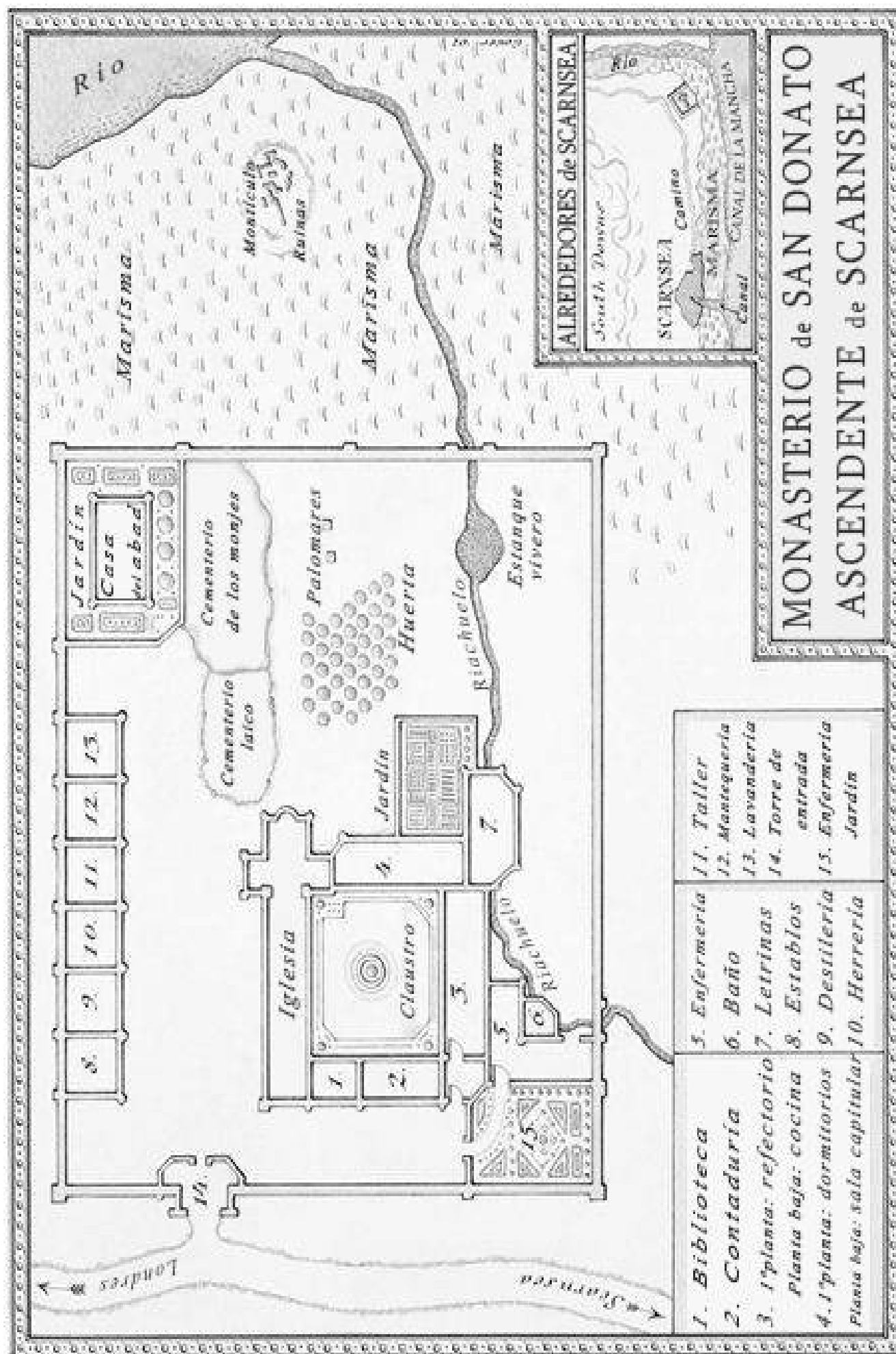
ePub r1.0

Titivillus 05.07.15

Título original: *Dissolution*
C. J. Sansom, 2003
Traducción: José Antonio Soriano Marco

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Capítulo 1

CUANDO ME LLAMARON, me encontraba en Surrey realizando una comisión para el gabinete de lord Cromwell. Un miembro del Parlamento cuyo apoyo necesitaba Su Señoría había obtenido las tierras de un monasterio disuelto, y los títulos de propiedad de una zona de bosques habían desaparecido. Tras dar con su rastro sin excesivas dificultades, acepté la invitación del parlamentario a pasar unos días en compañía de su familia antes de volver a mi trabajo en Londres. Sir Stephen tenía una hermosa casa de ladrillos, nueva y agradablemente proporcionada, y yo me había ofrecido a dibujarla. Apenas había hecho un par de esbozos preliminares cuando llegó un mensajero a caballo.

Había cabalgado durante toda la noche desde Whitehall. Lo reconocí como uno de los mensajeros particulares de lord Cromwell y rompí el sello con aprensión. La carta era del secretario Grey y decía que lord Cromwell deseaba verme de inmediato en Westminster.

En otros tiempos, la perspectiva de encontrarme con mi protector y entrevistarme con él, viéndolo encumbrado en la posición de poder que ocupaba, me habría entusiasmado; pero, durante el último año, yo había empezado a acusar cierto cansancio; cansancio de la política y de la justicia, de la astucia de los hombres y de la inextricable maraña de su naturaleza. Y me apenaba que el nombre de lord Cromwell, más aún que el del rey, hubiera acabado despertando miedo allí donde era pronunciado. En Londres, se decía, las bandas de mendigos se dispersaban tan pronto tenían noticia de su presencia. Aquél no era el mundo con el que nosotros, jóvenes reformistas, soñábamos durante las interminables sobremesas que celebrábamos en casa de algunos. Creíamos, con Erasmo, que la fe y la caridad bastarían para acabar con las disputas religiosas entre los hombres; sin embargo, a principios de aquel invierno de 1537, la situación había degenerado en rebelión, entre un número creciente de ejecuciones y codiciosas luchas por las tierras de los monjes.

Aquel otoño apenas había llovido y los caminos estaban en buen estado, de modo que, aunque mi deformidad me impide cabalgar deprisa, todavía era media tarde cuando llegué a Southwark. Tras un mes en el campo, mi viejo caballo, *Chancery*, reaccionó al ruido y a los olores con nerviosismo, al igual que yo. Cuando llegué a la entrada de Londres, evité mirar los ojos del puente y las altas picotas donde se exponían las cabezas de los ajusticiados por traición, que en ese momento eran picoteadas por las gaviotas. Siempre he sido de temperamento impresionable. Ni siquiera me gustan las peleas de perros y de osos.

El enorme puente estaba tan abarrotado como de costumbre; muchos

comerciantes vestían luto por la reina Juana, que había muerto de fiebre puerperal hacía dos semanas. Los tenderos anunciaban sus mercancías desde las puertas de sus comercios, situados en las plantas bajas de unos edificios contruidos cerca de la orilla, y tan inclinados que parecía que fueran a caerse al agua. En los pisos superiores, las mujeres recogían aprisa la colada, en vista de las amenazadoras nubes que se acercaban desde poniente. Al oírlas parlotear y llamarse a voces, no pude evitar compararlas, dado mi melancólico humor, con una bandada de cuervos que graznara en las ramas de un gran árbol.

Suspiré y me recordé a mí mismo que tenía obligaciones que cumplir. Si a mis treinta y cinco años poseía una hermosa casa nueva y un próspero despacho de abogado, se lo debía en gran medida a la protección de lord Cromwell. Y trabajar para él era trabajar para la Reforma, hacer algo digno a los ojos de Dios. Al menos, eso creía entonces. Además, debía de tratarse de algo importante, puesto que había enviado a Grey. No había visto al primer secretario y vicario general —en esos momentos, lord Cromwell tenía ambos cargos— desde hacía dos años. Sacudí las riendas y conduje a *Chancery*, entre la muchedumbre de viajeros y comerciantes, cortabolsas y cortesanos en ciernes, hacia el inmenso hervidero de Londres.



En Ludgate Hill me entró hambre al ver un tenderete rebosante de manzanas y peras y desmonté para comprar unas pocas. Mientras le daba una manzana a *Chancery*, vi en una calle lateral un grupo de unas treinta personas que murmuraban excitadamente delante de una taberna. No pude por menos de preguntarme si no se trataría de otro charlatán trastornado por una apresurada lectura de la nueva traducción de la Biblia y metido a profeta. Si era así, más le valía andarse con ojo con los alguaciles.

Entre las personas que estaban en la parte exterior del grupo, había varias mejor vestidas que el resto. Una de ellas era William Pepper, abogado del Tribunal de Desamortización, al que acompañaba un joven que iba embutido en un estridente jubón acuchillado de colores vivos. Incitado por la curiosidad, tiré de la rienda de *Chancery* y me acerqué al grupo, procurando evitar la corriente de orines del arroyo. Antes de que llegara a donde estaban, Pepper se volvió.

—¡Hombre, Shardlake! Este último trimestre os he echado de menos en los tribunales. ¿Dónde os habíais metido? —Mi colega se volvió hacia su acompañante—. Permitidme que os presente a Jonathan Mintling, recién salido de los Inns of Court, la escuela de leyes, y afortunado nuevo miembro de nuestra familia del Tribunal de Desamortización. Jonathan, os presento al doctor Matthew Shardlake, el jorobado más astuto de los tribunales ingleses.

Me incliné ante el joven, haciendo oídos sordos al grosero comentario de Pepper. Recientemente lo había derrotado en los tribunales, y las lenguas de los picapleitos siempre están bien afiladas para la venganza.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Pepper se echó a reír.

—Ahí dentro hay una mujer que tiene un pájaro de las Indias. Dice que puede hablar tan bien como cualquier cristiano. Estamos esperando que salga con él.

La calle descendía en pendiente hacia la taberna, de modo que, a pesar de mi escasa estatura, podía ver la puerta sin dificultad. En ese momento, una gruesa anciana vestida con mugrientos andrajos apareció en el umbral sosteniendo una percha de hierro con tres pies. Encaramado en ella, había un pájaro en verdad extraño. Era más grande que un cuervo, tenía el pico corto y acabado en un temible gancho, y sus plumas, rojas y doradas, eran tan brillantes que casi deslumbraban en contraste con el sucio gris de la calle. La muchedumbre se arremolinó a su alrededor.

—¡Apartaos! —chilló la vieja desabridamente—. Ya os he sacado a *Tabitha*, pero si la atosigáis no dirá nada.

—¡Que hable! —se oyó gritar.

—¡Quiero cobrar por mi trabajo! —replicó la vieja con descaro—. ¡Si echáis un cuarto de penique a sus pies, *Tabitha* hablará!

—Seguro que hay truco —rezongó Pepper, que no obstante se unió a los que arrojaban dinero al pie de la percha.

La vieja recogió las monedas del barro y se volvió hacia el pájaro.

—¡*Tabitha*! —exclamó—. Di: «¡Dios salve al rey Enrique! ¡Una misa por la pobre reina Juana!»

El animal se balanceó sobre sus escamosas patas y miró al gentío con ojos vidriosos. De pronto, con una voz muy parecida a la de su dueña, graznó:

—¡Dios salve al rey Enrique! ¡Misa para la reina Juana!

Los de la primera fila retrocedieron instintivamente y casi todos alzaron los brazos y se persignaron.

Pepper soltó un silbido.

—¿Qué decís a eso, Shardlake?

—No sé... Sin duda, se trata de algún truco.

—Otra vez —pidió alguien—. ¡Una vez más!

—¡*Tabitha*! Di: «¡Muerte al Papa! ¡Muerte al obispo de Roma!»

—¡Muerte al Papa! ¡Obispo de Roma! ¡Dios salve al rey Enrique!

El animal abrió las alas, para gran susto del público, que ahogó un grito. Advertí que le habían cortado casi la mitad de cada ala; el pobre animal no volvería a volar. El pájaro hundió el pico entre las plumas del pecho para acicalarse.

—¡Venid mañana a las escaleras de San Pablo y oiréis más! —gritó la vieja—. Decidle a vuestros conocidos que *Tabitha*, el pájaro parlanchín de las Indias, estará allí a las doce... ¡recién llegado del Perú, donde cientos de animales como él conversan entre ellos en su gran ciudad de nidos contruidos sobre las ramas de los árboles!

Tras el anuncio, deteniéndose únicamente para recoger del suelo un par de

monedas que había pasado por alto, la vieja cogió la percha y desapareció en el interior de la taberna, mientras el ave agitaba violentamente sus mutiladas extremidades para mantener el equilibrio.

La muchedumbre se dispersó entre murmullos de asombro. Yo tiré de las riendas de *Chancery* y eché a andar hacia la calle principal, acompañado por Pepper y su amigo.

Mi colega había abandonado su habitual arrogancia.

—He oído contar muchas maravillas de ese Perú conquistado por los españoles. Siempre he pensado que la mitad de las fábulas que nos llegan de las Indias no son creíbles, pero esto... ¡Pardiez!

—Es un truco —dije yo—. ¿No os habéis fijado en los ojos del pájaro? No se ve en ellos la menor inteligencia. Y el modo en que ha parado de hablar para arreglarse las plumas...

—Pero ha hablado, señor —repuso Mintling—. Todos lo hemos oído.

—Se puede hablar sin saber. ¿Y si el pájaro se limita a repetir las palabras de la vieja, del mismo modo que un perro acude a la llamada de su amo? He oído decir que los arrendajos también pueden hacerlo.

Llegamos a la esquina y nos detuvimos. Pepper sonrió de oreja a oreja.

—La verdad es que en la iglesia la gente responde a los latinajos del cura sin saber lo que significan.

Me encogí de hombros. Aquellas opiniones sobre la misa latina no eran ortodoxas, y no pensaba dejarme arrastrar a una polémica religiosa.

—Bueno, me temo que debo dejaros —les dije esbozando una reverencia—. Lord Cromwell me espera en Westminster.

El joven pareció impresionado, y Pepper se esforzó en no parecerlo; mientras tanto, yo había montado a lomos de *Chancery* y me abría paso entre el gentío, sonriendo con ironía. Los abogados son los animales más chismosos creados por Dios, y no me perjudicaría en absoluto si Pepper hacía correr la voz por los tribunales de que yo tenía una audiencia personal con el primer secretario. Pero mi regocijo duró poco, pues cuando llegué a Fleet Street comenzaron a estallar gruesas gotas contra el polvoriento empedrado y, a la altura de Temple Bar, la lluvia caía con fuerza y me azotaba el rostro. Me calé la capucha de la capa y la sujeté mientras seguía mi camino bajo el temporal.



Cuando llegué al palacio de Westminster, el aguacero se había convertido en diluvio y el agua caía a cántaros sobre mí. Los pocos jinetes con los que me crucé iban, como yo, encorvados bajo las capas e intercambiaron conmigo exclamaciones sobre la que nos estaba cayendo encima.

Ya hacía algunos años que el rey se había trasladado a su nuevo y magnífico

palacio de Whitehall, y ahora Westminster servía principalmente como sede de los tribunales. El de Desamortización había sido creado recientemente para adjudicar las propiedades de los conventos que habían sido clausurados en el último año. Lord Cromwell y su creciente séquito de funcionarios también tenían sus oficinas en el palacio, por lo que siempre estaba muy concurrido.

Generalmente, el patio se encontraba abarrotado de abogados vestidos de negro que examinaban pergaminos y de funcionarios que discutían o conspiraban en rincones apartados. Pero ese día la lluvia había ahuyentado a todo el mundo, y estaba casi desierto. Sólo se veía a un puñado de hombres desaliñados y pobremente vestidos, apiñados bajo la lluvia en la puerta de Desamortización. Eran antiguos monjes de las órdenes disueltas que habían ido a reclamar las parroquias que la ley les prometía. El funcionario debía de estar ausente; tal vez fuera el señor Mintling.

Uno de los monjes, un anciano de porte orgulloso, vestía aún el hábito cisterciense. Llevar semejante atuendo cerca de lord Cromwell era una auténtica temeridad.

Por lo general, los antiguos monjes parecían perros apaleados, pero aquéllos miraban con expresión horrorizada hacia un extremo del patio, donde unos carreteros descargaban dos enormes carromatos y amontonaban su contenido contra un muro, maldiciendo el agua que se les metía en los ojos y en la boca. Al principio, pensé que se trataba de leña para las chimeneas de los funcionarios; pero, cuando detuve a *Chancery*, vi que acarreaban urnas, estatuas de madera y escayola, y grandes cruces primorosamente talladas y decoradas. Sin duda eran reliquias e imágenes de los monasterios clausurados, cuyo culto deseábamos erradicar los que creíamos en la Reforma. Retiradas de sus lugares de honor y amontonadas bajo la lluvia, habían perdido todo su poder. Reprimí un sentimiento de lástima, saludé al pequeño grupo de monjes con un triste movimiento de cabeza y dirigí a *Chancery* hacia el arco de entrada.



En la cuadra, me sequé lo mejor que pude con la toalla que me ofreció el mozo. Luego, entré en el palacio y mostré la carta de lord Cromwell al guardia, que me acompañó fuera de la zona pública y me condujo por el laberinto de pasillos interiores sosteniendo en alto su reluciente pica.

Cruzamos una gran puerta custodiada por dos hombres armados, y accedimos a una sala alargada e iluminada con innumerables velas. En otros tiempos había sido un salón de banquetes, pero ahora estaba ocupada por hileras de pupitres, ante los que había escribientes vestidos de negro ordenando montañas de correspondencia. Uno de ellos, un anciano rechoncho con los dedos negros de tinta tras toda una vida de trabajo, se precipitó a mi encuentro.

—¿Doctor Shardlake? Habéis sido puntual.

Me sorprendió que me conociera, pero comprendí que debía de estar esperando a un jorobado.

—El tiempo ha sido benigno... hasta hace un momento —respondí bajando la vista hacia mis empapadas calzas.

—El vicario general me ha ordenado que os llevara a su presencia en cuanto llegais.

Avanzamos entre dos hileras de atareados escribientes, haciendo vacilar la luz de sus velas a nuestro paso. Ahora podía hacerme una idea de la extensa red de control que había creado mi señor. Los comisionados de la Iglesia y los magistrados locales, que contaban con sus propias redes de confidentes, tenían órdenes de informar sobre cualquier rumor de descontento o traición; todos ellos eran investigados con el máximo rigor de la ley, que aumentaba la dureza de las penas año tras año. Ya había estallado una rebelión contra los cambios religiosos; la segunda podía acabar con el reino.

Mi guía se detuvo ante la gran puerta que había al otro extremo de la sala. Me indicó que esperara, llamó con los nudillos y entró haciendo una profunda reverencia.

—El doctor Shardlake, milord.



A diferencia de la antecámara, el despacho de lord Cromwell sólo estaba iluminado por un pequeño candelabro que había junto al escritorio y que apenas paliaba la oscuridad de la tarde. Cualquier otro hombre de posición tan eminente habría hecho adornar las paredes con ricos tapices; aquéllas, por el contrario, estaban cubiertas de estanterías divididas en cientos de compartimentos provistos de cajones. Por todas partes se veían mesas y arcones cubiertos de informes y listas. Un gran fuego crepitaba en la amplia chimenea.

Al principio no lo vi. Cuando mis ojos se habituaron a la penumbra, distinguí su corpulenta silueta junto a una mesa que había en el rincón más alejado del despacho. Lord Cromwell examinaba con expresión desdeñosa el contenido de un cofre. La boca, grande y de labios finos, la tenía entreabierta sobre el prominente mentón. En aquella actitud, sus mandíbulas se me antojaron una trampa que podía abrirse en cualquier momento y engullirme de un bocado. Lord Cromwell levantó la vista hacia mí y, con uno de sus súbitos cambios de expresión, tan habituales en él, me sonrió afablemente y alzó una mano a modo de saludo. Me incliné ante él tanto como pude, sin poder evitar una mueca de dolor; pues tenía el cuerpo agarrotado tras el largo viaje.

—¡Acércate, Matthew! —Aunque grave y áspera, la voz era cordial—. Estuviste muy atinado en Croydon. Me alegro de que el embrollo de Black Grange se haya resuelto.

—Gracias, milord.

Al acercarme, observé que llevaba una camisa negra bajo la toga. Lord Cromwell se dio cuenta de mi mirada.

—¿Te has enterado de la muerte de la reina?

—Sí, milord. Lo siento.

Sabía que, tras la ejecución de Ana Bolena, el vicario general había unido su destino al de la familia de Juana Seymour.

—El rey está destrozado —gruñó lord Cromwell.

Posé la mirada sobre la mesa. Para mi sorpresa, vi que estaba atestada de cofres de diversos tamaños, amontonados sin orden ni concierto. Todos eran de oro o plata, y muchos tenían incrustaciones de pedrería. A través de los cristales, deslustrados por los años, se veían huesos y trozos de tela sobre cojines de terciopelo. Observé con atención el cofre que Su Señoría sujetaba entre las manos; contenía el cráneo de un niño. Lo agitó en el aire con ambas manos y varios dientes que había sueltos en el interior repiquetearon contra las paredes. Lord Cromwell sonrió tétricamente.

—Esto te interesará. Son reliquias traídas a mi consideración —dijo, depositando el cofre en la mesa y señalando la inscripción latina que había en la parte anterior.

—Barbara sanctissima —leí.

Miré la calavera, cuya parte superior conservaba unos cuantos pelos pegados al hueso.

—Es el cráneo de santa Bárbara —dijo lord Cromwell, dando una palmadita al cofre—, una joven virgen que fue sacrificada, en época de los romanos, por su propio padre, un pagano. Procede del monasterio cluniacense de Leeds. Se trata de una reliquia muy venerada —explicó inclinándose sobre la mesa y cogiendo un cofre de plata con incrustaciones que parecían de ópalo—. ¿Y qué tenemos aquí? Otro cráneo de santa Bárbara, éste del convento de Boxgrove, en Lancashire. —Su Señoría rió con sorna—. Dicen que en las Indias hay dragones bicéfalos. Pues bien, nosotros tenemos santos bicéfalos.

—Por Dios... —murmuré observando alternativamente los dos cráneos—. ¿A quiénes pertenecerían?

Lord Cromwell soltó otra carcajada y me palmeó el hombro con fuerza.

—¡Sí, señor, éste es mi Matthew, siempre buscando respuestas para todo! Ese talento para investigar es lo que yo necesito ahora. El responsable del Tribunal de Desamortización en York dice que el cofre de oro es de estilo romano, pero de cualquier modo será fundido en el horno de la Torre con los demás, y los cráneos acabarán en un estercolero. Los hombres no deben adorar huesos.

—Hay un montón...

Miré hacia la ventana. Seguía lloviendo a cántaros y el agua inundaba el patio. A pesar de ello, los carreteros continuaban descargando. Lord Cromwell cruzó la habitación y se acercó a la ventana. Observé que, aunque ahora era un par, y como tal tenía derecho a vestir de escarlata, seguía llevando la misma ropa que yo: la toga y el birrete negros de los funcionarios de la justicia y de la Iglesia, aunque su birrete era

de terciopelo y la toga estaba forrada de castor. Advertí que en su larga melena castaña asomaban las primeras hebras grises.

—He ordenado que pongan todas esas imágenes a cubierto —dijo—. No quiero que se mojen. La próxima vez que queme a un traidor papista, quiero utilizar esa madera. —Se volvió y me sonrió siniestramente—. Así verán todos que las llamas que producen sus imágenes no les causan menos dolor a esos herejes ni, por supuesto, mueven a Dios a apagar el fuego. —Su expresión volvió a cambiar y se tornó sombría—. Ven, siéntate. Tenemos trabajo —anunció ocupando su sillón ante el escritorio e indicándome con un gesto de impaciencia la silla que había enfrente—. Pareces cansado, Matthew —comentó escrutándome con sus grandes ojos castaños, que, como su rostro, cambiaban constantemente de expresión. Ahora ésta era fría.

—Un poco. Ha sido un largo viaje.

Recorrí el escritorio con la mirada. Estaba atestado de documentos, en algunos de los cuales se veía el sello real, reluciente a la luz de las velas. Un par de cofrecillos de oro hacían las veces de pisapapeles.

—Me alegro de que encontraras los títulos de esos bosques —dijo lord Cromwell—. Sin ellos, el asunto habría seguido rodando por los tribunales durante años.

—Los tenía el antiguo tesorero. Se los llevó cuando clausuraron el monasterio. Al parecer, los lugareños reclamaban los bosques como tierras comunales. Sir Richard sospechaba de un rival local, pero yo empecé por el tesorero, que era el último que había visto los documentos.

—Bien hecho. Era lo más lógico.

—Le seguí el rastro hasta la iglesia del pueblo, de la que había sido nombrado rector. No tardó en confesar y entregármelos.

—Seguro que lo habían comprado los aldeanos. ¿Lo pusiste en manos de la justicia?

—No lo hizo por dinero. Creo que sólo quería ayudar a la gente del pueblo. La zona es muy pobre. Me pareció mejor dejar las cosas como estaban.

Lord Cromwell se recostó en el asiento. Su rostro se había endurecido.

—Había cometido un delito, Matthew. Deberías haberlo entregado a las autoridades, como ejemplo para otros. Espero que no te estés ablandando. En estos tiempos, necesito hombres duros a mi servicio, Matthew, hombres duros. —De golpe, su rostro manifestó la misma cólera que había visto en él diez años atrás, el mismo día en que lo conocí—. Esto no es la *Utopía* de Tomás Moro, una nación de inocentes salvajes que sólo esperan la palabra de Dios para ver colmada su felicidad. Es un reino violento, corrompido por una Iglesia decadente.

—Lo sé.

—Los papistas se servirán de todos los medios a su alcance para impedirnos construir la república cristiana, y por los clavos de Cristo que yo haré otro tanto para vencerlos.

—Lamento haberme equivocado.

—Hay quien dice que eres blando, Matthew —murmuró Su Señoría—. Falto de ardor y celo religioso, puede que incluso de lealtad.

En circunstancias similares, lord Cromwell acostumbraba a mirar a su interlocutor fijamente, sin parpadear, hasta obligarlo a bajar la vista. Cuando éste volvía a alzarla, descubría que los duros ojos castaños del vicario general seguían clavados en él... El corazón me palpitaba en el pecho. Había intentado guardar mis dudas y mi desencanto para mí; desde luego, no le había hablado de ello a nadie.

—Milord, estoy tan en contra del papado como siempre.

Mientras pronunciaba estas palabras, pensé en todos los que, interrogados sobre su lealtad, le habrían dado la misma respuesta. Sentí una punzada de miedo y procuré respirar despacio para tranquilizarme, esperando que no lo advirtiera.

Lord Cromwell asintió lentamente.

—Tengo un trabajo para ti —dijo al cabo de unos instantes—, un trabajo adecuado a tu talento. El futuro de la Reforma podría depender de él —afirmó inclinándose hacia el escritorio para coger un cofrecillo y mostrármelo. En su interior, en el centro de una pequeña bandeja de plata primorosamente labrada, había un frasquito de cristal con un polvo rojo—. Esto —murmuró el vicario general— es la sangre de san Pantaleón, que fue decapitado por los paganos. Procede de Devon. Se supone que el día del santo se licuaba. Todos los años acudían a presenciar el milagro centenares de devotos, arrastrándose sobre pies y manos y pagando por el privilegio de verlo con sus propios ojos. Fíjate bien. —Lord Cromwell dio la vuelta al cofre—. ¿Ves este agujerito en la parte de atrás? Pues la pared a la que estaba arrimado tenía otro igual, por el que un monje introducía gotitas de agua coloreada con una pajita. Y, ¡oh, sorpresa!, la sangre del santo, o mejor el polvo de almagre, se licuaba.

Me incliné hacia el cofrecillo y tenté el orificio con el dedo.

—Había oído hablar de fraudes parecidos.

—Ésta es la verdad que pregonan en los monasterios. Fraude, idolatría, codicia y secreta lealtad al obispo de Roma. —Lord Cromwell giró la reliquia en su mano, y las minúsculas escamas rojas resbalaron por la pared del frasco—. Los monasterios son un cáncer en el corazón del reino, y no descansaré hasta extirparlo.

—Algo hemos adelantado. Los pequeños conventos ya han desaparecido.

—Eso apenas ha arañado la superficie, aunque nos ha proporcionado algún dinero, el suficiente para animar al rey a hacer lo mismo con los grandes, en los que hay auténticos tesoros. Doscientos monasterios, que poseen la sexta parte de la riqueza del país.

—¿De verdad es tanto?

Lord Cromwell asintió.

—¡Ya lo creo! Sin embargo, después de la rebelión del pasado invierno, con veinte mil rebeldes acampados en el Don pidiendo que les fueran devueltos sus monasterios, tengo que actuar con cautela. El rey no quiere más cesiones a la fuerza, y tiene razón. Lo que necesito, Matthew, son cesiones voluntarias.

—Pero ellos nunca se avendrán a...

El vicario general esbozó una sonrisa astuta.

—Hay muchas formas de matar a un cerdo. Ahora, escúchame con atención. Esta información es secreta. —Lord Cromwell se inclinó hacia mí y siguió hablado en voz baja—: Hace dos años, cuando ordené inspeccionar los monasterios, me aseguré de anotar cuidadosamente todo lo que pudiera perjudicarlos —dijo, indicando los cajones de los anaqueles con un movimiento de cabeza—. Todo está ahí. Sodomía, fornicación, predicación desleal, bienes vendidos en secreto... Además, cuento con informadores dentro de los monasterios. —El vicario general sonrió tétricamente—. Podría haber hecho ejecutar a diez abades en Tyburn, pero he preferido esperar, mantener la presión, promulgar leyes cada vez más estrictas que no tienen más remedio que cumplir. Los tengo aterrorizados. —Volvió a sonreír y, de pronto, lanzó la reliquia al aire y la cogió mientras caía. Luego la dejó sobre los documentos—. He convencido al rey para que me permita ejercer una presión especial sobre una docena de monasterios. En las dos últimas semanas, he enviado hombres cuidadosamente escogidos para que dieran a elegir a los abades entre la cesión voluntaria, con pensiones para todos y especialmente generosas para ellos, o el enjuiciamiento. Lewes, con sus sermones desleales; Titchfield, cuyo prior nos ha enviado información muy jugosa sobre sus hermanos; Peterborough... Cuando haya arrancado la cesión voluntaria a unos cuantos, los demás comprenderán que han perdido la partida y se irán pacíficamente. He seguido las negociaciones de cerca, y todo iba bien... hasta ayer —puntualizó cogiendo una carta del escritorio—. ¿Has oído hablar del monasterio de Scarnsea?

—No, milord.

—No es extraño. Se trata de un monasterio benedictino situado en un viejo y cenagoso puerto del Canal, en el límite entre Kent y Sussex. En él hay monjes sospechosos de sodomía y, según el juez de paz, que es de los nuestros, el abad está vendiendo tierras por debajo de su valor. La semana pasada envié allí a Robin Singleton para ver qué podía sacar en limpio.

—Conozco a Singleton —le dije—. Me he enfrentado a él en los tribunales. Todo un carácter, aunque tal vez no sea el mejor abogado del mundo —añadí tras una vacilación.

—Lo sé, pero lo que me interesaba era su carácter. Había pocas pruebas concretas, y quería ver qué conseguía arrancarles. Hice que lo acompañara un canonista, un viejo reformista de Cambridge llamado Lawrence Goodhops, para que lo asesorara. —Lord Cromwell rebuscó entre los documentos y me tendió una carta por encima del escritorio—. Esta carta de Goodhops llegó ayer por la mañana.

La misiva estaba escrita con letra apretada en una hoja de papel arrancada de un libro de contabilidad.

Milord:

Os escribo apresuradamente y envío esta carta con un muchacho de la ciudad, pues no confío en nadie de

aquí. Mi señor Singleton ha sido brutalmente asesinado en el interior mismo del monasterio, de un modo terrible por demás. Lo han encontrado esta mañana en la cocina, en medio de un charco de sangre, con la cabeza cortada limpiamente. Yo creo que ha tenido que ser obra de algún enemigo de Su Señoría, pero aquí todos lo niegan. La iglesia ha sido profanada y la Gran Reliquia del Buen Ladrón, con sus uñas ensangrentadas, ha desaparecido. Se lo he comunicado al juez Copynger y hemos conminado al abad a guardar silencio. Tememos las consecuencias si esto trascendiera.

Por favor, milord, enviadme ayuda y decidme qué debo hacer.

Lawrence Goodhops

—¿Un comisionado, asesinado?

—Eso parece.

—Pero, si hubiera sido un monje, eso sólo acarrearía la ruina al monasterio.

Cromwell asintió.

—Lo sé. Ha debido de ser obra de algún demente, algún loco enclaustrado que nos odia más de lo que nos teme. Pero ¿comprendes las consecuencias? Estoy intentando obtener la cesión voluntaria de esos monasterios como precedente para el resto. Las leyes y las costumbres inglesas se basan en el precedente.

—Y esto es un precedente de otro tipo.

—Exacto. La autoridad del rey por los suelos, literalmente. El viejo Goodhops acertó al ordenar que este asunto se mantuviera en secreto. Si lo ocurrido trascendiera, imagínate qué ejemplo daría a los fanáticos y los lunáticos de todos los conventos del país.

—¿Lo sabe el rey?

El vicario general volvió a mirarme con dureza.

—Si se lo digo, la situación explotará. Lo más probable es que envíe soldados y haga ahorcar al abad de lo alto del campanario. Y eso daría al traste con mi estrategia. Necesito resolver esto rápida y silenciosamente. —Comprendí ad onde quería ir a parar y cambié de posición en el asiento, porque empezaba a dolerme la espalda—. Te quiero allí, Matthew, enseguida. En mi calidad de vicario general, te otorgaré plenos poderes como comisionado para dar cualquier orden y acceder a cualquier lugar.

—¿No es una tarea más adecuada para un comisionado con experiencia, milord? Nunca he tratado oficialmente con monjes.

—Pero te educaste con ellos y los conoces bien. Mis comisionados son hombres decididos, pero no se distinguen por su tacto, y este asunto exige delicadeza. Puedes confiar en el juez Copynger. No lo conozco, pero nos hemos escrito, y es un reformista convencido. Nadie más en la ciudad debe saberlo. Afortunadamente, Singleton no tenía familia, así que no tendremos que lidiar con parientes.

Respiré hondo.

—¿Qué sabemos de ese monasterio?

Lord Cromwell abrió un libro enorme. Era un ejemplar de la *Comperta*, el informe sobre las inspecciones de los monasterios que se habían llevado a cabo hacía dos años y cuyas partes más jugosas habían sido leídas en el Parlamento.

—Es una gran fundación normanda de hermosos edificios y bien dotada de

tierras. Viven sólo treinta monjes, con un mínimo de sesenta criados. Como buenos benedictinos, saben vivir. Según el visitador, la iglesia está escandalosamente recargada y llena de santos de escayola, y tiene, o más bien tenía, lo que se considera una reliquia del Buen Ladrón que fue crucificado con Nuestro Señor: una mano clavada en un trozo de madera perteneciente a su cruz. Al parecer, la gente acudía desde muy lejos para verla. Se suponía que curaba a los tullidos.

—Presumiblemente, la reliquia que menciona Goodhops.

—Sí. Mis visitantes descubrieron un nido de sodomitas en el monasterio, cosa nada infrecuente en esas inmundas covachas. El antiguo prior, que era el principal culpable, fue expulsado. La nueva ley castiga la sodomía con la muerte, lo que supone un buen argumento como medida de presión. Quería que Singleton recabara información a ese respecto y que investigara las ventas de tierras de las que Copynger me hablaba en sus cartas.

—Ruedas dentro de ruedas —murmuré tras unos instantes de reflexión—. Complicado.

Lord Cromwell asintió.

—Lo es. Por eso necesito a alguien astuto. He ordenado que envíen a tu casa tu nombramiento, con las partes más relevantes de la *Comperta*. Quiero que te pongas en camino a primera hora de la mañana. Esta carta es de hace tres días, y puede que emplees otros tantos en llegar allí. En esta época del año, el Weald suele ser un cenagal.

—Hasta ahora el otoño ha sido seco. Puede que me basten dos días.

—Bien. No llesves criados. No se lo digas a nadie, excepto a Mark Poer. ¿Sigue viviendo contigo?

—Sí. Se ha ocupado de mis asuntos durante mi ausencia.

—Quiero que te acompañe. He oído que tiene una mente despierta, y podrías necesitar un par de brazos fuertes.

—Pero, milord, puede ser peligroso. Y, para seros franco, Mark no tiene mucho celo religioso. No entenderá lo que está en juego.

—No es necesario. Basta con que sea leal y haga lo que le ordenes. Esto podría ayudar al joven señor Poer a ganarse su vuelta a los tribunales, después de aquel escándalo.

—Cometió una estupidez. Debería haber comprendido que alguien de su posición no puede relacionarse con la hija de un caballero —suspiré—. Pero es joven.

Lord Cromwell gruñó a modo de asentimiento.

—Si el rey se hubiera enterado de lo que hizo, lo habría hecho azotar. Por otra parte, fue una muestra de ingratitud hacia ti, que le habías conseguido el trabajo.

—Era un compromiso familiar, milord; un compromiso importante.

—Si cumple bien esta misión, tal vez le pida a Rich que le permita volver a su puesto de escribiente, el mismo que le conseguí a petición tuya... —añadió significativamente.

—Gracias, milord.

—Ahora tengo que ir a Hampton Court. Debo intentar convencer al rey de que se ocupe de los asuntos de estado. Matthew, asegúrate de que no corra la voz y censura las cartas del monasterio. —Se levantó, dio la vuelta al escritorio y me rodeó el hombro con los brazos mientras me ponía en pie. Era una indudable muestra de favor—. Encuentra al culpable lo antes posible, pero sobre todo actúa con discreción. —Sonrió, se inclinó sobre el escritorio y me tendió una cajita dorada. En su interior había otro diminuto frasquito de forma esférica por cuyas paredes resbalaba un líquido blanquecino—. Cambiando de tema, ¿qué opinas de esto? Tal vez seas capaz de descubrir cómo está hecho. Yo no puedo.

—¿Qué es?

—Llevaba cuatrocientos años en el convento de Bilston. Dicen que es leche de la Virgen María. —No pude reprimir una exclamación de asco, y Cromwell se echó a reír—. Me pregunto cómo harían para explicar que alguien pudiera conseguir leche de la Virgen María... Pero, para que se conserve líquida, deben de haberla reemplazado recientemente; esperaba encontrar un agujerito parecido al otro, pero parece perfectamente sellado. ¿Qué opinas tú? Mira, usa esto.

Lord Cromwell me tendió una lupa de joyero, con la que examiné la cajita en busca de algún diminuto agujero, pero no conseguí encontrarlo. Luego, presioné y hurgué esperando descubrir un resorte oculto. En vano.

—No lo entiendo. Parece completamente sellado.

—Lástima. Quería enseñárselo al rey, le habría hecho gracia.

Me acompañó hasta la puerta y la abrió sin dejar de estrecharme los hombros, para que los escribientes vieran que gozaba de su favor. Al salir del despacho, mis ojos volvieron a posarse en las dos calaveras, en cuyas órbitas vacías jugaba la luz de las velas. Con el brazo de mi señor aún sobre los hombros, no pude reprimir un escalofrío.

Capítulo 2

POR SUERTE, cuando salí de Westminster había dejado de llover. Cabalgué despacio hacia mi casa en la creciente penumbra del atardecer. Las palabras de lord Cromwell habían conseguido asustarme. Comprendí que me había acostumbrado a gozar de su favor, y la idea de perderlo me helaba la sangre; sin embargo, lo que más me intranquilizaba era su insinuación sobre mi falta de lealtad. Debía tener cuidado con lo que decía en los tribunales.

Aquel mismo año había comprado una espaciosa casa en Chancery Lane, la amplia avenida que lleva el nombre del tribunal del rey y el de mi caballo. Era un hermoso edificio de piedra con las ventanas acristaladas, por el que había pagado una suma considerable. Joan Woode, mi ama de llaves, me abrió la puerta. La bondadosa y enérgica viuda, que llevaba conmigo algunos años, me recibió calurosamente. Le gustaba mimarme, lo que no me molestaba en absoluto, aunque a veces se excediera en sus atribuciones.

Estaba hambriento, de modo que, aunque era temprano, le dije que preparara la cena y entré en la sala. Estaba orgulloso de aquella habitación, cuyos paneles había hecho decorar con una clásica escena campestre que me había costado una fortuna. En la chimenea ardía un buen fuego y, ante ella, sentado en un taburete, estaba Mark, con un aspecto que me sorprendió. Se había quitado la camisa y, con el blanco y musculoso torso al aire, cosía unos botones de ágata adornados con un complicado dibujo. Tenía una docena de agujas con sus respectivos hilos clavadas en la bragueta, tan aparatosa como las que se llevaban entonces. Tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír.

Como de costumbre, me sonrió de oreja a oreja enseñando los dientes, que tenía sanos aunque algo grandes para el tamaño de su boca.

—Señor... Sabía que habíais llegado. Un mensajero de lord Cromwell ha traído un paquete para vos y me ha dicho que habíais vuelto. Perdonad que no me levante, pero no me gustaría clavarme una de estas agujas.

A pesar de la sonrisa, su mirada era cautelosa; sin duda, había deducido que si yo venía de ver a Cromwell, era muy probable que su situación hubiera salido a relucir.

Me limité a gruñir. Advertí que llevaba el pelo muy corto. El rey Enrique se lo había cortado al rape para disimular su creciente calvicie y había ordenado que toda la corte hiciera lo mismo, por lo que se había convertido en moda. El nuevo estilo favorecía a Mark, pero yo había decidido seguir llevando melena, porque disimulaba mis facciones angulosas.

—¿No podía coserte eso Joan?

—Ha estado ocupada preparando vuestra llegada.

Cogí el volumen que descansaba sobre la mesa.

—Veo que has estado leyendo mi Maquiavelo...

—Dijisteis que podía hacerlo.

—¿Y te gusta? —le pregunté, dejándome caer en mi mullido sillón con un suspiro.

—No demasiado. Aconseja a su príncipe que emplee la crueldad y el engaño.

—Cree que esas cosas son necesarias para gobernar bien, y que las exhortaciones a la virtud de los escritores clásicos olvidan las realidades de la vida. «Si un gobernante que desea actuar con rectitud está rodeado de hombres sin escrúpulos, su caída es inevitable.»

Mark cortó un trozo de hilo con los dientes.

—Es una sentencia amarga.

—Maquiavelo era un hombre amargo. Escribió el libro tras ser torturado por el príncipe Medici, a quien iba dirigido. Si vuelves a Westminster, más vale que no digas a nadie que lo has leído. Allí no lo aprueban.

Ante la mención de Westminster, Mark alzó la vista de inmediato.

—¿Puedo volver? ¿Lord Cromwell...?

—Tal vez. Hablaremos de eso durante la cena. Estoy cansado y quiero acostarme un rato.

Me levanté del sillón y abandoné la sala. Al chico no le iría mal pensarlo un poco.



Joan no había perdido el tiempo. En mi habitación ardía un buen fuego y mi cama de plumas estaba preparada. Sobre el escritorio había una vela encendida junto a mi posesión más preciada, un ejemplar de la traducción inglesa de la Biblia, recientemente aprobada. Verla allí, iluminada por la vela, convertida en el centro de la habitación, atrayendo la mirada, me tranquilizaba. La abrí y pasé los dedos por las líneas de letras góticas, cuya lustrosa superficie brillaba a la luz de la vela. Junto a ella había un abultado paquete de documentos. Saqué la daga e hice saltar la dura cera del sello, que se desmigajó sobre el escritorio. Dentro había una carta con mi nombramiento escrita con la enérgica letra del propio Cromwell, un volumen encuadernado de la *Comperta* y diversos documentos relacionados con la inspección de Scarnsea.

Me acerqué a la ventana de losanges y durante unos instantes contemplé el jardín, una tranquila extensión de césped rodeada por una tapia y sumida en la penumbra. Me habría gustado poder quedarme y disfrutar del calor y la comodidad de mi hogar, ahora que se acercaba el invierno. Suspiré y me tumbé en la cama. Los músculos de la espalda me temblaban a medida que se relajaban. Al día siguiente, me esperaba otra larga cabalgada. Esos viajes se me hacían cada vez más pesados y dolorosos.



Mi mal comenzó cuando tenía tres años. Empecé a encorvarme hacia delante y a la derecha, y no hubo aparato que pudiera corregirlo. Cuando cumplí los cinco, me había convertido en un jorobado, y así he seguido hasta el día de hoy. En la granja, envidiaba a los chicos y las chicas de los alrededores, que corrían y jugaban mientras yo me veía obligado a renquear como un viejo y soportar sus burlas. Más de una vez le reproché a Dios su injusticia a gritos.

Mi padre poseía una amplia extensión de tierra cultivable y pastos cerca de Lichfield. Su mayor pena era que yo, el único hijo que le quedaba, nunca podría trabajar en la granja. A mí me dolía tanto más cuanto que nunca me echó en cara mi defecto; sólo recuerdo que un día comentó que cuando fuera demasiado viejo para llevar la granja contrataría a un administrador que trabajara para mí cuando él no estuviera.

Cuando llegó el administrador, yo tenía dieciséis años. Recuerdo que aquel día de verano en que William Poer apareció en casa tuve que morderme los labios para contener una ola de rencor. Era un hombre moreno y corpulento, de rostro franco y rubicundo y grandes y callosas manos, que envolvieron las mías en un fuerte apretón. Ese día también conocí a su mujer, una criatura pálida y delicada, y a Mark, que no era más que un rollizo y desgredado mocoso que me miraba agarrado a las faldas de su madre, chupándose el pulgar.

Para entonces, ya estaba decidido que iría a Londres a estudiar en los Inns of Court. Si uno tenía un hijo con un mínimo de cerebro y quería asegurarle la independencia económica, lo habitual era enviarlo a estudiar leyes. Mi padre decía que, además de ganarme bien la vida, en el futuro mis conocimientos legales me ayudarían a supervisar la gestión de la granja por parte del administrador. Él pensaba que volvería a Lichfield, pero nunca lo hice. Llegué a Londres en 1518, un año después de que Martín Lutero clavara su desafío al Papa en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg. Recuerdo que, al principio, el ruido, la multitud y, sobre todo, el permanente hedor de la capital se me hicieron difícilmente soportables. Sin embargo, no tardé en encontrar buena compañía tanto en mi alojamiento como en las aulas. Aquéllos ya eran días de controversias, en los que los abogados de Derecho consuetudinario protestaban contra el continuo aumento de las competencias de los tribunales eclesiásticos. Yo me alineé con quienes opinaban que los tribunales del rey estaban siendo despojados de sus prerrogativas. Porque, si dos hombres discuten sobre la interpretación de un contrato, o una persona calumnia a otra, ¿qué tiene que decir sobre ello un archidiácono? No era un mero deseo cínico de proteger el negocio; la Iglesia se había convertido en un enorme pulpo que extendía sus tentáculos a todos los ámbitos de la vida nacional, sin la autoridad de las Escrituras, para sacar provecho. Leí a Erasmo y empecé a ver mi ingenua sumisión a la Iglesia de mi juventud con ojos totalmente nuevos. Tenía mis propias razones para estar

resentido con los monjes, y ahora las veía confirmadas.

Acabé mis estudios y empecé a establecer contactos y a conseguir clientes. Descubrí que tenía unas insospechadas dotes para litigar, que me fueron muy útiles con los jueces más honestos. Y a finales de los años veinte, cuando los problemas del rey con el Papa respecto a la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón empezaban a dividir al país, me presentaron a Thomas Cromwell, un colega que en esos momentos estaba en pleno ascenso al servicio del cardenal Wolsey.

Lo conocí en un círculo de debate reformista que solía reunirse en una taberna de Londres, secretamente, pues muchos de los libros que leíamos estaban prohibidos. Empezó a pasarme algunos trabajos para diversos organismos del Estado, y de ese modo emprendí el camino que había de seguir en el futuro, a la sombra de aquel hombre, que no tardaría en desplazar a Wolsey y convertirse en secretario del rey, comisionado general y vicario general, ocultando en todo momento a su soberano el auténtico alcance de su radicalismo religioso.

Empecé a colaborar con él en asuntos legales que afectaban a quienes gozaban de su favor —pues estaba tejiendo una gran red de influencias— y acabé convirtiéndome en uno de los «hombres de Cromwell». De modo que, hace cuatro años, cuando mi padre me escribió preguntándome si podía conseguirle al hijo de William Poer un puesto en alguno de los pujantes organismos estatales que controlaba mi señor, estaba en situación de hacerlo.

Mark pospuso su llegada hasta abril de 1533 para hacerla coincidir con la coronación de Ana Bolena. Disfrutó enormemente con las grandes fiestas que se celebraron en homenaje de la nueva reina, a la que más tarde nos presentarían como bruja y fornicadora. Él tenía entonces dieciséis años, la misma edad que yo cuando vine al sur. No era alto, pero tenía una constitución fuerte y unos grandes ojos azules en una cara de una delicadeza angelical que me recordaba la de su madre, aunque la viva inteligencia que brillaba en su límpida mirada era un rasgo exclusivamente suyo.

Confieso que cuando llegó a mi casa deseé que la abandonara lo antes posible. No me atraía actuar *in loco parentis* con el muchacho, que sin duda empezaría a dar portazos y a tirar mis papeles al suelo apenas se instalara y cuyo rostro y figura reavivaban los sentimientos de pesar que asociaba con el hogar de mi infancia. No me costaba imaginar a mi pobre padre lamentando que Mark no fuera su hijo, en mi lugar.

Pero el deseo de librarme de él fue desapareciendo sin que apenas me diera cuenta. Mark no era el zafio patán que había imaginado; al contrario, tenía un carácter tranquilo y respetuoso y conocía los rudimentos de la buena educación. Cuando cometía algún error de etiqueta en el vestido o en la mesa, cosa frecuente al principio, rectificaba riéndose de sí mismo. En los puestos de escribiente que le conseguí en la Hacienda del reino, primero en el tribunal de Exchequer y más tarde en Desamortización, me ponderaban su formalidad. Le permitía que entrara y saliera a su antojo, y si visitaba las tabernas y casas de mala reputación con sus compañeros

de trabajo, nunca volvió a casa borracho o escandalizando.

Sin quererlo, acabé cogiéndole cariño y acostumbrándome a utilizar su ágil mente como caja de resonancia para ciertos aspectos legales o los hechos más enrevesados con los que me tocaba lidiar. Si tenía algún defecto, ése era la pereza, pero solían bastar unas palabras severas para ponerlo en movimiento. Pasé de sospechar que mi padre lo habría preferido a él como hijo a desear que lo fuera mío. Empezaba a hacerme a la idea de que nunca tendría hijos propios, pues mi pobre Kate había fallecido durante la epidemia de peste de 1534. Aún llevaba un anillo de luto con una calavera por ella, indebidamente, porque me constaba que, de haber vivido, Kate se habría casado con otro.



Joan me llamó para cenar al cabo de una hora. En la mesa había un rollizo capón con zanahorias y nabos. Mark me esperaba sentado en su sitio; se había puesto la camisa y un jubón de lana marrón, en el que advertí los mismos botones de ágata. Bendije la mesa y me serví una pata de pollo.

—Bueno, tal vez lord Cromwell vuelva a aceptarte en Desamortización —empecé diciendo—. Pero antes quiere que me ayudes con una tarea que me ha encomendado. Luego Dios dirá.

Hacía seis meses, Mark había tenido una aventura con una dama de honor de la reina Juana. La joven sólo tenía dieciséis años y era demasiado inmadura y atolondrada para servir en la corte, a la que había llegado empujada por sus ambiciosos parientes, a los que a la postre sólo les causó vergüenza, porque empezó a zascandilear por todos los rincones de Whitehall y Westminster hasta que se vio en Westminster Hall, entre escribientes y abogados. Allí, aquella cabeza loca encontró a Mark, con el que acabó retozando en un despacho vacío. Luego se arrepintió y se lo contó a otras damas; como no podía ser de otra manera, a su debido tiempo la historia llegó a oídos del chambelán. La muchacha fue devuelta a casa y Mark pasó de sus brazos a las garras de los altos funcionarios de la Casa Real, que lo interrogaron. Estaba desconcertado y asustado. Aunque me enfadé con él, su miedo acabó ablandándose; después de todo, era joven. Pedí a lord Cromwell que interviniera, pues sabía de su indulgencia hacia ese tipo de faltas, ya que no hacía otros.

—Gracias, señor —respondió Mark—. Estoy sinceramente arrepentido de lo que ocurrió.

—Tienes suerte. A la gente de nuestra condición no suelen darle una segunda oportunidad. Y menos después de algo así.

—Lo sé. Pero... Era muy atrevida, señor. —El chico sonrió débilmente—. Y uno no es de piedra.

—Una atolondrada, eso es lo que era. Pudiste dejarla preñada.

—De haber ocurrido, me habría casado con ella, si nuestra posición lo hubiera

permitido. Soy un hombre de honor, señor.

Me llevé un trozo de pollo a la boca y agité el cuchillo en su dirección. Aquella era una vieja discusión.

—Sí, y un cabeza de chorlito. La diferencia de posición lo es todo. Vamos, Mark, llevas cuatro años trabajando al servicio del gobierno. Ya sabes cómo funcionan las cosas. Nosotros somos plebeyos y debemos mantenernos en nuestro sitio. Hay hombres de humilde cuna, como Cromwell y Rich, que han llegado muy alto trabajando al servicio del rey, pero sólo porque Su Majestad ha querido tenerlos a su lado. Podría retirarles su favor en cualquier momento. Si el chambelán se lo hubiera contado al rey en vez de a Cromwell, podrías haber acabado en la Torre, con una tanda de azotes que te habría dejado señalado para toda la vida. Es lo que me temía, ¿sabes? —De hecho, el asunto me había costado varias noches sin dormir, aunque nunca se lo había dicho. Mark parecía apesadumbrado—. Bueno, por esta vez parece que el asunto quedará olvidado —le dije más suavemente lavándome en el aguamanil—. ¿Y el trabajo? ¿Has preparado las escrituras para la compraventa de Fetter Lane?

—Sí, señor.

—Les echaré un vistazo cuando acabemos de cenar. Tengo que examinar unos documentos. —Doblé la servilleta y lo miré seriamente—. Mañana nos pondremos en camino hacia la costa meridional.

Le expliqué nuestra misión, pero no mencioné su trascendencia política. Cuando le hablé del asesinato, Mark me miró con los ojos muy abiertos: el irreflexivo entusiasmo de la juventud volvía a hacer presa en él.

—Puede ser peligroso —le advertí—. No sabemos lo que está ocurriendo allí. Debemos estar preparados para todo.

—Parecéis preocupado, señor.

—Es una gran responsabilidad. Y, francamente, ahora mismo preferiría quedarme aquí en vez de hacer ese viaje a Sussex. Las tierras del otro lado del Weald son más bien inhóspitas. —Solté un suspiro—. Pero, como Isaías, debemos ir allí y luchar por Sión.

—Si tenéis éxito, lord Cromwell os recompensará con generosidad.

—Sí. Y conservaré su favor. —Sorprendido por mis palabras, Mark alzó la vista hacia mí. Comprendí que era más prudente cambiar de tema—. Nunca has estado en un monasterio, ¿verdad?

—No.

—No tuviste el dudoso privilegio de asistir a la escuela catedralicia. Los monjes apenas sabían el latín necesario para leer los antiguos volúmenes que utilizaban como libros de texto. Si no hubiera tenido cierto ingenio natural, hoy sería tan analfabeto como Joan.

—¿Están tan corrompidos los monasterios como dicen? —me preguntó Mark.

—Ya has visto el Libro Negro con los extractos de las inspecciones que circula de mano en mano.

—Como casi todo Londres.

—Sí, a la gente le encantan las historias de monjes disolutos —respondí bajando la voz al ver que entraba Joan con las natillas—. Pero es cierto, están corrompidos —seguí diciendo cuando volvimos a quedarnos solos—. La regla de san Benito, que he tenido la oportunidad de leer, prescribe una vida dedicada a la oración y al trabajo, alejada del mundo y sustentada con lo imprescindible. Sin embargo, la mayoría de los benedictinos viven en magníficos edificios, atendidos por criados, disfrutando de las rentas de sus tierras y practicando todos los vicios imaginables.

—Dicen que los cartujos vivían austeramente y que cantaban himnos de alegría cuando los llevaban a Tyburn para destriparlos.

—Bueno, hay alguna orden que vive según su regla. Pero no olvides que los cartujos murieron por negarse a reconocer al rey como cabeza de la Iglesia. Todos quieren la vuelta del Papa. Y ahora parece que uno de ellos es un asesino —murmuré, y solté un suspiro—. Siento que te veas implicado en esto.

—Los hombres de honor no deben temer al peligro.

—Siempre hay que temer al peligro. ¿Sigues asistiendo a clases de esgrima?

—Sí. El señor Green dice que hago grandes progresos.

—Bien. Los caminos poco transitados están plagados de asaltantes.

Durante un momento, Mark permaneció en silencio, mirándome pensativamente.

—Señor, agradezco la posibilidad de recuperar mi puesto en Desamortización, pero me gustaría que no fuera el lugar inmundo que es. La mitad de las tierras acaban en manos de Richard Rich y sus amigos.

—No exageres. Es una institución nueva; es lógico que quienes la dirigen premien a quienes les han demostrado su lealtad. En eso consiste el buen patronazgo. Mark, tú sueñas con un mundo ideal. Y deberías tener cuidado con lo que dices. ¿Has vuelto a leer la *Utopía* de Moro? Cromwell la ha mencionado hoy mismo.

—*Utopía* infunde esperanza en la condición humana. Vuestro Maquiavelo, sin embargo, produce desesperación.

—Pues, si quieres ser como los utópicos —dije señalando su jubón—, deberías cambiar tu elegante ropa por un sencillo sayo de saco. Por cierto, ¿qué representa el dibujo de los botones?

Mark se quitó el jubón y me lo extendió por encima de la mesa. Todos los botones tenían un minúsculo grabado que representaba a un hombre empuñando una espada y a una mujer a la que rodeaba por los hombros; junto a ellos había un jabalí. Era un trabajo primoroso.

—Los compré muy baratos en el mercado de San Martín. Las ágatas son falsas.

—Ya veo. Pero ¿qué significa? ¡Ah, ya sé! Fidelidad, por el jabalí —dije devolviéndole la prenda—. Esta moda de llevar dibujos simbólicos para que la gente se rompa la cabeza me agota, la verdad. Como si en el mundo no hubiera bastantes misterios reales.

—Pero vos pintáis, señor.

—En mis pocos ratos libres, sí. Pero, con mis pobres medios, trato de representar a la gente directa y claramente, como el señor Holbein. El arte debería resolver los misterios de nuestro ser, no complicarlos.

—¿No llevabais símbolos así en vuestra juventud?

—No, entonces no se llevaban. Alguna vez, quizá. —Me acudió a la mente una frase de la Biblia, que cité con cierta tristeza—: «Cuando era niño, pensaba como un niño; pero, al hacerme hombre, dejé a un lado las niñerías», como dijo san Pablo. Bueno, ahora debo subir a mi habitación, tengo muchas cosas que leer. —Al ver que me costaba levantarme, Mark corrió en mi ayuda—. Puedo yo solo —refunfuñé gesticulando al sentir una punzada de dolor en la espalda—. Despiértame en cuanto amanezca. Y dile a Joan que tenga preparado un buen desayuno.

Cogí una vela y subí las escaleras. Los próximos días me depararían incógnitas más complejas que un dibujo en un botón, y necesitaba cualquier ayuda que el estudio de la palabra impresa en liso y llano inglés pudiera proporcionarme.

Capítulo 3

PARTIMOS AL ALBA del día siguiente, 2 de noviembre, festividad de los Fieles Difuntos. Tras la noche de estudio, había dormido bien y me había levantado de mejor ánimo; incluso empezaba a sentir cierta expectación. En su día, yo había sido alumno de los monjes, convirtiéndome luego en enemigo de todo lo que representaban. Ahora estaba en situación de penetrar en el corazón mismo de sus misterios y su corrupción.

A fuerza de ruegos y apremios, conseguí que el somnoliento Mark desayunara y saliera de casa. El tiempo había cambiado durante la noche, y ahora soplaba un viento seco y cortante del este que había helado el barro de las rodadas y me hizo lagrimear en cuanto nos pusimos en marcha, arrebujados en nuestras cálidas pieles, con las manos enfundadas en gruesos guantes y las capuchas de las capas de viaje bien caladas. De mi cinturón colgaba una daga que habitualmente sólo me servía de adorno, pero que esa mañana había afilado en la piedra de la cocina. Mark llevaba su espada, un arma de acero londinense de tres palmos de largo y afilada como una navaja, que había comprado con sus ahorros para las clases de esgrima.

Mark entrelazó las manos para ayudarme a montar en *Chancery*, pues me resulta difícil auparme a la silla; luego subió a lomos de *Redshanks*, su resistente ruano, y nos pusimos en marcha, con los caballos cargados de alforjas llenas de ropa y documentos. Mark aún estaba medio dormido. Se quitó la capucha, se rascó la cabeza e hizo una mueca ante el viento que le azotaba el rostro.

—¡Qué frío, por Dios!

—Has pasado demasiado tiempo en estancias caldeadas —le dije—. El frío espesa la sangre.

—¿Creéis que nevará, señor?

—Espero que no. La nieve retrasaría varios días nuestro viaje.

Atravesamos la ciudad de Londres, que apenas empezaba a despertar, y llegamos al puente. Miré río abajo, más allá de la imponente silueta de la Torre, y vi un enorme galeón fondeado en la Isla de los Perros. La ancha proa y los altos mástiles proyectaban su vaga silueta contra el gris del agua, que se confundía con el del cielo.

—¿De dónde vendrá? —murmuré señalándoselo a Mark.

—Hoy la gente viaja a tierras con las que nuestros padres ni siquiera soñaban.

—Y vuelven con maravillas —dije acordándome del pájaro parlanchín—. Nuevas maravillas y tal vez nuevos engaños.

Cruzamos el puente. Al otro lado, junto a los muelles, había un cráneo destrozado. Debía de haberse caído de la pica después de que los pájaros lo dejaran

mondo; los restos seguirían allí hasta que se los llevaran los cazadores de recuerdos o alguna bruja necesitada de amuletos. Primero los dos cráneos de santa Bárbara del despacho de Cromwell, y ahora aquellos despojos de la justicia humana. Pensé que eran malos agüeros, pero enseguida me reprendí por supersticioso.



El primer trecho del camino, que discurre entre los campos de labranza que alimentan a la capital, ahora marrones y desnudos, estaba en condiciones aceptables. El cielo era de un blanco lechoso y el tiempo se mantuvo estable. A mediodía nos detuvimos para comer cerca de Eltham; luego alcanzamos la cima de las North Downs y contemplamos el viejo bosque del Weald, un mar de árboles desnudos, salpicado de otros de hoja perenne, que se extendía hasta el neblinoso horizonte.

El camino empezó a estrecharse cuando llegamos a unos empinados ribazos cubiertos de hojas y surcados por senderos que conducían a remotas aldeas. Sólo ocasionalmente nos cruzamos con algún carro. A última hora de la tarde llegamos a la pequeña ciudad de Tonbridge, y allí nos desviamos hacia el sur. Íbamos prevenidos contra los ladrones, pero sólo encontramos una manada de ciervos que mordisqueaban las hierbas al lado del camino; cuando nos vieron aparecer, los asustadizos animales treparon por el talud y desaparecieron entre los árboles.

Caía la noche cuando oímos el tañido de una campana detrás de la arboleda. Al doblar un recodo del camino, desembocamos en la única calle de una aldea, un lugar misérrimo de casas de adobe con techos de paja, que sin embargo tenía una hermosa iglesia normanda y, junto a ella, una posada. Todas las ventanas de la iglesia estaban iluminadas por velas, que lanzaban una intensa claridad a través de la vidriera. La campana repicaba una y otra vez.

—La misa de difuntos —comentó Mark.

—Sí, todo el pueblo debe de estar en la iglesia rezando por la redención de las almas del purgatorio.

Mientras cabalgábamos al paso, pequeñas cabezas rubias asomaban por los portales entreabiertos y nos observaban con desconfianza. Apenas vimos adultos. Los cánticos llegaban a nuestros oídos desde las puertas abiertas del templo.

En aquella época, el Día de Difuntos era una de las festividades más solemnes del calendario. En todas las iglesias, los fieles se reunían para oír misa y rezar por la liberación del purgatorio de familiares y amigos. La ceremonia ya no contaba con el respaldo del rey, y pronto estaría prohibida. Había quien consideraba cruel privar al pueblo del consuelo y el recuerdo. Pero sin duda es mejor creer que nuestros seres queridos están en el cielo o en el infierno, según la voluntad de Dios, que en el purgatorio, un lugar de tormento y dolor en el que quizá deberían permanecer siglos.

Desmontamos delante de la taberna con el cuerpo entumecido y atamos los caballos a la baranda. El edificio era una versión a escala aumentada de las casas:

paredes de adobe con grandes desconchones en el enlucido de yeso y un alto tejado de paja cuyos aleros descendían hasta las ventanas del primer piso.

En el interior, el hogar estaba situado en el centro de la sala, a la antigua usanza, y el humo que escapaba de la campana circular saturaba el aire. Al oírnos entrar, un puñado de ancianos se volvió hacia nosotros y nos examinó con curiosidad a través de la neblina. Un individuo grueso con delantal se nos acercó mirando apreciativamente nuestras lujosas pieles. Le pedí habitación y comida, y me dijo que eran seis peniques. Luchando por descifrar su cerrado y gutural acento, conseguí que lo dejara en cuatro. Tras confirmar el camino a Scarnsea y pedir cerveza caliente, me senté junto al fuego mientras Mark salía a asegurarse de que nuestros caballos estuvieran bien atendidos.

Me alegré de que volviera, pues las miradas de los viejos estaban empezando a irritarme. Los había saludado con la cabeza, pero ellos se habían dado la vuelta.

—Son un hatajo de pasmarotes —me susurró Mark.

—No deben de ver muchos forasteros. Y seguro que creen que los jorobados traen mala suerte. Sí, es lo que piensa casi todo el mundo. Estoy cansado de ver santiguarse a la gente cuando me acerco a ellos, por bien vestido que vaya.

Para cenar nos sirvieron un grasiento estofado de cordero con cerveza barata. Mark se quejó de que el cordero llevaba tiempo muerto. Mientras comíamos, llegó un grupo de jóvenes lugareños vestidos con sus mejores galas, se sentaron a una mesa y empezaron a hablar en voz baja. Sin duda, acababan de salir de la iglesia. De vez en cuando, nos lanzaban miradas tan descaradas y hostiles como las de sus mayores.

Advertí que en un rincón apartado había tres individuos a quienes los aldeanos observaban con la misma desconfianza que a nosotros. Los harapos y las enmarañadas barbas les daban un aspecto poco tranquilizador. Me di cuenta de que nos observaban, no abiertamente, como los lugareños, sino a hurtadillas.

—¿Veis a ese individuo alto? —me susurró Mark—. Juraría que esos andrajos son de un hábito.

El individuo en cuestión, un gigante malencarado con la nariz rota, llevaba un harapiento sayo de lana negra de cuya parte posterior colgaba, efectivamente, una capucha de benedictino. El posadero, el único de los presentes que nos había tratado con educación, se acercó a llenarnos las jarras.

—Decidme —le pregunté en voz baja—, ¿quiénes son esos tres hombres?

El hombre soltó un gruñido.

—Zánganos del monasterio que clausuraron el año pasado. Ya sabéis, señor. El rey dice que los pequeños conventos deben desaparecer, y a los monjes les buscan alojamiento, pero los criados se quedan en la calle. Éstos llevan todo el año mendigando por los alrededores, porque aquí no hay trabajo para ellos. ¿Veis a ese tan flaco? Pues ya lo han desorejado. Tened cuidado con ellos.

Los miré disimuladamente y vi que uno de ellos, rubio, alto y escuálido, tenía dos agujeros rodeados de costurones en lugar de orejas, como los reos de falsificación.

Seguramente lo habían condenado por recortar monedas y usar el oro para hacer copias falsas.

—¿Y les permitís entrar?

—Ésos no están en la calle por gusto —gruñó el posadero—. Ni ellos ni cientos como ellos... —añadió y, tal vez temiendo haber hablado demasiado, se marchó a toda prisa.

—Creo que es un buen momento para retirarnos —le dije a Mark cogiendo una de las velas de la mesa.

El muchacho asintió y, tras apurar las cervezas, nos dirigimos hacia la escalera. Al pasar junto a los criados de la abadía, mi capa rozó accidentalmente el hábito del hombretón.

—Ahora estás gafado, Edwin —dijo uno de sus compinches alzando la voz—. Si quieres recuperar la buena suerte, tendrás que tocar a un enano.

Los tres hombres rieron a carcajadas. Vi que Mark se volvía hacia ellos y lo agarré del brazo.

—No —le susurré—. No quiero jaleos. ¡Vamos!

Tuve que obligarlo a subir la empinada escalera y empujarlo al interior de la habitación, donde encontramos nuestras cosas colocadas al pie de los dos camastros. Nuestra entrada asustó a la población de ratas del techo de paja, que oíamos corretear sobre nuestras cabezas.

Nos sentamos y nos quitamos las botas.

—¿Por qué debemos aguantar los insultos de esos patanes? —exclamó Mark, furioso.

—Estamos en territorio hostil. La gente del Weald sigue siendo papista. Seguro que el cura de esa iglesia les dice todos los domingos que recen por la muerte del rey y el regreso del Papa.

—Creía que era la primera vez que veníais por aquí.

Mark estiró los pies hacia el grueso tubo de la chimenea, que subía hasta al techo por el centro del cuarto y constituía la única fuente de calor.

—Cuidado con los sabañones... Es la primera vez, pero, desde la revuelta del año pasado, los espías de lord Cromwell le envían información desde todos los condados. Llevo copias en mi bolsa.

Mark se volvió hacia mí.

—A veces, ¿no os resulta pesado tener que pensar siempre en lo que decís cuando habláis con extraños, por miedo a que se os escape algo que un enemigo pueda utilizar para acusaros de traición? Antes no era así.

—Éste es el peor momento, pero las cosas mejorarán.

—¿Cuando se cierren todos los monasterios?

—Sí. Porque entonces la Reforma estará segura. Y lord Cromwell tendrá suficiente dinero para proteger el reino contra una invasión y hacer muchas cosas por el pueblo. Tiene grandes planes.

—Cuando los de Desamortización hayan acabado de sacar tajada, ¿quedará algo para comprar siquiera capas nuevas a patanes como los de ahí abajo?

—Quedará, Mark, quedará —respondí con convicción—. Los grandes monasterios poseen riquezas inimaginables. ¿Y qué dan ellos a los pobres, a pesar de que su deber es hacer caridad? Aún me acuerdo de los indigentes que se arremolinaban ante las puertas de Lichfield los días de limosna, de los niños harapientos que se empujaban y se daban patadas para conseguir los cuartos de penique que les arrojaban a través de los barrotes. Me daba vergüenza ir a la escuela. A una escuela como aquélla. Bueno, pues ahora habrá escuelas decentes en todas las parroquias, pagadas por el erario del rey. —Mark arqueó las cejas con incredulidad—. ¡Por amor de Dios, Mark! —exclamé, exasperado por su escepticismo—. Aparta los pies del tubo. ¡Huelen peor que el estofado de cordero!

El muchacho se metió en la cama y clavó los ojos en el techo de paja.

—Espero que tengáis razón, señor. Pero mi experiencia en el Tribunal de Desamortización me ha hecho dudar de la caridad de los hombres.

—Hasta en el pecador más contumaz hay una chispa divina, que va obrando lentamente. Y lord Cromwell la tiene, a pesar de su dureza. Ten fe —añadí con suavidad.

Sin embargo, mientras le hablaba, recordé el siniestro placer con que el vicario general había hablado de quemar monjes con la madera de sus propias imágenes y volví a verlo agitando el relicario con el cráneo de la joven virgen.

—¿La fe... moverá montañas? —me preguntó Mark al cabo de unos instantes.

—¡Por los clavos de Cristo! —exploté—. En mis tiempos, los idealistas eran los jóvenes, y los cínicos, los viejos. Estoy demasiado cansado para seguir discutiendo. Buenas noches.

Empecé a desnudarme, apurado, porque no me gusta mostrar mi deformidad, pero Mark tuvo la delicadeza de volverse mientras nos quitábamos la ropa y nos poníamos los camisones.

Muerto de cansancio, me metí en la combada cama, apagué la llama de la vela y recé mis oraciones. Pero todavía permanecí despierto largo rato, escuchando la acompasada respiración de Mark y el renovado corretear de las ratas, atraídas hacia el centro del techo por el calor de la chimenea.



Aunque, como de costumbre, había procurado hacer caso omiso, las miradas que los aldeanos habían lanzado a mi joroba y el comentario del criado del monasterio me habían hecho sentir una familiar punzada de dolor que se me había asentado en el estómago y había acabado con mi buen humor. Durante toda mi vida he procurado hacer oídos sordos a los insultos, aunque cuando era joven me costaba no enfurecerme y gritar. He conocido a muchos lisiados cuyas mentes se han deformado,

tanto como sus cuerpos, bajo el peso de los insultos y las burlas; miran al mundo con odio, con expresión irritada, y se vuelven para cubrir de improperios a los muchachos que los acosan por la calle. Es mejor no hacer caso y seguir con la vida que Dios ha querido darnos.

No obstante, recordé cierta ocasión en que eso no me fue posible. Fue un hecho que cambió mi vida. Yo tenía quince años y estudiaba en la escuela catedralicia de Lichfield. Como alumno veterano, los domingos tenía que asistir, y a veces ayudar, a misa, lo cual me parecía maravilloso, después de pasarme la semana peleándome con los libros para intentar descifrar el griego y el latín que tan mal nos enseñaba el hermano Andrew, un canónigo rechoncho que sentía debilidad por la botella.

La catedral estaba inundada por la luz de las innumerables velas que titilaban frente al altar, junto a las imágenes y el ornamentado cancel que separaba el coro de la nave. Yo prefería los días en que no ayudaba a misa y me sentaba con los demás. Al otro lado del cancel, el sacerdote decía la misa en un latín que yo empezaba a entender, y el eco de sus palabras resonaba en la nave, mezclado con las respuestas de la congregación.

Hace tanto tiempo que ha desaparecido la antigua misa que es difícil explicar la sensación de misterio que transmitía: el incienso, la solemne musicalidad del latín, el tintineo de la campanilla mientras el sacerdote alzaba el pan y el vino, convirtiéndolos, como creíamos todos, en la carne y la sangre de Jesucristo...

A lo largo de todo aquel año mi cabeza se había ido llenando de fervor religioso. Al contemplar los rostros de la congregación, serenos y respetuosos, había acabado por considerar a la Iglesia como una gran comunidad que incluía a vivos y muertos y, aunque sólo fuera por unas horas, transformaba a los fieles en el obediente rebaño del Gran Pastor. Yo me sentía llamado a servir a ese rebaño y me decía que, como sacerdote, podría ser un guía de mis semejantes y ganarme su respeto.

Sin embargo, el hermano Andrew no tardó en desengañarme el día en que, temblando por la trascendencia de lo que tenía que decir, fui a hablar con él a su pequeño despacho del fondo del aula. Era el final de la jornada; sentado a su escritorio, el hermano examinaba un pergamino con los ojos enrojecidos y el hábito manchado de tinta y comida. Tartamudeando, le dije que creía tener vocación y que deseaba estudiar para ordenarme.

Esperaba que me preguntara por mi fe, pero se limitó a hacer un gesto de desdén con una de sus regordetas manos.

—Tú nunca podrás ser sacerdote, muchacho —me dijo—. ¿No lo comprendes? No me hagas perder el tiempo con tonterías.

Sus blancas cejas se fruncieron con irritación. No se había afeitado; en sus rollizas y enrojecidas mejillas los cañones de la barba parecían escarcha.

—No lo entiendo, hermano. ¿Por qué no?

El canónigo suspiró, lanzándome una vaharada de alcohol a la cara.

—Señor Shardlake, sabéis por el Génesis que Dios nos hizo a su imagen y

semejanza, ¿verdad?

—Desde luego, hermano Andrew.

—Para servir a su Iglesia tenéis que conformaros a esa imagen. Nadie con un defecto visible, aunque no sea más que un miembro atrofiado, y por supuesto nadie con una joroba tan grande como la vuestra, podrá ser sacerdote jamás. ¿Cómo vais a ofreceros de intercesor entre el común de la humanidad pecadora y la majestad de Dios, cuando vuestra forma es tan inferior a la de ambos?

Me sentí como si de pronto me hubieran cubierto de hielo.

—Eso no puede ser cierto. Es cruel.

—¿Pones en duda las enseñanzas de la Santa Iglesia, muchacho? —gritó el hermano Andrew con el rostro lívido—. ¿Y tú quieres ser sacerdote? ¿Qué clase de sacerdote, un hereje lollardo?

Miré a aquel hombre repantigado en su sillón, con el hábito manchado de comida y la cara congestionada y sin afeitar.

—Debería parecerme a vos, ¿no es eso? —le espeté sin pensar.

El canónigo se levantó con un rugido y me abofeteó la oreja con todas sus fuerzas.

—¡Maldito patán giboso! ¡Fuera de aquí!

Salí corriendo del despacho con los oídos zumbándome. El hermano Andrew estaba demasiado gordo para perseguirme (murió de un ataque fulminante un año después), y yo huí de la catedral y volví a casa renqueando por los caminos en penumbra, con el corazón destrozado. Cerca de la granja, me senté en una cerca y contemplé el ocaso de aquel día de primavera, una primavera que parecía burlarse de mí con su verde fecundidad.

Sentía que, si la Iglesia no me aceptaba, no tenía adonde ir, estaba solo.

Y, de pronto, mientras me hallaba sentado en la penumbra, Cristo me habló. Es lo que ocurrió, así que no hay otro modo de decirlo. Oí una voz dentro de mi cabeza, una voz que salía de mi interior pero que no era la mía. «No estás solo», dijo, y de improviso un inmenso calor, una sensación de amor y paz, inundó mi ser. No sé cuánto rato permanecí allí, respirando profundamente, pero ese momento cambió mi vida. El propio Cristo me había consolado de las palabras de una Iglesia que se suponía era la suya. Nunca había oído aquella voz y, aunque esa noche, mientras rezaba arrodillado, deseé que volviera a hablarme, y seguí deseándolo durante semanas, meses y años, nunca volví a oírla. Pero quizá una vez en la vida sea suficiente. Otros ni siquiera han tenido eso.



Partimos al rayar el alba, antes de que la aldea despertara. Yo continuaba de un humor sombrío, de modo que apenas hablamos. Había caído una fuerte helada, y la tierra y los árboles estaban blancos, pero afortunadamente, cuando abandonamos el

pueblo y empezamos a avanzar entre los empinados ribazos del camino, seguía sin nevar.

Cabalgamos durante toda la mañana y las primeras horas de la tarde. Al fin, el bosque empezó a clarear y llegamos a una zona de campos de cultivo que se extendían hasta el pie de las South Downs. Tomamos un sendero que ascendía por la ladera, en la que pastaban ovejas de aspecto greñudo. Al llegar a la cima, el mar apareció a nuestros pies, salpicado de mansas olas grises. A nuestra derecha, un río serpenteaba entre promontorios hasta su desembocadura, en la que formaba una extensa marisma. En el borde del terreno pantanoso, se veía una pequeña ciudad y, a un cuarto de legua, rodeado por una alta muralla, se alzaba un conjunto de edificios de gastada piedra amarilla entre los que descollaba una espléndida iglesia normanda casi tan grande como una catedral.

—El monasterio de Scarnsea —murmuré.

—«El Señor nos ha traído sanos y salvos a través de nuestras tribulaciones» —citó Mark.

—Mucho me temo que no serán las últimas —repuse.

Cuando empezábamos a descender por la colma, el viento trajo del mar los primeros copos de nieve.

Capítulo 4

BAJAMOS POR LA LADERA con precaución hasta el camino que conducía a la ciudad. Los caballos estaban nerviosos y cabeceaban asustados ante los copos que les caían en la cara. Afortunadamente, dejó de nevar en cuanto llegamos a Scarnsea.

—¿Visitamos primero al juez? —me preguntó Mark.

—No, debemos llegar hoy al monasterio; si vuelve a nevar, tendremos que pasar la noche aquí.

Avanzamos por el empedrado de la calle principal, arrimados a la pared de los edificios para evitar que nos cayera encima el contenido de algún orinal. Los pisos superiores de las antiguas casas se inclinaban sobre la calzada. La madera y el yeso de muchas fachadas estaban podridos y las tiendas tenían un aspecto miserable. La poca gente con la que nos cruzábamos nos miraba con indiferencia.

Llegamos a la plaza mayor. En tres de sus lados se alzaban edificios tan deteriorados como los que acabábamos de ver, mientras que el cuarto estaba ocupado por un ancho muelle de piedra. Sin duda, en otros tiempos el mar había llegado hasta allí, pero ahora la plaza daba al barro y a los cañaverales de la marisma, que, inhóspita y sombría bajo el gris del cielo, despedía un olor a sal y podredumbre. Un canal, cuya anchura apenas permitía el paso de un barco pequeño, trazaba una larga cinta hasta el mar, una franja plomiza de un cuarto de legua de largo. En medio de la marisma, un grupo de hombres reforzaba las márgenes del canal con las piedras que descargaban de las alforjas de una reata de asnos.

Era evidente que había habido jolgorio hacía poco, porque en el otro extremo de la plaza se veía un grupo de mujeres parloteando junto al cepo municipal y el suelo estaba cubierto de frutas y verduras podridas. En medio del corro, sentada en un taburete, había una mujer gruesa de mediana edad y aspecto miserable, con los pies atrapados en el cepo, la ropa manchada de huevo y pulpa de frutas y la cabeza cubierta con un gorro triangular con la R de «regañona» pintarrajeada en él. Estaba bebiendo una jarra de cerveza que le había dado una de las mujeres y parecía de muy buen humor, pero tenía la cara amoratada y tumefacta y los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos. Al vernos, levantó la jarra y nos hizo una mueca. En ese momento, un grupo de niños cargados con calabazas podridas irrumpió en la plaza corriendo y riendo, y una de las mujeres se encaró con ellos.

—¡Fuera de aquí! —les gritó con un acento tan cerrado y gutural como el de los rústicos—. La comadre Thomas ha aprendido la lección y dejará tranquilo a su marido. La soltarán dentro de una hora. ¡Fuera!

Los niños dieron media vuelta y se conformaron con lanzar insultos desde una

distancia prudencial.

—Parece que aquí la gente es bastante civilizada —comentó Mark.

Asentí. En los cepos de Londres, lo habitual era hacer puntería a los dientes y los ojos del reo con afiladas piedras.

Abandonamos la ciudad y tomamos el camino del monasterio, que discurría entre las cañas y los charcos de agua estancada de la marisma. Me sorprendió que hubiera caminos en aquel inmundo lodazal, aunque, de no haberlos, los hombres y los animales que habíamos visto desde la plaza no habrían podido llegar hasta allí.

—En otros tiempos, Scarnsea era un puerto muy próspero —le expliqué a Mark—. La arena y el cieno han formado este marjal en unos cien años. No me extraña que la ciudad sea tan pobre; por el canal apenas puede navegar una barca.

—¿De qué vive la gente?

—De la pesca y la ganadería. Y del contrabando con Francia, me atrevería a decir. Tienen que pagar rentas y alimentar a esos zánganos del monasterio. Scarnsea fue concedido como feudo a un caballero de Guillermo el Conquistador, el cual dio tierras a los benedictinos e hizo construir el monasterio, que fue pagado con impuestos ingleses, por supuesto.

El tañido de una campana resonó ensordecedoramente en el silencio de la marisma.

—Nos han visto llegar —dijo Mark, y se echó a reír.

—Tendrían que tener muy buena vista. A no ser que se trate de uno de sus milagros. ¡Por las llagas de Cristo, qué fuerte suenan!

Las campanadas, que parecían resonar en el interior de mi cráneo, continuaron mientras nos acercábamos a la muralla. Yo estaba agotado y mi dolor de espalda había ido en aumento a medida que avanzaba el día, de modo que iba medio tumbado sobre el ancho lomo de *Chancery*. Me erguí; tenía que imponer respeto en el monasterio desde el principio. Ahora podía apreciar las auténticas dimensiones del lugar. Los muros, recubiertos con piedras sujetas con yeso, tenían cuatro varas de altura y las fachadas laterales se extendían desde el camino hasta el borde de la marisma. Las puertas estaban protegidas por una gran torre normanda; cuando nos acercábamos a ella, vimos salir un carro tirado por dos grandes percherones, cargado con barriles. Detuvimos los caballos para dejarlo pasar, y el carretero se llevó la mano a la gorra y continuó traqueteando hacia la ciudad.

—Cerveza —comenté.

—¿Barriles vacíos? —preguntó Mark.

—No, llenos. La destilería del monasterio tiene la prerrogativa de proveer de cerveza a la ciudad. Al precio que fijen ellos. Está en la carta fundacional de la ciudad.

—De modo que, si alguien se emborracha, lo hace con cerveza santa...

—Es algo bastante habitual. Los fundadores normandos les facilitaban la vida a los monjes a cambio de que rezaran por sus almas a perpetuidad. Todo el mundo salía

ganando, menos los que lo pagaban todo. ¡Gracias a Dios que han parado las campanas! —exclamé, y respiré hondo—. Bueno, entremos. Mantente callado y haz lo que yo haga.

Nos acercamos a la torre de entrada, un edificio imponente adornado con relieves de animales heráldicos. Las puertas estaban cerradas. Al levantar la cabeza, vi una cara asomada a la ventana del primer piso, donde vivía el portero, que se ocultó rápidamente. Desmonté y aporreé un portillo practicado en el muro. Al cabo de unos instantes, un individuo alto y corpulento, con la cabeza tan pelada como un huevo y un grasiento delantal de cuero atado a la cintura, apareció en el umbral y nos miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué buscáis aquí?

—Soy el comisionado del rey. Haz el favor de llevarnos ante el abad —respondí con sequedad.

El hombre nos miró con suspicacia.

—No esperamos a nadie. Esto es un monasterio de clausura. ¿Tenéis papeles?

Me metí la mano bajo la ropa y le tendí mi documentación.

—El monasterio de San Donato Ascendente de Scarnsea es una casa benedictina, no un monasterio de clausura. La gente puede entrar y salir a conveniencia del abad. A no ser que nos hayamos equivocado de monasterio... —añadí con sorna. El botarate miró los papeles, luego a mí y me los devolvió. Era evidente que no sabía leer—. Me los has adornado con un par de buenos manchones, amigo. ¿Cómo te llamas?

—Bugge —murmuró el portero—. Veré si el abad puede recibiros... —dijo apartándose y dejando que entráramos con los caballos a un amplio espacio bajo los pilares que sostenían la torre—. Tened la bondad de esperar.

Asentí, y el hombre dio media vuelta y se alejó corriendo. Pasé entre los pilares y eché un vistazo al patio. Frente a mí se alzaba la espléndida iglesia del monasterio, sólidamente construida con piedra blanca que el tiempo había amarilleado. Como el resto de los edificios, era de caliza francesa y estilo normando, con anchos ventanales, en contraposición al gusto contemporáneo por las ventanas altas y estrechas y los arcos que se elevan hacia el cielo. A pesar de sus proporciones —noventa varas de largo con torres gemelas de treinta varas de altura— producía una impresión de maciza solidez, de enraizamiento en la tierra.

A la izquierda, pegados a la muralla, se alineaban los edificios auxiliares: el taller de cantería, los establos, la destilería... El patio bullía con una actividad que me resultaba familiar de la época de Lichfield; proveedores y criados iban de aquí para allá parándose a conversar con monjes tonsurados y vestidos con negros hábitos de benedictinos; hábitos de buena lana, advertí, bajo los que asomaban cómodos zapatos de cuero. El suelo era de tierra apisonada y cubierta con paja. Por todas partes se veían enormes perros de caza ladrando y orinando contra las paredes. Como de costumbre, el ambiente era más propio de un mercado que de un recoleto refugio del

mundo.

A la derecha de la iglesia se encontraban los edificios claustrales en los que vivían y oraban los monjes. La esquina de la muralla estaba ocupada por un edificio independiente de una sola altura, con un hermoso herbario de plantas cuidadosamente apuntaladas y etiquetadas en la parte delantera. Supuse que era la enfermería.

—Bueno, ¿qué opinas ahora de los monasterios? —pregunté volviéndome hacia Mark.

El muchacho le propinó una patada a un perro que se le había acercado enseñándole los dientes. El animal retrocedió y ladró con furia.

—No me lo imaginaba tan grande. Podría cobijar a doscientos hombres durante un asedio.

—Buena observación. Lo construyeron para cien monjes y cien criados. Ahora, según la *Comperta*, todo esto, los edificios, las tierras, los privilegios, lo disfrutaban treinta monjes, con sesenta criados, que viven de las rentas.

—Han advertido nuestra presencia, señor —murmuró Mark.

En efecto, los persistentes ladridos del animal habían atraído hacia nosotros las miradas de todo el patio, miradas hostiles que iban de un lado a otro entre murmullos. Sin embargo, un monje alto y delgado, que estaba apoyado en un bastón junto al muro de la iglesia, nos miraba con insistencia. Su blanco hábito y el largo escapulario que le colgaba del cuello contrastaban con el negro riguroso de los benedictinos.

—Parece que es un cartujo —murmuré.

—Creía que habían cerrado todas las casas de esa orden y ejecutado a la mitad de los monjes por traición.

—Y creías bien. ¿Qué hará aquí?

Oí toser a mis espaldas. El portero había vuelto acompañado por un monje bajo y rechoncho de unos cuarenta años. La franja de pelo que rodeaba su tonsura era castaña con hebras grises y la dureza de su rubicundo rostro quedaba atenuada por las redondeces y adiposidades de la buena vida. La insignia cosida a la pechera del hábito representaba una llave. Tras él, había un muchacho pelirrojo de aspecto nervioso vestido con el hábito gris de los novicios.

—Muy bien, Bugge —dijo el recién llegado con el áspero y claro acento de los escoceses—, ya puedes volver a tus obligaciones. —El portero dio media vuelta a regañadientes—. Soy el prior, hermano Mortimus de Kelso.

—¿Dónde está el abad?

—En estos momentos, se encuentra ausente. Yo soy el segundo director del monasterio y responsable de la administración diaria de San Donato —dijo el hermano Mortimus, observándonos con atención—. ¿Venís en respuesta a la carta del doctor Goodhops? No ha aparecido ningún mensajero anunciando vuestra llegada; me temo que no hay alojamiento preparado.

Di un paso atrás, porque me había llegado un olor nada agradable. Por mis años con los monjes, sabía de su apego a la vieja creencia de que lavarse no es sano, lo que

los llevaba a no hacerlo más que media docena de veces al año.

—Lord Cromwell nos ordenó partir de inmediato. Soy el doctor Matthew Shardlake, comisionado designado para investigar los hechos que mencionaba el doctor Goodhops en su carta.

—Bienvenido al monasterio de San Donato —respondió el prior inclinando la cabeza—. Os pido disculpas por el comportamiento de nuestro portero, pero las circunstancias aconsejan que nos mantengamos tan aislados del mundo como sea posible.

—Nuestro asunto es urgente, hermano Mortimus —repliqué con viveza—. Decidme, por favor, ¿es cierto que Robin Singleton ha muerto?

El rostro del prior se ensombreció.

—Lo es —respondió persignándose—. Brutalmente asesinado por un desconocido. Ha sido una terrible desgracia.

—Entonces, tenemos que ver al abad de inmediato.

—Os llevaré a su casa. No tardará en volver. Rezo para que podáis arrojar luz sobre lo ocurrido aquí. Sangre derramada en un lugar sagrado... Peor aún. —El prior sacudió la cabeza y, cambiando súbitamente de actitud, se volvió hacia el muchacho, que nos miraba con ojos como platos, y le gritó—: ¡Los caballos, Whelplay! ¡Al establo!

El novicio era apenas un niño, delgado y de aspecto frágil, que parecía más cerca de los dieciséis años que de los dieciocho que eran necesarios para hacer el noviciado. Bajé la alforja que contenía mis documentos y se la di a Mark, mientras el novicio cogía las riendas de los animales. Tras dar unos pasos, se volvió para mirarnos y, al hacerlo, resbaló en un montón de excrementos de perro, cayó de espaldas y aterrizó en el suelo con un ruido seco. Los caballos relincharon asustados y todos los que estaban en el patio rompieron a reír. El rostro del prior Mortimus enrojeció de ira. Se acercó al chico, que se estaba levantando, le dio un empujón y volvió a lanzarlo sobre la inmundicia. Las carcajadas redoblaron.

—¡Por las llagas de Cristo que eres un asno, Whelplay! —gritó el prior—. ¿Quieres espantar a los caballos del comisionado del rey?

—No, señor prior —murmuró el chico con voz temblorosa—. Os ruego que me perdonéis.

Me acerqué, cogí las riendas de *Chancery* y ofrecí la otra mano al novicio, procurando no rozar su hábito cubierto de excrementos.

—Los caballos se espantarán con todo este escándalo —dije con voz suave—. No te apures, muchacho, puede pasarle a cualquiera. —Le tendí las riendas y, tras lanzar una rápida mirada al congestionado rostro del prior, el novicio se alejó con los animales—. Ahora, señor, si nos mostráis el camino... —murmuré volviéndome hacia el hermano Mortimus.

El escocés me miró de hito en hito. Ahora tenía el rostro morado.

—Con todos mis respetos, señor, yo soy el responsable de la disciplina en esta

casa. El rey ha ordenado muchos cambios en nuestras vidas, y nuestros hermanos más jóvenes necesitan aprender obediencia más que nunca.

—¿Tenéis problemas para que vuestros jóvenes hermanos obedezcan las nuevas disposiciones de lord Cromwell?

—No, señor, no los tengo. Siempre que se permita usar la disciplina.

—¿Por resbalar en una mierda de perro? —repliqué sin alterarme—. ¿No sería mejor aplicar la disciplina a los perros y mantenerlos fuera del patio?

El prior parecía a punto de replicarme, pero, para mi sorpresa, soltó una áspera carcajada.

—Tenéis razón, señor, pero el abad no quiere encerrarlos. Le gusta que estén en forma cuando sale a cazar.

Mientras el prior hablaba, yo observaba su rostro, que pasó del púrpura al rojo del principio. Pensé que debía de ser un hombre con unos ataques de cólera terribles.

—¿A cazar? Me pregunto qué habría dicho de eso san Benito.

—El abad tiene sus propias reglas —respondió el prior mirándome significativamente.

Lo seguimos en dirección a un hermoso edificio de dos plantas, rodeado por un jardín de rosas. Era una residencia digna de un caballero que no habría desentonado en Chancery Lane. Al pasar delante del establo, vi al novicio, que metía mi caballo en un pesebre. El muchacho se volvió y me miró con una extraña intensidad. Dejamos atrás la destilería y la forja, cuyo resplandor resultaba especialmente agradable con aquel frío, y pasamos por delante de otro taller en cuyo interior se veían varios bloques de piedra tallada y ornamentada. En la puerta, un hombre de barba gris con delantal de cantero examinaba los planos que había tendidos sobre un tablero. A su lado, dos monjes discutían acaloradamente.

—No p-puede ser —dijo el hermano de más edad con firmeza. Era un cuarentón rechoncho, con una franja de pelo rizado en torno a la tonsura, cara redonda y ojillos negros y duros. Sus regordetes dedos revolotearon sobre los planos—. Si utilizamos piedra de Caen, agotaremos el presupuesto de los próximos tres años.

—No puede hacerse más barato —aseguró el cantero—, si queremos hacerlo bien.

—Hay que hacerlo bien —afirmó enfáticamente el otro monje con voz profunda y sonora—. De lo contrario, destruiremos la simetría de la iglesia y saltará a la vista la diferencia de revestimientos. Si no estáis de acuerdo, hermano tesorero, tendré que hablar con el abad.

—Hacedlo. No os servirá de nada —replicó el otro, que, al advertir nuestra presencia, nos clavó sus ojillos negros y se inclinó sobre los planos.

El monje joven nos observó con detenimiento. Aparentaba unos treinta años. Era alto y fuerte y tenía un rostro agradable de marcadas facciones y una corona de abundante pelo rubio, tieso como la paja. Sus ojos eran grandes, de un azul pálido y límpido. Dirigió una larga mirada a Mark, que se la devolvió con frialdad, al tiempo

que se inclinaba ante el prior. Éste se limitó a responder con un rápido movimiento de cabeza.

—Interesante —le susurré a Mark—. Se comportan como si sobre el monasterio no pesara ninguna amenaza. Hablan de restaurar la iglesia como si las cosas fueran a seguir igual eternamente.

—¿Habéis advertido cómo me ha mirado el alto?

—Sí. Eso también ha sido muy interesante.

Pasábamos junto al crucero de la iglesia, cerca ya de la casa, cuando una figura blanca salió de detrás de un contrafuerte y nos cortó el paso. Era el cartujo que habíamos visto mientras esperábamos en la entrada.

—¡No quiero problemas, hermano Jerome! —le espetó el prior, apresurándose a interponerse entre él y nosotros—. ¡Volved a vuestras oraciones!

El cartujo pasó junto a él sin prestarle más atención que una breve mirada de desprecio. Vi que arrastraba la pierna derecha y que se ayudaba de una muleta que sujetaba con firmeza bajo la axila derecha. El otro brazo le colgaba junto al costado y la mano formaba con él un ángulo extraño. Era un hombre nervudo, de unos sesenta años, de pelo enmarañado alrededor de la tonsura y más blanco que su mugriento y deshilachado hábito. En su pálido y alargado rostro, los ojos brillaban con una intensidad feroz que indicaba su empeño en penetrar en las almas. Eludió el brazo extendido del prior con sorprendente agilidad y se encaró conmigo.

—¿Sois el hombre de lord Cromwell? —me preguntó con voz cascada y temblorosa.

—Lo soy, señor.

—Entonces, debéis saber que quien empuña la espada, a espada morirá.

—Mateo veintiséis, versículo cincuenta y dos —respondí—. ¿Qué queréis decir? —le pregunté pensando en lo que había ocurrido allí hacía unos días—. ¿Es una confesión?

El cartujo rió despectivamente.

—No, jorobado, es la palabra de Dios, y es verdad.

El prior Mortimus lo agarró del brazo sano sin miramientos, pero el anciano se soltó de un tirón y se alejó renqueando.

—No le hagáis caso, por favor. —El prior se había puesto tan pálido que las venillas rotas destacaban bajo la piel de sus mejillas—. Está mal de la cabeza —añadió apretando los labios.

—¿Quién es? ¿Qué hace aquí un cartujo?

—Es un pensionista. Lo aceptamos como favor a su primo, que tiene propiedades en los alrededores. Por caridad hacia su condición.

—¿En qué casa estaba?

El prior vaciló.

—En la de Londres. Es conocido como Jerome de Londres.

—¿Donde el prior Houghton y la mitad de los monjes fueron ejecutados por

negarse a jurar lealtad al rey? —le pregunté, perplejo.

—El hermano Jerome pronunció el juramento..., aunque al final, después de que lord Cromwell lo sometiera a ciertas presiones. —El prior me miró con dureza—. ¿Comprendéis?

—¿Lo sometieron al potro?

—Hasta que no pudo soportar el dolor. Aquello lo trastornó. Pero lo merecía, por su deslealtad, ¿no es cierto? Y ya veis cómo paga nuestra caridad. Pero esto no quedará así.

—¿Qué ha querido decir exactamente?

—Sabe Dios. Ya os lo he dicho, está loco.

Mortimus reanudó la marcha. Cruzamos la valla de madera y entramos en el jardín del abad, donde un puñado de pálidas rosas de invierno destacaban en las desnudas y espinosas ramas. Volví la cabeza, pero el monje tullido había desaparecido. Al recordar la intensidad de su mirada, sentí un estremecimiento.

Capítulo 5

EL PRIOR LLAMÓ a la puerta y, al cabo de unos instantes, un hombre grueso con el hábito azul de los sirvientes apareció en el umbral y nos miró con desconfianza.

—Visita urgente para su reverencia, del vicario general. ¿Está en casa?

El criado nos hizo una profunda reverencia.

—Qué asesinato tan horrible —murmuró santiguándose con fervor—. No teníamos noticia de vuestra visita, señores. El abad Fabián aún no ha vuelto, aunque lo esperamos de un momento a otro. Pero pasad, por favor.

Entramos en un amplio vestíbulo cuyas paredes estaban revestidas de paneles de madera pintados con escenas de caza.

—Quizá deberíais esperar en la antesala.

—¿Dónde está el doctor Goodhops?

—Arriba, en su habitación.

—Entonces, lo veremos a él en primer lugar.

El prior le hizo un gesto al criado, que nos precedió al piso superior por la amplia escalera. El prior se detuvo ante una puerta y la golpeó con los nudillos. Oímos una voz medrosa al otro lado e, instantes después, el ruido de una llave que giraba en la cerradura. La puerta se abrió unos dedos, y un rostro alargado, coronado por una mata de encrespado pelo blanco, se asomó y nos miró con temor.

—¡Hermano Mortimus! —exclamó el anciano con aspereza—. ¿Por qué golpeáis la puerta de esa manera? Me habéis asustado.

Una sonrisa irónica distendió brevemente el rostro del prior.

—¿De veras? Perdonadme. Ahora ya estáis seguro, mi buen doctor. Lord Cromwell ha enviado un emisario, un nuevo comisionado.

—¿Doctor Goodhops? —le pregunté al anciano—. Soy el comisionado Matthew Shardlake. Me han enviado en respuesta a vuestra carta. Vengo de parte de lord Cromwell.

El anciano me observó dubitativo durante unos instantes, abrió la puerta y nos permitió entrar en su dormitorio. Era una habitación acogedora, con una cama con dosel y cortinas, mullidos cojines repartidos por el suelo y una ventana que daba al bullicioso patio. En un rincón había una pila de libros y sobre ella una bandeja con una jarra de vino y varias copas de peltre. En la chimenea ardían unos troncos, y Mark y yo nos acercamos de inmediato, pues estábamos helados hasta los huesos.

—Gracias, hermano —dije volviéndome hacia el prior, que se había quedado en el umbral y nos observaba con desconfianza—. Os agradecería que me informaraís cuando llegue el abad.

El hermano Mortimus inclinó la cabeza y salió de la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Echad la llave, en nombre de nuestro Salvador —gruñó el anciano, retorciéndose las manos. El pelo desgredado y la negra toga de abogado, arrugada y mugrienta, le daban un aspecto lamentable. Por su aliento, deduje que ya había probado el vino—. Así que la carta llegó... ¡Alabado sea Dios! Temía que la interceptaran. ¿Cuántos sois?

—Nosotros dos. ¿Puedo sentarme? —pregunté agachándome con precaución hacia los cojines.

Apenas me senté, sentí un enorme alivio en la espalda. En ese momento, el doctor Goodhops advirtió mi deformidad, y miró a Mark, que estaba desciñéndose la pesada espada.

—El muchacho..., ¿es un espadachín? ¿Puede protegernos?

—Sí, si es necesario. ¿Podríamos necesitar protección?

—En este lugar, señor, después de lo que ha ocurrido... Estamos rodeados de enemigos, doctor Shardlake.

Era evidente que estaba aterrorizado, de modo que esbocé una sonrisa tranquilizadora. Un testigo nervioso, al igual que un caballo nervioso, necesita que lo calmen.

—Tranquilizaos, doctor Goodhops. Estamos cansados y agradeceríamos un poco de ese vino mientras nos contáis qué ocurrió exactamente.

—¡Oh, doctor Shardlake, por Dios Misericordioso, la sangre!...

—Empezad desde el principio —lo atajé alzando una mano—. Desde el momento de vuestra llegada.

El anciano nos sirvió vino, se sentó en la cama y soltó un suspiro.

—Yo no quería venir —dijo pasándose los dedos por la blanca pelambrera—. He pasado años cultivando las viñas de Cambridge y luchando por la Reforma desde el principio. Ya soy demasiado viejo para este tipo de trabajos. Pero Robin Singleton fue alumno mío y me pidió que lo ayudara a obtener la cesión de esta endemoniada casa. Necesitaba un canonista, ¿comprendéis? Además, no podía oponerme a los deseos del vicario general —añadió con resquemor.

—Eso es difícil —reconocí—. De modo que llegasteis aquí... ¿cuándo? ¿Hace una semana?

—Sí. Fue un viaje duro.

—¿Cómo se desarrollaron las negociaciones?

—Mal, señor, como había imaginado. Singleton llegó aquí despotricando, diciendo que ésta era una casa corrompida y pecadora, y que más les valdría aceptar las pensiones que les ofrecía y ceder. Pero el abad Fabián ni se inmutó; le gusta demasiado la vida que lleva aquí, jugar a ser terrateniente y mandar sobre administradores y alguaciles. ¿Sabíais que no era más que el hijo del tabernero de Scarnsea? —Goodhops apuró la copa y se sirvió otra. Solo como estaba aquel pobre

viejo, no podía culparlo por buscar refugio en la bebida—. El abad Fabián no es tonto. Sabía que, después de la rebelión del norte, no habría más cesiones forzadas. Singleton me dijo que buscara en mis libros algo con lo que pudiéramos amenazarlo. Le respondí que estaba perdiendo el tiempo, pero Robin nunca se distinguió por su inteligencia; su método consistía en avasallar. ¡Que Dios se apiade de su alma! —añadió, pero, como buen reformista, no se santiguó.

—Lo que decís es cierto —admití—, a no ser que existan otras violaciones de la ley. Si no recuerdo mal, se ha hablado de sodomía y de robo. Ambos, delitos capitales.

Goodhaps soltó un suspiro.

—Por una vez, lord Cromwell estaba equivocado. El juez de paz es un buen reformista, pero sus informes sobre ventas de tierras por debajo de su valor no tienen fundamento. En los libros de cuentas no hay pruebas de ninguna irregularidad.

—¿Y los rumores sobre sodomía?

—Nada. El abad asegura que todos se han reformado desde la inspección. El anterior prior consentía esas prácticas nefandas, pero fue expulsado con dos de los más corruptos y sustituido por ese bruto escocés.

Vacíé mi copa, pero me abstuve de pedir más. Estaba muerto de cansancio y, con el vino y el calor del fuego, me estaban entrando ganas de tumbarme y dormir; sin embargo, necesitaba tener la cabeza despejada durante unas horas más.

—¿Qué opináis de los hermanos?

El doctor Goodhaps se encogió de hombros.

—Son como todos. Perezosos y despreocupados. Juegan a las cartas, cazan (ya habréis advertido que esto está plagado de perros) y se saltan los oficios, pero cumplen las ordenanzas, dicen la misa en inglés y no tienen mujerzuelas rondando por el monasterio. Este prior impone una disciplina férrea. Presume de respaldar las disposiciones de lord Cromwell, pero me inspira tan poca confianza como los demás. Los obedienciaros son listos, todo suavidad, pero bajo la superficie siguen apegados a las viejas herejías, aunque no lo exteriorizan. Salvo ese cartujo tullido, claro, pero él no forma parte de la comunidad.

—¡Ah, sí, el hermano Jerome! Nos hemos cruzado con él.

—¿No sabéis quién es?

—No.

—Un pariente de la reina Juana, que en paz descanse. Se negó a jurar lealtad, pero habría sido muy embarazoso ejecutarlo como a los demás cartujos. Lo torturaron hasta arrancarle el juramento y luego lo mandaron aquí con una pensión. Otro pariente suyo es un gran terrateniente de la zona. Suponía que lord Cromwell sabía que estaba aquí.

Incliné la cabeza.

—Imagino que hasta en el gabinete de Su Señoría se pierden papeles.

—A los monjes no les gusta, porque los insulta y los llama perezosos y flojos.

Tiene prohibido salir del monasterio.

—Supongo que el comisionado Singleton hablaría con muchos de los monjes para intentar descubrir algo. ¿Sigue aquí alguno de los implicados en el escándalo de la sodomía?

—¿El alto de la pelambreira pajiza, quizá? —terció Mark. Goodhops se encogió de hombros.

—¡Ah, ése! El hermano Gabriel, el sacristán. Sí, era uno de ellos. Parece totalmente normal, ¿verdad? Alto y fuerte. Aunque a veces te mira de una forma extraña. Singleton los presionó, pero ahora todos aseguran que son puros como ángeles. Me encargó que interrogara a unos cuantos, y les pregunté sobre detalles de sus vidas; pero yo soy un estudioso, no estoy preparado para esas cosas.

—Deduzco que el comisionado Singleton no se hizo muy popular aquí... Yo lo conocía. Era muy temperamental.

—Sí, su brusquedad nunca le ayudó a hacer amigos, pero no le importaba.

—Contadme cómo murió.

El anciano encogió el cuerpo como si quisiera esconderse dentro de sí mismo.

—Singleton había renunciado a seguir presionando a los monjes. Como último recurso, me dijo que hiciera una lista de todas las violaciones de la ley canónica en que puede incurrir un monasterio. Se pasaba la mayor parte del tiempo revisando las cuentas y los archivos. Necesitaba algo para lord Cromwell, y empezaba a ponerse nervioso. Los dos últimos días, apenas lo vi; estaba muy atareado examinando los libros del tesorero.

—¿Qué buscaba?

—Cualquier irregularidad que pudiera encontrar. Como ya he dicho, se estaba quedando sin recursos. Pero tenía ciertos conocimientos sobre ese nuevo sistema contable italiano en el que todo se apunta dos veces.

—Los balances. Al parecer, sabía más de cuentas que de leyes...

—Sí —dijo Goodhops con un suspiro—. La última noche cenamos los dos solos, como de costumbre. Singleton parecía de mejor humor. Dijo que iba a encerrarse en su cuarto para examinar otro libro que había conseguido arrancarle al tesorero. Por cierto, que esa noche, la noche en que ocurrió todo, el tesorero estaba ausente...

—¿Un hombrecillo gordo de ojillos negros? Sí, lo hemos visto en el patio, discutiendo con otro de dinero.

—El mismo. El hermano Edwig, discutiendo con el sacristán sobre sus planes para restaurar la iglesia, seguro. El hermano Edwig me gusta, es un hombre práctico. Le duele tirar el dinero. En mi facultad necesitaríamos a alguien así. En lo relativo al día a día del monasterio, el prior Mortimus y el hermano Edwig se reparten el mando y son igual de eficientes.

El anciano volvió a llenarse la copa.

—¿Qué ocurrió después?

—Trabajé durante una hora, recé mis oraciones y me acosté.

—¿Y dormisteis?

—Sí. Me desperté sobresaltado hacia las cinco. Oí voces y luego fuertes golpes en la puerta, como los que ha dado el prior hace un momento —dijo Goodhaps con un estremecimiento—. Al abrir, me encontré frente a una docena de monjes, entre los que estaba el abad. Parecía conmocionado, totalmente fuera de sí. Me dijo que habían encontrado el cadáver del comisionado, que lo habían asesinado, que tenía que bajar enseguida.

»Me vestí y los acompañé. La confusión era total; todo el mundo farfullaba incoherencias sobre puertas cerradas y sangre, y alguien dijo que era la venganza de Dios. Trajeron antorchas y nos dirigimos hacia la cocina atravesando los dormitorios de los monjes. En esos interminables y oscuros pasillos hacía un frío terrible, y los monjes y los criados estaban apiñados en pequeños grupos, muertos de miedo. Por fin, abrieron la puerta de la cocina. Dios misericordioso... —Para mi sorpresa, el doctor Goodhaps se santiguó rápidamente—. Lo primero que percibí fue un olor a... —el anciano soltó una risa nerviosa—, a carnicería. La cocina estaba llena de velas; las habían repartido por las largas mesas, por los aparadores, por todas partes. Pisé algo, y el prior me cogió del brazo y me apartó. Cuando levanté el pie, lo tenía pegajoso. En el suelo había un enorme charco de líquido oscuro. No sabía qué era.

»Entonces vi a Robin Singleton tumbado boca abajo, en mitad del charco, con la ropa totalmente empapada. Había algo que no me cuadraba, pero al principio no supe qué era..., hasta que advertí que no tenía cabeza. Miré a mi alrededor y entonces la vi, vi su cabeza; estaba debajo de la mantequera y tenía los ojos clavados en mí. En ese momento, comprendí que el charco era de sangre. —El anciano cerró los ojos—. Dios Todopoderoso, estaba tan asustado...

Goodhaps volvió a abrir los ojos, apuró la copa y extendió el brazo hacia la jarra, pero yo la tapé con la mano.

—Basta por hoy, doctor Goodhaps —le dije con suavidad—. Continuad.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas.

—Pensé que lo habían matado ellos, pensé que había sido una ejecución y que yo sería el siguiente. Los miré a la cara, los miré para ver quién llevaba un hacha... Tenían todos un aspecto tan siniestro... El cartujo, que también estaba presente, sonreía como un demente y de pronto exclamó: «¡Mía es la venganza, dijo el Señor!»

—¿Estáis seguro de que dijo eso?

—Sí. El abad le ordenó que se callara y se volvió hacia mí. «Señor Goodhaps —me dijo—, debéis indicarnos qué debemos hacer.» Entonces comprendí que estaban tan asustados como yo.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Mark. Asentí—. Ese cartujo no podría cortarle la cabeza a nadie. No tiene la fuerza y el equilibrio necesarios.

—Sí. Tienes razón —dije, y me volví hacia el anciano—. ¿Qué respondisteis al abad?

—Él opinaba que debíamos consultar a las autoridades civiles, pero yo sabía que

lo primero era comunicárselo a lord Cromwell. Sabía que el hecho tendría consecuencias políticas. El abad dijo que el viejo Bugge, el portero, había visto a Singleton durante su ronda, hacía menos de una hora. Al parecer, le había dicho que iba a ver a uno de los monjes.

—¿A esas horas? ¿No dijo a quién?

—No. Parece que Singleton lo despidió con cajas destempladas.

—Comprendo. ¿Qué ocurrió después?

—Ordené a todos los monjes que guardaran estricto silencio. Les dije que de allí no debía salir ninguna carta sin mi consentimiento, y envié la mía por medio de un muchacho de la ciudad.

—Hicisteis bien, señor Goodhops. Tomasteis la decisión correcta.

—Gracias —murmuró el anciano secándose los ojos con la manga—. Estaba muy asustado. Me encerré aquí y aquí he seguido. Lo siento, doctor Shardlake, pero estaba acobardado. Debía haber investigado, pero... sólo soy un erudito.

—Bueno, ahora estamos nosotros. Decidme, ¿quién encontró el cadáver?

—El hermano Guy, el enfermero. El monje negro. —El doctor Goodhops se estremeció—. Dijo que tenía a un hermano anciano en la enfermería y que había ido a la cocina a por leche. Tiene una llave. Abrió la puerta exterior, recorrió el pequeño pasillo y llegó a la cocina. Al abrir, pisó el charco de sangre y dio la voz de alarma.

—Entonces, por la noche, la cocina está cerrada con llave normalmente...

Goodhops asintió.

—Sí, para impedir que los monjes y los criados la saqueen. No piensan en otra cosa que en llenarse la barriga. Ya habéis visto lo gordos que están la mayoría.

—Por consiguiente, el asesino tenía una llave. Al igual que el encuentro del que informó el portero, eso apunta hacia alguien de dentro del monasterio. Pero en vuestra carta decíais que habían profanado la iglesia y robado una reliquia...

—Sí. Cuando aún estábamos en la cocina, llegó uno de los monjes diciendo... —el anciano tragó saliva—, diciendo que habían sacrificado un gallo en el altar de la iglesia. Más tarde, descubrimos que la reliquia del Buen Ladrón había desaparecido. Los monjes dicen que alguien de fuera entró para profanar la iglesia y robar la reliquia, se encontró con el comisionado y lo mató.

—¿Y cómo iba a entrar alguien de fuera en la cocina?

El anciano se encogió de hombros.

—¿Sobornando a un criado para que le hiciera una copia de la llave, quizá? Eso es lo que cree el abad, aunque el único criado que tiene llave es el cocinero.

—¿Qué me decís de la reliquia? ¿Es valiosa?

—¿Eso? Una mano clavada a un trozo de madera. Se guardaba en un enorme relicario de oro con incrustaciones de pedrería; esmeraldas auténticas, creo. Dicen que cura los huesos rotos o deformes, pero no es más que otro engañabobos. —Por un momento, su voz se alzó con el ardor de un reformista—. Los monjes están más apesadumbrados por la reliquia que por el asesinato de Singleton.

—¿Qué pensáis vos? —le pregunté—. ¿Quién creéis que pudo hacer algo así?

—No sé qué pensar. Los monjes hablan de adoradores del Diablo que habrían entrado para robar la reliquia, pero nos odian, se respira en el ambiente. Señor, ahora que estáis aquí, ¿puedo volver a casa?

—Todavía no. Pronto, tal vez.

—Al menos ahora os tengo a vos y al muchacho.

Llamaron a la puerta, y el criado la abrió y asomó la cabeza.

—El abad ha regresado, señor.

—Muy bien. Ayúdame a levantarme, Mark. Tengo el cuerpo agarrotado. —Me puse en pie con su ayuda y me sacudí la ropa—. Gracias, doctor Goodhaps. Puede que volvamos a hablar más tarde. Por cierto, ¿qué ha sido de los libros de cuentas que estaba revisando el comisionado?

—Los recuperó el tesorero. —El anciano movió la canosa y desgredada cabeza—. ¿Cómo ha podido ocurrir algo así? Lo único que yo quería era ver reformada la Iglesia... ¿En qué mundo vivimos, cómo pueden ocurrir estas cosas? Revueltas, traiciones, asesinatos... A veces me pregunto si hay algún modo de resolver todo esto...

—Al menos, hay un modo de resolver los misterios creados por el hombre —dije con convicción—. De eso estoy seguro. Venga, Mark. Vayamos a ver a su reverencia el abad.

Capítulo 6

EL CRIADO NOS acompañó escaleras abajo y nos hizo pasar a una amplia sala que tenía las paredes cubiertas de vistosos tapices flamencos, antiguos pero muy hermosos. Las ventanas daban a un gran cementerio salpicado de árboles, en el que un par de sirvientes rastrillaban las últimas hojas.

—El señor abad se está quitando las ropas de montar. Estará con vos enseguida —anunció el criado, y, tras dedicarnos una profunda reverencia, nos dejó calentándonos el trasero en la chimenea.

El mobiliario de la sala consistía en un enorme escritorio atestado de papeles y pergaminos, con un mullido sillón al otro lado y dos taburetes a éste. El enorme sello de la abadía descansaba sobre un bloque de cera en una bandeja de cobre, junto a una licorera y unas copas de plata. La pared de detrás del escritorio estaba cubierta de anaqueles.

—No imaginaba que los abades vivieran tan bien —comentó Mark.

—Pues sí, como ves tienen su propia vivienda. Antaño, el abad convivía con sus hermanos, pero hace siglos, cuando la Corona empezó a gravar sus propiedades, idearon la estratagema de entregar al abad sus propias rentas, legalmente separadas. Ahora los abades viven a lo grande, y dejan la mayor parte de las responsabilidades cotidianas en manos de los priores.

—¿Por qué el rey no cambia la ley para poder gravar los bienes de los abades?

Me encogí de hombros.

—En el pasado, los monarcas necesitaban el apoyo de los abades en la Cámara de los Lores. Ahora... Bueno, dentro de poco eso ya no importará.

—Entonces, quien realmente dirige el monasterio es ese bruto escocés...

—Un auténtico botarate, en efecto... —dije rodeando el escritorio para echar un vistazo a los anaqueles, en los que descubrí una colección impresa de estatutos ingleses—. Disfruta maltratando a ese novicio.

—Ese muchacho parece enfermo.

—Sí. Me gustaría saber qué hace un novicio realizando las tareas de un criado.

—Creía que los monjes tenían que pasar parte del tiempo trabajando con las manos.

—Sí, eso es lo que dice la regla de san Benito, pero ningún monje benedictino ha movido un dedo desde hace cientos de años. Para eso están los criados. No sólo cocinan y atienden los establos; también encienden fuego, hacen las camas de los monjes y a veces incluso los ayudan a vestirse... y sabe Dios a cuántas cosas más.

Cogí el cuño y lo examiné a la luz de la chimenea. Era de acero templado. Le

enseñé a Mark el grabado de san Donato, ataviado a la usanza de los romanos e inclinado sobre un hombre tumbado en una esterilla que extendía el brazo hacia él en actitud suplicante. Era un trabajo primoroso, en el que hasta los pliegues de las ropas estaban reproducidos al detalle.

—San Donato devolviendo la vida a un muerto. Lo busqué en mis *Vidas de Santos* antes de que nos pusiéramos en camino.

—¿Podía resucitar a los muertos, como hizo Jesucristo con Lázaro?

—Cuenta la leyenda que Donato se cruzó en una ocasión con un cortejo fúnebre. Un hombre importunaba a la viuda del difunto, diciéndole que su marido le debía dinero. El bueno de Donato exhortó entonces al muerto a que se levantara y saldara sus deudas. El hombre se incorporó, convenció a los presentes de que ya las había pagado y volvió a caerse muerto. ¡Dinero, dinero, con esta gente siempre es cuestión de dinero!

Oímos pasos al otro lado de la puerta, y un instante después entró por ella un hombre alto y fornido de unos cincuenta años. Bajo el hábito negro de los benedictinos, asomaban unas calzas de terciopelo y zapatos con hebillas de plata. En su rubicundo rostro de facciones cuadradas destacaba una nariz de perfil romano. Su pelo, castaño y abundante, apenas dejaba ver la tonsura, un pequeño círculo afeitado, que constituía una mínima concesión a la regla.

—Soy el abad Fabián —dijo avanzando hacia nosotros con una sonrisa. Su porte era patricio, y su voz, sonora y aristocrática, pero bajo ellos creí percibir una nota de inquietud—. Bienvenidos a Scarnsea. *Pax vobiscum*.

—Doctor Matthew Shardlake, comisionado del vicario general —me presenté, prescindiendo de la respuesta de rigor, «*et cum spiritu tuo*», pues no estaba dispuesto a dejarme arrastrar a una conversación en latín.

El abad asintió lentamente. Sus hundidos ojos azules resbalaron sobre mi joroba y se dilataron al ver el sello en mi mano.

—Os lo ruego, señor, tened cuidado. Ese cuño debe utilizarse para sellar nuestros documentos legales. Estrictamente, sólo yo puedo utilizarlo.

—Como representante del rey, tengo acceso a todo lo que hay aquí, reverencia.

—Por supuesto, señor comisionado, por supuesto. —Sus ojos siguieron mis manos mientras volvía a dejar el sello en la bandeja—. Después de un viaje tan largo, debéis de estar hambriento. ¿Queréis que os pida algo de comer?

—Más tarde, gracias.

—Lamento haberos hecho esperar, pero tenía asuntos que resolver con el administrador de nuestras propiedades en Ryeover. Aún nos queda mucho trabajo con las cuentas de la cosecha. ¿Un poco de vino, quizá?

—Pero muy poco.

El abad me sirvió unos dedos y se volvió hacia Mark.

—¿Puedo preguntar quién es el señor?

—Mark Poer, mi secretario y ayudante.

El abad enarcó las cejas.

—Doctor Shardlake, tenemos asuntos muy serios que tratar. ¿Puedo sugeriros que sería mejor hacerlo en privado? El joven podría esperaros en las habitaciones que os he hecho preparar.

—Me temo que no, reverencia. El propio vicario general me ordenó que me hiciera acompañar por el señor Poer. Se quedará mientras yo no le ordene lo contrario. ¿Deseáis examinar mi nombramiento?

Mark dedicó una amplia sonrisa al religioso, que se sonrojó e inclinó la cabeza.

—Como deseáis.

Una mano adornada de anillos cogió el documento que le tendía.

—He hablado con el doctor Goodhaps —dije mientras el abad rompía el sello.

El rostro del religioso se tensó, y tuve la sensación de que arrugaba la nariz como si el olor del propio Cromwell ascendiera del papel. Miré hacia el cementerio, donde los criados habían encendido una hoguera de hojarasca de la que ascendía una fina columna de humo hacia el cielo gris. El día empezaba a declinar.

El abad reflexionó durante unos instantes, dejó el nombramiento en el escritorio y se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas.

—Este asesinato es la cosa más terrible que ha ocurrido en este monasterio, sin olvidar la profanación de la iglesia... Aún estoy conmocionado.

Asentí.

—También lord Cromwell lo está. No desea que la noticia trascienda. ¿Habéis sido discreto?

—Totalmente, señor. Monjes y criados están advertidos de que deberán responder ante el vicario general si una sola palabra sale fuera de estos muros.

—Excelente. Aseguraos de que toda la correspondencia que llegue aquí pase por mis manos. Y de que no salga ninguna carta sin mi aprobación. Bien, tengo entendido que la visita del comisionado Singleton no fue de vuestro agrado.

El abad volvió a suspirar.

—¿Qué puedo decir? Hace dos semanas recibí una carta de la oficina de lord Cromwell diciendo que enviaba un comisionado para discutir asuntos sin especificar. Apenas llegó, el señor Singleton me espetó que quería que cediera el monasterio al rey. —Su reverencia me miró a los ojos; ahora, además de inquieta, su mirada era desafiante—. Recalcó que quería una cesión voluntaria y alternaba promesas de dinero con veladas amenazas, aduciendo irregularidades en nuestra conducta dentro de estos muros, totalmente infundadas, debo añadir. El documento de cesión que pretendía hacerme firmar era tanto más inaceptable cuanto que implicaba admitir que nuestra vida en el monasterio era una farsa religiosa basada en absurdas ceremonias romanas —dijo el abad con una nota ofendida en la voz—. Nuestros actos de culto siguen fielmente las disposiciones del vicario general y todos los hermanos han pronunciado el juramento de renuncia a la autoridad papal.

—Por supuesto. De lo contrario, habrían tenido que atenerse a las consecuencias.

—Advertí que llevaba una insignia de peregrino en un lugar visible del hábito; había visitado el santuario de Nuestra Señora en Walsingham. Claro que el rey había hecho otro tanto en su momento. El abad respiró hondo y prosiguió—: El comisionado Singleton y yo discutimos sobre el hecho de que el vicario general no tiene ninguna base jurídica para ordenar a mis monjes y a mí que le entreguemos el monasterio. Un hecho que el doctor Goodhops, experto canonista, no pudo negar.

No hice ningún comentario, pues tenía razón.

—Tal vez podríamos centrarnos en las circunstancias del asesinato —dije—. Ése es ahora el asunto más urgente.

El abad asintió con expresión sombría.

—Hace cuatro días, el comisionado Singleton y yo mantuvimos otra larga e infructuosa, me temo, conversación. Eso fue por la tarde, y ya no volví a verlo. Sus habitaciones estaban en este edificio, pero el doctor Goodhops y él solían cenar aparte. Me acosté a la hora de costumbre. A las cinco de la mañana, el hermano Guy, nuestro enfermero, irrumpió en mi habitación y me despertó. Me dijo que al entrar en la cocina había encontrado el cuerpo sin vida del comisionado Singleton en medio de un charco de sangre. Lo habían decapitado. —El abad hizo una mueca de repugnancia y sacudió la cabeza—. El derramamiento de sangre en terreno consagrado es una abominación, señor comisionado. Luego encontramos lo del altar de la iglesia, cuando los monjes fueron a rezar los maitines.

El abad hizo una pausa; la profunda arruga que surcaba su ceño me convenció de que su emoción era auténtica.

—¿Y qué encontraron?

—Más sangre. La sangre de un gallo negro que estaba al pie del altar, con la cabeza también cortada. Me temo que se trata de un caso de brujería, doctor Shardlake.

—Creo que también ha desaparecido una reliquia...

El abad se mordió el labio.

—La Gran Reliquia de Scarnsea. Es única y sagrada, la mano del Buen Ladrón que murió con Cristo, clavada a un trozo de su cruz. El hermano Gabriel descubrió que había desaparecido poco después.

—Tengo entendido que es un objeto valioso. ¿Un cofre de oro con incrustaciones de esmeraldas?

—Sí. Pero me preocupa más su contenido. La idea de que una reliquia tan santa esté en manos de una bruja...

—No fue brujería lo que decapitó al comisionado del rey.

—Eso tiene intrigados a muchos hermanos. En la cocina no hay ningún instrumento que pueda servir para cortar la cabeza a un hombre. No es algo fácil de hacer.

Me incliné hacia delante y apoyé una mano en una rodilla. Lo hacía para aliviar la tensión de mi espalda, pero podía interpretarse como un gesto desafiante.

—Vuestras relaciones con el comisionado Singleton no eran buenas. ¿Decís que acostumbraba a cenar en su habitación?

El abad Fabián extendió las manos.

—Como enviado del vicario general, se le trató con suma cortesía. Él tomó la decisión de no compartir mi mesa. Pero, por favor —dijo el abad alzando ligeramente la voz—, permitidme repetir que condeno su muerte como un acto abominable. De hecho, estoy impaciente por dar cristiana sepultura a sus pobres restos. Su prolongada presencia entre nosotros produce inquietud entre los monjes; temen a su fantasma. Pero el doctor Goodhops insistió en que el cuerpo debía ser examinado.

—Una medida muy acertada. Su examen será mi primera tarea.

El abad me miró con atención.

—¿Vais a investigar este crimen solo, sin recurrir a las autoridades civiles?

—Sí, y tan rápidamente como pueda. Pero espero vuestra total cooperación y ayuda.

El abad extendió las manos.

—Por supuesto. Pero, francamente, no sé por dónde podríais empezar. Parece una tarea imposible para un solo hombre. Especialmente si, como creo, el asesino era alguien de la ciudad.

—¿Qué os hace pensar tal cosa? Según me han dicho, esa noche el portero se cruzó con el comisionado Singleton, quien le dijo que iba a encontrarse con un monje. Y para abrir la puerta de la cocina se necesita una llave.

El abad se inclinó hacia delante con viveza.

—Señor, ésta es una casa de Dios, dedicada a la adoración de Cristo —dijo inclinando la cabeza al mencionar el nombre de Nuestro Señor—. En sus cuatrocientos años de existencia, no había ocurrido nada parecido. Pero fuera, en el mundo del pecado... Algún lunático o, peor aún, alguien que practica la brujería, podría haber entrado en el monasterio con la intención de profanarlo. En mi opinión, el sacrilegio cometido en el altar lo demuestra sin lugar a dudas. Creo que el comisionado Singleton sorprendió al intruso o los intrusos cuando se disponían a entrar en la iglesia. En cuanto a la llave, el comisionado tenía una. Se la había pedido al prior Mortimus esa misma tarde.

—Comprendo. ¿Tenéis idea de quién podría ser el monje al que iba a ver?

—Ojalá la tuviera. Pero el comisionado Singleton se llevó esa información a la tumba. Señor, no sé qué loco furioso puede haber llegado a la ciudad recientemente, pero desde luego no faltan malhechores; la mitad de la gente se dedica al contrabando con Francia.

—Lo sacaré a colación mañana, cuando me entreviste con el juez Copynger.

—¿Intervendrá en la investigación? —preguntó el abad frunciendo el entrecejo imperceptiblemente. Era evidente que aquello no le gustaba.

—Él y nadie más que él. Decidme, ¿cuánto hace que sois abad de este monasterio?

—Catorce años. Catorce pacíficos años, hasta ahora.

—Sin embargo, hace dos hubo problemas, ¿no es así? Durante la inspección.

—Sí, hubo algunos... deslices —dijo el abad sonrojándose—. El antiguo prior... Se cometieron algunos pecados. Ocurre hasta en los lugares más santos.

—Pecados y delitos.

—El antiguo prior fue expulsado y despojado del hábito. Por supuesto, el prior es el responsable del bienestar y la disciplina de los monjes, después de mí. Era un pecador astuto y supo mantener sus malas acciones bien ocultas. Pero ahora, con el hermano Mortimus, volvemos a tener disciplina religiosa. El propio comisionado Singleton tuvo que admitirlo.

Asentí.

—Bien. Tenéis sesenta criados, ¿no es así?

—Tenemos un gran complejo de edificios que atender.

—¿Y cuántos monjes? ¿Treinta?

—Señor, me niego a creer que uno de nuestros criados, y menos aún un monje dedicado al servicio de Dios, haya hecho algo así.

—De momento, todos son sospechosos, señor abad. Después de todo, el comisionado Singleton había venido a negociar la cesión del monasterio. Y, si bien las pensiones que ofrece Su Majestad son generosas, imagino que más de uno vería con disgusto el final de su vida aquí.

—Los monjes no conocían el auténtico motivo de su visita. Sólo saben que el comisionado Singleton era un enviado del vicario general. A petición suya, encargué al prior Mortimus que hiciera correr la voz de que había un problema con los títulos de una de nuestras propiedades. Sólo sabían la verdad los monjes con responsabilidades, los obedienciaros de más edad.

—¿Quiénes son, exactamente?

—Además del prior Mortimus, Gabriel, el sacristán; el hermano Edwig, nuestro tesorero, y el hermano Guy, el enfermero. Son los de más edad y llevan muchos años aquí, excepto el hermano Guy, que llegó el año pasado. Después del asesinato, han circulado numerosos rumores sobre el motivo de la visita del comisionado Singleton, pero yo he mantenido la historia del conflicto sobre los títulos.

—Bien. Por el momento, nos atendremos a esa versión. Aunque es posible que volvamos a tratar el asunto de la cesión.

El abad hizo una pausa para elegir cuidadosamente sus palabras.

—Señor, aun en circunstancias tan terribles, debo insistir en mis derechos. La ley que disolvió las casas menores decía específicamente que los monasterios estaban en orden. No hay base legal para pedir la cesión, a menos que la casa haya sido hallada culpable de alguna grave violación de las disposiciones, y no es el caso. Ignoro el motivo por el que el vicario general podría desear tomar posesión de nuestro monasterio. He oído rumores de que no somos los únicos a los que ha pedido que cedan, pero debo decirlos a vos lo mismo que le dije al señor Singleton: me acojo al

amparo que me ofrece la ley.

El abad se reclinó en el sillón con el rostro congestionado y los labios apretados, preocupado pero desafiante.

—Veo que tenéis una colección de estatutos —comenté.

—Estudié leyes en Cambridge, hace muchos años. Vos sois abogado, señor; sabéis que la observancia de la ley es la base de nuestra sociedad.

—Así es, pero las leyes cambian. Se han promulgado nuevas disposiciones, y no serán las últimas. —El abad me miró sin inmutarse. Sabía tan bien como yo que no habría más leyes de disolución de los monasterios mientras el país estuviera revuelto—. Ahora, señor abad, os estaría muy agradecido si me permitierais examinar el cuerpo del pobre Singleton, que como decís debería haber recibido cristiana sepultura hace tiempo. También necesito a alguien que me enseñe el monasterio; pero tal vez sea mejor dejar eso para mañana. Ya casi es de noche.

—Por supuesto. El cuerpo está en un lugar que espero encontréis tan seguro como adecuado, bajo la custodia del hermano enfermero. Ordenaré que os acompañen allí. Por favor, permitidme dejar claro que haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros, aunque me temo que vuestros esfuerzos serán vanos.

—Os lo agradezco.

—Hay una habitación de invitados preparada para vos en el piso de arriba.

—Gracias, pero creo que prefiero estar más cerca del lugar de los hechos. ¿Hay alguna habitación disponible en la enfermería?

—Pues... sí. Pero ¿no os parece que el representante del rey debería alojarse en casa del abad?

—Prefiero la enfermería —insistí con firmeza—. Y necesitaré un juego completo de llaves de todos los edificios del recinto.

El abad sonrió con incredulidad.

—Pero ¿tenéis idea de cuántas llaves son, de cuántas puertas hay?

—Muchas, no me cabe duda. No obstante, supongo que habrá algún juego completo.

—Yo tengo uno, y el prior y el portero también disponen de un juego cada uno. Pero los usan constantemente.

—Necesito un juego, señor abad. Por favor, encargaos de conseguírmelo.

Al ponerme en pie, tuve que hacer un esfuerzo para no quejarme del espasmo que me recorrió la espalda.

—Haré que os acompañen a la enfermería —dijo el abad levantándose a su vez y alisándose el hábito con el desconcierto pintado en el rostro.

Nos acompañó hasta el vestíbulo, se inclinó ante nosotros y desapareció a toda prisa. Yo solté un resoplido.

—¿Creéis que os dará las llaves? —me preguntó Mark.

—No te quepa duda. Teme a Cromwell. Pero a fe que conoce las leyes. Si su procedencia es humilde, como afirma Goodhops, haber llegado a abad de un

monasterio tan importante como éste debe de serlo todo para él.

—Su acento era el de un hombre de clase.

—Los acentos se aprenden. Muchos ponen todo su empeño en conseguirlo. En la voz de lord Cromwell apenas queda nada de Putney. Y, sin ir más lejos, en la tuya apenas queda nada de la granja.

—No le ha gustado que no nos quedemos aquí.

—No, y el viejo Goodhaps se llevará un disgusto. Pero no hay más remedio; no quiero quedarme aislado en esta casa bajo la vigilancia del abad. Necesito estar en el corazón del monasterio.



Al cabo de unos minutos vimos aparecer al prior Mortimus, que traía un enorme manojo de llaves que colgaba de una anilla. Habría unas treinta. Algunas, enormes y adornadas, debían de tener siglos de antigüedad.

—Os ruego que no las perdáis, señor —dijo el prior, tendiéndomelas con una sonrisa tensa—. Es el único juego de repuesto del monasterio.

—Guárdalas tú, por favor —le pedí a Mark, tendiéndoselas—. Entonces... ¿había un juego de reserva?

—El abad me ha pedido que os acompañe a la enfermería —dijo Mortimus eludiendo responder—. El hermano Guy os está esperando.

Abandonamos la casa del abad y volvimos a pasar junto a los talleres, que encontramos desiertos y cerrados, pues ahora la oscuridad era total. No había luna y hacía más frío que nunca. Dejamos atrás la iglesia, en la que se oía cantar al coro. Era una hermosa y compleja polifonía con acompañamiento de órgano, en nada parecida a los desafinados gorgoritos que recordaba de Lichfield.

—¿Quién es el chantre? —le pregunté al prior.

—El hermano Gabriel, nuestro sacristán. También es maestro de música. Es un hombre de muchos talentos —dijo Mortimus con una nota irónica en la voz.

—¿No es un poco tarde para vísperas?

—Un poco. Ayer fue el Día de Difuntos, y los monjes lo pasaron en la iglesia.

—Cada monasterio tiene su propio horario, más cómodo que el establecido por san Benito —dije moviendo la cabeza.

El prior asintió muy serio.

—Lord Cromwell tiene razón cuando dice que hay que disciplinar a los monjes. Yo procuro hacerlo, en la medida de mis posibilidades.

Seguimos el muro de los dormitorios de los monjes y entramos en el amplio herbario que había visto horas antes. La enfermería adyacente era mayor de lo que había supuesto. El prior hizo girar el anillo de hierro de la pesada puerta y nos acompañó al interior.

Ante nosotros se extendía una sala alargada con una hilera de camas a cada lado,

ampliamente espaciadas y vacías en su mayoría, lo que me recordó cuánto había disminuido el número de benedictinos; aquella comunidad sólo habría necesitado una enfermería tan grande en su mejor momento, antes de la Gran Peste. No había más que tres camas ocupadas, en los tres casos por ancianos en camión. Sentado en la primera, un rollizo y rubicundo monje comía frutos secos y nos observaba con curiosidad. El ocupante de la siguiente no miraba en nuestra dirección; cuando estuvimos más cerca vi que tenía los ojos blancos como la leche y comprendí que las cataratas lo habían dejado ciego. En la tercera, un hombre de edad muy avanzada y con el rostro consumido y arrugado como una pasa murmuraba palabras ininteligibles, semiinconsciente. Una figura con cofia blanca y el hábito azul de los criados le enjugaba la frente con un paño inclinada sobre la cama. Para mi sorpresa, era una mujer.

Al fondo de la sala, sentados alrededor de una mesa junto a un pequeño altar, media docena de monjes, con el brazo vendado tras una sangría, jugaban a las cartas. Al advertir nuestra presencia, se volvieron y nos miraron con desconfianza. La mujer también se volvió, y vi que era joven, tenía poco más de veinte años. Era alta y delgada, de formas rotundas y rostro anguloso, con facciones pronunciadas y prominentes mejillas. Más que guapa, resultaba atractiva. Se acercó estudiándonos con sus inteligentes ojos azul oscuro, que bajó humildemente en el último momento.

—El nuevo comisionado del rey quiere ver al hermano Guy —dijo el prior en tono perentorio—. Se alojarán aquí. Hay que prepararles una habitación.

Por un instante, el monje y la joven cruzaron una mirada hostil. Luego, ella asintió e hizo una reverencia.

—Sí, hermano.

La joven se alejó y desapareció por una puerta que había al lado del altar. La firmeza y el garbo de sus movimientos tenían poco que ver con los desgarrados andares de una fregona.

—Una mujer dentro del monasterio... —murmuré—. Eso va contra las ordenanzas.

—Tenemos dispensa, como otras muchas casas, para emplear mujeres en la enfermería. La suave mano de una fémina con conocimientos de medicina... Aunque no creo que pueda esperarse mucha suavidad de las manos de esa descarada. Tiene aires de grandeza. El enfermero es demasiado blando con ella...

—¿El hermano Guy?

—El hermano Guy de Malton, aunque no es de Malton, como enseguida comprobaréis.

La joven volvió al cabo de unos instantes.

—Os acompañaré a su despacho, señores. Hablaba con el acento del país y tenía una voz grave y aterciopelada.

—Entonces, os dejo —dijo el prior, tras lo cual inclinó la cabeza y desapareció.

La joven estaba admirando la ropa de Mark, que se había puesto sus mejores

galas para el viaje y, bajo la capa forrada de piel, llevaba una chaqueta azul sobre una blusa amarilla entre cuyos faldones asomaba la aparatosa bragueta. Sus ojos se alzaron hacia el rostro del muchacho, que solía atraer las miradas de las mujeres, pero en los ojos de la joven me pareció captar una inesperada tristeza. Mark le lanzó una sonrisa encantadora, y ella se puso roja.

—Por favor, indícanos el camino —dije agitando la mano.

La seguimos hasta un angosto y oscuro pasillo flanqueado de puertas, una de las cuales estaba abierta y dejaba ver a un monje sentado en una cama.

—¿Eres tú, Alice? —preguntó al vernos pasar con voz quejumbrosa.

—Sí, hermano Paul —respondió la joven con suavidad—. Enseguida estoy con vos.

—Me han vuelto los temblores.

—Os traeré un poco de vino caliente.

Tranquilizado, el anciano sonrió, y la joven siguió avanzando por el pasillo.

—Éste es el despacho del hermano Guy, señores —dijo al llegar ante otra puerta.

Al detenerme, rocé con la pierna una jarra que había junto a la puerta. Para mi sorpresa, estaba caliente, y me incliné para echarle un vistazo. Estaba llena de un líquido oscuro y espeso. Lo olí y me aparté bruscamente.

—¿Qué es esto? —le pregunté a la muchacha, mirándola asombrado.

—Sangre, señor. Sólo sangre. El enfermero está practicando la sangría de invierno a los monjes. Guardamos la sangre; ayuda a crecer las hierbas.

—Jamás había oído semejante cosa. Creía que los monjes, incluidos los enfermeros, tenían prohibido derramar sangre del modo que fuera. ¿No viene un barbero a sangrar a la gente?

—Como médico titulado, el hermano Guy tiene dispensa, señor. Dice que en el lugar del que procede conservar la sangre es una práctica muy común. Os pide que esperéis unos minutos; acaba de empezar a sangrar al hermano Timothy.

—Muy bien. Gracias. ¿Te llamas Alice?

—Alice Fewterer, señor.

—Entonces, dile al hermano que esperaremos, Alice. No deseamos que su paciente se desangre.

La joven inclinó la cabeza y se alejó haciendo resonar los tacones de madera contra las losas de piedra.

—Una joven agraciada —comentó Mark.

—Desde luego. Qué trabajo tan extraño para una mujer... Creo que le ha hecho gracia tu bragueta, y no me extraña.

—No me gustan las sangrías —dijo Mark cambiando de tema—. La única que me hicieron me dejó tan débil como un recién nacido durante días. Pero dicen que equilibran los humores.

—A mí, Dios me ha dado un humor melancólico y no creo que una sangría pueda cambiarlo. Pero veamos qué tenemos aquí.

Me solté la anilla con las llaves del cinturón y las examiné a la débil luz del candil de la pared hasta que descubrí una en la que se leía «Enf». La introduje en la cerradura y abrí la puerta a la primera.

—¿No deberíamos esperar, señor? —preguntó Mark.

—No hay tiempo para andar con cumplidos —le respondí descolgando el candil—. Ahora tenemos la oportunidad de saber algo sobre el hombre que encontró el cadáver.

La habitación, encalada y limpia, era pequeña y estaba saturada de un penetrante olor a hierbas. Vimos una camilla cubierta con una sábana inmaculada y manojos de hierbas colgados de clavos junto a los cuchillos de cirujano. En una de las paredes laterales había una compleja carta astral y, en la de enfrente, una gran cruz de madera oscura de estilo español, con un Cristo de alabastro que sangraba por sus cinco llagas. Sobre el escritorio, que estaba situado bajo una alta ventana, había pequeños montones de papeles cuidadosamente ordenados y sujetos con piedras de caprichosas formas. Se veían recetas y diagnósticos escritos en inglés y en latín.

Me acerqué a los anaqueles y eché un vistazo a los botes y tarros, escurpulosamente etiquetados en latín. Al abrir la tapa de uno de ellos, descubrí que contenía negras y lustrosas sanguijuelas, que se removieron al sentir la luz. Todo era como cabía esperar: margaritas secas para la fiebre, vinagre para los cortes profundos y jugo de estramonio para el dolor de oído.

En un extremo del estante más alto había tres libros. Dos de ellos estaban impresos: uno era de Galeno y el otro de Paracelso, ambos en francés. El tercero, encuadernado con tapas de cuero repujado, era un manuscrito con extraños signos llenos de picos y rizos.

—Mira esto, Mark.

—¿Qué es, algún código médico? —preguntó el chico mirando por encima de mi hombro.

—No lo sé.

Yo había permanecido atento por si oía ruido de pisadas, pero la educada tos que sonó a nuestras espaldas me hizo dar un respingo.

—Por favor, tened cuidado con ese libro, señor —dijo una voz con un acento extraño—. Tiene gran valor para mí, aunque no lo tenga para nadie más. Es un tratado de medicina árabe; no está en la lista de los libros prohibidos por el rey.

Nos dimos la vuelta. Un monje alto de unos cincuenta años, rostro delgado y sereno y ojos hundidos nos miraba con calma desde el umbral. Para mi sorpresa, su tez era tan oscura como una tabla de roble. Había visto algún que otro negro en Londres, en la zona de los muelles, pero nunca había tenido a uno tan cerca.

—Os estaría muy agradecido si me lo devolvierais —añadió con su suave y ceceante voz, respetuosa pero firme—. Fue un regalo del último emir de Granada a mi padre.

Le tendí el libro y él lo cogió, inclinándose en una profunda reverencia.

—¿Sois el doctor Shardlake y el señor Poer?

—En efecto. ¿El hermano Guy de Malton?

—Sí, soy yo. Al parecer, tenéis una llave de mi gabinete. Normalmente, cuando yo no estoy, sólo entra aquí mi ayudante, Alice, para que nadie toque las hierbas y pociones. Una dosis equivocada de algunos de estos polvos puede causar la muerte —dijo mientras paseaba la mirada por los anaqueles.

—He tenido buen cuidado de no tocar nada, hermano —dije, notando que me sonrojaba.

—Bien —respondió el enfermero, e inclinó la cabeza—. ¿Y en qué puedo ayudar al representante de Su Majestad?

—Deseamos alojarnos aquí. ¿Tenéis alguna habitación disponible?

—Desde luego. Alice os la está preparando en estos momentos, pero debo advertiros que casi todas las habitaciones del pasillo están ocupadas por monjes ancianos y a menudo hay que atenderlos durante la noche, y eso podría perturbaros. La mayoría de las visitas prefieren la casa del abad.

—Nos quedaremos aquí.

—Como gustéis. ¿Puedo ayudaros en alguna otra cosa?

Su tono era sumamente respetuoso, pero por algún motivo sus preguntas hacían que me sintiera como un paciente que no sabe explicar sus síntomas. Por extraño que fuera su aspecto, era un hombre que imponía.

—Creo que tenéis a vuestro cargo el cuerpo del difunto comisionado Singleton...

—En efecto. Se encuentra en un panteón del cementerio laico.

—Deseamos examinarlo.

—Por supuesto. Entretanto, tal vez queráis lavaros y descansar de vuestro largo viaje. ¿Cenaréis con el abad?

—No, creo que cenaremos con los monjes, en el refectorio. Pero me parece que antes nos tomaremos una hora de descanso. Ese libro... ¿Sois de origen árabe? —le pregunté.

—Soy de Málaga, que hoy forma parte de Castilla, pero cuando nací todavía pertenecía al reino de Granada. Tras la conquista de Granada en mil cuatrocientos noventa y dos, mis padres se convirtieron al cristianismo. Pero allí la vida no era fácil. Con el tiempo, nos trasladamos a Francia. En Lovaina, las cosas eran distintas; es una ciudad cosmopolita. Por supuesto, la lengua de mis padres era el árabe —añadió el hermano Guy sonriendo afablemente, aunque su mirada seguía siendo cauta.

—¿Estudiasteis Medicina en Lovaina? —le pregunté, asombrado, pues Lovaina era la escuela más prestigiosa de Europa—. Deberíais estar sirviendo en la corte de un noble, o de un rey, no en un remoto monasterio.

—Tal vez. Pero como árabe español tengo ciertas desventajas. Durante años he ido de un lado a otro por Francia e Inglaterra, como una de las pelotas de tenis de vuestro rey Enrique —respondió, y volvió a sonreír—. Pasé cinco años en Malton,

Yorkshire. Y, si los rumores se confirman, pronto volveré a quedarme sin trabajo. — En ese momento, recordé que el hermano Guy era uno de los monjes que estaban al corriente del auténtico propósito de Singleton. Ante mi silencio, el enfermero asintió pensativo—. Bien, os acompañaré a vuestra habitación y volveré a buscaros dentro de una hora para que podáis examinar el cuerpo del comisionado Singleton. Sus pobres restos deberían recibir cristiana sepultura cuanto antes —dijo santiguándose y soltó un suspiro—. Para el alma de un hombre asesinado sin haberse confesado ni haber recibido los últimos sacramentos será difícil encontrar descanso. Quiera Dios que ninguno de nosotros corra la misma suerte.

Capítulo 7

NUESTRA HABITACIÓN EN la enfermería era pequeña pero acogedora. Las paredes estaban revestidas de paneles de madera, y el suelo, cubierto de esterillas que despedían un agradable olor. Cuando llegamos con el hermano Guy, había dos sillones esperándonos ante la chimenea encendida y Alice estaba dejando unas toallas junto a una jofaina de agua caliente. El fuego le había sonrosado la cara y los brazos, que llevaba desnudos.

—He pensado que queríais lavaros, señores —dijo con deferencia.

—Sois muy atenta —respondí sonriéndole.

—Necesitaría algo para calentarme —dijo Mark mirándola con picardía.

La chica bajó la cabeza y el hermano Guy miró a Mark con severidad.

—Gracias, Alice —dijo—. Eso es todo por el momento. —La joven nos hizo una reverencia y se marchó—. Espero que la habitación os resulte confortable. He mandado decir al abad que cenaréis en el refectorio.

—Aquí estaremos muy cómodos. Os agradezco las molestias.

—Si necesitáis alguna otra cosa, no dudéis en pedírsela a Alice —dijo el hermano lanzando otra mirada de reproche a Mark—. Pero, por favor, no olvidéis que debe atender a los ancianos y a los enfermos. Y que es la única mujer del monasterio, aparte de las viejas sirvientas de la cocina. Y, como tal, está bajo mi protección.

Mark se puso rojo.

—No lo olvidaremos, hermano —respondí con una inclinación de cabeza.

—Gracias, doctor Shardlake. Ahora debo dejaros.

—Maldito cara de tizón... —masculló Mark apenas cerró la puerta—. Sólo ha sido una mirada... Y a ella le ha gustado.

—Es responsable de ella —respondí con firmeza.

Mark miró la cama. Era uno de esos muebles que tienen un amplio lecho en la parte superior y un estrecho hueco en la inferior del que puede sacarse un catre con ruedas para el criado. El muchacho tiró de él y observó cariacontecido el duro tablero cubierto con un delgado jergón de paja. Tras quitarse la capa, se sentó en él.

Entretanto, yo me acerqué a la jofaina y me eché agua caliente por la cara, dejando que me resbalara por el cuello. Estaba agotado, y un caleidoscopio de rostros e impresiones de las últimas horas daba vueltas en el interior de mi cabeza.

—Por fin solos, gracias a Dios —gruñí sentándome ante el fuego—. ¡Por las llagas de Cristo, me duele todo!

Mark me miró con preocupación.

—¿Os duele la espalda?

Suspiré.

—Una noche de descanso y estaré como nuevo.

—¿Estáis seguro, señor? Ahí hay paños —dijo Mark tras una vacilación—. Podríamos hacer un emplasto. Yo mismo os lo aplicaría...

—¡No! —le grité—. ¿Cuántas veces tengo que deciros que estoy bien?

No soportaba que nadie viera la deformidad de mi espalda; únicamente se lo permitía a mi médico, y sólo cuando el dolor se hacía insoportable. Se me ponía la carne de gallina ante la sola idea de que Mark posara los ojos en ella con lástima, tal vez con asco; porque ¿cómo no iba a sentirlo alguien tan bien formado como él? Me levanté con dificultad, me acerqué a la ventana y clavé los ojos en el oscuro y desierto cuadrilátero del patio. Cuando me volví, Mark me estaba mirando con una mezcla de resquemor e inquietud.

—Lo siento —dije alzando la mano a modo de disculpa—. No debería haberos gritado.

—No pretendía molestaros.

—Lo sé. Estoy cansado y preocupado, es todo.

—¿Preocupado?

—Lord Cromwell quiere resultados rápidos y no estoy seguro de poder obtenerlos. Esperaba..., no sé, que hubiera algún fanático entre los monjes y que ya lo hubieran encerrado, o al menos algún indicio claro sobre el culpable. Goodhops no nos será de mucha ayuda; está tan asustado que sospecha hasta de su sombra. Y no parece que los obedienciaros sean fáciles de impresionar. Para colmo, tenemos un cartujo loco dispuesto a causar problemas y un supuesto grupo de adoradores del Diablo que habría forzado la entrada al monasterio. ¡Jesús, qué embrollo! Y el abad conoce las leyes; no me extraña que Singleton no pudiera con él.

—Sólo podéis hacer lo que esté en vuestra mano, señor.

—Lord Cromwell no ve las cosas de ese modo.

Me acosté en la cama de arriba y clavé los ojos en el techo. Por lo general, cuando iniciaba la investigación de un caso, sentía una agradable excitación; pero en éste no veía ningún hilo del que tirar para desenredar la madeja.

—Este lugar es inquietante —murmuró Mark—. Todos esos pasillos de piedra, todas esas arcadas... Cada uno de ellos podría ocultar a un asesino.

—Sí, recuerdo lo interminables y lúgubres que me parecían los solitarios corredores de la escuela cuando me mandaban a hacer algún recado. Estaban llenos de puertas que no podíamos traspasar. Pero ahora puedo acceder a todas partes —dije tratando de ser optimista—. Es un lugar como cualquier otro; no tardaremos en conocerlo bien.

No hubo respuesta, y el sonido de la acompasada respiración de Mark me hizo comprender que se había dormido. Sonreí con ironía y cerré los ojos.

Lo siguiente que supe fue que alguien aporreó la puerta y Mark dio un respingo en el catre y soltó una maldición. Me puse en pie, sorprendentemente descansado tras

la breve cabezada y con la mente de nuevo alerta, y abrí la puerta. El hermano Guy apareció en el umbral sosteniendo una vela, que arrojaba extrañas sombras sobre su oscuro y preocupado rostro.

—¿Estáis listo para ver el cuerpo, señor?

—Tan listo como cabe estarlo —respondí y cogí mi capa.



En la sala de la enfermería, Alice trajo una antorcha para el hermano Guy, que se puso una gruesa bata sobre el hábito y nos condujo por un largo y oscuro pasillo de techo alto y abovedado.

—Llegaremos antes cruzando el patio del claustro —dijo abriendo una puerta que daba al exterior.

El patio, formado en tres de sus lados por los edificios en los que vivían los monjes, y en el cuarto por el muro sur de la iglesia, ofrecía un aspecto inesperadamente alegre. Se veían luces en muchas de las numerosas ventanas.

El claustro que rodeaba el patio era una galería sostenida por elaborados arcos. Antaño, los monjes debían de estudiar allí, en los cubículos que jalonaban las paredes, expuestos al frío y al viento; pero en esos tiempos más clementes era un lugar de paseo y conversación. Junto a una columna había una hermosa pila de piedra en la que caía el agua de una pequeña y cantarina fuente. El tenue resplandor de los vitrales de la iglesia arrojaba caprichosas manchas de color sobre el enlosado del patio. De pronto vi unas extrañas motitas blancas que flotaban en el aire y, por un instante, me quedé perplejo, hasta que comprendí que estaba nevando. Las losas del patio ya estaban salpicadas de copos.

—Tengo entendido que fuisteis vos quien encontró el cuerpo —le dije al hermano Guy mientras atravesábamos el patio.

—Sí. Alice y yo estábamos levantados atendiendo al hermano August; tenía fiebre y estaba angustiado. Fui a buscar leche caliente para él a la cocina...

—... que normalmente está cerrada con llave...

—Por supuesto. De lo contrario, los criados, y me temo que también los monjes, cogerían lo que quisieran cuando les apeteciera. Yo tengo llave porque a menudo necesito cosas con urgencia.

—¿Eran alrededor de las cinco?

—La campana acababa de darlas.

—¿Habían empezado los maitines?

—No, aquí se rezan más tarde. Hacia las seis, generalmente.

—La regla de san Benito los prescribe a medianoche.

El hermano Guy sonrió.

—San Benito escribió su regla para italianos, comisionado, no para quienes deben soportar los inviernos ingleses. El oficio se canta y Dios lo oye. Ahora acortaremos

por la sala capitular.

El monje abrió otra puerta y lo seguimos al interior de una amplia sala cuyas paredes estaban ricamente pintadas con escenas bíblicas. Había taburetes y mullidos sillones por todas partes y una larga mesa ante la chimenea, en la que ardía un buen fuego. El aire estaba caldeado y olía a sudor. Habría unos veinte monjes leyendo o conversando y otros seis jugando a las cartas. Todos tenían al lado una copita de cristal llena del líquido verde de una botella de licor francés que descansaba sobre la mesa de los jugadores. Busqué con la mirada al cartujo, pero no vi ningún hábito blanco. El sodomita desgredado, el hermano Gabriel, y el hermano Edwig, el tesorero de ojos inquisitivos, tampoco estaban entre los presentes.

Un hermano joven de rostro alargado y barba rala acababa de perder una partida, a juzgar por su expresión apesadumbrada.

—¡Nos debéis un chelín, hermano! —exclamó regocijado un monje alto de aspecto cadavérico.

—Tendréis que esperar. Necesitaré un adelanto del mayordomo.

—¡Nada de adelantos, hermano Athelstan! —le espetó un anciano grueso que tenía una enorme verruga en la cara, agitando un dedo en su dirección—. El hermano Edwig dice que os ha adelantado tanto que estáis cobrando vuestro sueldo antes de habéroslo ganado...

En ese momento, los monjes me vieron y se apresuraron a levantarse y hacerme una reverencia. Uno de ellos, un joven tan grueso que la grasa le formaba arrugas incluso en el cuero cabelludo, golpeó su copa y la tiró al suelo.

—¡Septimus, pedazo de idiota! —masculló su vecino clavándole el codo en el costado.

El aludido miró a su alrededor con la expresión alelada de un retrasado.

El monje de la verruga dio un paso adelante y volvió a inclinarse ceremoniosamente.

—Soy el hermano Jude, señor, el dispensero.

—Doctor Matthew Shardlake, comisionado del rey. Veo que estáis disfrutando de una agradable velada...

—Un pequeño descanso antes de vísperas. ¿Podemos ofreceros una copita de licor, comisionado? Es de una de nuestras casas en Francia.

Negué con la cabeza.

—Aún tengo trabajo que hacer —dije con severidad—. En los primeros tiempos de vuestra orden, el día concluía con el Gran Silencio.

El hermano Jude titubeó.

—Eso fue hace mucho tiempo, señor, en la época anterior a la Gran Peste. Desde entonces el mundo ha seguido rodando hacia su fin.

—En mi opinión, al mundo inglés le va muy bien con el rey Enrique.

—No, no —balbuceó el dispensero—. No quería decir...

El monje alto y delgado se apartó de la mesa de juego y se acercó a nosotros.

—Perdonad al hermano Jude, señor, dice las cosas sin pensar. Soy el hermano Hugh, el mayordomo. Sabemos que debemos enmendarnos, comisionado, y lo haremos de buen grado —dijo fulminando a su compañero con la mirada.

—Bien. Eso me facilitará el trabajo. Vamos, hermano Guy. Tenemos un cadáver que examinar.

El joven monje grueso dio un vacilante paso al frente.

—Perdonad mi torpeza, señor. Tengo una llaga en la pierna que me está matando —dijo mirándonos acongojado.

El hermano Guy le puso una mano en el hombro.

—Si siguierais mi dieta, Septimus, vuestras pobres piernas no tendrían que soportar tanto peso. No me extraña que protesten.

—Soy débil, hermano. Necesito comer.

—A veces lamento que el Concilio de Letrán levantara la prohibición de comer carne. Ahora perdonadnos, Septimus, tenemos que ir al panteón. Os alegrará saber que el comisionado Singleton podría recibir cristiana sepultura pronto.

—¡Alabado sea Dios! No me atrevo a acercarme al cementerio. Un cuerpo insepulto, un hombre muerto sin confesión...

—Sí, sí. Ahora idos, casi es hora de vísperas.

El hermano Guy lo apartó, abrió otra puerta y nos condujo de nuevo al exterior. Vimos una extensión de terreno llano salpicado de lápidas, entre las que se alzaba un puñado de fantasmales formas blancas, que identifiqué como panteones familiares. El hermano Guy se cubrió con la capucha del hábito para protegerse de la nieve, que ahora caía en apretados copos.

—Debéis perdonar al hermano Septimus —dijo el enfermero—. Es un pobre hombre sin maldad.

—No me extraña que le duelan las piernas —comentó Mark—, con el peso que deben soportar.

—Los monjes pasan muchas horas de pie en el frío de la iglesia, señor Poer. Un poco de grasa no les viene mal. Pero permanecer tanto tiempo así produce llagas varicosas. La vida monástica no es tan fácil como parece. Y el pobre Septimus no tiene voluntad para dejar de atiborrarse.

—No hace tiempo para pararse aquí a charlar —dije yo con un escalofrío.

El hermano Guy levantó el candil y nos guió entre las tumbas. Le pregunté si aquella noche había encontrado la puerta de la cocina cerrada con llave.

—Sí. Entré por la puerta que da al patio del claustro, que por la noche siempre está cerrada, y recorrí el corto pasillo que lleva a la cocina. La puerta interior no suele estar cerrada con llave, porque sólo se puede llegar a ella por ese pasillo. Nada más abrirla, resbalé y estuve a punto de caerme al suelo. Al bajar el candil, vi el cadáver decapitado.

—El doctor Goodhaps también ha dicho que resbaló. Así pues, ¿la sangre aún estaba fresca?

El enfermero pensó durante unos instantes.

—Sí, no había empezado a coagularse.

—Por lo tanto, no podía hacer mucho que se había cometido el crimen.

—No, no podía hacer mucho.

—Y mientras os dirigíais a la cocina, ¿no visteis a nadie?

—No.

Me alegré al ver que mi cerebro volvía a funcionar, que mi mente trabajaba a pleno rendimiento una vez más.

—El asesino de Singleton debía de estar cubierto de sangre. Llevaría la ropa manchada, dejaría un rastro de huellas de sangre...

—Yo no vi nada. Pero confieso que no tenía la mente lo bastante clara como para mirar a mi alrededor; estaba conmocionado. Más tarde, cuando la noticia despertó a todo el monasterio, los que entraron en la cocina dejaron huellas de sangre por todas partes.

—Y el asesino podría haber ido a la iglesia, profanado el altar y robado la reliquia después de cometer el crimen —dije tras reflexionar unos instantes—. ¿Visteis vos, o cualquier otra persona, alguna huella de sangre en el trayecto de la cocina a la iglesia o dentro de la iglesia?

El hermano Guy me miró con una expresión sombría.

—Sí, en la iglesia había manchas de sangre, pero dimos por sentado que era del gallo sacrificado. En cuanto al claustro, empezó a llover antes del alba y no paró en todo el día. De haber habido huellas, el agua las habría borrado.

—¿Qué hicisteis inmediatamente después de encontrar el cuerpo?

—Fui en busca del abad, por supuesto. Ya hemos llegado. El monje nos había conducido hasta uno de los panteones más grandes del cementerio, una construcción de la misma caliza amarillenta que el resto de los edificios del monasterio, erigida sobre un pequeño promontorio. Tenía una pesada puerta de madera, lo bastante ancha para entrar con un ataúd.

—Bueno, acabemos con esto cuanto antes —dije, quitándome un copo de nieve de las pestañas.

El hermano sacó una llave, y yo respiré hondo y murmuré una silenciosa plegaria para que Dios diera fuerzas a mi delicado estómago.



Tuvimos que agacharnos para entrar en la baja cámara encalada. Dentro hacía un frío glacial, pues el viento penetraba por un tragaluz enrejado. En el aire flotaba el dulzón y penetrante hedor habitual de todas las tumbas. A la vacilante luz del candel, vi que las paredes estaban llenas de nichos que contenían sepulcros de piedra con estatuas yacentes de los difuntos representados en actitud suplicante. La mayoría de los hombres vestía armaduras de siglos pasados.

El hermano Guy dejó el candil en el suelo, cruzó los brazos y se metió las manos en las mangas para protegérselas del frío.

—El panteón de los Fitzhugh —murmuró—, la familia que fundó el monasterio. Enterraban aquí a todos sus muertos. El último murió en las guerras civiles del siglo pasado.

De pronto, un fuerte ruido metálico rompió el silencio de la cámara. Sobresaltado, di un respingo, y otro tanto hizo el monje, con los ojos muy abiertos en su negro rostro. Al volverme, vi a Mark, que estaba agachado recogiendo el manajo de llaves del enlosado.

—Lo siento, señor —murmuró—. Creía que las llevaba bien sujetas.

—¡Por el amor de Dios!... —exclamé temblando de pies a cabeza—. ¡No seas manazas!

En el centro de la cámara había un gran candelabro de hierro provisto de gruesos cirios. El hermano Guy los encendió con la llama del candil, y una claridad amarilla inundó la cámara.

—Esta tumba es la única que está vacía, y seguirá estándolo —dijo el enfermero, acercándose a un sepulcro cubierto con una losa sin adornos ni inscripciones—. El último heredero varón murió en Bosworth con el rey Ricardo III. «*Sic transit gloria mundi*» —añadió sonriendo melancólicamente.

—¿Ahí es donde está Singleton?

El monje asintió.

—Lleva en ella tres días, pero seguramente el frío lo habrá conservado en buen estado. Volví a respirar hondo.

—Entonces, quitemos la losa. Ayúdale, Mark.

Mark y el hermano Guy empujaron la pesada losa hacia el sepulcro contiguo. Al principio, se resistió a sus esfuerzos, pero luego se deslizó de golpe y la cámara se llenó súbitamente de un penetrante hedor a putrefacción. Mark retrocedió con una mueca de asco.

—No en tan buen estado... —murmuró.

El hermano Guy se asomó al interior del sepulcro y se santiguó. Yo me acerqué y me agarré al borde de piedra.

El cuerpo estaba envuelto en una sábana blanca que sólo dejaba a la vista los tobillos y los pies, que eran de un blanco alabastrino en el que destacaban las uñas, largas y amarillentas. En el otro extremo de la sábana, el cuello había dejado escapar un poco de sangre clara, mientras que debajo de la cabeza, colocada junto al cuerpo en posición vertical, se había formado un charco más oscuro. Miré el rostro de Robin Singleton, a quien en otros tiempos había desafiado en la sala del tribunal.

Era un hombre delgado, de unos treinta años, de pelo negro y larga nariz. Advertí que la barba empezaba a oscurecer sus pálidas mejillas y, al ver aquella cabeza separada del cuello y colocada sobre la piedra ensangrentada, sentí que el estómago me daba un vuelco. La boca estaba casi cerrada, pero el blanco de los dientes

asomaba entre los labios. Los ojos, de color azul oscuro, estaban vidriosos y muy abiertos. Mientras los miraba, un insecto diminuto salió de debajo de un párpado, cruzó el globo ocular y desapareció bajo el otro párpado. Tragué saliva, di media vuelta y me acerqué a la claraboya para aspirar una gran bocanada de frío aire nocturno. Reprimiendo una arcada, obligué a mi mente a ordenar lo que acababa de ver.

—¿Os encontráis bien, señor? —me preguntó Mark acercándose.

—Por supuesto. —Al volverme, vi que el hermano Guy, cruzado de brazos y perfectamente compuesto, me miraba con preocupación. En cuanto a Mark, estaba algo pálido, pero volvió a acercarse al sepulcro para echar otro vistazo a la espantosa cabeza—. Bueno, Mark, ¿qué dirías sobre el modo en que murió este hombre?

—Lo que ya sabíamos. Que le separaron la cabeza del cuerpo.

—Ya sé que no murió de tercianas. Pero ¿podemos deducir algo más a la vista del cadáver? Para empezar, yo diría que el asesino era alto o de mediana altura.

—¿Cómo podéis saberlo? —preguntó el hermano Guy mirándome intrigado.

—Pues, en primer lugar, porque Singleton era un hombre alto.

—Sin la cabeza, es difícil apreciarlo —repuso Mark.

—Yo lo conocí en los tribunales. Recuerdo que una de mis desventajas sobre él era tener que echar atrás la cabeza para mirarlo. —Haciendo un esfuerzo, volví a acercarme al sepulcro para examinar el cuerpo—. Advertid que el corte del cuello es recto. La cabeza está perfectamente asentada en la piedra. Si Singleton y su asesino estaban de pie cuando éste lo atacó, lo que parece lo más probable, un hombre de baja estatura habría tenido que asestar el golpe de abajo arriba, en ángulo, y el corte del cuello sería oblicuo. El hermano Guy asintió.

—Es cierto. No puede negarse que sois observador.

—Gracias, aunque no me gustaría pasarme la vida observando cosas así..., pero debo confesar que no es la primera vez que veo una cabeza cortada. Recuerdo la... —murmuré buscando una palabra— mecánica... —dije al fin, sosteniendo la mirada de curiosidad del monje y clavándome las uñas en la palma de la mano al recordar un día que me habría gustado olvidar para siempre—. Y siguiendo con nuestro análisis, observad que el corte es limpio; la cabeza fue separada del tronco de una sola vez. Es algo muy difícil de conseguir, incluso cuando la víctima está arrodillada y tiene la cabeza apoyada sobre el tajo.

Mark volvió a mirar la cabeza y asintió.

—Sí. El hacha es un instrumento difícil de manejar. Creo que con Tomás Moro hicieron una auténtica carnicería. Pero... ¿y si el comisionado Singleton estaba agachado, bien recogiendo algo del suelo, o bien porque lo habían obligado?

—Buena objeción —dije tras reflexionar unos instantes—. Pero, si hubiera estado agachado, el cadáver habría estado doblado cuando lo encontraron. El hermano Guy debe de recordar si fue así —dije mirando al enfermero con expectación.

—El cuerpo estaba estirado —respondió el enfermero sin dudar—. La dificultad

de cortarle la cabeza a alguien de ese modo nos tiene intrigados a todos. Es imposible hacerlo con un instrumento de cocina, por grande que sea. Ése es uno de los motivos por los que algunos monjes han pensado que es cosa de brujería.

—¿Y qué instrumento podría decapitar a un hombre erguido? —pregunté—. Yo no diría un hacha; la hoja es demasiado gruesa. Haría falta un arma de filo muy cortante, como una espada. De hecho, no se me ocurre ningún otro instrumento que permita efectuar un corte así. ¿Qué opinas tú, Mark? De los tres, tú eres el único espadachín.

—Creo que tenéis razón. —Mark soltó una risa nerviosa—. Sólo los miembros de la realeza y la nobleza tienen derecho a que los ejecuten con espada.

—Precisamente porque la afilada hoja de una espada garantiza una ejecución rápida.

—Como la de Ana Bolena —observó Mark.

—La reina bruja —murmuró el hermano Guy persignándose.

—Eso es lo que me lo ha sugerido —dije bajando la voz—. La única decapitación que he visto. La de Ana Bolena.

Capítulo 8

MARK Y YO ESPERAMOS en el camposanto mientras el hermano Guy cerraba el panteón. La nieve había arreciado y caía en gruesos copos a nuestro alrededor. La tierra estaba ya completamente blanca.

—Suerte que no nos ha caído una así en el camino —comentó Mark.

—Si el tiempo no mejora, tendremos problemas para volver. Tal vez nos veamos obligados a regresar por mar.

El hermano Guy llegó a donde estábamos y me miró muy serio.

—Señor, nos gustaría enterrar al pobre comisionado Singleton mañana mismo. La comunidad se quedaría más tranquila y el alma del difunto podría descansar en paz.

—¿Dónde pensáis enterrarlo? ¿Aquí? Singleton no tenía familia.

—En el cementerio laico. Si dais vuestro permiso.

Asentí.

—Muy bien. He visto bastante; tengo la imagen bien impresa en mi mente.

—Habéis deducido muchas cosas, señor.

—Es cuestión de educar la mente, nada más.

Mientras estaba junto al monje, me llegó un tenue aroma, tal vez a sándalo. Desde luego, el enfermero olía mejor que sus hermanos de congregación.

—Le comunicaré al abad que pueden hacerse los preparativos para el funeral —dijo el hermano Guy, aliviado.

En ese momento, sonó una violenta campanada que me hizo dar un respingo.

—Nunca había oído unas campanadas tan fuertes. Ya me han llamado la atención al llegar.

—La verdad es que esas campanas son demasiado grandes para nuestro campanario. Pero tienen una historia interesante. Proceden de la antigua catedral de Tolosa.

—¿Cómo acabaron aquí?

—Después de dar muchas vueltas. La catedral fue pasto de las llamas hace ochocientos años, durante una incursión de los árabes, que se llevaron las campanas como trofeo. Más tarde, aparecieron en Salamanca, cuando la ciudad fue reconquistada para Cristo, y fueron donadas a Scarnsea cuando se fundó el monasterio.

—Sigo pensando que son demasiado grandes para esta iglesia.

—Nos hemos acostumbrado a ellas.

—Yo no podría.

—La culpa es de mis antepasados árabes —dijo el hermano Guy con una sonrisa

tan triste como fugaz.

Llegamos al claustro en el preciso momento en que los monjes salían de la iglesia en procesión. La imagen me produjo una impresión que permanece fresca en mi memoria a pesar de los años transcurridos: unos treinta benedictinos de hábito negro deslizándose en dos filas por el antiguo claustro de piedra, con las capuchas caladas y las manos ocultas en las anchas mangas para protegérselas de la nieve, que caía formando una silenciosa cortina y los cubría mientras avanzaban a la luz de los vitrales. Era un hermoso espectáculo, y no pude evitar conmoverme.



El hermano Guy nos dejó en nuestra habitación diciendo que pasaría a buscarnos poco después para acompañarnos al refectorio. Tras sacudirnos la nieve de las capas, Mark sacó el pequeño catre y se tumbó.

—¿Cómo creéis que mató el espadachín a Singleton, señor? ¿Estaba esperándolo y lo atacó por la espalda?

—Posiblemente —dije empezando a sacar libros y documentos de mi alforja—. Pero ¿qué hacía Singleton en la cocina a las cuatro de la mañana?

—Puede que se hubiera citado allí con el monje del que habla el portero.

—Sí, ésa es la explicación más plausible. Alguien citó a Singleton en la cocina, tal vez con la promesa de proporcionarle información, y lo mató. Lo ejecutó, más bien. Todo este asunto recuerda a una ejecución. Desde luego, habría sido mucho más sencillo apuñalarlo por la espalda.

—Parecía un hombre duro —dijo Mark—. Aunque, con la cabeza separada del cuerpo, resulta difícil asegurarlo —añadió con una risa nerviosa, y comprendí que la visión del cadáver lo había impresionado tanto como a mí.

—Robín Singleton era la clase de abogado que detesto. Sabía poco de leyes, y lo poco que sabía, mal aprendido. Salía adelante avasallando y engañando, cuando no dejando caer oro en la mano adecuada en el momento adecuado. Pero no merecía que lo mataran de ese modo.

—Había olvidado que el año pasado presenciasteis la ejecución de la reina Ana, señor —dijo Mark.

—Ojalá pudiera olvidarlo.

—Al menos os ha servido en vuestro análisis de los hechos.

Asentí con tristeza y luego esboqué una sonrisa irónica.

—Me acuerdo de un profesor que tuve cuando empecé en las Inns of Court, el doctor Hampton. Solía decir: «En cualquier investigación, ¿cuáles son las circunstancias más relevantes? ¡Ninguna! —gritaba respondiéndose a sí mismo—. ¡Todas las circunstancias son relevantes, todo debe examinarse desde todos los ángulos!»

—No digáis eso, señor. Entonces podríamos quedarnos aquí eternamente... —

dijo Mark estirándose con un gruñido—. Ahora sería capaz de dormir doce horas seguidas, incluso en este duro tablón.

—Pues tendrás que esperar. Quiero cenar con la comunidad. Si queremos sacar algo en claro, necesitamos conocerlos a todos. ¡Vamos, los servidores de lord Cromwell son incansables! —exclamé, pegándole una patada al catre.



Llegamos al refectorio acompañados por el hermano Guy, tras recorrer varios pasillos oscuros y subir una escalera. Era una sala impresionante, de techo muy alto, sostenido por gruesas columnas y grandes arcos. A pesar de sus proporciones, los tapices que colgaban de las paredes y las espesas esteras de rota que cubrían el suelo creaban un ambiente acogedor. Un facistol de madera primorosamente tallada presidía una de las esquinas. Los gruesos cirios de los candelabros arrojaban un cálido resplandor sobre dos mesas dispuestas con vajilla y cubiertos de plata; la primera, de seis plazas, estaba junto a la chimenea, y la segunda, mucho más larga, un poco más retirada. Los criados de la cocina se afanaban a su alrededor dejando jarras de vino y soperas de plata que llenaban el aire de un aroma delicioso.

—Son de plata —murmuré examinando los cubiertos de la mesa pequeña—. Y la vajilla también.

—Ésta es la mesa de los obedienciaros, donde se sientan los monjes que desempeñan un oficio —me explicó el hermano Guy—. Los demás utilizan cubiertos de peltre.

—La gente normal usa cubiertos de madera —repuse en el preciso instante en que el abad Fabián hacía su entrada. Los criados dejaron lo que estaban haciendo y se inclinaron ante él, que les respondió asintiendo benévola­mente—. Y el abad comerá en platos de oro, seguro —le susurré a Mark.

El aludido se acercó a nosotros con una sonrisa forzada.

—No he sido advertido de que deseabais cenar en el refectorio. Había hecho preparar rosbif en la cocina de casa.

—Os lo agradezco, pero cenaremos aquí.

—Como gustéis —dijo el abad con un suspiro de resignación—. Le he sugerido al doctor Goodhaps que os acompañara a cenar, pero se niega en redondo a salir de su habitación.

—¿Os ha dicho el hermano Guy que he dado mi autorización para que enterréis al comisionado Singleton?

—Sí. Lo anunciaré antes de cenar. Esta noche me corresponde leer a mí... en inglés, como mandan las ordenanzas —añadió el abad enfáticamente.

—Bien.

Oímos voces en la puerta y vimos que los monjes comenzaban a entrar. Los dos obedienciaros a los que habíamos visto al poco de llegar —Gabriel, el sacristán

rubio, y Edwig, el tesorero moreno—, se dirigieron juntos y en silencio a la mesa inmediata a la chimenea. Formaban una extraña pareja; uno, alto y pálido, avanzaba con la cabeza ligeramente agachada, mientras que el otro daba largos pasos que denotaban seguridad. Al cabo de unos instantes se les unieron el prior, los dos obedienciaros a los que habíamos conocido en la sala capitular y el hermano Guy. El resto de los monjes se sentó a la mesa larga. Entre ellos estaba el anciano cartujo, que me lanzó una mirada aviesa.

—Me han informado de que el hermano Jerome os ha ofendido —me susurró el abad inclinándose hacia mí—. Os pido disculpas. Al menos, sus votos lo obligan a guardar silencio durante las comidas.

—Tengo entendido que está aquí gracias a la intercesión de un miembro de la familia Seymour.

—Nuestro vecino, sir Edward Wentworth. Pero la petición procedía de la oficina de lord Cromwell —puntualizó el abad mirándome de reojo—. Su Señoría quería a Jerome lejos, en algún lugar discreto. En su condición de pariente lejano de la reina Juana, resultaba incómodo.

Asentí.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

El abad observó el ceñudo rostro del cartujo.

—Dieciocho largos meses.

Paseé la mirada por la congregación, que me lanzaba inquietas ojeadas, como si fuera un extraño animal que se había colado en el refectorio. Advertí que la mayoría de los monjes eran ancianos u hombres maduros; se veían pocas caras jóvenes y sólo tres hábitos de novicio. Un viejo al que le temblaba la cabeza debido a la perlesía se persignó rápidamente sin dejar de observarme.

Advertí una figura que permanecía indecisa junto a la puerta y reconocí al novicio que se había hecho cargo de nuestros caballos; se balanceaba sobre las piernas con evidente nerviosismo y llevaba algo escondido a la espalda. De pronto, el prior Mortimus levantó la cabeza y lo vio.

—¡Simon Whelplay! —le gritó a través de la sala—. Tu castigo no ha terminado. Esta noche no cenarás. Ve a aquel rincón.

El muchacho inclinó la cabeza y se dirigió a la esquina más alejada de la chimenea. Al quitarse las manos de la espalda, vi que llevaba un capirote con la letra M pintada en él. El novicio, rojo como un tomate, se lo puso. Los demás monjes apenas lo miraron.

—¿Eme? —le pregunté al abad.

—De *maleficium*, mala acción —respondió su reverencia—. Me temo que ha faltado a las normas. Por favor, tomad asiento.

Mark y yo nos sentamos junto al hermano Guy mientras el abad se dirigía hacia el facistol. Vi que en el soporte había una Biblia y comprobé complacido que no era la Vulgata latina, con sus malas traducciones y sus evangelios inventados, sino la nueva

versión inglesa.

—Hermanos —anunció con voz sonora el abad Fabián—, todos nos hemos sentido profundamente conmocionados por los recientes acontecimientos. Me complace dar la bienvenida al representante del vicario general, el comisionado Shardlake, que ha venido para investigar el asunto. Hablará con muchos de vosotros; debéis proporcionarle toda la ayuda que merece un representante de lord Cromwell. —Le lancé una mirada severa, consciente de la ambigüedad de aquellas palabras—. El doctor Shardlake ha dado su autorización para que enterremos al señor Singleton, cuyo funeral se celebrará pasado mañana después del oficio de maitines. —Un murmullo de alivio recorrió las dos mesas—. Y, ahora, la lectura de hoy pertenece al capítulo séptimo del Apocalipsis: «Después de estas cosas vi cuatro ángeles que estaban en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra...»

Me sorprendió que el abad hubiera elegido el Apocalipsis, uno de los textos favoritos de los reformistas más radicalmente evangelistas, quienes gustaban de proclamar a los cuatro vientos que habían desentrañado los misteriosos y estremecedores enigmas del libro sagrado. El pasaje enumeraba la lista de los que el Señor salvará el Día del Juicio Final. Parecía un desafío hacia mí, para que identificara a la comunidad de Scarnsea con los justos.

—«Y me respondió: "Éstos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero."» ¡Amén! —concluyó sonoramente.

Acto seguido, cerró la Biblia y abandonó el refectorio con paso solemne; sin duda, el rosbif lo esperaba en la mesa de su comedor. Fue la señal para el comienzo del parloteo y la entrada de media docena de criados, que empezaron a servir la sopa, un espeso caldo de verdura, bien sazonado y muy apetitoso. Como no había probado bocado desde el desayuno, durante un minuto me concentré en mi plato; luego, alcé los ojos hacia Whelplay, que seguía inmóvil en su rincón como una estatua envuelta en sombras. Miré hacia la ventana junto a la que estaba el chico y vi que seguía nevando con fuerza.

—¿El novicio no va a probar esta deliciosa sopa? —le pregunté al prior, que estaba sentado frente a mí.

—Hasta dentro de cuatro días, no. Como parte de su castigo, permanecerá ahí durante las comidas. Tiene que aprender. ¿Os parezco demasiado severo, señor?

—¿Cuántos años tiene? No aparenta los dieciocho.

—Pronto cumplirá veinte, aunque nadie lo diría viéndolo tan esmirriado. Hemos tenido que prolongar su noviciado; no consigue hacerse con el latín, aunque tiene buen oído para la música. Ayuda al hermano Gabriel. Simon Whelplay necesita aprender obediencia. Se ha ganado el castigo, entre otras cosas, por evitar los oficios en inglés. Cuando impongo un correctivo a alguien intento que no lo olvide, ni él ni los demás.

—B-bien dicho, hermano prior —aprobó el tesorero asintiendo enérgicamente y

dedicándome una fría sonrisa que trazó un fugaz tajo en su mofletudo rostro—. Comisionado..., soy el hermano Edwig, el tesorero —se presentó dejando la cuchara en el plato, que había vaciado en un suspiro.

—Entonces, ¿sois el responsable de administrar los fondos del monasterio?

—Y de recaudarlos, y de que los gastos no superen los ingresos —añadió con un orgullo que contrastaba con su tartamudeo.

—Creo que os he visto antes en el patio, discutiendo con un hermano sobre... ciertas obras en la iglesia, ¿me equivoco?

Me volví hacia el monje alto y rubio que unas horas antes había mirado lujuriosamente a mi ayudante. Ahora estaba sentado casi enfrente de Mark, al que no paraba de lanzar miradas furtivas. Al captar la mía, se inclinó sobre la mesa para presentarse.

—Gabriel de Ashford, comisionado. Soy el sacristán, además de chantre. Me ocupo de la iglesia y de la biblioteca, así como del coro. Ahora somos tan pocos que tenemos que compaginar varios oficios.

—Comprendo. Cien años atrás seríais... ¿cuántos, el doble que ahora? De modo que la iglesia necesita reformas...

—Ya lo creo, señor —dijo el sacristán, inclinándose hacia mí tan impulsivamente que casi derramó la sopa al hermano Guy—. ¿La habéis visitado ya?

—No. Pensaba hacerlo mañana.

—Tenemos la iglesia normanda más hermosa de toda la costa meridional. Tiene cerca de cuatrocientos años de antigüedad y puede compararse con los mejores templos benedictinos de Normandía. Pero uno de los muros ha empezado a agrietarse desde el techo. Urge repararla, y habría que hacerlo con piedra de Caen, como la que se utilizó para construirla...

—Hermano Gabriel —dijo el prior con sequedad—, el doctor Shardlake tiene cosas más importantes que hacer que admirar la arquitectura de la iglesia. Además, tal vez la encuentre demasiado recargada —añadió con intención.

—Pero, si no me equivoco, la Nueva Doctrina no condena la belleza arquitectónica...

—A no ser que la congregación dé en adorar el edificio en lugar de a Dios —repuse—. Eso sería idolatría.

—Nada más lejos de mi intención —se apresuró a responder el sacristán—. Pero creo que en cualquier edificio hermoso la vista debería poder apreciar la exactitud de las proporciones, la armonía del conjunto...

El hermano Edwig hizo una mueca sarcástica.

—Lo que su c-caridad quiere decir es que, para satisfacer su ideal estético, el monasterio debería arruinarse importando grandes bloques de piedra caliza francesa. Me gustaría saber cómo piensa transportarlos por la marisma.

—¿No cuenta el monasterio con suficientes fondos? —les pregunté—. Según he leído, las rentas que obtenéis de vuestras tierras ascienden a ochocientas libras

anuales. Y siguen aumentando de año en año, como bien saben los pobres que las pagan.

Mientras hablaba, los criados habían vuelto trayendo bandejas con grandes y humeantes carpas y platos de verdura. Entre ellos había una mujer, un viejo adefesio de nariz ganchuda, y no pude evitar pensar que Alice debía de sentirse muy sola si aquélla era toda la compañía femenina que tenía.

Volví a mirar al tesorero, que me observaba con el entrecejo fruncido.

—R-recientemente hemos tenido que vender tierras por diversas razones. Y la cantidad que pide el hermano Gabriel supera todo el presupuesto para reparaciones de los próximos cinco años. Servíos una de estas deliciosas carpas, señor. Han sido cogidas en nuestro propio estanque esta misma mañana.

—Pero sin duda podríais tomar dinero prestado a cuenta del superávit que debéis de tener todos los años...

—Gracias, señor. Ése es mi argumento —dijo el hermano Gabriel.

El tesorero frunció el entrecejo un poco más, dejó la cuchara junto al plato y agitó sus pequeñas y regordetas manos.

—Una administración pr-prudente aconseja no abrir un gran agujero en los ingresos de los años por venir, pues los intereses son voraces como ratones. La política del abad es mantener equilibrado el pr-pr...

En su acaloramiento, el congestionado tesorero perdió el control de su tartamudeo.

—Presupuesto —completó el prior en su lugar con una sonrisa desdeñosa. Luego, me sirvió una carpa, clavó el cuchillo en la suya y empezó a cortarla con entusiasmo.

El hermano Edwig le lanzó una mirada fulminante y bebió un sorbo del excelente vino blanco.

—Por supuesto, no es asunto mío —dije encogiéndome de hombros.

—Os p-pido disculpas si me he acalorado —dijo el tesorero dejando la copa en la mesa—. Es una vieja discusión entre el sacristán y yo —añadió esbozando otra breve sonrisa, que dejó al descubierto sus blancos y parejos dientes.

Me limité a asentir con gravedad y volví a mirar hacia la ventana del rincón. Seguían cayendo gruesos copos de nieve, que empezaban a formar una espesa capa sobre el suelo. Allí dentro había corriente y, aunque el fuego me calentaba por delante, tenía la espalda helada. En la esquina, el novicio tosió. Su cabeza, cubierta con la caperuza e inclinada hacia delante, permanecía en la sombra, pero advertí que las piernas le temblaban bajo el hábito.

De pronto, una voz destemplada rompió el silencio.

—¡Idiotas! No habrá edificio nuevo. ¿No sabéis que el mundo ha dado su última vuelta? ¡El Anticristo está aquí, con nosotros! —Al volverme, vi que el cartujo se había incorporado en su banco de la otra mesa—. Un milenio de culto a Dios, en todas estas casas de oración, toca a su fin. ¡Pronto no quedará otra cosa que edificios vacíos y silencio, silencio para que el Diablo lo llene con sus bramidos!

La voz se convirtió en un grito, mientras los ojos del hermano Jerome clavaban furibundas miradas en los rostros de los benedictinos, que, uno tras otro, se veían obligados a desviar las suyas. Al volverse, el cartujo perdió el equilibrio y cayó de espaldas con una mueca de dolor.

El prior Mortimus se puso en pie de un salto y golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Por Cristo crucificado! Hermano Jerome, dejaréis la mesa y os quedaréis en vuestra celda hasta que el abad decida qué hacer con vos. ¡Lleváoslo de aquí!

Dos vecinos de asiento cogieron al cartujo por las axilas, lo levantaron sin contemplaciones y se lo llevaron del refectorio en volandas. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, un inmenso suspiro de alivio se alzó de la congregación.

—Una vez más —dijo el prior Mortimus volviéndose hacia mí—, os pido disculpas en nombre de la comunidad. —Un murmullo de aprobación recorrió las mesas—. Sólo puedo suplicaros que lo perdonéis en razón de su demencia.

—Me pregunto quién es el Anticristo, según él. ¿Yo? No, supongo que más bien lord Cromwell... ¿O tal vez Su Majestad el Rey?

—No, señor, no. —Un murmullo de inquietud recorrió la mesa de los obedienciaros. El prior Mortimus apretó los finos labios—. Si de mí dependiera, Jerome estaría fuera de aquí mañana mismo, para que gritara sus desvaríos por las calles hasta que lo encerraran en la Torre, o más bien en el manicomio de Bedlam, que es donde debería estar. Si el abad aún no lo ha echado, es porque necesita conservar el favor de su primo sir Edward. ¿Sabíais que Jerome estaba emparentado con la difunta reina? —Me limité a asentir—. Pero esto es demasiado. Tiene que marcharse.

—No suelo hacer caso de los disparates de un loco —dije alzando una mano y moviendo negativamente la cabeza. Mis palabras produjeron un alivio evidente entre mis compañeros de mesa—. Prefiero que el hermano Jerome siga aquí —añadí bajando la voz para que sólo pudieran oírme los obedienciaros—. Podría necesitar interrogarlo. Decidme, ¿le soltó este mismo discurso al señor Singleton?

—Sí —respondió el prior sin vacilar—. Apenas llegó, el hermano Jerome lo abordó en mitad del patio y lo llamó perjuró y mentiroso. Para no ser menos, el comisionado Singleton le respondió que era un católico hijo de mala madre.

—Perjuró y mentiroso... Eso es más concreto que las vagas acusaciones que me hace a mí. Me pregunto qué quería decir.

—Sólo Dios sabe lo que quiere decir un loco.

—Tal vez esté loco, comisionado —terció el hermano Guy inclinándose hacia mí—, pero él no pudo matar al comisionado Singleton. Yo he cuidado de él. El potro de tortura le descoyuntó el brazo izquierdo; tiene los ligamentos destrozados y la pierna derecha no mucho mejor. Como habéis visto, apenas puede mantener el equilibrio. Con lo que le cuesta sostenerse en pie, difícilmente habría podido blandir un arma para cortarle la cabeza a nadie. Yo había visto los efectos de la tortura legal en

Francia, pero en Inglaterra no —añadió el hermano enfermero bajando la voz—. Creo que aquí es algo nuevo.

—La ley la autoriza en tiempos de peligro extremo para el Estado —repliqué, disgustado. Noté que Mark tenía los ojos puestos en mí y vi la decepción y la tristeza en su mirada—. Aunque siempre es un hecho lamentable —añadí con un suspiro—. Pero, volviendo al pobre Singleton, quizá el hermano Jerome esté demasiado débil para matar, pero podría haber tenido un cómplice.

—No, señor, imposible —protestó a coro toda la mesa. En las caras de los obedienciaros sólo leí el deseo de no verse relacionados con el asesinato y la traición, y el temor a las terribles penas que llevaban aparejados. Pero el hombre, me dije, es hábil ocultando sus auténticos pensamientos.

El hermano Gabriel volvió a inclinarse hacia mí con la inquietud pintada en el rostro.

—Señor, ninguno de los presentes compartimos las opiniones del hermano Jerome. Su presencia nos pesa como una losa. Sólo deseamos continuar con nuestra vida de oración en paz, leales al rey y fieles a las formas de culto que Su Majestad dicta.

—¡En eso, al menos, su caridad habla por todos! —proclamó el tesorero con voz sonora—. No puedo decir más que amén.

Un coro de amenes se alzó de la mesa de los obedienciaros. Asentí complacido.

—Pero el comisionado Singleton sigue estando muerto —repuse—. De modo que ¿quién creéis que lo mató? ¿Hermano tesorero? ¿Hermano prior?

—Fue g-gente de fuera —respondió el hermano Edwig—. Él iba a encontrarse con alguien y los sorprendió. Brujas, adoradores del Diablo... entraron a profanar nuestra iglesia y a robar nuestra reliquia, toparon con el pobre señor Singleton y lo mataron. La persona con la que iba a encontrarse, quienquiera que fuese, sin duda se asustó del tumulto.

—El doctor Shardlake opina que el asesino podría haber utilizado una espada —dijo el hermano Guy—. Y la gente de la que habláis se habría guardado de llevar armas, por miedo a que los descubrieran.

Me volví hacia el hermano Gabriel, que soltó un profundo suspiro y se pasó los dedos por los enmarañados rizos que rodeaban su tonsura.

—La desaparición de la mano del Buen Ladrón, una santa reliquia del Calvario de Nuestro Señor, es una tragedia. Me estremezco al pensar en el abominable uso que puede estar dándole el ladrón en estos momentos.

El sacristán estaba pálido. Recordé las calaveras del despacho de lord Cromwell y, una vez más, comprendí cuánto poder tienen las reliquias.

—¿Hay sospechosos de practicar la brujería en la zona? —pregunté.

El prior negó con la cabeza.

—Un par de hechiceras de la ciudad, pero no son más que viejas que murmuran encantamientos para las hierbas que venden.

—¿Quién sabe qué maldades obra el Diablo en el mundo pecador? —murmuró el hermano Gabriel—. Nosotros estamos protegidos de él en esta vida de santidad tanto como puede estarlo un hombre; pero fuera... —musitó el sacristán con un estremecimiento.

—También están los criados —les recordé—. Sesenta personas.

—Aquí sólo vive una docena —repuso el prior—. Y por la noche el monasterio está cerrado a cal y canto, y vigilado por el señor Bugge y su ayudante, bajo mi supervisión.

—Casi todos los que viven aquí son viejos y leales servidores —añadió el hermano Gabriel—. ¿Por qué iban a matar a un visitante tan importante?

—¿Por qué iba a hacerlo un monje, o alguien de la ciudad? Bien, ya se verá. Mañana quisiera hablar con algunos de vosotros —anuncié paseando la mirada por las dos hileras de alarmados rostros.

Los criados regresaron para llevarse los platos, que sustituyeron por los de postre, y guardamos silencio hasta que se marcharon.

—¡Ah, fruta en almíbar! —exclamó el tesorero hundiendo la cuchara en su plato—. Nada mejor en una noche tan fría.

De pronto, se oyó un golpe sordo en el otro extremo de la sala. Sobresaltados, nos volvimos hacia la esquina en la que el novicio cumplía su castigo y vimos que estaba tumbado en el suelo. El hermano Guy se puso en pie con la indignación pintada en el rostro, se cogió las faldas del hábito y echó a correr hacia Simon. Yo lo imité, seguido por el hermano Gabriel y, un instante después, por el prior, visiblemente enojado. El muchacho estaba blanco como la pared. Cuando el hermano Guy le levantó la cabeza con cuidado, parpadeó y soltó un gemido.

—Tranquilo —le dijo el enfermero con voz suave—. Sólo es un desmayo. ¿Te has hecho daño?

—En la cabeza. Me la he golpeado. Lo siento...

Sus ojos se llenaron de lágrimas, su endeble pecho se agitó y empezó a sollozar de un modo que encogía el corazón. El prior Mortimus soltó un bufido. Miré al hermano Guy y me quedé sorprendido ante la cólera que reflejaban sus negros ojos.

—¡No me extraña que llore, hermano prior! ¿Cuánto hace que no come como Dios manda? ¡Está en los huesos!

—Ha tomado pan y agua. Sabéis perfectamente, hermano enfermero, que es un castigo sancionado por la regla de san Benito...

El hermano Gabriel se volvió hacia él hecho una furia.

—¡San Benito no pretendía que los siervos de Dios murieran de hambre! Lo habéis hecho trabajar como un animal en los establos y luego permanecer de pie con este frío durante horas.

El llanto del novicio se transformó en un violento ataque de tos y su pálido rostro se puso violáceo, mientras pugnaba por respirar. El enfermero inclinó la cabeza para escuchar los sibilantes jadeos del joven.

—Tiene los pulmones llenos de bilis. ¡Me lo llevo a la enfermería ahora mismo!

El prior volvió a resoplar.

—¿Es culpa mía que sea tan delicado? Lo hago trabajar para que se curta. Es lo que necesita...

La voz del hermano Gabriel resonó por todo el refectorio:

—¿Tiene el hermano Guy vuestra autorización para llevárselo a la enfermería, o voy en busca del abad Fabián?

—¡Llevaos a ese inútil! —gritó el prior volviendo a la mesa a grandes zancadas—. ¡Blandenguería! ¡Blandenguería y laxitud! ¡Eso es lo que acabará con nosotros! —exclamó abarcando el refectorio con una mirada desafiante, mientras el hermano Gabriel y el enfermero se llevaban al novicio, que seguía hipando y tosiendo.

El hermano Edwig se aclaró la garganta.

—Hermano p-prior, creo que deberíamos dar las gr-gracias por los alimentos y levantarnos de la mesa. Casi es la hora de completas.

El prior dio las gracias atropelladamente, y los obedienciaros se levantaron y abandonaron el refectorio, mientras sus hermanos de la mesa larga esperaban a que salieran para imitarlos. Cuando iba a cruzar la puerta, el hermano Edwig se acercó a mí.

—Siento que v-vuestra cena se haya visto perturbada dos veces, doctor Sh-Shardlake —dijo con voz untuosa—. Es muy lamentable. Debo pedirlos que nos perdonéis.

—No hay de qué, hermano. Cuanto mejor conozca la vida en Scarnsea, más deprisa avanzará mi investigación. Por cierto, os estaría muy agradecido si mañana pudierais dedicarme unos momentos de vuestro tiempo, acompañado por vuestros libros de contabilidad más recientes. Hay varios puntos relacionados con las investigaciones del comisionado Singleton que me gustaría discutir con vos.

Confieso que disfruté con la expresión de desconcierto que se adueñó del rostro del tesorero. Me despedí con una inclinación de cabeza y me acerqué a Mark, que estaba mirando por una ventana. La nieve seguía cayendo y cubriéndolo todo de blanco, amortiguando los ruidos y desdibujando las formas, mientras las encorvadas y encapuchadas figuras de los monjes cruzaban el patio del claustro en dirección a la iglesia para celebrar las completas, el último oficio del día, y las campanas volvían a lanzar al aire su ensordecedor tañido.

Capítulo 9

MARK VOLVIÓ A TUMBARSE en el catre en cuanto llegamos a la habitación. Yo estaba tan cansado como él, pero necesitaba organizar mis impresiones de todo lo ocurrido durante la cena, de modo que me mojé la cara en la jofaina y fui a sentarme ante el fuego. Aunque muy débilmente, los cánticos de los monjes llegaban hasta mis oídos a través de la ventana.

—Escucha —le dije a Mark—. El oficio de completas. Los monjes están rogando a Dios que vele por sus almas al final del día. Bueno, ¿qué piensas de esta santa comunidad de Scarnsea?

—Estoy demasiado cansado para pensar —gruñó Mark.

—Vamos, es tu primer día en un monasterio. ¿Qué te ha parecido?

Mi joven ayudante se incorporó a regañadientes, apoyó la barbilla en un codo y adoptó una expresión pensativa. Las sombras que arrojaban las velas subrayaban los tenues pliegues de su fino rostro. «Un día —me dije—, se convertirán en auténticas arrugas, con surcos tan profundos como los míos.»

—Es un mundo de contradicciones. Por un lado, su vida parece un mundo aparte. Sus hábitos negros, esas oraciones... El hermano Gabriel dice que están aislados del mundo y del pecado. Pero ¿habéis visto cómo me mira, el muy bellaco? ¡Y cómo viven! Buenos fuegos, tapices, la mejor comida que he probado en mi vida... Y juegan a las cartas como los parroquianos de cualquier taberna.

—Sí. San Benito estaría tan indignado como lord Cromwell si conociera su regalada vida. El abad Fabián se comporta como un lord, y en realidad lo es; no en vano se sienta en la Cámara, como la mayoría de los abades.

—Creo que el prior no lo aprecia demasiado.

—El prior Mortimus se presenta a sí mismo como un simpatizante de los reformistas, un enemigo de la vida relajada. Desde luego, sabe cómo hacer pasar las de Caín a los que tiene debajo. Y yo diría que disfruta haciéndolo.

—Me recuerda a un par de profesores míos.

—Los profesores no maltratan a sus alumnos hasta hacerlos perder el conocimiento. La mayoría de los padres tendrían mucho que decir sobre el trato que le ha dispensado al chico. Al parecer, no hay maestro de novicios propiamente dicho. No hay bastantes vocaciones. Los novicios están totalmente a merced del prior.

—El enfermero ha salido en defensa del chico. Parece un buen hombre, aunque sea negro como un tizón.

—Y el hermano Gabriel también lo ha defendido —dije asintiendo—. Ha amenazado al prior con acudir al abad. No me imagino al abad Fabián preocupado

por el bienestar de los novicios; pero, si el prior se deja llevar por su afición a la brutalidad, tendrá que llamarlo al orden de vez en cuando para evitar un escándalo. Bueno, ahora ya los conocemos a todos, a los cinco que sabían el auténtico motivo de la visita de Singleton: el abad Fabián, el prior Mortimus, el hermano Gabriel, el hermano Guy y, por supuesto, el tesorero.

—El hermano E-Edwig —tartamudeó Mark.

—Por mucho que se le trabe la lengua —repuse sonriendo—, es un hombre con enorme poder en el monasterio.

—A mí me parece un sapo pegajoso.

—Sí, reconozco que a mí tampoco me cae simpático. Pero no hay que dejarse engañar por las apariencias. El granuja más grande que he conocido en mi vida se comportaba como el más caballeroso de los hombres. Y la noche en que asesinaron a Singleton el tesorero estaba ausente.

—Pero ¿qué motivo podía tener ninguno de ellos para matar a Singleton? No haría más que aumentar las razones de lord Cromwell para cerrar el monasterio.

—¿Y si el motivo fuera más personal? ¿Y si Singleton hubiera descubierto algo? Llevaba aquí varios días. ¿Y si estuviera a punto de acusar a alguien de un delito grave?

—El doctor Goodhops ha dicho que el día que lo mataron estaba examinando los libros de cuentas.

Asentí.

—Sí, por eso quiero echarles un vistazo. Pero no dejo de darle vueltas al modo en que lo mataron. Si alguien quería silenciarlo, le habría bastado con clavarle un cuchillo entre las costillas. ¿Y por qué profanar la iglesia?

Mark movió la cabeza.

—Me pregunto dónde habrá escondido la espada el asesino, si es que utilizó una espada. Y la reliquia. Y su ropa, que estaría empapada en sangre.

—En esta inmensa madriguera, debe de haber miles de escondrijos. Además —dije tras reflexionar unos instantes—, en la mayoría de los edificios hay una actividad constante.

—¿Los edificios auxiliares: la destilería, el taller de cantería y los demás?

—Sobre todo éstos. Tenemos que mantener los ojos bien abiertos hasta que conozcamos bien este lugar y tratar de localizar posibles escondites.

Mark soltó un suspiro.

—Puede que el asesino haya enterrado la ropa y la espada. Pero, si sigue nevando, no podremos comprobar si hay algún sitio donde hayan removido la tierra recientemente.

—No. Bueno, mañana empezaré por interrogar al sacristán y al tesorero, esos dos enemigos fraternales. Y me gustaría que tú hablaras con esa joven, Alice.

—Ya me he ganado una reprimenda del hermano Guy.

—He dicho hablar, nada más; no quiero problemas con el hermano Guy. Tú sabes

tratar con las mujeres. Esa muchacha parece inteligente y seguro que conoce tantos secretos sobre el monasterio como el que más.

Mark se removió en el catre, incómodo.

—No quisiera que pensara que... que me gusta, cuando sólo se trata de conseguir información.

—Nuestro trabajo aquí consiste en conseguir información. No tienes por qué engañarla. Si te revela algo que nos sea útil, yo me encargaré de que la recompensen. Le buscarán otro sitio. Una mujer como ella no debería estar pudriéndose entre estos monjes.

—Me parece que a vos también os gusta, señor —dijo Mark sonriéndome—. ¿Os habéis fijado en sus ojazos?

—No es una mujer del montón... —respondí evasivamente.

—Sigue pareciéndome mal engatusarla para sacarle información.

—Mira, Mark, si quieres trabajar al servicio de la ley o el Estado, tendrás que ir acostumbrándote a engatusar a la gente.

—Sí, señor —respondió él sin convicción—. Es que... no me gustaría ponerla en peligro.

—Tampoco a mí. Pero en peligro podríamos estar todos.

Mark se quedó callado durante unos instantes.

—¿Podría tener razón el abad en lo de la brujería? Eso explicaría la profanación de la iglesia.

Negué con la cabeza.

—Cuanto más lo pienso, más evidente me parece que este asesinato estaba planeado. Incluso puede que la profanación no tuviera otro objetivo que lanzar a los investigadores sobre una pista falsa. Por supuesto, para el abad sería mucho más conveniente que lo hubiera hecho alguien de fuera.

—Ningún cristiano profanaría una iglesia de ese modo, fuera reformista o papista.

—No. Es una auténtica abominación —murmuré cerrando los ojos.

Estaba muerto de cansancio. No podía pensar más por ese día. Cuando volví a abrir los ojos, Mark me miraba fijamente.

—Habéis dicho que el cuerpo del comisionado Singleton os había recordado la ejecución de Ana Bolena.

—Es un recuerdo que aún me pone enfermo —dije asintiendo.

—La rapidez de su caída sorprendió a todo el mundo. A pesar de que nadie la quería.

—No. La llamaban El Cuervo de Medianoche.

—Dicen que la cabeza intentó hablar después de que se la cortaran.

—No puedo hablar de eso, Mark —lo atajé levantando una mano—. Yo me encontraba allí en calidad de funcionario del Estado. Venga, tienes razón. Deberíamos dormir.

El muchacho parecía decepcionado, pero se levantó sin replicar y echó más

troncos al fuego. Nos acostamos. Desde mi cama podía ver la ventana y los copos de nieve, que se recortaban contra otra ventana iluminada a cierta distancia. Los monjes trasnochaban. Los días en que la comunidad se retiraba antes de que anocheciera para levantarse a orar a medianoche eran cosa del pasado.

A pesar del cansancio, mi mente seguía activa, y empecé a dar vueltas en la cama. Pensaba, sobre todo, en la muchacha, en Alice. En un lugar como aquél todo el mundo estaba en peligro potencialmente, pero una mujer sola siempre es más vulnerable. Me gustaba la chispa de carácter que había visto en ella. Me recordaba a Kate.



Pese a mis deseos de dormir, no pude evitar que mi cansada mente se remontara tres años atrás. Kate Wyndham era hija de un comerciante de paños londinense que había sido acusado de fraude contable por su socio ante el tribunal eclesiástico, con el argumento de que un contrato era equivalente a un juramento ante Dios. En realidad, el socio estaba emparentado con un archidiácono que tenía influencia sobre el juez; pero yo conseguí que el caso se trasladara al tribunal del Rey, que lo desestimó. El agradecido comerciante, que estaba viudo, me invitó a comer y me presentó a su única hija.

Kate tenía suerte. Su padre opinaba que las mujeres debían aprender algo más que contabilidad doméstica, y su hija tenía la cabeza en su sitio, además de un dulce rostro en forma de corazón y una hermosa melena castaña que le caía sobre los hombros. Era la primera mujer que conocía con la que podía hablar de igual a igual. Nada le gustaba tanto como discutir sobre los asuntos de la justicia, los tribunales y hasta de la Iglesia, pues la experiencia de su padre los había convertido a ambos en fervientes reformistas. Aquellas largas veladas de conversación con Kate y su padre en la casa familiar y, más adelante, los largos paseos por el campo con ella fueron los momentos más felices de mi vida.

Yo sabía que ella sólo veía en mí a un amigo —solíamos decir, en broma, que hablaba con ella tan libremente como con cualquier hombre—, pero no podía evitar preguntarme si aquella amistad podría convertirse en algo más. Aunque no era la primera vez que me enamoraba, nunca me había atrevido a manifestar mis sentimientos, seguro como estaba de que mi deformidad sólo me granjearía el rechazo y de que lo mejor era esperar hasta haber amasado una fortuna que pudiera ofrecer como compensación. Pero a Kate podía darle otras cosas que ella valoraría: buena conversación, camaradería y un círculo de amigos con las mismas inquietudes.

Aún sigo preguntándome qué habría ocurrido si le hubiera mostrado mis verdaderos sentimientos antes, pero lo cierto es que esperé demasiado. Una noche, me presenté en su casa sin anunciarme y la encontré en compañía de Piers Stackville, hijo de un socio de su padre. Al principio no me preocupé, pues, aunque atractivo

como un demonio, Stackville era un joven sin más prendas que una caballerosidad laboriosamente afectada. Pero la vi sonrojarse y reírle sus insulsas gracias: mi Kate transformada en una bobalicona... Desde aquel día, no la oí hablar de otra cosa que no fuera lo que Piers había dicho o hecho, con suspiros y sonrisas que se me clavaban en el corazón.

Al final, le confesé mis sentimientos. Lo hice tarde y torpemente, entre vacilaciones y tartamudeos. Pero lo peor fue su cara de sorpresa.

—Matthew, creía que sólo deseabas mi amistad. Nunca he oído una palabra de amor de tus labios. Parece que me has ocultado muchas cosas.

Le pregunté si era demasiado tarde.

—Si me lo hubieras dicho seis meses antes..., quizá —respondió con tristeza.

—Sé que mi aspecto no es el más apropiado para inspirar pasión.

—¡Eres injusto contigo mismo! —exclamó Kate con inesperada vehemencia—. Tienes un rostro atractivo y varonil, y modales exquisitos; le das demasiada importancia a tu deformidad, como si fueras el único que la tiene. Te compadeces demasiado de ti mismo, Matthew; eres demasiado orgulloso.

—Entonces...

Kate sacudió la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—Es demasiado tarde. Quiero a Piers. Va a pedirle mi mano a papá.

Le espeté que Stackville no era lo bastante bueno para ella, que a su lado se moriría de aburrimiento; pero Kate replicó con firmeza que no tardaría en tener hijos y una buena casa de los que ocuparse y me preguntó si no era ése el papel propio de una mujer, el que Dios le había destinado. Estaba destrozado y me marché sin decir nada más.

No volví a verla. Una semana después, la peste se abatió sobre la ciudad como un huracán. La gente empezaba a temblar y sudar, caía en cama por centenares y moría en dos días. La enfermedad acabó con grandes y pequeños, y se llevó tanto a Kate como a su padre. Recuerdo el funeral, que hube de organizar como albacea del difunto, y las cajas de madera descendiendo lentamente al fondo de la fosa. Al mirar a Piers Stackville por encima del ataúd, su demudado rostro me dijo que amaba a Kate tanto o más que yo. Movié la cabeza en un gesto de silenciosa condolencia y yo hice lo propio con una tenue y triste sonrisa. Di gracias a Dios porque al menos había conseguido liberarme de la creencia en el purgatorio, cuyas penas habría debido soportar Kate. Sabía que un alma tan pura como la suya estaría en el cielo, descansando entre los bienaventurados.

Las lágrimas acuden a mis ojos mientras escribo estas palabras, como acudieron aquella primera noche en Scarnsea. Las dejé rodar por mis mejillas en silencio, por miedo a despertar a Mark con mis sollozos y obligarlo a presenciar tan embarazosa escena. Purificado por el llanto, me dormí.



Sin embargo, la pesadilla volvió a asaltarme esa noche. Hacía meses que no soñaba con la muerte de la reina Ana, pero ver el cadáver de Singleton me había turbado profundamente. Una vez más, estaba en la explanada de la Torre una hermosa mañana de primavera, entre la inmensa multitud que rodeaba el patíbulo cubierto de paja. Estaba en primera fila; lord Cromwell había ordenado que todos sus servidores asistiéramos a la caída de la reina y nos identificáramos con ella. El propio vicario general estaba a unos pasos de mí. Había hecho fortuna como partidario de Ana Bolena, para acabar urdiendo la acusación de adulterio que había consumado la desgracia de la reina. Permanecía con el entrecejo severamente fruncido, como la encarnación de la justicia punitiva.

De pie, junto al tajo, a cuyo alrededor había esparcida abundante paja, el verdugo llegado de Francia aguardaba con los brazos cruzados y la cabeza oculta bajo la siniestra capucha negra. Busqué con la mirada la espada que, a petición de la propia reina, había traído consigo para asegurarle una muerte rápida, pero no conseguí verla. Tenía la cabeza respetuosamente inclinada, pues me acompañaban algunos de los hombres más importantes del país: el lord canciller Audley, sir Richard Rich, el conde de Suffolk...

Estábamos inmóviles como estatuas y en absoluto silencio, mientras detrás de nosotros la muchedumbre parloteaba animadamente. El manzano que hay en la explanada estaba en flor, y un mirlo posado en una rama alta cantaba ajeno a la multitud. Alcé los ojos hacia él y no pude por menos que envidiar su libertad.

La reina apareció en medio de un murmullo de expectación. Iba escoltada por sus damas de honor, un capellán vestido con sobrepelliz y varios guardias con uniforme rojo. Pálida y consumida, caminaba con los huesudos hombros encorvados bajo la blanca capa y el pelo recogido bajo una cofia. Avanzaba hacia el tajo volviendo la cabeza constantemente, como si esperara la llegada de un mensajero con el indulto del rey. Había pasado nueve años en el corazón de la corte, pero seguía sin comprender nada; aquel gran espectáculo no se detendría. Cuando llegó al centro del cadalso, sus grandes y ojerosos ojos castaños miraron a su alrededor desesperadamente, buscando, como los míos, la espada.

En mi sueño no hay largos preliminares; ni interminables rezos ni discurso de la reina rogándonos que oremos por la vida del rey. En mi sueño, Ana Bolena se arrodilla de inmediato frente a la muchedumbre y empieza a rezar. Vuelvo a oír sus débiles y ásperas súplicas, repetidas una y otra vez: «¡Jesús, recibe mi alma! ¡Dios Misericordioso, ten piedad de mí!» Luego, el verdugo se agacha y coge la espada, que permanecía oculta bajo la paja. «Así que ahí estaba...», me digo y, un instante después, tenso el cuerpo y ahogo un grito mientras el arma corta el aire tan deprisa que el ojo apenas puede seguirla y la cabeza de la reina salta sobre el tajo y cae en medio de un gran chorro de sangre. Una vez más, reprimo una arcada y cierro los ojos mientras la muchedumbre exhala un gran murmullo, puntuado por algún «¡Hurra!» aislado. Vuelvo a abrirlos al oír la frase preceptiva, apenas inteligible en

boca del verdugo francés: «Así mueren todos los enemigos del rey.» Tanto la paja como las ropas del esbirro, que sostiene en alto la goteante cabeza de la reina, están empapadas en la misma sangre que sigue manando a borbotones del cadáver.

Los papistas dicen que en ese momento las velas de la iglesia de Dover se encendieron solas, una más de las muchas y absurdas leyendas que circularon por el país; pero yo puedo atestiguar que, en la cabeza decapitada de la reina, los ojos se movieron y recorrieron la multitud, y los labios temblaron como si quisieran hablar. Alguien chilló a mis espaldas, y un murmullo de sobrecogimiento se elevó de la muchedumbre mientras las abullonadas mangas de los vestidos de fiesta se alzaban hasta las frentes para hacer la señal de la cruz. En realidad, cuando los movimientos cesaron habían transcurrido menos de treinta segundos, y no la media hora de la que se hablaría luego. Pero en mi pesadilla reviví cada uno de esos segundos rezando para que aquellos espantosos ojos se estuvieran quietos de una vez. De pronto, cuando el verdugo arrojó la cabeza al cajón que haría las veces de ataúd y el cráneo golpeó la madera con un ruido seco, me desperté ahogando un grito y comprendí que estaban llamando a la puerta.

Volvieron a golpear con los nudillos, y un instante después oí la angustiada voz de Alice:

—¡Doctor Shardlake! ¡Comisionado!

Era plena noche, el fuego apenas ardía y la habitación estaba helada. Mark gruñó y se dio la vuelta en el catre.

—¿Qué ocurre? —pregunté con voz temblorosa y el corazón aún palpitante por la pesadilla.

—El hermano Guy os necesita, señor.

—¡Un momento!

Me levanté de la cama con dificultad y encendí una vela en las ascuas de la chimenea. Mark también se levantó, parpadeando y con el pelo revuelto.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Espérame aquí.

Me puse las calzas y abrí la puerta. La chica, que llevaba un delantal blanco sobre el vestido, me miró apurada desde el pasillo.

—Os ruego que me perdonéis, señor, pero Simon Whelplay se ha puesto peor y quiere hablar con vos. El hermano Guy me ha dicho que os despertara.

—Muy bien —respondí siguiéndola por el gélido corredor.

A escasa distancia de nuestra habitación había una puerta abierta. Oí voces: el hermano Guy y alguien que gemía angustiosamente. Al asomarme, vi al novicio acostado en una cama baja con ruedas. Tenía el rostro reluciente de sudor y deliraba entre ansiosos jadeos. Sentado junto al camastro, el hermano Guy le enjugaba la frente con un paño que de vez en cuando empapaba en el líquido de un cuenco.

—¿Qué tiene? —pregunté tratando de disimular mi aprensión, pues el chico se retorció y resollaba igual que los contagiados de peste.

El enfermero me miró con preocupación.

—Una congestión en los pulmones. No es de extrañar, con las horas que ha pasado de pie, sin comer y con este frío. Tiene mucha fiebre. No para de decir que necesita hablar con vos. No se quedará tranquilo hasta que lo haya hecho.

Me acerqué a la cama con miedo, pues temía respirar los miasmas de su enfermedad. El joven clavó sus enrojecidos ojos en mí.

—Comisionado..., señor... —dijo con voz ronca—. ¿Habéis venido a hacer justicia?

—Sí, estoy aquí para investigar la muerte del comisionado Singleton.

—Él no ha sido la primera víctima —resolló el chico—. No ha sido la primera. Yo lo sé.

—¿Qué quieres decir? ¿A quién más han matado?

Un violento ataque de tos agitó su frágil pecho, en el que se oía gorgotear las flemas. Exhausto, Simon se dejó caer en la cama y posó los ojos en Alice.

—Pobre muchacha... Le advertí que aquí corría peligro... —musitó entre violentos sollozos que acabaron transformándose en otro acceso de tos y amenazando con partir en dos su frágil cuerpo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté volviéndome con viveza hacia Alice—. ¿De qué peligro te advirtió?

La chica me miró con perplejidad.

—No lo entiendo, señor. Nunca me ha advertido de nada. Hasta hoy apenas había hablado con él.

Miré al hermano Guy. Parecía tan sorprendido como su ayudante.

—Está muy enfermo, comisionado —dijo observando al enfermo con preocupación—. Deberíamos dejarlo descansar.

—No, hermano, necesito hacerle más preguntas. ¿Tenéis idea de a qué se refiere?

—No, señor Shardlake. Sé tan poco como Alice.

Me acerqué a la cama y me incliné sobre el muchacho.

—Explícame qué quieres decir, Simon. Alice dice que no le has advertido de nada...

—Alice es buena —dijo el novicio entre dos jadeos—. Es cariñosa y amable. Hay que advertirle...

El chico volvió a toser y el hermano Guy se interpuso entre nosotros con decisión.

—Debo pedirlos que os marchéis, comisionado. Creía que hablar con vos lo tranquilizaría, pero está delirando. Tengo que darle una poción para hacerlo dormir.

—Por favor, señor —intervino Alice—. Por caridad. Ya veis lo enfermo que está.

Me aparté del novicio, que parecía haber caído en un sopor producto del agotamiento.

—¿Está muy grave? —le pregunté al hermano Guy.

El enfermero frunció el semblante.

—Si la fiebre no remite pronto, acabará con él. Castigarlo de ese modo ha sido

una atrocidad —añadió con la voz teñida de cólera—. Ya me he quejado al abad; vendrá a ver al chico por la mañana. Esta vez, el prior Mortimus ha ido demasiado lejos.

—Necesito saber qué quería decir. Volveré mañana y, si su estado empeora, quiero que se me informe de inmediato.

—Por supuesto. Y ahora, señor, os ruego me disculpéis, tengo que preparar unas hierbas...

Asentí, y se marchó. Miré a Alice y le sonreí lo más tranquilizadoramente que pude.

—Un asunto extraño —murmuré—. ¿No tienes idea de a qué se refería? Primero ha dicho que te había advertido y luego que había que advertirte.

—No me ha advertido de nada, señor. Cuando lo trajeron, durmió un rato; luego, al subirle la fiebre, empezó a preguntar por vos.

—¿A qué podía referirse al decir que Singleton no ha sido el primero?

—Os juro que no lo sé, señor.

Su voz tenía un deje de inquietud. Me volví hacia ella y le hablé con suavidad:

—¿Crees que podrías estar en peligro, Alice?

—No, señor. —De pronto, su rostro enrojeció y adoptó una expresión mezcla de cólera y desprecio que me dejó sorprendido—. De vez en cuando, algún monje me hace proposiciones, pero yo sé defenderme, y cuento con la protección del hermano Guy. Es una molestia, pero no un peligro.

Asentí, impresionado una vez más por su fuerza de carácter.

—¿Estás a disgusto aquí? —le pregunté bajando la voz.

La chica se encogió de hombros.

—Es un trabajo —respondió—. Y el hermano Guy me trata bien.

—Alice, si puedo ayudarte o hay algo que quieras contarme, acude a mí, por favor. No me gustaría que corrieras ningún riesgo.

—Gracias, señor. Sois muy amable.

El tono de su voz era cauto; no tenía ningún motivo para confiar en mí más que en los monjes. Pero tal vez se sincerara con Mark. Se volvió hacia el enfermo, que había empezado a agitarse en sueños e intentaba destaparse.

—Entonces, buenas noches, Alice.

La joven estaba tratando de tranquilizar al novicio y no se volvió.

—Buenas noches, señor.

Salí de la habitación y avancé por el gélido pasillo. Me detuve ante una ventana y comprobé que había dejado de nevar. La luna iluminaba un espeso y uniforme manto blanco que lo cubría todo. Al contemplar aquel yermo inmaculado, que sólo interrumpían las negras siluetas de los viejos edificios, me sentí tan aislado y atrapado en Scarnsea como si estuviera en las mismísimas cuevas de la luna.

Capítulo 10

AL DESPERTAR, tardé en comprender dónde estaba. El sol de una mañana inusualmente clara inundaba de luz blanca una habitación desconocida. Al cabo, lo recordé todo y me incorporé en la cama. Mark, que había vuelto a dormirse cuando regresé de hablar con el novicio, estaba levantado; había alimentado el fuego y, desnudo de cintura para arriba, se estaba afeitando ante una palangana de agua humeante. Tras la ventana, los rayos del sol se reflejaban en la espesa capa de nieve que lo cubría todo y sobre la que no se veían más huellas que las pisadas de los pájaros.

—Buenos días, señor —dijo Mark sin apartar la vista del viejo espejo de latón.

—¿Qué hora es?

—Las nueve pasadas. El hermano Guy dice que el desayuno nos espera en la cocina. Suponía que estaríamos cansados y nos ha dejado dormir.

—No podemos perder el tiempo durmiendo —gruñí apartando la ropa de la cama—. Venga, acaba con eso y ponte la camisa —lo apremié, empezando a vestirme.

—¿No os vais a afeitar?

—No creo que mi barba asuste a nadie. —La magnitud del trabajo pendiente absorbía todos mis pensamientos—. Vamos, acaba de una vez. Quiero recorrer el monasterio y hablar con los obedienciaros. Y tú tienes que encontrar una ocasión para verte a solas con Alice. Luego, das un paseo y buscas posibles escondites para esa espada. Tenemos que avanzar tan rápido como podamos; ha surgido un nuevo problema —añadí, y le conté mi visita nocturna a Whelplay mientras me ataba las calzas.

—¿Más muertos? ¡Jesús! Esta madeja está cada vez más enredada.

—Lo sé. Y tenemos poco tiempo para desenredarla. ¡Vamos!

Salimos al pasillo y nos dirigimos al despacho del hermano Guy. Lo encontramos sentado al escritorio, leyendo el manuscrito árabe.

—¡Ah, ya estáis levantados! —exclamó con su habitual afabilidad.

El enfermero cerró el libro y nos acompañó a un pequeño cuarto, en el que había más manojos de hierbas colgados de ganchos. Nos invitó a sentarnos a la mesa y nos sirvió pan, queso y una jarra de cerveza suave.

—¿Cómo está vuestro paciente? —le pregunté mientras comíamos.

—Algo más tranquilo, gracias a Dios. Le ha bajado la fiebre y ahora duerme profundamente. El abad vendrá a verlo durante la mañana.

—Decidme, ¿cuál es la historia del novicio Whelplay?

—Es hijo de un pequeño granjero de las cercanías de Tonbridge. Simon es de esas

personas demasiado frágiles para la dureza del mundo —murmuró el hermano Guy con una sonrisa triste—, un muchacho muy vulnerable. Quienes son como él suelen cobijarse en sitios como éste, que en mi opinión es donde Dios quiere que estén.

—Un refugio seguro frente al mundo, ¿no?

—Las personas como el hermano Simon sirven a Dios y al mundo con sus oraciones. ¿No es eso mejor que la vida de burlas y malos tratos que suelen padecer en el exterior? Aunque, dadas las circunstancias, no puede decirse que aquí haya encontrado un auténtico refugio.

—No —dije mirándolo muy serio—. Aquí también recibe burlas y malos tratos. Cuando acabemos de desayunar, hermano, me gustaría que me acompañarais a la cocina, donde encontrasteis el cadáver. Me temo que debemos actuar con rapidez.

—Por supuesto. Pero no puedo dejar solos a mis pacientes demasiado tiempo...

—Media hora será suficiente. —Le di el último sorbo a la cerveza, me levanté y me puse la capa—. El señor Poer se quedará en la enfermería; le he dado la mañana libre. Cuando gustéis, hermano.

Cruzamos la sala, en la que Alice atendía al mismo anciano de la víspera, uno de los hombres más viejos que había visto en mi vida; se encontraba acostado y respiraba despacio y con esfuerzo. El contraste con su rollizo vecino, que estaba incorporado en la cama jugando a las cartas solo, no podía ser mayor. El monje ciego dormitaba en un sillón.

El enfermero abrió la puerta, pero tuvo que retroceder para evitar que la nieve acumulada le cayera encima.

—Tendremos que ponernos fundas en los zapatos, o se nos empaparán los pies —dijo y, pidiéndome que lo excusara, volvió a la enfermería y me dejó contemplando el patio tras el vaho de mi aliento.

Bajo un cielo uniformemente azul, el aire estaba tan inmóvil y helado como pocas veces lo había visto. La capa de nieve tenía unos dos palmos de espesor y una esponjosidad que sólo es habitual en lo más crudo del invierno y que dificulta especialmente los movimientos. Yo había cogido el bastón, porque, dado mi escaso sentido del equilibrio, temía caerme.

El hermano Guy regresó al cabo de unos instantes trayendo varias gruesas fundas de cuero.

—Tendré que repartirlas entre los monjes que deben trabajar fuera —comentó.

Nos atamos las fundas y empezamos a abrirnos paso por la nieve, que nos llegaba hasta cerca de las rodillas y hacía parecer aún más negro el rostro del hermano enfermero. La puerta de la cocina estaba a un tiro de piedra y la enfermería compartía una pared con el edificio principal, de modo que pregunté al hermano si se podía acceder a ella por el interior.

—Existía un pasadizo —respondió—, pero lo tapiaron cuando se declaró la Peste Negra, para evitar la extensión de la epidemia, y no ha vuelto a abrirse. Una medida acertada.

—Anoche, cuando vi a Simon, temí que tuviera la peste. La he visto de cerca, y es algo terrible. Pero supongo que la producen los miasmas del aire de las ciudades.

—Por suerte, yo apenas he tratado casos de peste. Los males con los que suelo enfrentarme son consecuencia de pasar demasiado tiempo de pie rezando en el frío de la iglesia. Y de la vejez, claro.

—Tenéis otro paciente que tampoco parece encontrarse muy bien. El anciano.

—Sí, el hermano Francis. Tiene noventa y cuatro años. Es tan viejo que ha vuelto a la primera infancia. Tiene fiebres. Me temo que podría estar cerca del final de su peregrinaje en esta tierra.

—¿Qué tiene el monje grueso?

—Llagas varicosas, como el hermano Septimus, pero mucho peores. Se las he drenado, y ahora está haciendo reposo —respondió el enfermero sonriendo con suavidad—. Creo que me costará echarlo. La gente se resiste a abandonar la enfermería. El hermano Andrew se ha convertido en un inquilino permanente. Se quedó ciego siendo mayor y no se atreve a salir. Ha perdido la confianza en sí mismo.

—¿Tenéis muchos monjes ancianos a vuestro cuidado?

—Una docena. Los hermanos suelen vivir hasta edades muy avanzadas. Tengo cuatro que pasan de los ochenta.

—Están a salvo de las preocupaciones y las penalidades de la mayoría de la gente.

—O puede que la fe fortalezca el cuerpo tanto como el alma. Ya hemos llegado —dijo el hermano Guy empujando la pesada puerta de roble.

Tal como me había explicado la noche anterior, un corto pasillo conducía a la puerta interior de la cocina, que permanecía abierta. Al acercarnos, nos llegó ruido de voces y traqueteo de cacharros y nos envolvió un delicioso aroma a pan recién cocido. En el interior, que era amplio y estaba limpio y ordenado, media docena de criados se afanaba en preparar el almuerzo.

—Entonces, hermano, cuando entrasteis la otra noche, ¿dónde estaba el cuerpo?

El enfermero avanzó unos pasos bajo las miradas de curiosidad de los criados.

—Justo aquí, junto a la mesa grande. Estaba boca arriba, con las piernas apuntando hacia la puerta. La cabeza había ido a parar allí —añadió, señalando una cuba de hierro en la que podía leerse: «Manteca.»

Seguí su mirada, igual que los criados. Uno de ellos se santiguó.

—Es decir, que acababa de cruzar la puerta cuando lo atacaron —murmuré. Cerca de la mesa había un enorme aparador, tras el que el asesino podía haberse ocultado antes de saltar sobre Singleton y asestarle el golpe. Me acerqué al mueble y azoté el aire con el bastón. El criado que estaba más cerca retrocedió asustado—. Sí, hay sitio de sobra para blandir una espada. Yo diría que ocurrió de ese modo.

—Con un arma bien afilada y un brazo fuerte, sí, es posible —dijo el hermano Guy, pensativo.

—Habría que ser hábil y estar acostumbrado a manejar una espada de buen tamaño —dije, y me volví hacia los criados—. ¿Quién es el cocinero jefe?

Un individuo barbudo con el delantal cubierto de manchas dio un paso al frente e inclinó la cabeza.

—Ralph Spenlay, señor.

—Tú eres el jefe de cocina y como tal tienes una llave de la puerta exterior, ¿no es así, Spenlay?

—Sí, comisionado.

—¿Y esa puerta es la única vía de entrada?

—En efecto.

—¿Se cierra con llave la puerta interior?

—No es necesario, porque el único modo de llegar a ella es a través de la puerta del patio.

—¿Quién más tiene llave?

—El enfermero, el abad y el prior, comisionado. Y, por supuesto, el señor Bugge, el portero, para sus rondas nocturnas. Nadie más. Yo vivo en el monasterio; abro por la mañana y cierro por la noche. Si alguien quiere la llave, me la pide a mí. De otro modo, la gente robaría comida, ¿comprendéis? Les da igual que sea para la mesa de los monjes. Alguna mañana, incluso he visto al hermano Gabriel remoloneando en el pasillo, esperando que nos diéramos la vuelta para coger algo. Y eso que es el sacristán...

—¿Qué ocurre cuando estás enfermo, o ausente, y alguien necesita entrar?

—Tiene que pedirle la llave al señor Bugge o al prior. —El hombre sonrió—. Y a ninguno de los dos les gusta que los molesten, si no es para algo importante.

—Gracias, Spenlay, me has sido de gran ayuda —dije extendiendo la mano y cogiendo un dulce de una bandeja.

El cocinero me lanzó una mirada de reproche.

—Excelente. No os entretengo más, hermano Guy. Ahora querría ver al tesorero, si sois tan amable de indicarme el camino.



Siguiendo las indicaciones del enfermero, volví al patio y avancé con precaución por la nieve, que crujía bajo las fundas de cuero de mis zapatos. Esa mañana el monasterio estaba mucho más tranquilo que el día anterior, pues ni hombres ni perros parecían dispuestos a abandonar los edificios. Cuanto más lo pensaba, más evidente me parecía que sólo un experto espadachín habría podido deslizarse tras Singleton y cortarle la cabeza de un tajo. No podía imaginarme a ninguna de las personas que había conocido desde mi llegada haciendo algo parecido. El abad era fuerte, y el hermano Gabriel también, pero la habilidad con la espada es algo propio de caballeros, no de monjes. Al pensar en Gabriel, recordé las palabras del cocinero. Me habían dejado perplejo; el sacristán no parecía alguien a quien cupiera imaginar merodeando por la cocina para robar comida.

Recorrí el patio nevado con la mirada. El camino de Londres estaría impracticable; no era agradable saber que Mark y yo estábamos atrapados allí con un asesino. De pronto, caí en la cuenta de que, inconscientemente, avanzaba por el centro del patio, procurando no acercarme a las puertas y los lugares resguardados. Me estremecí. Caminar solo por aquel silencio blanco entre los altos muros del monasterio resultaba inquietante, de modo que fue un alivio ver a Bugge, que despejaba de nieve la entrada con la ayuda de otro criado.

Al ver que me acercaba, el portero alzó el rostro, enrojecido por el esfuerzo. Su compañero, un joven fornido con la cara cubierta de verrugas, me sonrió nerviosamente e inclinó la cabeza. Llevaban rato trabajando y apestaban a sudor.

—Buenos días, señor comisionado —dijo Bugge con inesperada amabilidad. Sin duda, le habían ordenado que me tratara con respeto.

—¡Vaya tiempo!

—Y que lo digáis, señor. Ha vuelto a adelantarse el invierno.

—Puesto que ya nos conocemos, me gustaría hacerte algunas preguntas sobre las rondas nocturnas.

El portero asintió, clavó la pala en la nieve y apoyó las manos en ella.

—Todas las noches recorremos el monasterio dos veces, a las nueve y a las tres y media. David, aquí presente, o yo, hacemos una ronda completa y comprobamos todas las puertas.

—¿Y las exteriores? ¿Permanecen cerradas durante la noche?

—De las nueve de la noche a las nueve de la mañana, cuando acaba el rezo de prima. Cuando están cerradas, aquí no se cuela ni un perro.

—Ni un perro ni un gato —se apresuró a confirmar el chico. Tal vez fuera feo, pero no parecía tonto.

—Los gatos pueden trepar —repuse—. Y las personas, también.

El portero me miró con expresión malhumorada.

—Pero no un muro de cuatro varas. Vos lo habéis visto, señor. No hay donde agarrarse. Nadie podría escalarlo.

—¿No hay ninguna brecha en todo el perímetro?

—En la parte posterior, sí. Hay algún trozo en ruinas. Pero ese lado da a la marisma. Nadie se atrevería a acercarse por ese cenagal, especialmente de noche. No sería el primero que diera un paso en falso y desapareciera en el lodo. —El portero levantó una mano y la dejó caer—. ¡Glup!

—Si es imposible entrar, ¿por qué hacéis rondas?

Bugge se inclinó hacia mí, y tuve que retroceder para evitar el tufo a sudor; pero el portero no se dio por aludido.

—La gente es pecadora, señor, incluso aquí —murmuró en tono confidencial—. En la época del anterior prior las cosas se relajaron mucho. Nada más llegar, el prior Mortimus ordenó que hiciéramos rondas nocturnas y le informáramos inmediatamente cuando encontráramos a alguien fuera de la cama. Y eso es lo que

hago. Sin miedo ni favoritismos —añadió con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué me dices de la noche en que mataron al comisionado Singleton? ¿Viste algo que sugiriera la presencia de intrusos?

El portero negó con la cabeza.

—No, señor. Juraría que entre las tres y media y las cuatro y media estaba todo en orden, porque me tocó hacer esa ronda. Como de costumbre, comprobé la puerta exterior de la cocina, y estaba cerrada. Con el único que me crucé fue con el comisionado —añadió dándose importancia.

—Sí, eso he oído. ¿Dónde?

—Mientras hacía la ronda, pasé por el claustro, vi algo que se movía y le grité. Era el comisionado, completamente vestido.

—¿Qué hacía levantado a esas horas?

—Dijo que tenía una cita, señor —respondió el portero sonriendo satisfecho—. Y que, si veía a uno de los hermanos y me decía que iba a encontrarse con él, lo dejara pasar.

—Así que iba a encontrarse con alguien...

—Eso parece. Y, además, estaba muy cerca de la cocina.

—¿Qué hora sería?

—Sobre las cuatro y cuarto, diría yo. Estaba acabando mi ronda.

Hice un gesto hacia la imponente mole que se alzaba a sus espaldas.

—¿Está cerrada la iglesia durante la noche?

—No, señor, nunca. Pero, antes de recorrer el claustro, entré a echar un vistazo, como siempre, y todo estaba normal. Luego, a las cuatro y media, terminé la ronda. El prior Mortimus me ha dado un pequeño reloj —dijo Bugge con orgullo—, y siempre compruebo la hora. Dejé a David de guardia y dormí un rato, hasta que me despertó el alboroto, a las cinco.

—De modo que el comisionado Singleton iba al encuentro de uno de los monjes... Entonces, parece que el terrible crimen que se cometió aquí hace una semana fue obra de un monje.

El portero titubeó.

—Yo lo único que digo es que no pudo entrar nadie de fuera. Eso es todo lo que sé. Es imposible.

—Imposible no, pero sí improbable —repuse asintiendo—. Gracias, Bugge, me has sido de gran ayuda.

Hundí el bastón en la nieve, di media vuelta y dejé que continuaran con su trabajo.



Volví sobre mis pasos hasta la puerta verde de la contaduría. Entré sin llamar y me encontré en una sala que me recordó mi propio mundo: paredes encaladas cubiertas

de estanterías llenas de libros de contabilidad y listas y facturas clavadas en los pocos espacios libres. Dos monjes trabajaban sentados ante sendos escritorios. Uno, viejo y legañoso, contaba monedas. El otro, inclinado sobre un libro mayor, era el monje joven y barbudo que había perdido a las cartas la noche anterior. Tras ellos, había un cofre con la cerradura más grande que había visto en mi vida; los fondos de la abadía, sin duda.

Al verme entrar, los dos monjes se levantaron de un salto.

—Buenos días —dije, y mi aliento se convirtió en vaho al contacto con el gélido aire de la sala—. Busco al hermano Edwig.

El monje joven miró hacia una puerta interior.

—El hermano Edwig está con el abad...

—¿Ahí dentro? Entonces me reuniré con ellos —dije avanzando hacia la puerta sin hacer caso de la mano que se alzaba para contenerme.

Empujé la hoja y me encontré al pie de una escalera que ascendía hasta un pequeño rellano cuya ventana ofrecía una vista de la marisma nevada. Enfrente había una puerta tras la que se oían voces. Me detuve ante ella, pero no pude entender lo que decían. Abrí y entré.

El abad Fabián se dirigía al hermano Edwig en tono malhumorado:

—Deberíamos pedir más. Nuestra posición no nos permite venderlas por menos de trescientas...

—Necesito el d-dinero en mis arcas ahora, hermano abad. ¡Si las paga al contado, deberíamos vendérselas! —replicó el tesorero con firmeza a pesar del tartamudeo.

En ese momento, el abad se volvió hacia la puerta y me miró, sorprendido.

—¡Ah, doctor Shardlake...!

—Señor comisionado, ésta es una conversación privada —me espetó el hermano Edwig con una súbita expresión de cólera.

—Me temo que, en lo que a mí respecta, no existe tal cosa. Quién sabe lo que podría perderme si llamara a cada puerta y me quedara esperando.

El tesorero consiguió dominarse y, convertido de nuevo en oficioso burócrata, agitó las manos en el aire.

—N-no, por supuesto, perdonadme. Estábamos hablando de las cuentas del monasterio; tenemos que vender algunas tierras para costear las obras de la iglesia, un asun-asun... —tartamudeó el hermano Edwig con el rostro congestionado.

—Un asunto sin interés para vuestra investigación —terció el abad con una sonrisa.

—Hermano tesorero, hay un asunto que sí es de interés para mi investigación y deseo discutirlo con vos —respondí sentándome junto a un escritorio de roble con numerosos cajones, el único mueble del pequeño cuarto, aparte de más estanterías llenas de libros de contabilidad.

—Por supuesto, estoy a vuestra disposición, señor comisionado.

—Según el doctor Goodhops, el día en que asesinaron al comisionado Singleton, éste estaba revisando uno de vuestros libros de cuentas, que luego desapareció.

—No de-desapareció, señor. Fue devuelto a la contaduría.

—Tal vez podáis decirme qué contenía.

—No consigo recordarlo —respondió el tesorero tras pensarlo unos instantes—. Las cuentas de la enfermería, creo. Llevamos las cuentas de cada dependencia por separado: la sacristía, de la enfermería y así sucesivamente. Las del monasterio las tenemos en un libro mayor.

—Si el comisionado Singleton tomaba prestados vuestros libros de cuentas, supongo que lo apuntaríais...

—No os qu-quepa duda —respondió el monje frunciendo el entrecejo con suficiencia—. Pero más de una vez se llevó libros sin decírnoslo ni a mí ni a mi ayudante, y nos pasamos el día buscándolos como locos.

—Entonces, ¿no queda constancia de todo lo que revisó?

—¿C-cómo va a quedar, si se llevaba lo que quería? —exclamó el tesorero extendiendo los brazos—. Lo s-siento...

Asentí.

—¿Ya está todo en orden en la contaduría?

—Gracias a Dios.

—Muy bien —dije poniéndome en pie—. Por favor, encargaos de que lleven todos los libros de los últimos doce meses a mi habitación de la enfermería. ¡Ah, y los de las dependencias también!

—¿Todos los libros? —El hermano Edwig no se habría asustado tanto si le hubiera ordenado que se quitara el hábito y se paseara desnudo por la nieve—. Eso sería un trastorno terrible, paralizaría todo el trabajo de la contaduría...

—Sólo será una noche. Tal vez dos.

El tesorero parecía dispuesto a seguir discutiendo, pero el abad Fabián lo atajó:

—Debemos cooperar, hermano Edwig. Os llevarán los libros tan pronto como los reúnan, comisionado.

—Os lo agradezco. Y ahora, señor abad..., anoche visité a ese pobre novicio, el joven Whelplay.

El abad asintió con expresión grave.

—El hermano Edwig y yo iremos a verlo más tarde.

—Tengo que revisar las cuentas mensuales de los donativos —murmuró el tesorero.

—Aun así, como monje con mayor responsabilidad después del prior Mortimus, debéis acompañarme. —El abad Fabián soltó un suspiro—. Puesto que el hermano Guy ha expresado una queja...

—Una queja seria —puntualicé—. Parece que el muchacho podría haber muerto...

El abad alzó una mano.

—No os preocupéis, investigaré el asunto a fondo.

—¿Puedo preguntar, señor abad, qué ha hecho exactamente ese joven para merecer semejante castigo?

Los hombros del abad se tensaron.

—Para seros franco, doctor Shardlake...

—Sí, por favor, franqueza.

—Al chico no le gustan las reformas, la predicación en inglés... Siente un gran apego por la misa latina y por el canto. Teme que se imponga el canto en inglés...

—Extraña preocupación para alguien tan joven...

—Le gusta mucho la música. Ayuda al hermano Gabriel con los libros de los oficios. Tiene dotes, pero también opiniones improcedentes. Habló en el capítulo, cosa que un novicio no debe hacer...

—Espero que no dijera nada comprometedor, como el hermano Jerome...

—Ninguno de mis monjes diría nada comprometedor, señor comisionado. Ninguno —respondió el abad con firmeza—. El hermano Jerome no forma parte de la comunidad.

—Muy bien. Así que el prior mandó a Simon Whelplay a trabajar en los establos y lo puso a pan y agua. Parece excesivo...

—No era su única falta —alegó el abad sonrojándose.

—Habéis dicho que ayuda al hermano Gabriel —murmuré tras reflexionar durante unos instantes—. Tengo entendido que el hermano sacristán cometió ciertos pecados...

El abad, nervioso, empezó a jugar con las mangas del hábito.

—Simon Whelplay reconoció ciertos... deseos impuros... hacia el hermano Gabriel. Pero era un pecado de pensamiento, señor, sólo de pensamiento. El hermano Gabriel ni siquiera lo sabía. Se ha mantenido puro desde... desde los problemas de hace dos años. El prior Mortimus vigila esas cosas atentamente, muy atentamente.

—No tenéis maestro de novicios, ¿verdad? Insuficientes vocaciones, supongo...

—Desde la Gran Peste, el número de monjes ha disminuido en todos los conventos generación tras generación —admitió el abad en un tono razonable—. Pero, con una vida religiosa renovada bajo la tutela del rey, puede que los monasterios se revitalicen y sean más los que elijan la vida...

No pude por menos de preguntarme si realmente lo creía, si estaba tan ciego a las señales. El tono suplicante de su voz me hizo comprender que, efectivamente, pensaba que los monasterios podrían sobrevivir. Miré al tesorero; había cogido un papel del escritorio y lo estaba examinando, ajeno a la conversación.

—¿Quién sabe lo que nos depara el futuro? —dije avanzando hacia la puerta—. Os agradezco vuestra ayuda, hermanos. Ahora debo enfrentarme de nuevo a los elementos para ir a visitar la iglesia. Y al hermano Gabriel... —añadí, y dejé al abad mirándome con inquietud, mientras el tesorero seguía repasando sus balances.



Estaba cruzando el patio del claustro, cuando una molesta sensación me dio a entender que debía hacer una visita al excusado. La noche anterior, el hermano Gabriel me había indicado dónde estaba; lo más rápido era salir por la parte posterior de la enfermería y atravesar un pequeño corral, en cuyo extremo se encontraban las letrinas.

Volví a la sala de la enfermería y salí al corral, que estaba tapiado por tres lados y atravesado por una cañería que pasaba por debajo de las letrinas y que, por tanto, hacía las veces de cloaca. No pude por menos de admirar el ingenio de los constructores del monasterio. Pocas casas estaban tan bien acondicionadas, ni siquiera en Londres. A menudo me preguntaba con aprensión qué ocurriría cuando se llenara el pozo ciego de mi jardín, que tenía seis varas de profundidad.

Las gallinas cloqueaban y daban vueltas por el corral, del que los criados ya habían retirado la mayor parte de la nieve. Un par de cerdos se asomaban por encima de la empalizada de una improvisada pocilga. Alice estaba vertiendo las sobras de la comida en el comedero de los animales. Me dije que mis necesidades podían esperar y me acerqué a ella.

—Veo que tienes muchas obligaciones. Además de enfermos, cerdos.

La joven sonrió.

—Sí, señor. El trabajo de una sirvienta no acaba nunca.

Me asomé a la pocilga para ver si era posible esconder algo entre la paja y el barro, pero comprendí que los marrones y peludos animales acabarían desenterrando cualquier cosa. Podían zamparse una prenda de ropa ensangrentada, pero no una espada ni una reliquia.

—No veo más que gallinas —dije recorriendo el patio con la mirada—. ¿No hay gallo?

Alice negó con la cabeza.

—No, señor. Al pobre *Jonás* lo mataron. Fue el gallo que sacrificaron en el altar de la iglesia. Era precioso; se paseaba contoneándose de un modo que me hacía reír.

—Sí, son unos animales muy cómicos. Como pequeños reyes exhibiéndose y pavoneándose entre sus súbditos.

—Así era *Jonás* —respondió la chica sonriendo—. Cuando me acercaba a él, me miraba desafiante con sus brillantes ojillos, agitaba las alas y soltaba un quiquiriquí..., pero no era más que fanfarronería. Si me acercaba mucho, se daba media vuelta y salía huyendo.

Para mi sorpresa, sus grandes ojos azules se llenaron de lágrimas, y bajó la cabeza. Al parecer, además de carácter tenía corazón.

—La profanación de la iglesia fue algo terrible —murmuré.

—Pobre *Jonás* —dijo la chica moviendo la cabeza y respirando hondo.

—Dime, Alice, ¿cuándo advertiste que había desaparecido?

—La noche del asesinato.

—Aquí sólo se puede entrar pasando por la enfermería o por las letrinas, ¿verdad?
—le pregunté recorriendo el patio con la mirada.

—Sí, señor.

Asentí. Otra prueba de que el asesino conocía bien el monasterio. Un retortijón de tripas me advirtió que no debía seguir aguantándome. De mala gana, me disculpé y corrí hacia las letrinas.

Nunca había estado en los retretes de un monasterio. En la escuela de Lichfield bromeaban sobre lo que debían hacer los monjes allí dentro, pero las letrinas de Scarnsea no tenían nada de particular. Las paredes de piedra estaban desnudas y el alargado rectángulo del suelo permanecía en penumbra, pues las ventanas eran altas. A lo largo de una de las paredes había un banco con agujeros circulares, y en el extremo más alejado, tres cubículos cuyo uso estaba reservado a los obedienciarios. Para llegar a ellos, tuve que pasar junto a los dos monjes que estaban sentados en el banco común. Uno era el joven al que había visto en la contaduría. El otro se puso en pie precipitadamente, inclinó la cabeza ante mí al tiempo que se bajaba el hábito y luego se volvió hacia su vecino.

—¿Piensas pasar ahí toda la mañana, Athelstan?

—Déjame tranquilo. Tengo cólico.

Entré en uno de los cubículos, corrí el pestillo y me senté, profiriendo un suspiro. Después de aliviarme, me quedé escuchando el riachuelo que corría bajo mis pies y pensé en Alice. Si el monasterio se cerraba, ella se quedaría sin trabajo. Me pregunté qué podía hacer por la muchacha; tal vez ayudarla a encontrar algo en la ciudad. Me entristecía que una joven como ella hubiera acabado en un sitio como aquél, pero seguramente era de familia humilde. ¡Cómo se había conmovido al recordar al pobre gallo!... Había estado a punto de cogerla del brazo y consolarla. Sacudí la cabeza y me reproché mi debilidad. Sobre todo, después de las advertencias que le había hecho a Mark.

Un ruido me arrancó de mis reflexiones y me hizo levantar la cabeza y contener la respiración. Al otro lado de la puerta, alguien se movía con sigilo, pero yo había oído el tenue roce de unas fundas de cuero contra la piedra. En ese momento, me alegré de haber tenido la precaución de desplazarme por el patio manteniéndome a distancia de las puertas. Con el corazón palpitante, me até las calzas y me levanté sin hacer ruido, echando mano a la daga. Pegué la oreja a la puerta y oí la respiración de alguien que estaba al otro lado.

Me mordí el labio. El joven monje de la contaduría ya debía de haberse marchado, y seguramente ahora me encontraba solo con el desconocido que acechaba al otro lado de la puerta del cubículo. Confieso que la idea de que el asesino de Singleton estuviera esperándome como lo había esperado a él me ponía los pelos de punta.

Las puertas de los cubículos se abrían hacia fuera. Con infinito cuidado, descorrí

el pestillo, retrocedí y le di una patada a la puerta con todas mis fuerzas. Oí un grito de sobresalto, al tiempo que la hoja golpeaba contra la del cubículo de al lado y dejaba ver al hermano Athelstan, que había salido despedido hacia atrás y agitaba los brazos en el aire tratando de recuperar el equilibrio. Vi con alivio que tenía las manos vacías. Cuando avancé hacia él empuñando la daga, me miró con los ojos como platos.

—¿Qué estabais haciendo? —le grité—. ¡Os he oído en la puerta!

El monje tragó saliva, y su prominente nuez de Adán subió y bajó rápidamente. Estaba blanco como la pared.

—¡No pretendía asustaros, señor! ¡Estaba a punto de llamar, os lo juro!

—¿Por qué? —le pregunté bajando la daga—. ¿Qué queréis?

El hermano Athelstan lanzó una mirada inquieta hacia la puerta que comunicaba con los dormitorios.

—Necesitaba hablar con vos en privado, señor. Cuando os he visto entrar, he decidido esperar hasta que estuviéramos solos.

—¿De qué se trata?

—Aquí no, por favor —murmuró, asustado—. Podría venir alguien. Por favor, señor, ¿podríais encontraros conmigo en la destilería? Está junto al establo. Esta mañana no habrá nadie allí.

Lo miré con atención. Parecía al borde del desmayo.

—Muy bien. Pero iré con mi ayudante.

—Sí, señor, como queráis... —se interrumpió el hermano Athelstan al ver la desgarbada figura del hermano Jude, que apareció por la puerta de los dormitorios; a continuación, se marchó a toda prisa.

El dispensero, que sin duda había optado por descansar tras haber decidido con qué manjares iba a regalar a los monjes, me miró extrañado, inclinó la cabeza y entró en uno de los cubículos. Oí que cerraba el pestillo con un golpe seco. Una vez solo, me di cuenta de que estaba temblando. Me estremecía de pies a cabeza, como una hoja de álamo.

Capítulo 11

CONSEGUÍ CALMARME A FUERZA de respirar hondo y me apresuré a volver a la enfermería. Mark, sentado a la mesa del cuarto donde habíamos desayunado, conversaba con Alice, que había vuelto del corral y se había puesto a lavar platos. Al verla alegre y relajada, sin rastro de la reserva que había mostrado conmigo, no pude evitar sentir celos.

—¿Tienes algún día de descanso? —le estaba preguntando Mark.

—Medio a la semana. Cuando la cosa está tranquila, el hermano Guy deja que me coja uno entero.

Al verme entrar como una exhalación, se volvieron hacia mí.

—Tengo que hablar contigo, Mark.

Mi ayudante me siguió a nuestra habitación, donde le conté mi extraño encuentro con el hermano Athelstan.

—Ven conmigo. Y coge la espada. Parece más taimado que peligroso, pero toda precaución es poca.

Volvimos al patio, donde Bugge y su ayudante seguían quitando la nieve. Al pasar frente al establo, que tenía la puerta abierta, miré al interior. Un mozo apilaba heno ante la atenta mirada de los caballos, que lanzaban espesas bocanadas de vaho al gélido aire de la mañana. No era un trabajo para un muchacho tan enfermizo como Whelplay.

Empujé la puerta de la destilería. Allí dentro hacía calor. A través de una puerta lateral, vi que ardía un pequeño fuego. Una escalera conducía al secadero del primer piso. La sala principal, llena de barriles y tinas, estaba desierta. Noté que algo se movía sobre mi cabeza y di un respingo; al mirar al techo, vi que había gallinas posadas en las vigas.

—¡Hermano Athelstan! —susurré.

Oímos un ruido a nuestras espaldas, y Mark se llevó la mano a la espada al tiempo que el escuálido monje surgía de detrás de un barril.

—Comisionado... —murmuró inclinando la cabeza—. Gracias por venir.

—Espero que hayáis tenido una buena razón para comportaros de esa manera en el excusado. ¿Estamos solos?

—Sí, señor. El cervecero está ausente mientras se seca el lúpulo.

—¿No estropean las gallinas la cerveza? Esos animales lo ponen todo perdido...

El monje se acarició la rala barba con un gesto nervioso.

—El cervecero dice que le da más sabor.

—No sé si la gente de la ciudad estaría de acuerdo —comentó Mark.

El hermano Athelstan se acercó y me miró fijamente.

—Señor, ¿conocéis el apartado de las ordenanzas de lord Cromwell donde se dice que cualquier monje que tenga alguna queja puede acudir directamente a un representante suyo en lugar de al abad?

—La conozco. ¿Tenéis alguna queja?

—Información, más bien —respondió el hermano Athelstan, y respiró hondo—. Sé que lord Cromwell busca información sobre los delitos que puedan cometerse en las comunidades religiosas. He oído, señor, que sus informantes reciben una recompensa.

—Siempre que su información sea valiosa —repuse, observándolo con atención.

En mi trabajo he tenido que tratar a menudo con informadores, y puedo decir que nunca ha habido tantos individuos de esa odiosa ralea como en aquellos años. ¿Sería Athelstan el monje con el que iba a encontrarse Singleton la noche en que lo asesinaron? Sin embargo, no me parecía que aquel joven hubiera interpretado ese papel con anterioridad. Buscaba una recompensa, pero estaba asustado.

—Creía... creía que cualquier información sobre delitos que se hubieran cometido aquí os ayudaría a descubrir al asesino del comisionado Singleton...

—¿Qué tenéis que contarme?

—Se trata de los obedienciaros, señor. No les gustan las nuevas disposiciones de lord Cromwell: los sermones en inglés, las reglas de vida más estrictas... Los he oído murmurar entre ellos, señor, en la sala capitular, antes de las reuniones de la comunidad.

—¿Y qué habéis oído?

—Les he oído decir que las nuevas ordenanzas son una imposición de gente que no conoce ni aprecia la regla. El abad, el hermano Guy, el hermano Gabriel y mi jefe, el hermano Edwig. Todos piensan lo mismo.

—¿Y el prior Mortimus?

Athelstan se encogió de hombros.

—Él nada a favor de la corriente.

—No es el único... Hermano Athelstan, ¿habéis oído decir a alguno de ellos que se debería restaurar la obediencia al Papa, o emitir juicios contra lord Cromwell o hacer comentarios sobre el divorcio del rey?

—No —respondió el monje tras unos instantes de vacilación—. Pero... podría decir que lo han hecho, señor, si fuera necesario.

Me eché a reír.

—Y la gente, por supuesto, os creería, sólo porque arrastráis los pies y vais con la cabeza gacha, ¿verdad? Pues yo no opino lo mismo.

Athelstan volvió a acariciarse la barba.

—Si puedo seros útil de algún otro modo —murmuró—, a vos o a lord Cromwell... Me sentiría muy honrado trabajando para él.

—¿Por qué, hermano Athelstan? ¿No estáis a gusto aquí?

El rostro del monje se ensombreció. Era el rostro de un hombre débil y desgraciado.

—Trabajo en la contaduría, a las órdenes del hermano Edwig. Es un jefe duro.

—¿Por qué? ¿Qué hace?

—Nos hace trabajar como esclavos. Si falta un mísero penique, se pone hecho una furia y nos obliga a repasar todas las cuentas. Hace algún tiempo cometí una pequeña falta, y ahora me tiene en la contaduría día y noche. Ha salido un momento; si no, no me habría atrevido a ausentarme tanto rato.

—Así que, como vuestro jefe os castiga por vuestros errores, pondríais al hermano Gabriel y a los demás en dificultades ante lord Cromwell, con la esperanza de que Su Señoría os facilitara una vida más cómoda...

Athelstan parecía perplejo.

—Pero ¿no quiere que los monjes le informemos, señor? Mi única intención es ayudarlo.

Solté un suspiro.

—Estoy aquí para investigar la muerte del comisionado Singleton, hermano. Si tenéis alguna información relevante al respecto, os escucho. En caso contrario, no me hagáis perder el tiempo.

—Lo siento.

—Podéis marcharos.

El joven monje parecía a punto de decir algo más, pero se lo pensó mejor y abandonó la destilería a toda prisa.

—¡Dios, qué criatura! —exclamé dándole una patada a un barril y riendo con exasperación—. Bueno, esto no nos lleva a ninguna parte.

—¡Informadores! No traen más que problemas —opinó Mark.

De pronto, soltó una maldición y se apartó de un salto, pues una de las gallinas del techo acababa de ponerle perdida la capa.

—Sí, son como esas gallinas. Les da igual dónde caiga su mierda —dije dando vueltas por la destilería—. Jesús, ese majadero casi me mata del susto en las letrinas. Creía que era el asesino, decidido a acabar conmigo.

Mark me miró muy serio.

—Confieso que no me gusta estar solo aquí. No me fío ni de mi sombra. Tal vez deberíamos permanecer juntos, señor.

Meneé la cabeza.

—No, hay mucho que hacer. Vuelve a la enfermería. Parece que te las apañas bien con Alice.

—Me está contando su vida de cabo a rabo —respondió Mark con una sonrisa satisfecha.

—Muy bien. Yo voy a visitar al hermano Gabriel. Tal vez quiera contarme algo de la suya. Supongo que no habrás tenido tiempo de explorar el lugar...

—No, señor.

—Pues no olvides hacerlo. Pídele unas fundas para los zapatos al hermano Guy. Y ten cuidado —añadí mirándolo muy serio.



Me detuve ante la puerta de la iglesia. Al ver a uno de los pinches de la cocina avanzando torpemente por la nieve con las calzas empapadas, me alegré de llevar las fundas de cuero del hermano Guy. Al parecer no había bastantes para los criados. Habría sido demasiado gasto; al hermano Edwig le habría dado un síncope.

Contemplé la portada de la iglesia. Alrededor de las grandes puertas de madera, de unas seis varas de altura, la piedra estaba profusamente labrada en forma de gárgolas y monstruos, destinados a ahuyentar a los demonios. Tenían los rostros erosionados por los siglos, pero sus rasgos todavía eran nítidos. Como las grandes catedrales, la iglesia del monasterio era un magnífico simulacro del cielo, construido para impresionar a los laicos. Una oración para sacar del purgatorio a un ser querido o una cura milagrosa ante una reliquia tendría cien veces más peso en aquel escenario. Empujé la puerta y penetré en el cavernoso interior.

A mi alrededor, los grandes arcos de la bóveda se alzaban casi treinta varas sobre relucientes columnas pintadas de negro y rojo. El suelo era de baldosas azules y amarillas. Un alto cancel de piedra ricamente decorado con pinturas de santos separaba el coro del resto de la nave. En su parte superior, se alzaban las estatuas de san Juan Bautista, la Virgen y Nuestro Señor, iluminadas con velas. Al fondo de la nave había un gran ventanal orientado al este, con una vidriera de dibujos geométricos amarillos y naranja, que inundaba la iglesia de una luz tenue, sedante y sobrenatural que suavizaba el caleidoscopio de colores. Los constructores sabían cómo crear ambiente, de eso no cabía duda.

Avancé lentamente por la nave. En los muros, las estatuas de santos alternaban con pequeños relicarios en cuyo interior se veían extraños objetos sobre pequeños cojines de satén. Un criado iba de uno a otro sustituyendo cansinamente las velas consumidas. Me detuve y eché un vistazo a las capillas laterales, que tenían sus propias imágenes y un pequeño altar iluminado con velas. Me dije que aquellas capillas, con sus altares protegidos por barandillas, sus estatuas y sus reclinatorios, eran buenos sitios para esconder cosas.

En algunas había monjes cantando misas privadas. Aterrorizado por las penas del purgatorio, más de un rico de la comarca debía de haber privado a su mujer y a sus hijos de buena parte de sus bienes para dejárselos a los monjes a cambio de que dijeran misas por su alma hasta el Día del Juicio. Me pregunté cuántos días de remisión del purgatorio se conseguirían allí con una misa; a veces se prometían cien y otras, mil. En cambio, quienes carecían de medios debían expiar sus pecados durante todo el tiempo que Dios hubiera dispuesto. Un purgatorio de chalanes, lo llamábamos los reformistas. El canto en latín empezaba a irritarme.

Al llegar al cancel, me detuve y alcé la vista. Convertido en vaho, pues en la iglesia hacía tanto frío como fuera, mi aliento se disipaba en el aire teñido de amarillo. Dos escalerillas laterales daban acceso a la parte superior del cancel. A esa altura, había una estrecha galería protegida por una barandilla que se extendía a lo largo de la iglesia. Sobre ella, los muros se curvaban gradualmente hacia la enorme bóveda del techo. A la izquierda, vi una enorme grieta en medio de una mancha de humedad que bajaba desde el techo hasta cerca del suelo. Recordé que, en realidad, las iglesias y catedrales normandas no eran tan sólidas como parecían; los muros podían tener seis varas de espesor, pero entre los caros sillares de piedra que constituían la pared interior y exterior solía haber un relleno de ripio.

A lo largo de la fisura, los sillares y el yeso que los unía estaban descoloridos. En el suelo había un montón de cascotes. Sobre la galería advertí una sucesión de hornacinas con estatuas dispuestas a intervalos regulares; todas ellas representaban a san Donato inclinado sobre un cadáver, la misma imagen que aparecía en el sello del monasterio.

La grieta afectaba a una de las hornacinas, cuya descolorida estatua yacía sobre el suelo de la galería. Frente al arranque de la grieta había una extraordinaria maraña de poleas y cuerdas que, atadas al muro por detrás de la galería, pendían sobre el vacío hasta desaparecer en la oscuridad del campanario, donde debían de estar atadas por el otro extremo.

De las cuerdas colgaba un cesto de madera lo bastante amplio para dar cabida a dos hombres. Presumiblemente, el entramado de cuerdas y poleas permitía desplazarlo y había servido también para retirar la estatua. Era un sistema ingenioso pero poco seguro; para hacer una reparación en toda regla, habría que colocar andamios. El tesorero tenía razón al decir que una reparación completa resultaría enormemente cara. No obstante, si no la realizaban, el agua y la escarcha seguirían haciendo su trabajo, y la grieta se abriría hasta amenazar toda la estructura. La cabeza me daba vueltas sólo de imaginar que el grandioso edificio se me venía encima.

Aparte de los susurros de las capillas laterales, la iglesia estaba en silencio, pero al cabo de unos instantes oí un débil murmullo de voces y seguí su rastro hasta una pequeña puerta entreabierta.

—Tengo derecho a interesarme por él —afirmó una voz profunda, que reconocí como la del hermano Gabriel.

—Si os pasáis el día merodeando por la enfermería, la gente volverá a murmurar —replicó el prior con aspereza.

Un instante después, el hermano Mortimus salió con una expresión colérica en el rubicundo rostro y me miró sorprendido.

—Estaba buscando al sacristán para que me enseñara la iglesia.

—Encontraréis al hermano Gabriel ahí dentro, señor —dijo el prior indicando la puerta con un movimiento de la cabeza—. Con este frío, estará encantado de levantarse del escritorio. Buenos días.

El prior inclinó la cabeza rápidamente y se alejó haciendo resonar la nave con sus pisadas.

El sacristán estaba sentado a un escritorio cubierto de partituras musicales, en un pequeño despacho sin ventanas y atestado de libros. Una estatua de la Virgen con la nariz rota, apoyada contra una pared, daba a la gélida habitación un aspecto deprimente. El hermano Gabriel estaba inclinado sobre la mesa y se había echado una gruesa capa sobre el hábito; una expresión preocupada cubría de arrugas su rostro, un rostro en cierto modo fuerte, alargado y huesudo, aunque los labios esbozaban una mueca amarga y bajo los ojos había grandes bolsas. Al verme, se levantó y me dedicó una sonrisa forzada.

—Doctor Shardlake... ¿En qué puedo ayudaros, comisionado?

—Confiaba en que pudierais enseñarme la iglesia, hermano sacristán, y el escenario de la profanación.

—Si así lo deseáis, señor... —murmuró el sacristán sin entusiasmo, pero se puso en pie y me acompañó fuera.

—Sois el encargado de la música, así como del cuidado de la iglesia, ¿verdad, hermano?

—Sí, y de la biblioteca. También puedo enseñárosla si lo deseáis.

—Gracias. Tengo entendido que el novicio Whelplay solía ayudaros con la música...

—Antes de que lo mandaran a helarse en el establo —respondió el hermano Gabriel con amargura—. Tiene mucho talento, aunque le pierde el exceso de entusiasmo —aseguró al cabo de unos instantes con voz más calmada. Luego, mirándome con angustia, murmuró—: Perdonadme, pero vos os alojáis en la enfermería... ¿Sabéis cómo está?

—El hermano Guy cree que se recuperará.

—¡Alabado sea Dios! Pobre muchacho... —musitó el sacristán santiguándose.

A medida que me enseñaba la iglesia, el hermano Gabriel iba animándose y contándome la historia de esta o aquella estatua, describiéndome la arquitectura del edificio o ponderándome la belleza de los vitrales. Parecía hallar alivio a su angustia en las palabras, sin caer en la cuenta de que, como reformista, yo no podía aprobar las cosas que me estaba mostrando. Mi impresión de encontrarme ante un hombre ingenuo e idealista se reforzaba por momentos. Pero las personas como él también podían ser fanáticos, y el sacristán era un hombre alto y fuerte, de largos y delicados dedos, pero también de gruesas y fuertes muñecas que habrían podido manejar una espada perfectamente.

—¿Siempre habéis sido monje? —le pregunté.

—Profesé a los diecinueve años. No he conocido otra vida. Ni la he deseado —aseguró deteniéndose ante una gran hornacina que carecía de estatua.

Alrededor del pedestal, cubierto con una tela negra, había un enorme montón de bastones, muletas y otros utensilios empleados por los tullidos, entre los que vi un

pesado collarín como los que suelen llevar los niños contrahechos para que se les enderece la espalda; yo mismo había usado uno, que no me había servido de nada.

—Ahí es donde estaba la mano del Buen Ladrón —suspiró el hermano Gabriel—. Es una pérdida terrible; ha curado a muchas personas desgraciadas. —Mientras hablaba, lanzó la inevitable mirada a mi espalda; luego apartó la vista e hizo un gesto hacia el montón de muletas—. Todas estas cosas pertenecían a gente a la que curó el Buen Ladrón a lo largo de los años. Ya no las necesitaban y las dejaron ahí como muestra de gratitud.

—¿Cuánto tiempo llevaba la reliquia aquí?

—La trajeron de Francia los monjes que fundaron San Donato en mil ochenta y siete. Llevaba siglos en Francia y antes, en Roma.

—Creo que el relicario era valioso. De oro con esmeraldas incrustadas.

—Los enfermos pagaban gustosos por tocarlo, ¿sabéis? Se sintieron muy decepcionados cuando las ordenanzas prohibieron exhibir reliquias a cambio de donativos.

—Supongo que es muy grande...

El hermano Gabriel asintió.

—En la biblioteca hay un grabado. Si queréis verlo...

—Me gustaría, sí. Gracias. Decidme, ¿quién descubrió que la reliquia había desaparecido?

—Fui yo. Y también la profanación del altar.

—Contadme cómo ocurrió, por favor.

Me senté en el saliente de un contrafuerte. Tenía la espalda mucho mejor, pero prefería no permanecer de pie demasiado tiempo.

—Me levanté hacia las cinco, como de costumbre, y vine a preparar la iglesia para los maitines. Por la noche, sólo dejo unas cuantas velas encendidas ante las imágenes, así que cuando entré con mi ayudante, el hermano Andrew, no vi nada extraño. Fuimos al coro; Andrew prendió las velas de los candeleros y yo abrí los libros de oración por la página que tocaba leer esa mañana. Al aumentar la luz, Andrew descubrió un rastro de sangre y me llamó. Llevaba al presbiterio. —El sacristán se estremeció—. Allí, sobre el altar mayor, había un gallo negro degollado. Dios se apiade de nosotros... Plumas negras manchadas de sangre en el mismo altar y una vela encendida en cada extremo, emulando un ritual satánico —murmuró el sacristán y se santiguó.

—¿Podéis mostrarme el sitio, hermano?

—La iglesia ha sido reconsagrada —dijo el sacristán tras una vacilación—, pero no sé si conviene revivir lo ocurrido ante el mismo altar.

—Aun así, debo pedirlos...

A regañadientes, el hermano Gabriel me precedió por una puerta practicada en el cancel que conducía al coro. En ese momento recordé que, según Goodhops, los monjes parecían más afectados por la profanación que por la muerte de Singleton.

En el coro había dos filas de bancos ricamente tallados y ennegrecidos por los años, colocadas una frente a otra sobre el suelo de baldosas.

—Aquí empezaba el rastro de sangre —dijo el sacristán señalando el suelo—. Llegaba hasta allí.

Lo seguí hasta el presbiterio, donde se alzaba el altar, cubierto con un mantel blanco. Detrás había un retablo primorosamente tallado y decorado con pan de oro. El aire estaba saturado de incienso. El hermano Gabriel señaló dos ornamentados candeleros de plata situados, a cierta distancia uno de otro, en el centro del altar, donde se colocan la patena y el cáliz durante la misa.

—Estaba ahí.

En mi opinión, la misa debería ser una sencilla ceremonia en inglés, para que los hombres pudieran meditar sobre su relación con Dios, sin la distracción de un decorado aparatoso ni de las fiorituras del latín. Tal vez por eso, o quizá por los hechos que habían ocurrido allí, al contemplar el adornado altar a la tenue luz de las velas, tuve una súbita percepción del mal, tan intensa que me estremecí. La percepción, no de un crimen ordinario, ni de unos cuantos pecados furtivos, sino del mal mismo en acción.

—Hace veinte años que profesé —dijo el hermano Gabriel con el rostro ensombrecido por la tristeza—. En los días más oscuros y fríos del invierno, durante los maitines, contemplaba el altar, y fuera cual fuese el peso que agobiara mi alma, se desvanecía con el primer rayo de sol que se filtraba por la vidriera del lado este. Me sentía lleno de la promesa de luz, de la promesa de Dios. Pero ahora nunca podré mirar el altar sin que aquella escena acuda a mi mente. Fue obra del Diablo.

—No obstante, hermano —murmuré—, el autor del crimen fue un hombre, y mi misión es encontrarlo. —Volví al coro, me senté en uno de los bancos e indiqué al sacristán que se sentara a mi lado—. Cuando descubristeis aquella atrocidad, hermano Gabriel, ¿qué hicisteis?

—Le dije al hermano Andrew que debíamos comunicárselo al prior. Pero en ese momento se abrió la puerta que comunica con los dormitorios y un hermano se acercó corriendo y nos dijo que habían asesinado al comisionado. Entonces abandonamos la iglesia con él.

—¿Y advertisteis que la reliquia había desaparecido?

—No. Eso fue más tarde. Sobre las once, pasé junto a la hornacina y vi que estaba vacía. Sin duda debieron de hacerlo al mismo tiempo.

—Tal vez. Vos también entraríais por la puerta que comunica los dormitorios con la iglesia... ¿Permanece cerrada con llave durante la noche?

—Por supuesto. La abrí yo.

—Así que quien profanó la iglesia tuvo que entrar por la puerta principal, que no se cierra con llave, ¿me equivoco?

—No. Nuestro deseo es que tanto los monjes como los criados y los visitantes puedan entrar en la iglesia siempre que lo deseen.

—Y vos llegasteis poco después de las cinco. ¿Estáis seguro?

—He seguido la misma rutina durante los últimos ocho años.

—Así pues, el intruso que sacrificó el gallo y probablemente también robó la reliquia actuó en la semioscuridad. Tanto la profanación como el asesinato de Singleton se cometieron entre las cuatro y cuarto, cuando Bugge se encontró con el comisionado, y las cinco, cuando vos entrasteis en la iglesia. Fuera quien fuese, trabajó deprisa. Eso implica que conocía muy bien la distribución de la iglesia.

—Sí, no cabe duda —murmuró el sacristán mirándome con atención.

—Pero la gente de la ciudad no suele venir a oír misa al monasterio... Cuando acuden a celebrar fiestas especiales o a rezar a las reliquias, ¿se les permite pasar más allá del cancel?

—No. Al coro y al presbiterio sólo pueden acceder los monjes.

—Entonces, los únicos que conocen todas esas normas y la distribución de la iglesia son los monjes... y algún criado que trabaje aquí, como ese hombre al que he visto encendiendo las velas en la nave.

—Geoffrey Walters tiene setenta años y está sordo —repuso el hermano Gabriel mirándome muy serio—. Los criados de la iglesia llevan años aquí. Los conozco bien y es inconcebible que alguno de ellos haya hecho algo así. Debo discrepar. Creo que podría tratarse de alguien de fuera... —murmuró tras unos instantes de vacilación.

—Os escucho.

—Este otoño, he visto luces en la marisma algunas mañanas, al levantarme; la ventana de mi celda da a ese lado. Creo que los contrabandistas han vuelto a las andadas.

—El abad me habló de ellos. Pero creía que la marisma era peligrosa...

—Lo es. Pero los contrabandistas conocen senderos que pasan junto al montículo en el que se alzan las ruinas de la iglesia primitiva, cerca del río. Se les permite que carguen allí las barcas con lana de contrabando para Francia. El abad se queja a las autoridades de vez en cuando, pero no sirve de nada. Sin duda, algunos funcionarios sacan tajada.

—De modo que alguien que conozca esos senderos podría haber entrado en el monasterio esa noche y vuelto a salir...

—Es posible. En esa zona, el muro está en muy malas condiciones.

—¿Le habéis comentado alguna vez al abad lo de las luces?

—No. Como ya os he dicho, está cansado de quejarse a las autoridades. He tenido demasiadas preocupaciones para pensar con claridad, pero ahora... —El rostro del sacristán se animó súbitamente—. Tal vez sea ésa la respuesta. Esos hombres son delincuentes, y un pecado puede conducir a otro, incluso al sacrilegio...

—Por supuesto, para la comunidad sería de lo más conveniente que la culpa recayera en alguien de fuera.

—Doctor Shardlake —dijo el sacristán volviéndose hacia mí con viveza—, puede que para vos nuestras oraciones y nuestra devoción a las reliquias de los santos no

sean más que ridículas ceremonias realizadas por hombres que llevan una vida fácil mientras fuera el mundo sufre y gime. —Yo me limité a inclinar la cabeza, y el hermano siguió hablando con repentino apasionamiento—: Nuestra vida de oración y culto es un esfuerzo por aproximarnos a Cristo, por estar más cerca de su luz y más lejos del mundo del pecado. Cada oración, cada misa es un intento de acercarnos a él; cada estatua, cada ceremonia y cada fragmento de vitral es un recordatorio de su gloria, un medio que nos ayuda a alejarnos de la maldad del mundo.

—Veo que lo creéis sinceramente, hermano.

—Sé que vivimos más cómodamente de lo que deberíamos y que nuestra ropa y nuestra comida no son las que prescribió san Benito. Pero nuestro propósito es el mismo.

—¿Buscar la comunión con Dios?

—Sí, y eso no es fácil... —respondió el sacristán mirándome fijamente—. Quien piense lo contrario se equivoca. La humanidad pecadora está llena de impulsos malvados, sembrados por el Demonio. Y no creáis que los monjes somos inmunes, señor. A veces pienso que cuanto más aspiramos a acercarnos a Dios, más empeño pone el Demonio en tentarnos y con más fuerza tenemos que luchar contra él.

—¿Y se os ocurre alguien que pudiera haber sucumbido a la tentación de asesinar? —le pregunté con calma—. Recordad que hablo con la autoridad del vicario general y, a través de él, con la del rey, cabeza suprema de la Iglesia.

El hermano Gabriel me miró directamente a los ojos.

—No puedo creer que ningún miembro de nuestra comunidad sea capaz de hacer algo así. De otro modo, habría informado al abad. Ya os he dicho que en mi opinión el asesino es alguien de fuera.

Asentí.

—Sin embargo, sabemos que aquí se han cometido graves pecados, ¿no es así? Recordad el escándalo que acabó con el anterior prior... Y un pecado puede llevar a otro mayor.

—Entre... aquellas cosas... y lo que ocurrió la semana pasada hay mucha distancia —murmuró el sacristán ruborizándose—. Además, todo aquello pertenece al pasado —añadió levantándose y alejándose unos pasos.

Yo lo imité y me acerqué a él. Tenía el rostro tenso y la frente cubierta por una película de sudor, a pesar del frío.

—No del todo, hermano. El abad me ha explicado que el castigo de Simon Whelplay se debía en parte a que abrigaba ciertos sentimientos hacia otro monje. Hacia vos.

—¡Es un niño! —exclamó el sacristán volviéndose con viveza—. Yo no soy responsable de los pecados con que fantaseaba su pobre cabeza. Ni siquiera sabía nada hasta que se confesó con el prior Mortimus; de lo contrario, le habría puesto fin. Sí, es cierto, he yacido con otros hombres, pero me he confesado y arrepentido, y no he vuelto a pecar. Bien, comisionado, ya lo sabéis. Sé que a la gente del vicario

general le encantan estas historias.

—Sólo busco la verdad. No hurgaría en vuestra alma por simple diversión.

El hermano Gabriel iba a replicar, pero se contuvo y respiró hondo.

—¿Deseáis visitar la biblioteca?

—Sí, por favor. Por cierto, he visto la grieta del muro de la iglesia —dije tras recorrer parte de la nave en silencio—. Será una obra enorme. ¿El prior no aprobará el gasto?

—No. El hermano Edwig dice que no podemos sobrepasar el presupuesto anual. Y eso apenas basta para frenar el deterioro.

—Comprendo. —«En tal caso —me dije—, ¿por qué hablaban el abad y el hermano Edwig de vender tierras para conseguir dinero?»—. Los contables siempre piensan que lo más barato es lo mejor —añadí filosóficamente— y escatiman y ahorran hasta que todo se hunde a su alrededor.

—El hermano Edwig cree que ahorrar es un deber sagrado —murmuró el sacristán con amargura.

—Ni él ni el prior parecen demasiado dados a la caridad.

El hermano Gabriel me miró, pero me precedió fuera de la iglesia sin decir nada.



Al contacto con la blanca y fría luz de la mañana, empezaron a llorarme los ojos. El sol ya estaba alto y, si no calor, daba claridad. Había más caminos abiertos en la nieve y algunos hábitos negros empezaban a surcar la inmaculada extensión del patio.

El edificio de la biblioteca se alzaba junto a la iglesia y era sorprendentemente grande. La luz entraba a raudales por las altas ventanas y bañaba las estanterías, llenas de libros. Los escritorios estaban vacíos, salvo por un novicio que se rascaba la cabeza, inclinado sobre un grueso volumen, y un monje anciano que copiaba laboriosamente un manuscrito en una esquina de la sala.

—No hay mucha gente estudiando —observé.

—La biblioteca suele estar vacía —dijo el hermano Gabriel con pesar—. Si alguien quiere consultar un libro, acostumbra a llevárselo a la celda —añadió acercándose al anciano—. ¿Cómo va el trabajo, Stephen?

El monje alzó la cabeza y nos miró con los ojos entrecerrados.

—Espacio, hermano Gabriel.

Eché un vistazo a su trabajo. Estaba copiando una Biblia antigua, cuyo texto enmarcaba las ilustraciones con intrincado primor, y los colores, apenas ajados por el paso de los siglos, destacaban con nitidez en el grueso pergamino. Sin embargo, la copia del monje era un torpe remedo de letras inseguras y desiguales e ilustraciones de colores chillones.

—*Nec áspera terrent*, hermano, que no os arredren las dificultades —dijo el sacristán dándole una palmada en el hombro—. Os mostraré el grabado de la mano de

san Dimas —añadió volviéndose hacia mí.

El hermano Gabriel me condujo por una escalera de caracol hasta el piso superior, donde había aún más libros, innumerables anaqueles atestados de volúmenes antiguos. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo.

—Nuestra colección. Algunos de nuestros libros son copias de obras griegas y romanas realizadas en la época en que copiar era un arte. Hace tan sólo cincuenta años, los escritorios de ahí abajo estaban llenos de hermanos que copiaban libros. Pero desde que inventaron la imprenta nadie quiere manuscritos iluminados; prefieren libros baratos, con sus horribles letras cuadradas, apretujadas unas contra otras.

—Puede que los libros impresos no sean tan bonitos, pero han puesto la palabra de Dios al alcance de todo el mundo.

—¿Y está al alcance de todo el mundo comprenderla? —replicó el sacristán con viveza—. ¿Sin ilustraciones ni arte para estimular nuestro respeto y nuestra reverencia? —Cogió un viejo manuscrito de un anaquel, lo abrió y empezó a toser en medio del polvo que había levantado. Diminutas criaturas pintadas danzaban traviesamente entre las líneas del texto griego—. Se cree que es una copia de *Sobre la comedia*, una obra perdida de Aristóteles —dijo el hermano Gabriel—. Por supuesto, es una falsificación, realizada en Italia en el siglo trece, pero no por ello menos hermosa. —El sacristán cerró el manuscrito y señaló un enorme volumen que había en un estante, debajo de una colección de planos enrollados. Empezó a bajarlos y yo cogí uno con intención de ayudarlo. Para mi sorpresa, me lo arrebató de las manos con brusquedad—. ¡No! ¡No los toquéis! —Arqueé las cejas, y el sacristán se sonrojó—. Lo siento. No... no quería que os llenarais de polvo.

—¿Qué son?

—Planos antiguos del monasterio. El cantero los consulta de vez en cuando —explicó, sacando el manuscrito de debajo. Era tan grande que a duras penas pudo bajarlo y llevarlo hasta un escritorio—. Es una historia ilustrada de los tesoros del monasterio. Tiene doscientos años de antigüedad —dijo pasando las páginas con cuidado.

Se veían reproducciones en color de las estatuas de la iglesia y otros objetos, como el facistol del refectorio, en cuyo pie figuraban las medidas y una descripción en latín. Las dos páginas centrales contenían una ilustración en color de un gran relicario cuadrado, adornado con piedras preciosas. Tras un panel de cristal, sobre un cojín púrpura, se veía una mano humana momificada, en la que se distinguían todos los tendones y las articulaciones, unida a un trozo de madera oscura por un grueso clavo que atravesaba la palma. Según rezaba el pie, el relicario tenía dos pies de lado por uno de fondo.

—Así que éstas son las famosas esmeraldas... —murmuré—. Son enormes. Tal vez robaran el relicario por el valor de las piedras y el oro.

—Quizá. Aunque cualquier cristiano que lo hiciera perdería su alma inmortal.

—Creía que los ladrones que fueron crucificados con Cristo no tenían las manos clavadas a la cruz, sino atadas, para prolongar su sufrimiento, tal como aparecen en las pinturas religiosas.

El hermano Gabriel suspiró.

—Nadie lo sabe con certeza. Los Evangelios dicen que Nuestro Señor fue el primero en morir, pero tal vez se debiera a que antes lo habían torturado.

—El engañoso poder de las pinturas y las estatuas... —murmuré—. Es paradójico, ¿no os parece?

—¿Qué queréis decir, señor?

—Esa era la mano de un ladrón. Y ahora, convertida en reliquia que la gente pagaba por ver hasta que fueron prohibidas, se ha transformado en objeto robado.

—Puede que para vos sea una paradoja —repuso el sacristán en voz baja—, pero para nosotros es una tragedia.

—¿Podría cargar con el relicario un solo hombre?

—En la procesión de Pascua lo llevan dos. Probablemente, un hombre fuerte podría cargar con él, aunque no mucho rato.

—¿El suficiente para llegar a la marisma, quizá?

El sacristán asintió.

—Quizá.

—Entonces, creo que ha llegado el momento de echar un vistazo ahí fuera, si sois tan amable de indicarme el camino.

—Por supuesto. Hay una puerta en esa parte del muro.

—Gracias, hermano Gabriel. Vuestra biblioteca es fascinante.

El sacristán me acompañó hasta el patio y señaló hacia el cementerio.

—Seguid el camino hasta allí. Una vez que dejéis atrás la huerta y el estanque, veréis la puerta. Pero habrá mucha nieve...

—Llevo fundas en los zapatos. Bien, sin duda volveremos a vernos a la hora de la cena. Me acompañará mi joven ayudante —añadí sonriendo con intención.

—Ah, sí... Por supuesto —murmuró el sacristán sonrojándose y bajando la cabeza.

—Hermano, os agradezco vuestra ayuda y vuestra franqueza.

Buenos días.

Le hice una inclinación y me puse en camino. A los pocos pasos me volví y lo vi caminando despacio hacia la iglesia con la cabeza gacha.

Capítulo 12

DEJÉ ATRÁS LOS talleres y crucé la portezuela del cementerio laico. A la luz del día parecía más pequeño. En una zona estaban las lápidas de la gente que había pagado para que los inhumaran allí y en otra las de los que habían fallecido en el recinto. Todas estaban medio enterradas en la nieve. Había otras tres tumbas similares al panteón de los Fitzhugh, que habíamos visitado la noche anterior. Al fondo, varias hileras de árboles frutales alzaban al cielo sus desnudas ramas.

Me dije que los panteones eran buenos sitios para esconder cosas y me abrí paso por la nieve hasta el más cercano mientras me soltaba del cinturón el manojo de llaves que me había proporcionado el abad. Con los dedos entumecidos, las fui pasando una a una hasta encontrar la que encajaba en la cerradura.

Registré los tres panteones, pero no encontré nada oculto entre los sepulcros de mármol blanco. Los suelos de piedra estaban cubiertos de polvo y nada indicaba que alguien hubiera entrado en las tumbas en los últimos años. Una de ellas pertenecía a la eminente familia Hastings, que identifiqué como uno de los antiguos linajes extinguidos durante las guerras civiles. «No obstante, los que están enterrados aquí serán recordados», pensé, acordándome de que los monjes les decían misas privadas; recordados como nombres memorizados mecánicamente y lanzados al aire. Moví la cabeza y, ayudándome del bastón para no tropezar con las lápidas, volví a la huerta, donde me recibieron los graznidos de los hambrientos cuervos que estaban posados en los esqueletos de los árboles.

Abrí el portillo y avancé bajo las ramas cubiertas de nieve. Todo estaba silencioso e inmóvil. Allí, al aire libre, por fin tenía la sensación de disponer de espacio para pensar.

Era extraño volver a estar dentro de un monasterio después de tantos años. Cuando estudiaba en Lichfield, no era más que un niño tullido, un ser insignificante. Ahora disponía del poder de un comisionado de lord Cromwell, superior al que nunca había tenido un extraño sobre una casa religiosa. Sin embargo, ahora, como entonces, me sentía solo, rechazado. La diferencia era que ahora me temían; no obstante, debía utilizar mi autoridad con prudencia, porque, cuando están asustados, los hombres se cierran como cepsos.

La conversación con el sacristán me había entristecido. El hermano Gabriel vivía en el pasado, en un mundo de manuscritos iluminados, cánticos en latín y estatuas de escayola, en el que seguramente buscaba refugio contra las continuas tentaciones. Recordé su expresión angustiada cuando había sacado a relucir su historia. En el desempeño de mi profesión topaba con muchos hombres, embusteros desfachatados y

cínicos granujas, a los que confieso que era un placer interrogar para ver cómo se les descomponía el rostro y se les trababa la lengua cuando derribaba el edificio de sus mentiras. Pero sacar los trapos sucios de un hombre como el hermano Gabriel, cuya frágil dignidad era demasiado fácil de minar, no suponía una tarea agradable. Después de todo, yo sabía tan bien como él lo que significaba ser diferente y sentirse excluido.

Recordé que en más de una ocasión las pullas que me lanzaban los otros chicos cuando no podía participar en sus juegos me habían impulsado a suplicar a mi padre que me sacara de la escuela catedralicia y me educara en casa. Él me respondía que, si permitía que me apartara del mundo, nunca volvería a él. Era un hombre severo y difícil de ablandar, sobre todo desde la muerte de mi madre, que había fallecido cuando yo tenía diez años. Puede que mi padre tuviera razón, pero esa mañana no pude evitar preguntarme de qué me había servido el éxito mundano si había acabado conduciéndome a un sitio como aquél, en el que no hacía otra cosa que rememorar mis peores recuerdos.

Pasé junto a una hilera de palomares, tras los que se veía un gran estanque rodeado de cañas que había sido construido como vivero de peces. Un riachuelo lo atravesaba, antes de desaparecer por una cañería que pasaba bajo el muro posterior, a un tiro de piedra de donde me encontraba. Cerca había una pesada puerta de madera. Recordé que los monasterios solían construirse junto a alguna corriente de agua, que hacía las veces de cloaca. Los monjes de otras épocas eran buenos fontaneros; sin duda, habrían ideado algún sistema para evitar que las aguas residuales contaminaran el vivero. Me detuve y, apoyado en el bastón, contemplé la escena, reprochándome mis sombrías ideas. Estaba allí para investigar un asesinato, no para llorar las desdichas del pasado.

Había hecho progresos, aunque no demasiados. Me parecía poco probable que el asesinato fuera obra de alguien del exterior. Pero, aunque todos los obedienciaros estaban al corriente del auténtico propósito de Singleton, no veía a ninguno de los cinco dejándose llevar por el odio hasta el punto de asesinar a mi predecesor y poner el futuro del monasterio en mayor peligro del que ya corría. No obstante, todos eran hombres difíciles de descifrar; en cuanto a Gabriel, cuando menos había en él algo de atormentado y desesperado.

No paraba de darle vueltas a la idea de que Singleton había sido asesinado porque había descubierto algo sobre uno de los monjes. Parecía el móvil más verosímil, pero no encajaba con la escalofriante escenificación del hecho. Suspiré y me pregunté si acabaría viéndome obligado a interrogar a todos los monjes y criados del monasterio; al pensar en el tiempo que necesitaría para hacerlo, se me cayó el alma al suelo. Cuanto antes me alejara de aquella maldita ratonera y de los peligros que entrañaba, más feliz me sentiría. Además, lord Cromwell necesitaba una solución rápida. Pero, como había dicho Mark, yo sólo podía hacer lo que estaba en mi mano. Tenía que ir paso a paso, como buen abogado. Y el siguiente era comprobar si era posible acceder

al monasterio desde la marisma.

—Hay que considerar todas las circunstancias —murmuré abriéndome paso por la nieve—. Todas.

Me detuve junto al estanque y paseé la mirada por la superficie, que cubría una fina capa de hielo. No obstante, el sol casi estaba en el cenit, y pude distinguir las siluetas de las enormes carpas que zigzagueaban entre las cañas.

Me disponía a marcharme cuando algo captó mi mirada, un tenue brillo amarillento en el fondo del estanque. Intrigado, volví a inclinarme hacia el agua. Al principio, no conseguí localizar lo que acababa de ver entre las cañas y pensé que había sido un efecto luminoso, pero al cabo de unos instantes volví a verlo. Me arrodillé y miré con atención. Había algo, una mancha amarilla en el fondo del vivero. El relicario era de oro y algunas espadas caras tienen la empuñadura dorada. Merecía la pena investigar. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No me atraía enfrentarme al agua helada en esos momentos; volvería más tarde, con Mark. Me levanté, me sacudí la nieve de la ropa, me arrebujé en el manto y me acerqué a la puerta.

En un par de puntos, el muro se había derrumbado y estaba reparado de forma tosca y desigual. Solté del cinturón el manojo de llaves y encontré una que encajaba en la enorme y vieja cerradura. La puerta se abrió con un crujido sobre un angosto camino que discurría paralelo a la muralla, separado de la marisma por un desnivel de poco más de un palmo. Me sorprendió que el terreno pantanoso empezara tan cerca del monasterio. En algunos lugares, el camino estaba inundado de fango hasta el pie de la muralla, tan deteriorada que necesitaba ser reconstruida. Por la parte exterior, los arreglos que habían hecho eran aún más rudimentarios. En algunos puntos, un hombre ágil habría podido trepar por las anfractuosidades de la pared sin dificultad.

—¡Maldita sea! —mascullé, porque ahora ni siquiera podía descartar esa posibilidad.

Me volví hacia la marisma. Cubierta de nieve y salpicada de espesos cañaverales y charcas heladas, se extendía unas ochocientas varas hasta el ancho cauce del río, cuyas aguas reflejaban el azul del cielo. En la otra orilla, el terreno ascendía en suave pendiente hacia el boscoso horizonte. Todo estaba inmóvil; el único signo de vida eran un par de aves marinas posadas en el río. Mientras las miraba, alzaron el vuelo lanzando tristes graznidos hacia el frío cielo.

A medio camino entre el río y la muralla había un ancho montículo, un islote en la marisma. En la cima, se veían unas ruinas bajas. Debía de ser el lugar que había mencionado el hermano Gabriel, el primer asentamiento de los monjes. Movido por la curiosidad, adelanté precavidamente el bastón y di un paso fuera del camino. Para mi sorpresa, bajo la nieve el terreno era firme. Pero en realidad no había más que una capa superficial de tierra y matojos helados; unos pasos más, y mi pie se hundió en la blandura del fango. Di un grito y solté el bastón mientras sentía que el espeso cieno succionaba mi pierna y el fango y el agua helada se me colaban en el zapato y me

mojaban el tobillo.

Agité los brazos en un desesperado intento de mantenerme en pie, aterrado por la idea de perder el equilibrio y caer de bruces en el cenagal. Aún tenía la pierna izquierda en terreno firme y, apoyándome en ella, tiré del otro pie con todas mis fuerzas, rezando para que el izquierdo no rompiera la somera capa helada y también se hundiera en el barro. Por suerte no fue así y, sudando por el esfuerzo y el miedo, conseguí sacar la pierna atascada, negra de cieno, tras largos y penosos forcejeos. El agujero exhaló una vaharada a cloaca y se cerró con un gorgoteo. Retrocedí hasta el camino y me senté en el suelo con el corazón palpitante. Mi bastón seguía donde lo había soltado, pero no se me ocurrió volver a buscarlo. Me miré la pierna cubierta de hediondo cieno y maldije mi estupidez. Me imaginé la cara de lord Cromwell si alguien hubiera tenido que comunicarle que el comisionado que tan cuidadosamente había elegido para enfrentarse a los misterios y peligros de Scarnsea se había caído en una ciénaga y se había ahogado.

—Eres idiota —dije en voz alta.

En ese momento, oí un ruido a mis espaldas y me volví. La puerta de la muralla estaba abierta y el hermano Edwig me miraba desde el umbral con un grueso manto sobre el hábito y el asombro pintado en el rostro.

—Do-doctor Shardlake, ¿estáis bien?

Al verlo recorrer el desierto paisaje con la mirada, comprendí que me había oído hablar solo.

—Sí, hermano Edwig —respondí levantándome, consciente del aspecto que debía de tener completamente salpicado de barro—. He sufrido un pequeño accidente. Casi me hundo en el lodo.

—No deberíais acercaros a la marisma, señor co-comisionado —dijo el tesorero negando con la cabeza—. Es muy traicionera.

—Ya lo veo. Pero ¿qué estáis haciendo aquí, hermano? ¿No tenéis trabajo en la contaduría?

—He estado vi-visitando al novicio enfermo con el abad. Necesitaba despejarme la ca-cabeza. A veces vengo a pasear por aquí. —Lo miré con curiosidad. No me resultaba fácil imaginármelo dando traspiés por la huerta cubierta de nieve para hacer ejercicio—. Me gusta venir aquí y co-contemplar el río. Es re-relajante.

—Siempre que uno mire dónde pone los pies.

—C-claro. ¿Deseáis que os ayude a volver? Estáis cubierto de lodo.

—Puedo arreglármelas —aseguré, aunque estaba empezando a tiritar—. Pero, sí, debería volver.

Regresamos al recinto y nos dirigimos hacia las dependencias del monasterio. Yo caminaba tan deprisa como me permitía la pierna, que me pesaba como si fuera de hielo.

—¿Cómo está el novicio?

—Parece que se re-recupera, aunque con las fiebres de pecho nunca se sabe —

respondió el tesorero moviendo la cabeza—. Yo las tuve el invierno pasado y no pude acudir a la contaduría en dos semanas —explicó, y volvió a sacudir la cabeza.

—¿Y qué opináis del trato que le ha dispensado el prior a Simon Whelplay?

El hermano Edwig volvió a sacudir la cabeza con impaciencia.

—Es difícil de juzgar. Debemos mantener la disciplina.

—Pero ¿no deberíamos ser compasivos con los más débiles?

—La gente necesita c-certezas, necesita saber que si actúa mal recibirá su c-castigo. —El tesorero me miró fijamente—. ¿No lo creéis así, señor comisionado?

—A unas personas les cuesta más aprender que a otras. A mí me habían advertido que no fuera a la ciénaga, y sin embargo he ido.

—Pero eso ha sido un error, señor comisionado, no un pecado. Y, si a alguien le cuesta aprender, razón de más para darle una lección más firme. Además, ese chico es muy débil; habría enfermado de todos modos —aseguró el tesorero con dureza.

—Me parece que veis el mundo en blanco y negro, hermano Edwig —repuse arqueando las cejas.

El tesorero me miró con perplejidad.

—Por supuesto, señor. Blanco y negro. Virtud y pecado. Dios y el Diablo. Las reglas están establecidas y debemos seguirlas.

—Ahora quien establece las reglas es el rey, no el Papa.

—Sí, señor —murmuró el hermano Edwig poniéndose muy serio—. Y esas son las que debemos seguir.

No era eso lo que el hermano Athelstan aseguraba haberles oído decir a él y los demás obedienciaros.

—Tengo entendido, hermano Edwig, que la noche en que asesinaron al comisionado Singleton estabais ausente...

—S-sí. Tenemos algunas propiedades en W-Winchelsea. No estaba satisfecho con las cuentas del administrador y fui a revisarlas en persona. Estuve fuera tres noches.

—¿Qué descubristeis?

—Pensaba que nos estaba estafando, pero sólo se trataba de errores. No obstante, lo despedí. La gente que no sabe llevar las cuentas no me interesa.

—¿Viajasteis solo?

—Me acompañó uno de mis ayudantes, el anciano hermano William, al que habéis conocido en la contaduría. —El tesorero me miró con astucia—. La noche en que mataron al comisionado Singleton, que Dios tenga en su gloria —apostilló piadosamente—, estaba en casa del administrador.

—Sois un hombre muy atareado —le dije—, pero al menos tenéis ayudantes. Ese anciano y el muchacho.

El hermano Edwig se volvió con viveza.

—Sí, aunque el chico, más que ayuda, es un estorbo.

—¿Cómo es eso?

—No tiene cabeza para los números. Le he ordenado que busque los libros que

habéis pedido; espero poder entregároslos enseguida. —El tesorero dio un resbalón, y tuve que agarrarlo del brazo para que no se cayera—. Gracias, doctor Shardlake. ¡Dichosa nieve!



Durante el resto del camino, el tesorero se concentró en mirar dónde ponía los pies y no dijimos nada más hasta que llegamos a las dependencias del monasterio. Nos despedimos en el patio; el hermano Edwig regresó a su trabajo y yo me dirigí a la enfermería. Necesitaba comer algo. Pensé en el tesorero. No era sino un chupatintas obsesionado con su trabajo como responsable de la economía de la comunidad, probablemente con exclusión de todo lo demás, que estaba dedicado al monasterio en cuerpo y alma. ¿Estaría dispuesto a tolerar el crimen para protegerlo, o significaría eso cruzar la línea entre lo blanco y lo negro? Era un individuo antipático, pero, como le había dicho a Mark la noche anterior, eso no lo convertía en un asesino, del mismo modo que la simpatía que me inspiraba el hermano Gabriel no lo convertía en inocente. Suspiré. Era difícil ser objetivo entre aquella gente.

Cuando abrí la puerta de la enfermería, todo parecía tranquilo. El monje anciano dormía en su cama y el ciego en su sillón, pero la cama del monje grueso estaba vacía; puede que el hermano Guy lo hubiera convencido de que había llegado el momento de marcharse. El fuego crepitaba acogedoramente en la chimenea e hice una pausa para calentarme.

Estaba observando el vapor que ascendía de mis calzas, cuando oí ruidos procedentes del interior: una confusa barahúnda, seguida de chillidos y gritos, y del estrépito de cacharros de porcelana contra el suelo. El alboroto se oía cada vez más cerca. Me volví sobresaltado hacia la puerta de las habitaciones en el momento en que se abría de golpe y, en agitada confusión, irrumpían en la sala Atice, Mark y el hermano Guy, rodeando a una delgada silueta vestida con un camisón blanco, la cual rompió de improviso el cerco y echó a correr por la sala. Reconocí a Simon Whelplay, aunque apenas se parecía al pálido espectro con el que había hablado la noche anterior. Tenía la cara congestionada, los ojos desorbitados y los labios rebosantes de espuma. Parecía querer decir algo, pero sólo conseguía jadear y gruñir.

—¡Dios santo! ¿Qué está pasando aquí? —le pregunté a Mark.

—¡Se ha vuelto completamente loco, señor!

—¡Rodeadlo! ¡Atrapadlo! —gritó angustiado el hermano Guy gesticulando hacia Alice, que extendió los brazos y avanzó hacia el chico por un lado de la sala.

El enfermero y Mark la imitaron y rodearon al novicio, que se quedó inmóvil, mirando a su alrededor con ojos de demente. El monje ciego se había despertado y volvía la cabeza a todas partes, asustado y boquiabierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz trémula—. ¿Hermano Guy?

En ese momento ocurrió algo terrible. Whelplay pareció advertir mi presencia y,

al instante, inclinó el tronco hacia delante y comenzó a imitar mis desmañados andares. No conforme con eso, extendió los brazos y empezó a moverlos de atrás hacia delante al tiempo que agitaba los dedos, algo que acostumbro a hacer cuando estoy alterado, según dicen quienes me han visto en los tribunales. Pero ¿cómo podía saberlo Whelplay? Una vez más, recordé mi época de estudiante, en la que mis despiadados compañeros imitaban mis movimientos, y confieso que, al ver al novicio moviéndose por la sala, gesticulando con la espalda encorvada, se me erizó el vello de la nuca.

Un grito de Mark me devolvió a la realidad.

—¡Ayudadnos! ¡Agarradlo, señor, por lo que más queráis, o huirá de la enfermería!

Con el corazón palpitante, yo también extendí los brazos y avancé hacia el chico. Al acercarme y mirarlo a los ojos, sentí un escalofrío. Tenía las pupilas dilatadas hasta el doble de su tamaño y me miraba salvajemente, sin dar muestras de reconocerme, a pesar de que continuaba con su pantomima. Recordé que el hermano Gabriel había aludido a la intervención de fuerzas satánicas y, con un estremecimiento de terror, pensé que el novicio podía estar endemoniado.

Cuando estábamos a punto de atraparlo, saltó hacia un lado y, antes de que pudiéramos reaccionar, desapareció por una puerta entreabierta.

—Es el baño —dijo el hermano Guy—. No tiene salida. Pisad con cuidado, el suelo está resbaladizo —nos advirtió precipitándose al interior.

Alice fue tras él. Mark y yo nos miramos indecisos durante un instante y entramos tras ella.

El baño estaba en penumbra, pues no recibía más luz que la lechosa claridad que penetraba por una ventana medio tapada por la nieve. Era una sala cuadrada con suelo de baldosas y una piscina vacía de poco más de una vara de profundidad en el centro. En un rincón se veían cepillos y rascadores. El aire estaba impregnado de un penetrante olor a moho y humanidad. Oí un rumor de agua y vi que la cañería del desagüe atravesaba la piscina. Simon Whelplay estaba en la otra punta, con el cuerpo aún encorvado y tiritando bajo el camisón. Yo me quedé en la puerta mientras el hermano Guy se acercaba por un lado y Alice y Mark por el otro.

—Vamos, Simon, soy yo, Alice —dijo la chica extendiendo una mano hacia el novicio—. No queremos hacerte daño.

No pude por menos que admirar su sangre fría. Pocas mujeres se habrían acercado a semejante aparición con aquella serenidad.

El novicio se volvió con el rostro desfigurado por una expresión de angustia. La miró durante unos instantes, sin reconocerla, y a continuación posó los ojos en Mark. Le apuntó con su huesudo índice y, con una voz ronca y cascada, muy distinta de la suya, le gritó:

—¡Aléjate de mí! A pesar de tu elegante ropa, eres un servidor del Diablo. ¡Los veo, veo a los demonios revoloteando en el aire, numerosos como motas de polvo!

¡Están en todas partes, aquí también!

El novicio se tapó los ojos con las manos, se tambaleó e inesperadamente cayó al vacío. Oí un crujido de huesos cuando el cuerpo chocó contra el fondo y, al acercarme, vi que estaba inmóvil, boca abajo, sobre la cañería. A su alrededor había pequeños charcos de agua helada.

El hermano Guy bajó a la piscina y le dio la vuelta mientras nosotros permanecíamos en el borde. El muchacho tenía los ojos en blanco, en horrible contraste con el rostro, que seguía lívido. El enfermero le buscó el pulso en el cuello, alzó la cabeza para mirarnos y soltó un suspiro.

—Está muerto —murmuró levantándose y santiguándose.

Alice ahogó un grito, hundió el rostro en el pecho de Mark y rompió a llorar entrecortadamente.

Capítulo 13

EL HERMANO GUY y Mark sacaron el cuerpo de Simon del baño y lo llevaron a la enfermería. El monje lo sujetaba por las axilas, y Mark, blanco como el papel, por los pies. Yo salí después de Alice, que tras el breve ataque de llanto había recobrado su habitual serenidad.

—¿Qué ha sucedido? —El monje ciego se había levantado del sillón y agitaba las manos en el aire con una expresión de angustia digna de lástima—. ¿Hermano Guy? ¿Alice?

—No es nada, hermano —dijo Alice con voz suave—. Ha ocurrido un accidente, pero ya ha pasado todo.

Una vez más, la entereza de la joven me dejó admirado.

El hermano Guy, con el rostro tenso, depositó el cuerpo del novicio en la camilla de su gabinete, bajo un crucifijo español, y lo cubrió con una sábana.

Respiré hondo. La cabeza me daba vueltas, y no sólo debido a la impresión que me había causado la muerte del novicio. Lo que acababa de ocurrir me había conmovido profundamente. Los ecos del sufrimiento de la niñez tienen un poder inmenso, incluso cuando acuden a la memoria de un modo menos inexplicable y estremecedor.

—Hermano Guy —le dije al enfermero—, hasta ayer no conocía a este pobre chico; sin embargo, al verme hace un momento, ha empezado a imitarme, a remedar mis andares y... ciertos gestos que hago a veces en los tribunales. Me ha parecido algo d-demoníaco.

Me maldije para mis adentros; estaba empezando a tartamudear como el tesorero.

El hermano Guy me miró fija y prolongadamente.

—Creo que tengo una explicación para eso..., aunque espero estar equivocado.

—No os entiendo. Hablad claro —me oí decir en tono malhumorado.

—Primero quiero asegurarme... —replicó el monje—. Ahora, comisionado, debería informar al abad.

—Muy bien —respondí, apoyándome sobre el borde de la mesa, pues las piernas me temblaban descontroladamente—. Os esperaremos en la cocina.

Mark y yo seguimos a Alice a la pequeña habitación en la que habíamos desayunado.

—¿Os encontráis bien, señor? —me preguntó Mark con preocupación—. Estáis temblando.

—Sí, sí. No es nada.

—Tengo una infusión de hierbas que ayuda a asentar el cuerpo cuando se ha

sufrido una fuerte impresión —dijo Alice—. Valeriana y acónito. Si lo deseáis, puedo calentaros un poco.

—Gracias. —La joven seguía tranquila, pero tenía las mejillas tan encendidas como si la hubieran abofeteado—. Tú también estás impresionada, ¿verdad? —le pregunté con una sonrisa forzada—. Es comprensible... ¡Pobre muchacho! Parecía como si llevara dentro un demonio...

Para mi sorpresa, el rostro de Alice adoptó una expresión furiosa.

—A mí no me asustan los demonios, señor, sino los monstruos humanos que atormentaron al pobre Simon. Su vida estaba ya destrozada, y eso debería hacernos llorar durante toda la eternidad. —Alice comprendió que había ido demasiado lejos y se calló—. Traeré la infusión —murmuró, y salió precipitadamente.

—Es muy franca —dije arqueando las cejas.

—Lleva una vida dura.

—Como muchos en este valle de lágrimas —murmuré, acariciándome el anillo de luto y observando a Mark. «Se ha enamorado», me dije.

—He hablado con ella, como me pedisteis.

—Cuéntame —respondí al instante, pues necesitaba alejar de mi mente el recuerdo de lo que había ocurrido.

—Lleva dieciocho meses aquí. Es de Scarnsea. Su padre murió joven y su madre, que era curandera, tuvo que criarla sola.

—Por eso sabe tanto de hierbas...

—Iba a casarse, pero su novio se cayó de un árbol que estaba talando y se mató. Como en la ciudad hay poco trabajo, se fue a Esher, y allí encontró un puesto como ayudante del boticario, un hombre que conocía a su madre.

—Así que ha viajado... Ya decía yo que no era ninguna pueblerina.

—Conoce bien la zona. Le he preguntado por la marisma. Dice que es posible llegar por ella, pero que no es fácil encontrar caminos. Le he preguntado si nos enseñaría el terreno y ha dicho que tal vez.

—Eso podría sernos útil. —Le conté lo que me había explicado el hermano Gabriel sobre los contrabandistas, mi excursión fuera de la muralla, mi pequeño accidente, y le enseñé la pierna cubierta de barro—. ¡Por los clavos de Cristo, qué día de sobresaltos!

La mano que tenía apoyada en la mesa no paraba de temblar, por más que me esforzaba en dominarla. En cuanto a Mark, aún estaba pálido. Se produjo un silencio, que de pronto necesité llenar a toda costa.

—Parece que habéis mantenido una larga charla. ¿Cómo acabó Alice aquí?

—El boticario murió; era un hombre mayor. Alice volvió a Scarnsea, pero, poco después, su madre falleció también. La casita en la que vivían estaba en una finca cedida en enfiteusis, y el propietario la reclamó. Alice se quedó sola. No sabía qué hacer, hasta que alguien le dijo que el enfermero de San Donato necesitaba un ayudante seglar. En Scarnsea, donde lo llaman el «duende negro», nadie quería

trabajar con él. Pero Alice no tenía elección.

—Tengo la impresión de que no aprecia demasiado a nuestros santos hermanos.

—Dice que algunos de ellos son hombres lujuriosos, que siempre están arrimándose a ella e intentando toquetearla. Es la única mujer joven del monasterio. Al parecer, hasta con el prior ha tenido problemas.

—¡A fe que ha sido franca contigo! —exclamé asombrado.

—Está fuera de sí, señor. El prior empezó a molestarla desde que llegó.

—Sí, ya me he dado cuenta de que no lo aprecia. ¡Qué vergüenza! Ese hombre es un hipócrita. Castiga a los demás por sus pecados mientras él se dedica a perseguir a las criadas... ¿Lo sabe el abad?

—Alice se lo dijo al hermano Guy, que le paró los pies al prior. El abad rara vez interviene; apoya el régimen disciplinario del prior y le deja las manos libres en casi todo lo demás. Al parecer, todos los monjes le tienen miedo, y los que cometieron sodomía en el pasado están demasiado aterrorizados para reincidir.

—Y ya hemos visto los resultados de esa disciplina.

Mark se pasó una mano por la frente.

—Sí, por desgracia —murmuró con expresión sombría.

—Contarle todo eso al ayudante del comisionado no es muy leal de su parte —dije tras unos instantes de reflexión—. ¿Acaso la señorita Alice es partidaria de la Reforma?

—No lo creo. Pero no se considera obligada a guardar los secretos de unos hombres que la han estado importunando. Tiene mucho carácter, señor, pero es justa. No es una desagradecida. Para el hermano Guy no tiene más que palabras de alabanza. Le ha enseñado muchas cosas y la ha protegido de los que la molestaban. Y siente mucho afecto por los pobres viejos a los que cuida.

Lo miré pensativo.

—No te encariñes demasiado con la muchacha —le advertí con suavidad—. Lord Cromwell quiere la cesión de este monasterio, y puede que al final tengamos que dejarla en la calle.

—Eso sería cruel —dijo Mark frunciendo el entrecejo—. Y no es una muchacha; tiene veintidós años, es una mujer. ¿No podríamos hacer nada por ella?

—Podría intentarlo. —Reflexioné durante unos instantes—. El enfermero la protege. Me pregunto si, llegado el caso, ella no lo protegería también a él.

—¿Creéis que el hermano Guy podría tener algo que ocultar?

—No lo sé —dije levantándome y acercándome a la ventana—. Me da vueltas la cabeza.

—Habéis dicho que el novicio parecía estar imitándoos... —me recordó Mark con voz vacilante.

—¿No te lo ha parecido a ti?

—No veo cómo podía saber él...

Tragué saliva.

—... ¿cómo muevo los brazos cuando estoy en el tribunal? No, yo tampoco.

Me quedé mirando por la ventana, mordiéndome la uña del pulgar. De pronto vi aparecer al hermano Guy, que avanzaba a grandes zancadas hacia la enfermería con el abad y el prior. Los tres hábitos negros pasaron rápidamente ante la ventana levantando pequeñas nubes de nieve. Al cabo de unos instantes, oímos unas voces que procedían del cuarto en el que se encontraba el cadáver y, poco después, ruidos de pasos que se acercaban. Cuando los tres monjes entraron en la cocina, los observé detenidamente uno a uno. Las oscuras facciones del hermano Guy carecían de expresión. El rostro del prior estaba rojo, lleno de ira, pero también dejaba traslucir miedo. El corpulento abad parecía haber encogido; por algún motivo, se me antojó más pequeño y viejo.

—Comisionado... Siento que hayáis tenido que presenciar una escena tan terrible —murmuró.

Respiré hondo. Me habría gustado poder acurrucarme en cualquier rincón, en lugar de tener que ejercer mi autoridad sobre aquellos desventurados, pero no podía elegir.

—Sí —respondí—. Vengo a la enfermería en busca de paz y tranquilidad para llevar a cabo mi investigación, y me encuentro con un novicio muerto de hambre y de frío que primero coge una fiebre que casi acaba con él y luego se vuelve loco y se desnuda.

—¡Estaba poseído! —farfulló el prior con una violencia de la que había desaparecido todo el sarcasmo—. Dejó que su mente se corrompiera de tal modo que el Diablo se apoderó de ella en su momento de mayor debilidad. Lo escuché en confesión y le impuse una penitencia para mortificarlo, pero era demasiado tarde. Ved el poder del Diablo. —El hermano Mortimus apretó los labios y me miró fijamente—. ¡Está en todas partes, y las discusiones entre cristianos nos distraen de él!

—El chico dijo que veía demonios revoloteando en el aire, tan numerosos como motas de polvo. ¿Creéis que los veía realmente? —le pregunté.

—Vamos, señor comisionado, ni los más ardientes reformistas discuten que el mundo está lleno de agentes del Diablo. ¿No cuentan que el mismo Lutero arrojó una biblia a un demonio en su propia habitación?

—La mayoría de las veces, esas visiones son producto de la fiebre —repuse lanzando una mirada al hermano Guy, que asintió.

—Pero podrían ser demonios —intervino el abad—. La Iglesia lleva siglos enfrentándose a ese fenómeno. Deberíamos llevar a cabo una investigación.

—¡No hay nada que investigar! —gritó el prior fuera de sí—. Simon Whelplay le abrió su alma al Diablo, un demonio lo poseyó y lo obligó a arrojararse a la piscina vacía, como ocurrió con los cerdos de Gadara, los cuales, según nos cuenta la Biblia, se arrojaron por un acantilado. Ahora su alma está en el infierno, a pesar de mis esfuerzos por salvarla.

—No creo que muriera a causa de la caída —dijo el hermano Guy.

Todos lo miramos sorprendidos.

—¿Cómo podéis saberlo? —le preguntó el prior con desdén.

—Porque no se golpeó en la cabeza —respondió el enfermero sin alterarse.

—Entonces, ¿cómo...?

—Todavía no lo sé.

—Sea como fuere —dije con firmeza mirando al prior—, parece que había llegado a un estado de extrema debilidad por exceso de disciplina.

El prior me lanzó una mirada desafiante.

—Señor comisionado, el vicario general desea que en los monasterios vuelva a reinar el orden. Y tiene razón; la laxitud ha puesto en peligro las almas. Si fracasé con Simon Whelplay, fue porque no supe ser lo bastante severo, o tal vez su corazón estaba ya demasiado corrompido... Pero opino, con lord Cromwell, que sólo una estricta disciplina conseguirá la reforma de las órdenes. No me arrepiento de lo que hice.

—¿Qué decís a eso, señor abad?

—Es posible que en este caso vuestra severidad os haya llevado demasiado lejos, Mortimus. Hermano Guy, vos, el prior y yo nos reuniremos para considerar este asunto más detenidamente. Un comité de investigación. Sí, un comité —repitió el abad, como si esa palabra lo tranquilizara.

El hermano Guy soltó un profundo suspiro.

—Antes debería examinar sus pobres restos.

—Sí, hacedlo —respondió el abad volviéndose hacia mí con la confianza recuperada—. Doctor Shardlake, debo deciros que ha venido a verme el hermano Gabriel. Recuerda haber visto luces en la marisma en los días anteriores al asesinato del comisionado Singleton. En mi opinión, el asesinato podría ser obra de contrabandistas locales. Son hombres impíos: quien viola la ley sólo está a un paso de violar los mandamientos de Dios.

—Sí, he salido a echar un vistazo a la marisma. Lo discutiré mañana con el juez; es una de las líneas de la investigación.

—Yo creo que es la respuesta. —Ante mi silencio, el abad añadió—: Por el momento, puede que lo mejor sea decir a la comunidad que Simon ha muerto a consecuencia de la enfermedad. Si estáis de acuerdo, comisionado.

Lo pensé durante unos instantes. No deseaba que cundiera el pánico.

—Muy bien.

—Tendré que escribir a sus padres. Les diré lo mismo...

—Sí, es mejor que decirles que el prior está seguro de que su hijo está ardiendo en el infierno —respondí, súbitamente irritado con ambos.

El prior abrió la boca para replicar, pero el abad se le adelantó.

—Vamos, Mortimus, tenemos que marcharnos. Hay que ordenar que caven otra tumba.

El abad se inclinó ante mí y salió, seguido por el prior, que me lanzó una última

mirada de desafío.

—Hermano Guy —dijo Mark—, ¿cuál creéis que fue la causa de la muerte de Simon?

—Tendré que abrirlo para averiguarlo. —El enfermero movió la cabeza—. No es algo fácil de hacer con alguien a quien conocías. Pero hay que hacerlo ahora, cuando la muerte es reciente. —Inclinó la cabeza, cerró los ojos y rezó durante unos instantes; luego, respiró hondo y murmuró—: Os ruego me excuséis.

Asentí, y el enfermero se alejó lentamente hacia su gabinete. Mark y yo seguimos sentados en silencio durante unos instantes. El color empezaba a volver a las mejillas de mi ayudante, al que nunca había visto tan pálido. Por mi parte, aún estaba conmovido, aunque al menos había dejado de temblar.

En ese momento, apareció Alice, que traía una taza humeante.

—Os he preparado la infusión, señor.

—Gracias.

—Los dos monjes de la contaduría os esperan en la sala con un montón de libros.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Mark, ¿puedes encargarte de que los lleven a nuestra habitación?

—Sí, señor.

Al abrirse la puerta, oí el ruido de una sierra procedente del gabinete. Cuando Mark volvió a cerrar, cerré los ojos con alivio y le di un sorbo al brebaje que había traído Alice. Tenía un sabor fuerte y un aroma almizclado.

—Es bueno para las emociones fuertes, señor. Asienta los humores.

—Es reconfortante. Gracias.

La joven me miraba, con las manos a la espalda.

—Señor, me gustaría disculparme por lo que he dicho antes. He hablado de más.

—No tiene importancia. Todos estábamos alterados.

—Os habrá extrañado que haya dicho que no temo a los demonios, después de lo que hemos visto —dijo Alice tras una vacilación.

—No. Algunos ven la mano del Diablo en cualquier acción mala que no comprenden. También ha sido ésa mi primera impresión; pero creo que el hermano Guy tiene otra explicación en su mente. Está... examinando el cadáver. —La chica se santiguó—. Sin embargo, no debemos cerrar los ojos a las obras de Satanás en el mundo —añadí.

—En mi opinión... —empezó a decir Alice.

—Adelante. Conmigo puedes hablar con total libertad. Siéntate, por favor.

—Gracias. —La muchacha se sentó y me clavó sus inteligentes ojos azules, que estaban extraordinariamente alerta. Advertí que tenía la piel blanca y tersa—. En mi opinión, el Diablo actúa en el mundo alentando la maldad de los hombres, su codicia, su crueldad y su ambición, más que poseyéndolos y volviéndolos locos.

Asentí.

—Yo opino lo mismo, Alice. En los tribunales, he tenido muchas oportunidades

de ver en acción las pasiones que has mencionado. Y no sólo entre los acusados. Y las personas que las poseían estaban tan cuerdas como tú y como yo.

De pronto, el rostro de lord Cromwell apareció en mi mente con estremecedora nitidez. Parpadeé.

—Esas maldades están en todas partes —dijo Alice asintiendo con tristeza—. El deseo de riqueza y poder convierte a veces a los hombres en leones hambrientos que buscan algo para devorar.

—Bien expresado. Pero ¿dónde puede haber visto tanta maldad una muchacha tan joven? —le pregunté con suavidad—. ¿Aquí, quizá?

—Observo el mundo, reflexiono sobre las cosas... —respondió Alice, y se encogió de hombros—. Más de lo adecuado para una mujer, seguramente.

—No, no. Dios dotó de razón tanto al hombre como a la mujer.

—Aquí no encontraréis a muchos que opinen lo mismo —repuso la joven con una sonrisa irónica.

Le di otro sorbo a la infusión, que poco a poco iba calentándome el cuerpo y relajando mis cansados músculos.

—Esto está muy bueno. El señor Poer dice que eres una hábil curandera.

—Gracias. Como le dije a él, mi madre lo era. —Por unos instantes, su rostro se ensombreció—. En la ciudad, hay gente que relaciona ese trabajo con la brujería, pero ella simplemente atesoraba los conocimientos que había recibido de su madre, que a su vez los había recibido de la suya. El boticario le pedía consejo a menudo.

—Y tú trabajaste un tiempo con él.

—Sí. Me enseñó muchas cosas, pero cuando murió tuve que volver a casa.

—Para quedarte sin ella.

—Sí, la cesión expiró con la muerte de mi madre. El propietario derribó la casa y cercó nuestra pequeña parcela para criar ovejas.

—Lo siento. Esos cercados están arruinando el campo. Es una de las cosas que preocupan a lord Cromwell.

La muchacha me miró con curiosidad.

—¿Lo conocéis? ¿Conocéis a lord Cromwell?

Asentí.

—Sí. Llevo mucho tiempo sirviéndolo, de un modo u otro. —Alice me lanzó una larga y penetrante mirada; luego bajó los ojos y se quedó callada con las manos en el regazo; manos enrojecidas por el trabajo, pero aun así finas—. ¿Viniste aquí tras la muerte de tu madre? —le pregunté.

La joven alzó la cabeza.

—Sí. El hermano Guy es un buen hombre, señor. Espero... espero que no os forméis una mala opinión de él debido a su extraño aspecto. Muchos lo hacen.

Negué con la cabeza.

—Un buen investigador debe fijarse en cosas menos superficiales. Aunque confieso que la primera vez que lo vi me llevé una sorpresa.

Inesperadamente, Alice se echó a reír, y sus blancos y regulares dientes asomaron entre sus labios.

—Lo mismo me pasó a mí, señor. Creí que era un rostro tallado en madera que había cobrado vida. Tardé semanas en conseguir verlo como a un hombre más. Me ha enseñado muchas cosas.

—Tal vez algún día puedas aprovechar esos conocimientos. Sé que en Londres hay boticarias. Pero la mayoría son viudas, y tú sin duda te casarás.

Alice se encogió de hombros.

—Más adelante, quizá.

—Mark me dijo que tenías novio, pero que se mató en un accidente. Lo siento.

—Sí —murmuró la joven. La mirada vigilante había vuelto a sus ojos—. Parece que el señor Poer os ha contado muchas cosas sobre mí.

—Nosotros... En fin, necesitamos averiguar todo lo que podamos de las personas que viven aquí, como puedes comprender... —le expliqué con una sonrisa que esperaba fuese tranquilizadora.

Alice se levantó y se acercó a la ventana. Cuando se volvió hacia mí, su cuerpo tenso parecía haber tomado una decisión.

—Señor, si os confiara una información, ¿la mantendríais en secreto? Necesito este trabajo...

—Sí, Alice, te doy mi palabra.

—Los monjes de la contaduría han dicho que han traído todos los libros de cuentas que habíais pedido.

—Excelente...

—Pero no los han traído todos, señor. No han traído el que tenía el comisionado Singleton el día que lo asesinaron.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todos los libros que han traído son marrones, y el que estaba examinando el comisionado tenía las tapas azules.

—¿Sí? ¿Cómo sabes eso?

—¿Mantendréis en secreto que he sido yo quien os lo ha dicho? —insistió Alice tras unos instantes de vacilación.

—Sí, te lo prometo. Me gustaría que confiaras en mí, Alice.

La joven respiró hondo.

—La tarde anterior a la muerte del señor Singleton estuve en la ciudad comprando provisiones. A la vuelta, vi al comisionado y al joven ayudante del tesorero en la puerta de la contaduría.

—¿El hermano Athelstan?

—Sí. El comisionado Singleton tenía un gran libro azul en las manos y estaba gritando. Cuando pasé, no se molestó en bajar la voz. —La chica esbozó una sonrisa irónica—. Después de todo, no soy más que una criada.

—¿Y qué decía?

—Recuerdo sus palabras perfectamente: «¿Creía que iba a escamoteármelo escondiéndolo en su cajón?» El hermano Athelstan balbuceó algo como que no tenía derecho a registrar la habitación del tesorero en su ausencia, a lo que el comisionado replicó que tenía derecho a entrar en cualquier sitio y que aquel libro arrojaba nueva luz sobre las cuentas anuales.

—¿Qué respondió a eso el hermano Athelstan?

—Nada, estaba muerto de miedo. El comisionado Singleton dijo que iba a estudiar el libro a fondo y a continuación se alejó a grandes zancadas. Recuerdo su expresión de triunfo. El hermano Athelstan se quedó clavado en la puerta durante unos instantes. Entonces, me vio, me lanzó una mirada fulminante y luego entró, cerrando de un portazo.

—¿Y no supiste nada más del asunto?

—No, señor. Ya estaba anocheciendo, y lo siguiente que supe fue que el comisionado había muerto.

—Gracias, Alice —le dije—. Esto podría serme de gran ayuda. —Hice una pausa para observarla atentamente—. Por cierto, el señor Poer también me ha dicho que has tenido algunos problemas con el prior...

La cólera volvió a brillar en su mirada.

—Cuando llegué, intentó aprovecharse de mi situación. Ahora ya no es un problema.

Asentí.

—Hablas claro, Alice, y eso me gusta. Por favor, si se te ocurre alguna otra cosa que pudiera ayudarme en mi investigación, acude a mí. Si necesitas protección, yo te la daré. Intentaré averiguar qué ha ocurrido con ese libro, pero me cuidaré de mencionar que me has hablado de él.

—Gracias, señor. Y ahora, con vuestro permiso, debo ayudar al hermano Guy.

—Es un trabajo desagradable para una joven.

La joven se encogió de hombros.

—Forma parte de mis obligaciones, y estoy acostumbrada a ver muertos. Mi madre solía amortajar a la gente que moría en la ciudad.

—Tienes más estómago que yo, Alice.

—Sí, la vida me ha endurecido —respondió la chica con repentina amargura.

—No quería decir eso —protesté alzando una mano. Al hacerlo, rocé la taza con el brazo y estuve a punto de volcarla. Pero Alice, que había vuelto junto a la mesa y estaba frente a mí, alargó la mano rápidamente, la agarró y volvió a dejarla en su sitio sin que se derramara su contenido—. Gracias. ¡Eres rápida de reflejos!

—El hermano Guy siempre está tirando cosas. Y ahora, señor, con vuestro permiso, debo dejaros.

—Por supuesto. Y gracias por contarme lo del libro —le dije sonriendo—. Sé que un comisionado del rey puede resultar intimidante.

—No, señor. Vos sois diferente.

Alice me miró muy seria durante unos instantes; luego dio media vuelta y abandonó la habitación.



Apuré la infusión, que iba calentándome el cuerpo poco a poco. La idea de que Alice parecía confiar en mí también me proporcionaba una dulce calidez en mi interior. De haberla conocido en otra situación, y de no haber sido una criada...

Pensé en sus últimas palabras. ¿Qué había querido decir con que yo era «diferente»? Supuse que lo que había visto en Singleton la había llevado a pensar que todos los comisionados éramos unos energúmenos autoritarios; pero ¿no había algo más en sus palabras? No podía imaginarme que se sintiera atraída hacia mí del mismo modo en que yo me sentía atraído hacia ella. También comprendí que yo le había revelado que Mark me contaba todo lo que ella le decía. Eso podía minar su confianza en él, una idea que, advertí alarmado, me producía placer. Fruncí el semblante, pues la envidia es un pecado mortal, y me concentré en lo que Alice me había dicho sobre el libro de contabilidad. Parecía una línea de investigación prometedora.

Mark volvió al cabo de unos instantes. Cuando abrió la puerta, comprobé con alivio que el chiquichaque de la sierra había cesado.

—He firmado un recibo por los libros de cuentas, señor. Dieciocho grandes tomos. Los monjes de la contaduría no paraban de refunfuñar que esto les causará muchos trastornos.

—Al diablo con sus trastornos. ¿Has cerrado la habitación con llave?

—Sí, señor.

—¿Has visto si alguno de los libros tiene las tapas azules?

—Son todos marrones.

Asentí.

—Creo que ya sé por qué el hermano Edwig lleva de cabeza al pobre Athelstan. Hay algo que no nos contó cuando hablamos con él en la destilería. Tendremos otra conversación con el tesorero; esto puede ser importante. —La entrada del hermano Guy me obligó a interrumpirme. Estaba serio y pálido; bajo el brazo llevaba un delantal manchado de sangre, que arrojó a un cesto que había en una esquina de la habitación.

—¿Podemos hablar en privado, doctor Shardlake?

—Por supuesto.

Me levanté y lo seguí. Temía que me llevara junto al cadáver del pobre Simon, pero afortunadamente salimos al exterior. El sol empezaba a ponerse y bañaba de luz rosada la nieve que cubría el herbario. El hermano avanzó entre las plantas hasta un gran arbusto que estaba completamente blanco.

—Ya sé qué causó la muerte del pobre Simon, y no fue ningún demonio. También

a mí me llamó la atención el modo en que se balanceaba y agitaba los brazos. Pero no tenía nada que ver con vos. Esos espasmos son característicos, lo mismo que la pérdida de la voz y las visiones.

—Característicos ¿de qué?

—Del veneno que contienen las bayas de este arbusto. —El enfermero sacudió las ramas, en las que todavía quedaban unas pocas hojas negras—. Belladona. La mora escarlata, como la llaman por aquí.

—¿Lo envenenaron?

—La belladona tiene un olor muy suave pero inconfundible. Hace muchos años que la utilizo, de modo que la conozco bien. He encontrado restos en el estómago del pobre Simon. Y en los posos de la copa de aguamiel caliente que había junto a su cama.

—¿Cómo lo han hecho? ¿Y cuándo?

—Esta mañana, sin duda. El efecto es inmediato. Es culpa mía; si Alice o yo hubiéramos permanecido a su lado todo el tiempo... —murmuró el enfermero pasándose una mano por la frente.

—No podíais saber que iba a ocurrir algo así. ¿Quién más ha estado a solas con él?

—El hermano Gabriel lo visitó anoche, después de que os marcharais, y ha vuelto esta mañana. Está muy angustiado, de modo que le di permiso para que rezara por el muchacho. Y más tarde han venido a verlo el abad y el tesorero.

—Sí. Sabía que iban a venir.

—Y también esta mañana, cuando he entrado a ver cómo estaba, he encontrado al hermano Mortimus con él.

—¿Al prior?

—Estaba junto a la cama, mirándolo con cara de preocupación. He supuesto que estaba inquieto por las consecuencias de su brutalidad. —El enfermero frunció los labios—. El jugo de belladona es dulce, y el olor, demasiado débil para apreciarlo si está mezclado con aguamiel.

—Supongo que se usa como remedio para ciertas enfermedades, ¿me equivoco?

—En pequeñas dosis, alivia el estreñimiento, aparte de otras dolencias. En la enfermería siempre tengo, porque lo receto a menudo. Muchos de los monjes tienen pequeñas cantidades. Sus propiedades son muy conocidas.

—Anoche Simon empezó a contarme algo —murmuré tras pensar unos instantes—. Dijo que el asesinato del comisionado Singleton no había sido el primero. Quería volver a hablar con él hoy, cuando despertara. —Miré al monje fijamente—. ¿Le habéis contado a alguien lo que dijo?

—No, y estoy seguro de que Alice tampoco. Pero tal vez comenzó a delirar delante de una de las personas que fueron a visitarlo...

—... la cual decidió cerrarle la boca. —El hermano Guy se mordió el labio y asintió con convicción—. Pobre muchacho —murmuré—. Y lo único que se me ha

ocurrido pensar es que se estaba burlando de mí...

—Las cosas rara vez son lo que parecen.

—Y aquí menos que en ningún sitio. Decidme, hermano, ¿por qué me habéis contado esto en lugar de ir directamente al abad?

El enfermero me lanzó una mirada sombría.

—Porque el abad es una de las personas que lo han visitado. Vos tenéis autoridad, doctor Shardlake, y, a pesar de nuestras diferencias en materia de religión, estoy convencido de que buscáis la verdad.

Asentí.

—Por el momento, os pido que guardéis silencio sobre lo que acabáis de contarme. Quiero reflexionar sobre cómo he de proceder.

Miré al hermano Guy para ver cómo reaccionaba ante una orden mía, pero él se limitó a asentir con tristeza.

—¿Habéis sufrido un accidente? —preguntó advirtiendo que tenía la pierna cubierta de barro.

—Me he caído en la ciénaga, pero he conseguido salir.

—Es un terreno muy peligroso.

—Creo que aquí no hay ningún terreno seguro para mis pies. Vayamos dentro, o cogeremos una pulmonía —dije avanzando hacia la puerta—. Es extraño que mi infundada sospecha de que el pobre chico estuviera burlándose de mí nos haya llevado a este descubrimiento.

—Al menos, ahora el prior Mortimus no podrá decir que está seguro de que Simon ha ido al infierno.

—Sí. Me parece que se va a llevar una decepción.

«A menos que sea el asesino —me dije—, en cuyo caso ya lo sabe.» Apreté los dientes. Si la noche anterior no hubiera dejado que Alice y el hermano Guy me disuadieran de hablar con Simon, no sólo podría haber conseguido que me contara la historia completa y tal vez me pusiera sobre la pista del asesino, sino que además el muchacho seguiría vivo. Ahora tenía que investigar dos asesinatos. Y, si era cierto lo que el pobre novicio había murmurado en su delirio sobre que Singleton no había sido la primera víctima, serían tres.

Capítulo 14

ESE DÍA TENÍA previsto ir a Scarnsea, pero se me había hecho tarde. A la última luz del crepúsculo, volví a atravesar el recinto para ir a casa del abad y hablar con Goodhaps. El viejo profesor seguía encerrado en su habitación, ahogando sus penas en la bebida. No le dije que habían asesinado a Simon Whelplay, sino que el novicio había fallecido a consecuencia de una grave enfermedad. Goodhaps mostró escaso interés. Le pregunté qué sabía del libro de cuentas que estaba examinando Singleton el día que lo asesinaron. Me respondió que Singleton sólo le había dicho que había descubierto otro libro en la contaduría y que confiaba en obtener de él información provechosa. En tono despechado, el anciano murmuró que el anterior comisionado apenas le contaba nada; sólo lo utilizaba para rebuscar en los libros. Lo dejé con su vino.

Se había levantado un viento helado, que me caló hasta los huesos durante el camino de vuelta a la enfermería. Ensordecido por las campanas, que llamaban a vísperas, me dije que todos los que tenían información sobre el caso estaban en peligro: el viejo Goodhaps, Mark y yo mismo. El asesinato de Simon había sido ejecutado por una mano fría y despiadada, y habría pasado inadvertido si yo no hubiera puesto al enfermero sobre la pista de la belladona al mencionar los extraños andares y aspavientos del novicio. Puede que estuviéramos enfrentándonos a un fanático, pero desde luego no era alguien que actuara por impulsos. ¿Y si planeaba envenenar mi cena, o separarme la cabeza del cuerpo como había hecho con Singleton? Sentí un estremecimiento y me tapé el cuello con la capa.



Los libros formaban una pila en el suelo de nuestra habitación. Mark estaba sentado ante la chimenea, con los ojos clavados en el fuego. Aún no había encendido las velas, pero las llamas del hogar arrojaban una claridad vacilante sobre su preocupado rostro. Me senté frente a él, contento de poder dar descanso a mis pobres huesos junto a un buen fuego.

—Mark, tenemos un nuevo misterio —le dije, y le conté lo que me había explicado el hermano Guy—. Me he pasado la vida descifrando secretos, pero aquí parecen multiplicarse y hacerse más terribles por momentos —dije pasándome una mano por la frente—. Me siento responsable de la muerte de ese chico. Si anoche hubiera insistido hasta hacerlo hablar... Y esta mañana, en la enfermería, cuando el pobre encorvó el cuerpo y empezó a agitar los brazos, lo único que se me ha ocurrido

pensar es que se estaba burlando de mí —murmuré mirando al vacío, momentáneamente abrumado por la culpa.

—No podíais saber lo que le ocurría, señor —dijo Mark con voz vacilante.

—Estaba cansado y me dejé convencer de que no debía seguir interrogándolo. Lord Cromwell dijo que el tiempo era esencial, y cuatro días después seguimos sin respuestas y tenemos otro asesinato.

Mark se levantó y encendió las velas en el fuego de la chimenea. De pronto, me encolericé conmigo mismo; en lugar de entregarme a la desesperación, debería haberle dado ánimos; pero la muerte del novicio me había dejado anonadado. Esperaba que su alma hubiera encontrado descanso junto a Dios; habría rezado para que así fuera, si hubiera creído que rezar por los muertos servía para algo.

—No os rindáis, señor —dijo Mark tímidamente dejando las velas en la mesa—. Tenemos este nuevo asunto del tesorero. Eso podría hacernos avanzar.

—Cuando asesinaron a Simon, el hermano Edwig estaba ausente. Pero no te preocupes... —dije obligándome a sonreír—, no pienso rendirme. Además, no me atrevo; he venido aquí a realizar un trabajo para lord Cromwell.

—Mientras estabais en la iglesia, he aprovechado para dar una vuelta por los edificios auxiliares. Teníais razón, casi siempre hay alguien. En el establo, en la herrería, en la mantequería... No he visto ningún sitio donde se pueda esconder cosas grandes fácilmente.

—Tal vez merezca la pena investigar las capillas de la iglesia. Por cierto, cuando iba a la marisma he visto algo interesante. —Le hablé del brillo dorado en el fondo del estanque—. Es un sitio muy apropiado para deshacerse de una prueba.

—¿Entonces deberíamos investigarlo, señor! ¿Lo veis? Tenemos pistas. La verdad prevalecerá.

—¿Vamos, Mark! —exclamé echándome a reír—. Con el tiempo que has pasado en los tribunales de Su Majestad, no puedes decir eso. Pero gracias por darme ánimos —dije tirando de un hilo suelto del tapizado del sillón—. Cada vez estoy más melancólico. Hace meses que me siento desalentado, pero aquí la cosa no ha hecho más que empeorar. Debo de tener los humores descompensados, demasiada bilis negra en los órganos. Quizá debería consultar al hermano Guy.

—Este lugar desanima a cualquiera.

—Sí. Y confieso que también tengo miedo. Lo he pensado hace un momento, en el patio. Unos pasos a mi espalda, el ruido de una espada cortando el aire...

Alcé la vista hacia Mark, que estaba de pie frente a mí. Sus facciones de adolescente dejaban traslucir una preocupación que me hizo comprender el peso que aquella misión arrojaba sobre él.

—Sí, os entiendo. El lugar, el silencio..., roto súbitamente por esas campanas que te dan unos sustos de muerte...

—Bueno, eso nos hace estar alerta, lo cual no es malo. Me alegro de que estés dispuesto a admitir que tienes miedo. Eso demuestra tu hombría, más que las

fanfarronadas de la juventud. Y yo no debería estar tan melancólico. Esta noche tengo que rezar para que Dios me dé fuerzas —dije, y lo miré con súbita curiosidad—. ¿Qué pides tú en tus oraciones?

Mark se encogió de hombros.

—No tengo costumbre de rezar al acostarme.

—No debería ser una simple costumbre, Mark. Pero no pongas esa cara, no voy a sermonearte sobre la necesidad de la oración —dije levantándome del sillón con dificultad. Volvía a tener la espalda cansada y dolorida—. Venga, debemos espabilar y echar un vistazo a esos libros de contabilidad. Después de cenar, nos veremos las caras con el hermano Edwig.

Encendí más velas, y colocamos los libros en la mesa. Cuando abrí el primero y aparecieron las páginas con renglones, llenas de números y letras apretadas, Mark me miró muy serio desde el otro lado de la mesa.

—Señor, ¿podría estar Alice en peligro por lo que nos ha contado? Si han asesinado a Simon Whelplay por miedo a que revelara un secreto, podrían hacer lo mismo con ella.

—Lo sé. Cuanto antes interrogué al tesorero sobre ese misterioso libro, mejor. Le prometí a Alice que no la descubriría.

—Es una mujer admirable.

—Y fascinante, ¿no?

Mark se puso rojo y se apresuró a cambiar de tema.

—¿De modo que el hermano Guy os ha dicho que el novicio había tenido cuatro visitas?

—Sí, y no olvidemos a los cuatro obedienciaros que conocían el auténtico propósito de Singleton. Como el hermano Guy.

—Pero ha sido él quien os ha dicho que Simon había sido envenenado...

—Aun así, no puedo permitirme confiar totalmente en él —respondí alzando la mano—. Y, ahora, los libros. Supongo que, después de trabajar en Desamortización, estarás familiarizado con las cuentas de los monasterios...

—Por supuesto.

—Bien. Entonces, échales un vistazo y dime si hay algo que te llame la atención. Partidas de gastos que te parezcan excesivas o que no cuadren. Pero antes cierra la puerta con llave. ¡Por Dios santo, me estoy volviendo tan medroso como el pobre Goodhops!

Nos pusimos manos a la obra. La tarea era pesada. Los balances son más difíciles de revisar que las listas simples, a no ser que uno se gane la vida haciendo números; sin embargo, no detectamos en aquellos libros nada inusual. Las rentas que obtenía el monasterio por sus tierras y los ingresos que le reportaba la destilería eran sustanciales; los reducidos desembolsos en limosnas y sueldos contrastaban con el elevado gasto en comida y ropa, sobre todo en casa del abad. Al parecer, existía un superávit de unas quinientas libras, una suma importante pero no insólita, engrosada

por la venta reciente de algunas tierras.

Seguimos trabajando hasta que las campanas que anunciaban la cena resonaron en el gélido aire nocturno. Me levanté, me restregué los ojos y empecé a dar vueltas por la habitación, mientras Mark se desperezaba con un gruñido.

—Es tal como nos imaginábamos —dijo Mark desperezándose con un gruñido—. El monasterio es rico; aquí hay mucho más dinero que en los conventos cuyas cuentas yo solía revisar.

—Sí, detrás de esos balances hay mucho oro. ¿Qué escondería ese libro que descubrió Singleton? Tal vez esté todo demasiado en orden; tal vez estos números sean para el auditor y el otro libro contenga los auténticos. Si el tesorero está defraudando al Exchequer, estaríamos ante un grave delito —dije cerrando mi libro de golpe—. Bueno, vamos. Debemos reunimos con la congregación. Y asegúrate de comer lo que comen todos —añadí mirándolo muy serio.

Mientras cruzábamos el patio del claustro en dirección al refectorio nos encontramos con varios monjes, que nos hicieron profundas reverencias. Al inclinarse ante nosotros, uno de ellos resbaló y se cayó, pues durante el día había atravesado el patio mucha gente y la nieve estaba apisonada y muy resbaladiza. Al pasar junto a la pila, vi que el chorro de agua se había congelado y formaba una larga estalagmita de hielo que sobresalía del caño.



La cena transcurrió en un ambiente lúgubre. El hermano Jerome no acudió. Presumiblemente, estaría encerrado en algún sitio por orden del prior. El abad Fabián subió al facistol y anunció con solemnidad que el novicio Simon Whelplay había fallecido a consecuencia de las fiebres palúdicas, lo que provocó las previsibles exclamaciones de consternación y apelaciones a la misericordia divina. Advertí algunas miradas envenenadas dirigidas al prior, especialmente de parte de los tres novicios que estaban sentados en el extremo más alejado de la mesa grande. También oí a uno de los monjes, un individuo grueso de ojos tristes y legañosos, mascullar una maldición contra las almas poco caritativas, al tiempo que fulminaba con la mirada al prior Mortimus, que miraba al frente, orgulloso e imperturbable.

El abad entonó una larga oración en latín por el alma del hermano finado; las respuestas fueron fervorosas. Esa noche su reverencia se quedó a cenar en la mesa de los obedienciaros, en la que se sirvió una gran pierna de ternera con acompañamiento de guisantes. Hubo débiles intentos de conversación; el abad comentó que nunca había visto nevar de aquel modo en el mes de noviembre y el hermano Jude, el despensero, y el hermano Hugh, el rechoncho mayordomo de la verruga en la cara al que había conocido en la sala capitular, que al parecer siempre se sentaban juntos y siempre acababan riñendo, empezaron a discutir sobre si los estatutos obligaban o no a la ciudad a retirar la nieve del camino del monasterio, pero

sin demasiado entusiasmo. El único que hablaba con verdaderas ganas era el hermano Edwig, que explicó con preocupación que las cañerías de las letrinas se habían helado y habló de lo que costaría repararlas cuando el tiempo mejorara y las hiciera reventar. «Pronto te daré algo de lo que preocuparte de verdad», pensé. Sorprendido por la intensidad de mi emoción, me reconvine interiormente, pues no es bueno que la antipatía hacia un sospechoso nos oscurezca el juicio.

Otro de los comensales estaba bajo el influjo de emociones aún más fuertes. El hermano Gabriel apenas probó la comida. Parecía anonadado por la muerte de Simon y perdido en su propio mundo. Por eso me sorprendió tanto que de pronto levantara la cabeza y lanzara a Mark una mirada de tan intenso deseo, de tan violenta emoción que no pude reprimir un estremecimiento. Me alegré de que Mark estuviera concentrado en su plato y no se diera cuenta.

Cuando los monjes dieron las gracias por los alimentos y todo el mundo empezó a desfilar, sentí auténtico alivio. El viento había arreciado y nos lanzaba al rostro pequeños copos de nieve. Indiqué a Mark que esperara junto a la puerta, mientras los monjes se calaban las capuchas y desaparecían a toda prisa en la oscuridad.

—Vamos a abordar al tesorero. ¿Llevas la espada al cinto? —Mark asintió—. Bien. Manten la mano en la empuñadura mientras hablo con él. Recuérdale nuestra autoridad... Pero ¿dónde se ha metido?

Esperamos un poco, pero el hermano Edwig no daba señales de vida. Al cabo de unos instantes, oímos sus tartamudeos y, cuando entramos en el refectorio, lo vimos con las manos apoyadas sobre la mesa grande, inclinado sobre el hermano Athelstan, que seguía sentado en su sitio con expresión compungida.

—Este balance no es c-correcto —estaba diciendo el tesorero al tiempo que clavaba un dedo en un papel una y otra vez—. Has alterado la partida del lúpulo.

Fuera de sí, el hermano Edwig agitó una factura en el aire, pero al advertir nuestra presencia inclinó la cabeza y nos dedicó una sonrisa falsa.

—Buenas noches, c-comisionado. Espero que mis libros estén en orden...

—Los que tenemos, sí. Me gustaría hablar con vos, por favor.

—Por supuesto. Un momento, os lo ruego. —El tesorero volvió a encararse con su ayudante—. Está más claro que el agua que has cambiado una cifra en la columna de la izquierda para ocultar que tus números no cuadran.

Advertí que su tartamudeo desaparecía cuando estaba enfadado.

—Sólo son cuatro peniques, hermano tesorero.

—Cuatro peniques son cuatro peniques. Repasa todas las entradas hasta que los encuentres; las doscientas, de la primera a la última. Quiero un balance impecable. Ahora, vete —farfulló el tesorero despidiendo al joven con un gesto desdeñoso.

El hermano Athelstan pasó a nuestro lado a toda prisa y abandonó el refectorio.

—Perdonadme, c-comisionado. Tengo que tratar con zoquetes.

Indiqué a Mark la puerta, y él se colocó ante ella y apoyó la mano en el pomo de la espada. El tesorero me miró con temor.

—Hermano Edwig —empecé a decir en tono severo—, os acuso de ocultar un libro de contabilidad al comisionado del rey, un libro de tapas azules que intentasteis escamotear al comisionado Singleton, recuperasteis después del asesinato y que me habéis ocultado a mí. ¿Qué tenéis que decir? —El tesorero se echó a reír. Pero no sería el primer hombre formalmente acusado de asesinato que se ríe para confundir a su acusador—. ¡Por los clavos de Cristo, hermano! ¿Os burláis de mí?

—No, señor, os pido perdón —se apresuró a responder el tesorero alzando una mano—. Pero... estáis equivocado, es un m-malentendido. ¿Os lo ha dicho la muchacha de la enfermería? Por supuesto. Athelstan me contó que esa descarada lo vio discutiendo con el comisionado Singleton.

—Cómo ha llegado a mi conocimiento no es asunto vuestro —repliqué maldiciendo para mis adentros—. Responded a mi pregunta.

—P-por s-supuesto.

—Y no os atranquéis y escupáis las palabras para ganar tiempo e inventar mentiras.

El tesorero soltó un suspiro y juntó las manos.

—Hubo un malentendido con el comisionado Singleton, que Dios tenga en su gloria. Nos pidió nuestros libros de c-c-c...

—De contabilidad, sí.

—... igual que vos, y yo se los di, igual que os los he dado a vos. P-pero, como ya os he dicho, solía presentarse en la contaduría sin avisar, cuando no había nadie, para ver qué podía encontrar. No niego que tuviera derecho, señor; sólo digo que provocaba confusión. El día anterior al de su asesinato, abordó a Athelstan cuando estaba cerrando la contaduría y empezó a agitar un libro ante sus narices, como sin duda os habrá contado la muchacha. Lo había cogido de mi despacho privado —explicó el tesorero abriendo las manos—. Pero no era un libro de cuentas. Contenía meros apuntes, cálculos sobre futuros ingresos que hice algún tiempo atrás, como comprobaría el propio señor Singleton en cuanto los examinara con más detenimiento. Puedo mostrároslo si lo deseáis.

—Lo cogisteis de casa del abad tras el asesinato, sin decírselo a nadie.

—No, señor. No hice tal cosa. Los criados del abad lo encontraron en su habitación cuando la estaban limpiando, r-reconocieron mi letra y me lo devolvieron.

—Sin embargo, en nuestra anterior conversación dijisteis no estar seguro de qué libro cogió el comisionado Singleton.

—Lo había o-olvidado. Es un libro sin importancia. Puedo enviároslo para que lo c-comprobéis por vos mismo, señor comisionado.

—No. Iremos ahora mismo con vos a por él. —El hermano Edwig titubeó—. ¿Y bien?

—Por supuesto.

Indiqué a Mark que se hiciera a un lado, y seguimos al tesorero por el patio del claustro alumbrándonos con el candil que llevaba mi ayudante. El hermano Edwig

abrió la puerta de la contaduría y nos condujo a su despacho privado del primer piso. Se acercó al escritorio, abrió un cajón cerrado con llave y sacó un delgado libro azul.

—Aquí lo tenéis, señor. Comprobadlo por vos mismo.

Abrí el libro. Las páginas no contenían columnas, sino notas escritas a vuela pluma y operaciones aritméticas.

—De momento, me lo llevo.

—Faltaría más. Pero ¿puedo preguntar, dado que esto es un despacho privado, si acudiréis a mí antes de llevaros otro libro? Es para evitar que queden desordenados.

—He visto en los otros libros que el monasterio tiene un amplio superávit, mayor este año que el anterior —dije haciendo oídos sordos a su pregunta—. Las ventas de tierra han aportado nuevo capital. Entonces, ¿por qué os oponéis a las propuestas del hermano Gabriel para arreglar la iglesia?

El tesorero me miró muy serio.

—El hermano Gabriel se gastaría todo lo que tenemos en las reparaciones, dejando que lo demás se viniera abajo. El abad le dará dinero para la iglesia, pero tenemos que regatearle; si no, daría cuenta de todos nuestros ahorros. Es pura negociación.

Era una explicación plausible.

—Muy bien —le dije—. Eso es todo... por ahora. Una cosa más. Habéis mencionado a Alice Fewterer. Esa chica está bajo mi protección especial; si le ocurriera algo, os garantizo que seréis arrestado y enviado inmediatamente a Londres para ser sometido a una investigación.

Di media vuelta y me marché.



—Conque pura negociación... —rezongué mientras volvíamos a la enfermería—. Es más escurridizo que una anguila.

—Sin embargo, no pudo matar a Singleton. Él no estaba. Y un enano gordinflón como él no pudo cortarle la cabeza al comisionado.

—Pero podría haber matado a Simon Whelplay. Tal vez haya más de una persona implicada en este asunto.

Una vez en la habitación, procedimos a examinar el libro azul. Como había asegurado el hermano Edwig, parecía no contener más que cálculos y anotaciones, todos ellos escritos con la pulcra letra redondilla del tesorero. A juzgar por el descolorido aspecto de la tinta de las primeras páginas, se remontaban a varios años atrás.

Después de un rato, lo aparté a un lado y me restregué los ojos.

—Tal vez el comisionado Singleton pensó que había encontrado algo, cuando en realidad no era así —dijo Mark.

—No, no lo creo. Por lo que dice Alice, aquel libro arrojaba nueva luz sobre las

cuentas anuales. Pero ¿dónde tengo la cabeza? —exclamé pegándome un puñetazo en la palma de la mano—. ¿Y si hubiera más de un libro con las tapas azules? Tal vez no sea éste el libro que buscamos.

—Podríamos volver y poner patas arriba la contaduría.

—No. Estoy agotado. Mañana. Ahora descansemos, será un día duro. Tenemos que asistir al funeral de Singleton y luego ir a Scarnsea, para ver al juez Copynger. También quiero hablar con el hermano Jerome. Y deberíamos echar un vistazo al estanque.

Mark soltó un gruñido.

—Desde luego, para los emisarios de lord Cromwell no hay un momento de descanso. En fin..., al menos, si estamos ocupados, tal vez nos olvidemos del miedo.

—Esperemos que así sea. Y ahora me voy a la cama. Reza una oración para que mañana hagamos algún progreso.



Al día siguiente nos despertamos al rayar el alba. Me levanté y rasqué la escarcha de la cara interior del cristal de la ventana. El sol acariciaba la nieve del patio con dedos de luz rosada. Era un espectáculo hermoso, pero estéril.

—No parece que vaya a fundirse —dije volviéndome hacia Mark, al que encontré de pie ante la chimenea, con el torso desnudo y un zapato en la mano, mirando a su alrededor con perplejidad.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó alzando la otra mano—. He oído un ruido.

—Yo no he oído nada.

—Parecían pasos. Estoy seguro de haberlos oído.

Mark se acercó a la puerta con el entrecejo fruncido y la abrió de golpe. El pasillo estaba desierto.

Volví a sentarme en la cama; tenía la espalda rígida y dolorida.

—Lo habrás imaginado. Este lugar está empezando a afectarte. Y no te quedes ahí medio desnudo. Nadie desea contemplar tu tripa, por lisa que la tengas.

—Os digo que he oído algo, señor.

Mark se quedó pensativo unos instantes y a continuación se dirigió al armario donde guardábamos la ropa. Abrió la puerta, pero en el interior no había más que polvo y excrementos de rata. Entretanto, yo observaba con envidia el juego de los lisos y simétricos músculos de su espalda.

—Ratones —le dije—. Vamos.



Mientras desayunábamos en la cocina de la enfermería, recibimos la visita del abad, que apareció arrebujado en un manto de pieles y con el rostro enrojecido por el frío.

Lo acompañaba el doctor Goodhops, quien lanzaba miradas inquietas a su alrededor y tenía una gota de moquita en la punta de la nariz.

—Tengo malas noticias —dijo el abad Fabián con su habitual solemnidad—. Debemos posponer la inhumación del difunto comisionado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los criados no han podido cavar una fosa lo bastante profunda. La tierra está dura como el hierro y ahora tienen que cavar también una tumba para el pobre Simon en el cementerio de los monjes. Tardarán todo el día en acabar el trabajo. Mañana podremos celebrar los dos funerales.

—Si no hay más remedio... ¿Se celebrarán al mismo tiempo?

—Dado que Simon era un hombre de iglesia —respondió el abad tras una vacilación—, deberíamos celebrar dos ceremonias por separado. Los estatutos lo autorizan...

—No tengo nada que objetar.

—Me preguntaba cómo va vuestra investigación, señor comisionado. Me temo que el tesorero necesita que le devolváis sus libros cuanto antes...

—Tendrá que esperar; todavía no he acabado. Esta mañana iré a la ciudad para ver al juez.

—Bien... —asintió solemnemente el abad—. Estoy convencido de que el asesino del pobre comisionado Singleton se oculta en la ciudad, entre los contrabandistas y malhechores que la infestan.

—A mi regreso, me gustaría interrogar al hermano Jerome. ¿Dónde está? No he visto su sonriente cara.

—Aislado, en castigo por su comportamiento. Debo advertiroslo, comisionado: si habláis con él sólo conseguiréis que vuelva a insultaros. Está fuera de sí.

—Sabré ser indulgente con su demencia. Lo veré cuando vuelva de Scarnsea.

—Vuestros caballos podrían encontrar dificultades para llevaros hasta allí. Esta noche, el viento ha formado grandes montones de nieve. Uno de nuestros carros ha tenido que volver atrás; los caballos no podían avanzar.

—Entonces, caminaremos.

—Eso tampoco será fácil. He intentado explicarle al doctor Goodhops...

—Señor... —lo interrumpió el anciano—, venía a preguntaros si no podría volver a casa mañana, después del funeral. Aquí ya no os sirvo de nada. Si pudiera ir a la ciudad, tal vez encontrara una plaza en alguna diligencia; de lo contrario, tampoco me importaría quedarme en una posada hasta que se funda la nieve.

Asentí.

—Muy bien, señor Goodhops —respondí—. Aunque me temo que deberéis esperar en Scarnsea hasta que mejore el tiempo.

—¡No me importa, señor, gracias! —exclamó el anciano asintiendo con tanto vigor que una gota de moquita le cayó en la barbilla.

—Volved a Cambridge, pero no digáis una palabra de lo que ha ocurrido aquí.

—Lo único que quiero es olvidarlo todo.

—Y ahora, Mark, debemos irnos. Señor abad, mientras estamos en la ciudad me gustaría que me consiguierais ciertos documentos: las escrituras de compraventa de tierras de los cinco últimos años.

—¿Todas? Tendré que buscarlas...

—Sí, todas. Quiero que estéis en condiciones de jurar que me habéis entregado los títulos de todas las ventas.

—Lo haré, por supuesto, si así lo deseáis.

—Bien —dije levantándome—. Ahora debemos ponernos en camino.

El abad hizo una reverencia y se marchó, con el viejo Goodhops pisándole los talones.

—Eso lo ha intranquilizado —le dije a Mark.

—¿Las ventas de tierras?

—Sí. Si existe algún fraude contable, lo más probable es que se trate de la ocultación de ingresos por la venta de tierras. No tienen otro modo de reunir grandes cantidades de dinero. Ya veremos con qué nos sale.

Abandonamos la cocina. Al pasar ante el gabinete del enfermero, Mark volvió la cabeza hacia la puerta y me agarró bruscamente del brazo.

—¡Mirad! ¿Qué le ha pasado?

El hermano Guy estaba tumbado boca abajo y con los brazos extendidos al pie del crucifijo. La luz hacía relucir su afeitado y negro cuero cabelludo. Por un momento, me asusté; luego, lo oí murmurar una oración en latín, en voz baja pero con fervor. Mientras nos alejábamos, volví a decirme que no debía depositar demasiada confianza en el árabe español. Él había confiado en mí, y era la persona más agradable que había encontrado en aquel lugar. No obstante, verlo tumbado en el suelo, implorando fervorosamente a un trozo de madera, me recordó que estaba tan apegado a las viejas herejías y supersticiones contra las que yo luchaba como todos sus hermanos de congregación.

Capítulo 15

AQUELLA MAÑANA VOLVÍA a hacer un frío glacial, bajo un límpido cielo azul. Durante la noche, el viento había amontonado la nieve contra los muros y despejado determinadas zonas del patio, que ofrecía un extraño aspecto. Al cruzar la puerta del recinto, me volví hacia la torre y vi a Bugge, el portero, que nos espiaba desde la ventana y se apresuró a esconder la cabeza al advertir que lo había descubierto.

—¡Por las llagas de Cristo, qué alivio estar lejos de todos esos ojos! —exclamé soltando un bufido.

Miré hacia el camino, que, como el patio, era un mar de montículos de nieve. En el paisaje, uniformemente blanco, sólo destacaban los árboles, desnudos y negros, los cañaverales de la marisma y la lejana y grisácea cinta del mar. El hermano Guy me había prestado otro bastón, en el que me apoyaba con firmeza.

—Menos mal que llevamos estas fundas —observó Mark mirándose los pies.

—Sí. Cuando se derrita la nieve, el campo se convertirá en un mar de barro.

—Si es que se derrite alguna vez.

La caminata por aquel páramo nevado fue larga y penosa; de modo que cuando llegamos a las afueras de Scarnsea había transcurrido una hora. Hablamos poco, pues seguíamos estando de un humor sombrío. En la ciudad apenas se veía gente por las calles, y la brillante luz del sol hacía aún más patente el lamentable estado en que se encontraban la mayoría de los edificios.

—Tenemos que ir a la calle Westgate —le dije a Mark cuando llegamos a la plaza.

Junto al muelle había una barca, en la que un individuo embozado en una capa negra inspeccionaba unos fardos de telas. Dos vecinos pateaban el suelo para combatir el frío. En el mar, frente a la boca del canal que atravesaba la marisma, se veía un gran barco.

—El aduanero —observó Mark.

—Esas telas deben de ir a Francia.

Tomamos una calle de elegantes casas nuevas. La puerta de la más grande ostentaba el escudo de la ciudad. Llamé con los nudillos, y al cabo de unos instantes un criado bien vestido nos abrió y, tras confirmarnos que aquélla era la residencia del juez Copynger, nos hizo pasar a una hermosa sala amueblada con sillones tapizados y un aparador que exhibía una lujosa vajilla de oro.

—Parece que las cosas le van bien —observó Mark.

—Desde luego —respondí acercándome al retrato de un hombre de cabellos rubios, barba puntiaguda y expresión adusta que había colgado en la pared de

enfrente—. Un buen trabajo. Y pintado aquí mismo, a juzgar por el fondo.

—Eso quiere decir que es un hombre acaudalado... —estaba diciendo Mark cuando se abrió la puerta y el modelo de la pintura apareció en el umbral embutido en una bata marrón con cuello de piel de marta.

Copynger era un individuo alto y fornido de unos cuarenta años y aspecto severo.

—Doctor Shardlake, es un honor —dijo estrechándome la mano con fuerza—. Soy Gilbert Copynger, juez de Scarnsea y el más leal servidor de lord Cromwell. Conocí al pobre señor Singleton. Agradezco a Nuestro Salvador que estéis aquí. Ese monasterio es un antro de corrupción y herejía.

—En efecto, allí nada es lo que parece —dije, y me volví hacia Mark—. Es mi ayudante.

El juez inclinó la cabeza levemente.

—Acompañadme a mi despacho, os lo ruego. ¿Tomaréis un pequeño refrigerio? Hace un tiempo tan infernal como si nos lo hubiera enviado el mismo Diablo. ¿No pasáis frío en el monasterio?

—Los monjes disponen de hogares en todas las habitaciones.

—De eso no me cabe duda, señor comisionado. Ninguna duda. —Copynger nos condujo al otro extremo del vestíbulo, entró en una acogedora habitación con vistas a la calle y retiró unos documentos de encima de unos taburetes que había cerca del fuego—. Disculpad el desorden, pero recibo tanto papeleo de Londres... El jornal mínimo, las leyes sobre los pobres... —El juez soltó un suspiro—. Además, debo informar hasta del menor comentario que oiga contra la Reforma. Afortunadamente, en Scarnsea se oyen pocos; pero a veces mis informadores se los inventan, lo que me obliga a investigar afirmaciones que nunca han sido hechas. No obstante, así la gente sabe que debe medir sus palabras.

—Estoy seguro de que lord Cromwell duerme más tranquilo sabiendo que cuenta con hombres tan leales como vos en los condados. —Copynger respondió al cumplido asintiendo con gravedad mientras yo le daba un sorbo a la copa—. Un vino excelente, señor juez, gracias, pero el tiempo apremia. Hay asuntos sobre los que agradecería cualquier información.

—Estoy a vuestra disposición. El asesinato del señor Singleton ha sido un insulto al rey. Clama venganza.

Debería haberme alegrado de estar en compañía de otro reformista, pero confieso que Copynger no me resultaba simpático. Aunque, además de las obligaciones de su cargo, los jueces debían cumplir el creciente número de tareas que les encomendaba Londres, lo cierto era que no podían quejarse. Siempre han sabido aprovecharse de su posición, de modo que el aumento de obligaciones llevaba aparejado un aumento de ganancias, incluso en municipios tan pobres como Scarnsea, como demostraba la prosperidad de Copynger. A mi modo de ver, su ostentación no concordaba con sus aires de avinagrada probidad. Pero aquélla era la nueva clase de hombres que estábamos creando en la Inglaterra de entonces.

—Decidme —le pregunté—, ¿qué piensa de los monjes la gente de aquí?

—Los odian, porque son unas sanguijuelas. No hacen nada por Scarnsea, no vienen a la ciudad si pueden evitarlo y cuando lo hacen se comportan con la arrogancia del Diablo. Las limosnas que reparten son misérrimas, y encima los pobres tienen que ir andando hasta el monasterio para recibirlas. En consecuencia, el peso del sustento de los indigentes recae sobre el contribuyente.

—Según parece, tienen el monopolio de la venta de cerveza...

—Y cobran un precio abusivo. Además, su cerveza es pésima; tienen la destilería llena de gallinas que sueltan su porquería sobre las tinas.

—Sí, ya lo he visto. Debe de saber a rayos.

—Pues nadie más puede vender cerveza —dijo Copynger abriendo los brazos—. También a sus tierras les sacan todo el jugo que pueden. Si alguien os dice que los monjes son terratenientes considerados, podéis responderle que miente. Y desde que el hermano Edwig se hizo cargo de la contaduría, las cosas no han hecho más que empeorar; ése sería capaz de despellejar a una pulga para aprovechar la grasa del culo.

—Sí, seguro que lo haría. Hablando de las cuentas del monasterio..., vos informasteis a lord Cromwell de que habían vendido tierras por debajo de su valor...

—Me temo que no conozco todos los detalles —admitió Copynger con evidente incomodidad—. Oí rumores, pero enseguida se corrió la voz de que yo estaba investigando, y ahora los grandes terratenientes actúan con mucha cautela. Asentí.

—¿Y quiénes son?

—El mayor propietario de la zona es sir Edward Wentworth. El abad y él son uña y carne..., a pesar de que está emparentado con los Seymour. Salen juntos a cazar. Entre los arrendatarios se rumorea que el monasterio le ha vendido tierras en secreto y que ahora el mayordomo del abad se encarga de recaudar las rentas de sir Edward; pero no puedo confirmarlo, porque está fuera de mi competencia. —El juez frunció el entrecejo con irritación—. El monasterio tiene tierras en todas partes, incluso fuera del condado. Lo siento, comisionado. Si tuviera más autoridad...

—Tal vez esto sobrepase mis atribuciones —dije tras reflexionar unos instantes—, pero, dado que tengo potestad para investigar todo lo relativo al monasterio, creo que podría indagar las ventas de tierras que se hayan realizado. ¿Y si reanudais vuestras pesquisas sobre esa base, invocando el nombre de lord Cromwell?

Copynger sonrió.

—Un requerimiento hecho en nombre de Su Señoría obraría milagros. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Gracias. Podría ser importante. Por cierto, creo que sir Edward es primo del hermano Jerome, el anciano cartujo que vive en el monasterio...

—Sí, Wentworth es un viejo papista. Tengo entendido que el cartujo habla abiertamente contra la Reforma. Si de mí dependiera, lo colgaría del campanario de la iglesia.

—Decidme —le pregunté tras reflexionar unos instantes—, si lo hicierais, ¿cómo reaccionaría la gente de la ciudad?

—Lo celebrarían. Como ya he dicho, odian a los monjes. Ahora Scarnsea es una ciudad pobre, y ellos aún la empobrecen más. El puerto está tan enfangado que apenas puede entrar un bote de remos.

—Sí, ya lo he visto. He oído que alguna gente se dedica al contrabando. Según los monjes, utilizan los marjales de detrás del monasterio para acceder al río. El abad Fabián asegura que lo ha denunciado repetidamente y que las autoridades hacen la vista gorda.

De pronto, el rostro de Copynger adoptó una expresión recelosa.

—El abad diría lo que fuera con tal de perjudicarnos. Es un problema de recursos, señor comisionado. Sólo hay un consumero, y no puede pasarse las noches vigilando todos los caminos de la marisma.

—Según uno de los monjes, en esa zona ha habido actividad recientemente. El abad piensa que los contrabandistas pudieron penetrar en el monasterio y asesinar a Singleton.

—Está tratando de confundiros, señor. Scarnsea tiene una larga historia de contrabando de telas, que se transportan por la marisma y se depositan en barcos de pesca con destino a Francia. Pero ¿por qué iba a matar uno de esos hombres al comisionado del rey? No estaba aquí para investigar el contrabando, ¿verdad?

La mirada del juez Copynger traslucía una súbita inquietud.

—No. Ni yo tampoco, a menos que esas actividades tengan alguna relación con el asesinato de Singleton. Me inclino a pensar que el asesino es alguien del monasterio.

—Si los propietarios pudieran disponer de tierras para criar ovejas —dijo Copynger con evidente alivio—, la ciudad prosperaría y la gente no tendría que dedicarse al contrabando. Hay demasiados pequeños granjeros reconvertidos en tejedores.

—Aparte del contrabando, ¿es leal la ciudad? ¿No hay sectarios extremistas, por ejemplo, ni practicantes de brujería? ¿Sabíais que profanaron el monasterio?

—No, aquí no hay nada de eso —respondió el juez negando con la cabeza—; de lo contrario, me habría enterado: tengo cinco informadores a sueldo. Hay mucha gente a la que no le gustan los cambios, pero se aguantan. El asunto que más protestas ha provocado ha sido la abolición de los días consagrados a los santos, pero sólo porque eran festivos. Y nunca he oído hablar de que se practique la brujería en los alrededores.

—¿Tampoco hay evangelistas exaltados? ¿Nadie que haya leído la Biblia y descubierto alguna misteriosa profecía que sólo él puede interpretar?

—¿Como esos anabaptistas alemanes que matarían a los ricos para repartir sus bienes? Habría que quemarlos a todos. Pero aquí no hay gente así. El año pasado, a un aprendiz de herrero le dio por predicar que había llegado el Día del Juicio, pero lo metimos en el cepo y luego lo echamos de la ciudad. Ahora está en prisión, que es

donde debe estar. Una cosa es predicar en inglés y otra poner la Biblia en manos de estúpidos criados y campesinos, para que Inglaterra se llene de iluminados.

—¿Sois de los que opinan que sólo debería permitirse leer la Biblia a los cabezas de familia? —le pregunté arqueando las cejas.

—Es un punto de vista muy razonable, señor.

—En fin, los papistas no se lo permitirían a nadie. Pero, volviendo al asunto del monasterio, he leído que en el pasado algunos monjes se entregaron a prácticas nefandas. Que hubo casos de sodomía.

—Y se siguen entregando, estoy seguro —respondió Copynger con una mueca de asco—. El hermano Gabriel, el sacristán, era uno de los sodomitas, y continúa allí.

—¿Había alguien de la ciudad implicado?

—No. Pero en el monasterio, además de invertidos, hay fornicadores. Más de una criada de Scarnsea ha sido víctima de sus bajas pasiones. Ninguna mujer menor de treinta años está dispuesta a trabajar allí, sobre todo desde que desapareció una muchacha.

—¿Una muchacha?

—Una huérfana del hospicio que fue a trabajar para el enfermero. Sucedió hace dos años. Venía de visita a la ciudad de vez en cuando, pero de pronto dejó de venir. Cuando preguntamos por ella, el abad dijo que había huido del monasterio llevándose unas copas de oro. Joan Stumpe, la gobernanta del hospicio, estaba convencida de que le había ocurrido algo. Pero es una vieja metomentodo, y no había ninguna prueba.

—¿Trabajaba para el enfermero? —terció Mark con una nota de inquietud en la voz.

—Sí, para el duende negro, como lo llamamos aquí. Cualquiera diría que no hay ingleses para hacer ese trabajo.

—¿Podría hablar con la señora Stumpe? —pregunté tras reflexionar unos instantes.

—No toméis todo lo que os diga al pie de la letra. Pero sí, ahora mismo debe de estar en el hospicio. Mañana es día de limosna en el monasterio; estará preparándolo todo.

—Entonces, aprovecharemos la ocasión —dije poniéndome en pie.

Copynger llamó a un criado para que nos trajera las capas.

—Señor —dijo Mark volviéndose hacia el juez mientras esperábamos—, en la actualidad hay otra joven trabajando para el enfermero. Se llama Alice Fewterer.

—¡Ah, sí, la recuerdo!

—Creo que tuvo que ponerse a trabajar porque la parcela de su familia fue cercada para criar ovejas. Sé que los jueces supervisan las leyes sobre cercados. Me preguntaba si todo se llevó a cabo legalmente... y si podría hacerse algo por ella.

Copynger miró a Mark con el entrecejo fruncido.

—Puedo aseguraros que todo se hizo legalmente, joven, puesto que la tierra es

mía y fui yo quien la cercó. La familia de esa chica tenía una antigua enfiteusis que expiró al morir la madre. Si quería sacar algún provecho, tenía que derribar la casa y dedicar el terreno a pastos.

—Estoy seguro de que todo fue perfectamente legal, señor juez —tercié lanzando una mirada de advertencia a Mark.

—Lo que beneficiaría a la gente de esta ciudad —dijo Copynger mirando a Mark con frialdad— sería cerrar el monasterio, echarlos a todos a la calle y derribar esos edificios llenos de ídolos. Y, si bien es cierto que los criados se quedarían sin trabajo y la ciudad tendría una carga extra de pobres a los que mantener, estoy seguro de que lord Cromwell aprobaría que parte de las tierras del monasterio pasara a manos de ciudadanos prominentes.

—Hablando de lord Cromwell, Su Señoría ha insistido en la importancia de mantener lo ocurrido en secreto, por el momento.

—Yo no se lo he contado a nadie, señor comisionado, y ninguno de los monjes ha venido a la ciudad.

—Bien. El abad también sabe que debe guardar silencio. Sin embargo, supongo que algunos de los criados del monasterio tendrán relaciones en Scarnsea...

Copynger negó con la cabeza.

—Muy pocos. Se mantienen alejados; aquí se les quiere tan poco como a los monjes.

—No obstante, acabará sabiéndose. Es inevitable.

—Estoy seguro de que no tardaréis en resolver este asunto. —El juez sonrió, y sus mejillas se tiñeron de rojo—. Permitidme que os diga cuánto me honra conocer a alguien que ha hablado personalmente con lord Cromwell. Decidme, señor, ¿cómo es en persona? Tengo entendido que es un hombre de carácter fuerte, a pesar de sus orígenes humildes.

—Efectivamente, señor juez, es un hombre enérgico de palabra y de obra. ¡Ah, aquí está vuestro criado con nuestras capas! —exclamé, ansioso de poner fin a sus untuosos halagos.



El hospicio estaba situado en las afueras de la ciudad. Era un edificio bajo y alargado que necesitaba reparaciones urgentes. En sus inmediaciones, vimos a un grupo de jóvenes que retiraban la nieve de las calles a las órdenes de un hombre. Vestían batas grises que llevaban cosido el escudo de la ciudad y eran demasiado finas para aquel tiempo. Cuando pasamos cerca de ellos se inclinaron ante Copynger.

—¡Pobres acogidos! —comentó el juez—. El encargado del hospicio sabe cómo mantenerlos ocupados.

Entramos en el edificio, que carecía de calefacción y era tan húmedo que el yeso de las paredes estaba lleno de desconchones. En el vestíbulo, un grupo de mujeres

sentadas en corro cosían o hilaban con ruecas, mientras en una esquina una matrona de mediana edad ordenaba un enorme montón de malolientes harapos ayudada por un puñado de escuálidos niños. Copynger se acercó a hablar con la mujer, que nos condujo a un pequeño pero pulcro despacho, donde se presentó como Joan Stumpe, la gobernanta de los niños.

—¿En qué puedo ayudaros, señores?

Su arrugado rostro era tan amable como penetrantes sus ojos castaños.

—El doctor Shardlake está investigando ciertos asuntos relacionados con el monasterio —le dijo Copynger—. Está interesado en la suerte de la joven Orphan Stonegarden.

La mujer soltó un suspiro.

—¡Pobre Orphan!

—¿La conocíais? —le pregunté.

—La críe yo. La abandonaron en el patio de este edificio hace diecinueve años. Recién nacida. ¡Pobre Orphan! —repitió la gobernanta.

—¿Cómo se llamaba?

—Orphan, señor. Es el nombre que solemos ponerles a los niños abandonados. Nunca descubrimos quiénes eran sus padres, así que el capataz le puso Stonegarden de apellido, porque la encontró en el patio.

—Comprendo. ¿Y creció a vuestro cuidado?

—Tengo a mi cuidado a todos los menores. Muchos mueren jóvenes, pero Orphan era fuerte y sobrevivió. Me ayudaba con los otros niños; siempre estaba alegre y era bien dispuesta...

De pronto, la gobernanta desvió la mirada.

—Continúa, buena mujer —la urgió Copynger con impaciencia—. Te lo he dicho muchas veces: eres demasiado blanda con esos críos.

—La mayoría pasan de puntillas por este valle de lágrimas —replicó la mujer con viveza—. ¿Por qué no dejar que disfruten un poco?

—Más vale llegar roto al cielo que entero al infierno —le espetó Copynger con aspereza—. La mayoría de los que sobreviven acaban convirtiéndose en ladrones y mendigos. Continúa.

—Cuando Orphan cumplió dieciséis años, los supervisores dijeron que tenía que ponerse a trabajar. Fue una lástima; el hijo del molinero se había enamorado de ella y, si hubieran permitido que las cosas siguieran su curso natural, la habría tomado como mujer.

—Entonces... ¿era atractiva?

—Ya lo creo, señor. Menuda y rubia, con una cara delicada y dulce, una de las más bonitas que he visto en mi vida. Pero el supervisor de los muchachos tiene un hermano que trabaja para los monjes, y éste dijo que el enfermero necesitaba un ayudante, y mandaron a Orphan con él.

—¿Cuánto hace de eso, señora Stumpe?

—Dos años. Venía a verme en sus días libres, todos los viernes sin falta. Me quería tanto como yo a ella. No le gustaba el monasterio, señor.

—¿Por qué?

—No conseguí que me lo dijera. Enseño a los niños que no deben criticar a sus superiores, por la cuenta que les trae. Pero saltaba a la vista que estaba asustada.

—¿De qué?

—No lo sé. Intenté convencerla para que me lo contara, pero no hubo manera. Primero trabajó para el difunto hermano Alexander y, luego, para su sustituto, el hermano Guy, a quien ella tenía miedo por su extraño aspecto. El caso es que dejó de verse con Adam, el hijo del molinero. El muchacho venía a verla, pero ella me decía que lo despachara. —La gobernanta me miró fijamente—. Y, cuando una mujer hace eso, suele significar que han abusado de ella.

—¿Le visteis alguna vez señales o moretones?

—No, pero cada vez se la veía más decaída. Hasta que un viernes, cuando llevaba unos seis meses trabajando en el monasterio, no apareció, ni tampoco al siguiente.

—Imagino que os inquietaríais.

—Desde luego. Decidí ir allí y enterarme de lo que pasaba.

Asentí. Podía imaginármela caminando a grandes zancadas hasta el monasterio y aporreando la puerta del señor Bugge.

—No querían dejarme entrar, pero no paré de dar voces y golpear la puerta hasta que avisaron al prior Mortimus, ¡ese bárbaro escocés! Se me plantó delante y me dijo que una noche Orphan había desaparecido, llevándose con ella dos cálices de oro.

—Y tal vez lo hiciera —terció Copynger inclinando la cabeza—. Tratándose de una joven de su calaña..., no sería ninguna novedad.

—Orphan era una buena cristiana, señor, e incapaz de hacer algo así. Le pregunté al prior por qué no me habían informado —siguió contándome la mujer—, y me contestó que no sabía con quién se relacionaba Orphan en la ciudad. A continuación, amenazó con denunciarla por robo si no me marchaba inmediatamente. Informé al señor Copynger, pero él dijo que, sin pruebas de que se hubiera cometido algún delito, no podía hacer nada.

El juez se encogió de hombros.

—No las había. Y, si los monjes hubieran puesto una denuncia contra la muchacha, habría sido una vergüenza para la ciudad.

—¿Qué creéis vos que le ocurrió a Orphan, señora Stumpe?

—No lo sé, señor —respondió la gobernanta mirándome a los ojos—. Pero me da miedo pensarlo.

Asentí lentamente.

—No obstante, el juez Copynger tiene razón; sin pruebas, no podía hacer nada.

—Lo sé, pero yo conocía bien a Orphan. Era incapaz de robar algo y desaparecer.

—Pero, si estaba desesperada...

—Habría acudido a mí, en lugar de arriesgarse a que la colgaran por ladrona. Sin

embargo, en los últimos dieciocho meses, no he sabido ni oído nada de ella. Nada.

—Muy bien. Gracias por vuestro tiempo, señora Stumpe.

Suspiré. Desde cualquier punto de vista que lo mirara, las sospechas se quedaban en sospechas; no encontraba ningún hilo del que poder tirar para desenredar la madeja del asesinato.

La gobernanta nos acompañó al vestíbulo; los chicos que rebuscaban entre los harapos alzaron hacia nosotros sus pálidos y tristes rostros y continuaron con su trabajo. El hedor de la ropa vieja nos llegaba desde la otra punta de la sala.

—¿Qué hacen vuestros pupilos? —le pregunté a la gobernanta.

—Buscar algo para ponerse mañana entre la ropa vieja que nos da la gente. Es día de limosna en el monasterio. Con este tiempo, será una dura caminata.

Asentí.

—Sí, lo será. Gracias, señora Stumpe.

Al llegar a la puerta, volví la cabeza. La gobernanta estaba ya junto a los niños, ayudándolos a elegir entre el inmundo montón de trapos.



El juez Copynger nos invitó a cenar en su casa, pero le dije que teníamos que regresar al monasterio, y nos alejamos del hospicio haciendo crujir la nieve bajo nuestras botas.

—No llegaremos a tiempo para la cena —dijo Mark al cabo de unos instantes.

—Tienes razón. Busquemos una taberna.

Encontramos una casa de postas bastante agradable detrás de la plaza. El posadero nos acomodó junto a una ventana que daba al muelle, desde la que divisamos la barca que habíamos visto al llegar deslizándose con su carga de fardos hacia el barco que estaba fondeado a la entrada del canal.

—¡Por las llagas de Cristo! —exclamó Mark—. ¡Qué hambre tengo!

—Sí, yo también. Pero nos abstendremos de tomar cerveza. ¿Sabes que la regla de san Benito prescribía una sola comida diaria durante el invierno? La cena. Fue concebida para el clima italiano, y al principio también se aplicó en Inglaterra. Imagínate pasarte el día rezando de pie, en pleno invierno, ¡y con una sola comida! Por supuesto, a medida que transcurrían los años y aumentaba la riqueza de los monasterios, se pasó de una comida al día a dos y luego a tres, con carne, vino...

—Supongo que al menos aún rezarán.

—Sí. Y creen que con sus plegarias interceden por los muertos ante Dios —dije recordando el angustiado fervor del hermano Gabriel—. Pero se equivocan.

—Confieso que toda esa teología me da dolor de cabeza, señor.

—Pues no debería, Mark. Dios te ha dado inteligencia. Úsala.

—¿Cómo tenéis la espalda hoy? —me preguntó el muchacho cambiando de tema, una táctica que cada vez dominaba mejor.

—Regular, pero mejor que cuando llegamos.

El posadero nos trajo sendos platos de pastel de conejo, y empezamos a comer en silencio.

—¿Qué creéis que le ocurrió a esa muchacha? —me preguntó Mark al cabo de unos instantes.

—¡Sabe Dios! —respondí moviendo la cabeza—. Hay tantos hilos de los que tirar... Parece que no hacen más que aumentar. Esperaba más de Copynger. Bueno, ahora sabemos que algunas mujeres han sufrido abusos en el monasterio. Pero ¿de quién? ¿Del prior Mortimus, que importunó a Alice? ¿De otros? En cuanto a esa chica, Orphan, Copynger tiene razón. No hay pruebas de que no huyera, y puede que la anciana, cegada por el afecto que le tenía, haya tergiversado las cosas. No hay nada a lo que aferrarse —concluí cerrando el puño en el aire.

—¿Qué opináis del juez Copynger?

—Es un reformista. Nos ayudará en todo lo que pueda.

—Habla de la verdadera religión y de que los monjes oprimen a los pobres, pero él vive espléndidamente y no le tiembla la mano a la hora de echar a la gente de sus tierras.

—Sí, eso tampoco me gusta a mí. Pero no deberías haberle preguntado por Alice. No es asunto tuyo. Copynger es nuestra única fuente de información fiable, y no lo quiero disgustado. Apenas contamos con otra ayuda. Esperaba más información sobre las ventas de tierras, algo que nos ayudara con los libros del tesorero.

—Me parece que el juez sabe más de los contrabandistas de lo que dice.

—Por supuesto. Acepta sobornos. Pero no estamos aquí por eso. Coincido con él en una cosa: el asesino es alguien del monasterio, no de la ciudad. Los cinco obedienciaros —dije, y empecé a contarlos con los dedos—: el abad Fabián, el prior Mortimus, Edwig, Gabriel y Guy, son lo bastante altos y fuertes como para haber podido eliminar a Singleton, salvo Edwig, que estaba ausente. Y cualquiera de ellos pudo envenenar al novicio. Es decir, si lo que el hermano Guy me contó sobre la belladona es cierto.

—¿Por qué iba a mentir?

Una vez más, vi el rostro sin vida de Simon Whelplay mientras lo sacábamos del baño. La idea de que lo habían envenenado para impedir que hablara conmigo volvía a mi mente una y otra vez y me estrujaba el corazón como una mano de hierro.

—No lo sé —respondí—, pero no confío en nadie. Todos tienen mucho que perder si el monasterio se cierra. ¿Dónde encontrará trabajo como físico el hermano Guy, con su aspecto? En cuanto al abad, vive aferrado a la dignidad de su cargo. Y los otros tres también pueden tener cosas que ocultar. ¿Contabilidad fraudulenta, en el caso del hermano Edwig? Podría estar quedándose con dinero por si se queda en la calle, aunque necesitaría el sello del abad para cualquier venta de tierras.

—¿Y el prior Mortimus?

—A ése lo creo capaz de cualquier cosa. En cuanto al hermano Gabriel, la vieja

serpiente de la tentación sigue visitándolo, de eso estoy seguro. No te ha quitado ojo desde que llegamos. Imagino que mantiene relaciones con otros monjes, aunque quizá no las mantuviera con el pobre Simon; pero llegas tú enseñando la pantorrilla, con tu buen jubón y tus buenas calzas, y empieza a soñar contigo mientras está con ellos.

Mark apartó el plato con cara de asco.

—¿Es necesario que entréis en detalles, señor?

—Los abogados no tenemos más remedio que entrar en detalles, por sórdidos que sean. Gabriel parece inofensivo, pero es un hombre atormentado, y los hombres atormentados hacen cosas inesperadas e irracionales. Si se demostrara que ha cometido actos de sodomía recientemente, podría acabar en la horca. Si Singleton lo interrogó con su tacto habitual, el sacristán pudo dejarse llevar por la desesperación, sobre todo si había otros a los que proteger. Y por último tenemos a Jerome. Quiero hablar con él. Me intriga que llamara a Singleton mentiroso y perjuró. —Mark no respondió. Seguía pensativo—. ¡Eh, despierta! —exclamé irritado—. ¿Qué más da que el sacristán esté loco por tu trasero? A fin de cuentas, no tiene muchas posibilidades de conseguirlo.

—No estaba pensando en mí, señor —replicó Mark con un destello de cólera en los ojos—, sino en Alice. La muchacha que desapareció también trabajaba con el hermano Guy.

—Sí, también he pensado en eso.

—¿No sería mejor, y más seguro para todos —preguntó Mark inclinándose hacia mí—, detener a los obedienciaros y al hermano Jerome y encerrarlos como sospechosos?

—¿Con qué pruebas? ¿Y cómo los interrogaríamos? ¿Torturándolos? Creía que desaprobabas esos métodos.

—Y los desapruebo. ¿No bastaría con un interrogatorio duro?

—¿Y si estoy equivocado y no fue ninguno de ellos? ¿Y cómo mantendríamos en secreto semejante detención en masa?

—Pero el tiempo y el peligro apremian...

—¿Crees que no lo sé? —repliqué fuera de mí—. Pero abusando de nuestro poder no obtendremos la verdad. Singleton lo intentó, y mira dónde está ahora. Los nudos se desenredan con paciencia, no a tirones; y, créeme, el nudo que tenemos entre manos es el más complicado que he visto en mi vida. Pero lo desharé. Vaya si lo desharé.

—Lo siento, señor. No pretendía cuestionar...

—Cuestiona lo que quieras, Mark —repliqué irritado—. Pero cuestionalo con inteligencia. —Animado por la cólera, me levanté y arrojé unas monedas a la mesa—. Venga, vamonos. Estamos perdiendo la tarde, y hay un viejo cartujo loco esperándome.

Capítulo 16

A PENAS HABLAMOS mientras volvíamos al monasterio bajo un cielo que volvía a encapotarse rápidamente. Estaba enfadado conmigo mismo por mi arrebato de cólera, pero últimamente tenía los nervios de punta y era de prever que las ingenuidades de Mark me hicieran saltar. No obstante, en esos momentos volvía a sentir una decisión inquebrantable y avanzaba por el camino con paso vivo, hasta que tropecé en un montón de nieve y Mark tuvo que agarrarme, lo que acabó de irritarme. Cuando nos acercábamos a los muros de San Donato, se levantó un viento glacial y empezó a nevar otra vez.

Aporreé la puerta de la torre sin contemplaciones hasta que apareció Bugge limpiándose los restos de comida de la boca en la mugrienta manga del hábito.

—Quiero ver al hermano Jerome. De inmediato.

—Se encuentra bajo la custodia del prior, señor, que está rezando la sexta —respondió el portero indicando la iglesia, de la que nos llegaba el apagado sonido de los cánticos.

—¡Entonces, hazlo venir! —le repliqué con viveza.

El botarate se marchó refunfuñando y nosotros nos arrebujamos en las capas, que ya estaban blancas de nieve, y nos dispusimos a esperar. Bugge no tardó en volver acompañado por el prior Mortimus, que nos miró con una expresión malhumorada en su rubicundo rostro.

—¿Queréis ver a Jerome, comisionado? ¿Ha ocurrido algo tan grave para que yo deba abandonar la iglesia?

—Sólo que no tengo tiempo que perder. ¿Dónde está?

—Desde que os insultó, permanece encerrado en su celda.

—Entonces, haced el favor de llevarnos junto a él. Quiero interrogarlo.

—Me asusta pensar en los insultos que puede lanzaros cuando os vea —dijo el prior abriendo la marcha hacia el claustro—. Si pensáis acusarlo de traición, nos haréis un favor.

—¿De veras? ¿Es que no tiene ni un solo amigo en todo el monasterio?

—Casi ninguno.

—Aquí hay mucha gente que no tiene ni un solo amigo. Como el novicio Whelplay.

—Intenté enseñar a Simon Whelplay contrición de espíritu —respondió el prior mirándome con frialdad.

—Más vale entrar roto en el cielo que entero en el infierno, ¿no? —murmuró Mark.

—¿Cómo?

—Es algo que nos ha dicho un juez reformista esta mañana. Por cierto, tengo entendido que fuisteis a visitar a Simon a primera hora de ayer.

—Fui a rezar por él —respondió el prior sonrojándose—. No deseaba su muerte, sino verlo liberado del mal que lo poseía.

—¿Incluso a costa de su vida?

El hermano Mortimus se detuvo y se volvió hacia mí con el rostro descompuesto. El tiempo empeoraba rápidamente; los copos de nieve giraban a nuestro alrededor y el viento agitaba nuestras capas y el hábito del prior.

—¡No deseaba su muerte! No fue culpa mía, estaba poseído. ¡Poseído! ¡Su muerte no fue culpa mía, yo no lo maté!

Lo observé con atención. ¿Había ido a rezar por el novicio porque se sentía culpable? No, me dije, el prior Mortimus no era un hombre que cuestionara la rectitud de sus actos. Por extraño que pudiera resultar, su intolerante certidumbre me recordaba a la de algunos luteranos radicales que había conocido. Y sin duda se había armado de algún sofisma intelectual que le permitía acosar a mujeres jóvenes sin remordimientos de conciencia.

—Hace frío —dije al fin—. Sigamos.

El prior reanudó la marcha sin rechistar y nos condujo hasta los dormitorios, un largo edificio de dos pisos que cerraba el lado este del claustro. El humo ascendía de numerosas chimeneas. Era la primera vez que entraba en las habitaciones de un monasterio, aunque sabía por la *Comperta* que los grandes dormitorios comunitarios de los primeros benedictinos se habían dividido en cómodas habitaciones individuales hacía mucho tiempo. Penetramos en un largo corredor flanqueado de puertas, algunas de las cuales estaban abiertas y dejaban ver buenos fuegos y camas mullidas. La temperatura era muy agradable.

—Normalmente, está cerrada con llave —dijo el prior deteniéndose delante de una de las puertas—, para impedir que salga a vagabundear por ahí. ¡Jerome, el comisionado desea veros! —anunció empujando la hoja.

La celda del cartujo era tan austera como confortables las que acabábamos de ver. La chimenea estaba apagada y las paredes totalmente desnudas, salvo por el crucifijo que había clavado encima de la cama. El anciano se encontraba sentado en ella sin más ropa que un calzón; su esquelético torso, torcido y cargado de hombros, se veía tan encorvado como el mío, pero debido a las lesiones, no a la deformidad. Inclinado sobre él, el hermano Guy le limpiaba la docena de pequeñas llagas que salpicaban su piel. Algunas eran rojas; otras, purulentas y amarillas. Junto a la cama, una palangana llena de agua despedía un penetrante aroma a lavanda.

—Siento interrumpir la cura, hermano Guy —dije entrando en la celda.

—Ya he acabado. Bueno, hermano, esto debería aliviaros las llagas infectadas.

El cartujo me fulminó con la mirada antes de volverse hacia el enfermero.

—Mi camisa limpia, por favor.

El hermano Guy suspiró.

—Con esto no hacéis más que debilitaros —dijo el enfermero, tendiéndole una prenda gris en cuyo interior se distinguía una negra y tiesa crin cosida al tejido—. Al menos, podríais humedecer el pelo para suavizarlo.

El anciano se puso la camisa y a continuación el hábito blanco. El enfermero recogió la palangana, nos hizo una reverencia y abandonó la celda. El hermano Jerome y el prior se miraron con idéntica antipatía.

—¿Mortificándoos de nuevo, Jerome?

—Para expiar mis pecados. Pero, a diferencia de otros, no disfruto mortificando al prójimo, hermano prior.

El prior Mortimus le lanzó una mirada asesina y luego se volvió hacia mí y me tendió una llave.

—Cuando terminéis, entregádsela a Bugge —dijo, y salió dando un portazo.

De pronto, me di cuenta de que estábamos encerrados en un espacio reducido con un hombre que nos miraba con los ojos desorbitados por el odio en un rostro pálido y consumido. Busqué a mi alrededor un sitio donde sentarme, pero no había más asiento que la cama, de modo que me quedé de pie apoyado en mi bastón.

—¿Te duele la espalda, jorobado? —me preguntó el cartujo inesperadamente.

—Tengo molestias. Nos hemos dado una buena caminata por la nieve.

—¿Conoces el dicho? Tocar a un enano trae buena suerte, pero tocar a un jorobado sólo causa desgracias. Eres una burla de la forma humana, comisionado. Por partida doble, porque tienes el alma tan deforme y podrida como todos los esbirros de Cromwell.

—¡Por los clavos de Cristo, señor, tenéis una lengua de víbora! —exclamó Mark avanzando hacia él.

Le ordené que se detuviera con un gesto y sostuve la mirada del cartujo.

—¿Por qué me insultáis, Jerome de Londres? Todos dicen que estáis loco. ¿Lo estáis? ¿Alegaríais estarlo si os hiciera enviar a la Torre por vuestra falta de respeto?

—No alegaría nada, jorobado. Me gustaría poder hacer lo que en aquella ocasión no tuve valor de hacer, convertirme en un mártir de la Iglesia de Dios. Reniego del rey Enrique y de su usurpación de la autoridad del Papa. —El anciano soltó una risa amarga—. ¿Sabías que hasta el propio Lutero desautoriza al rey? Dice que nuestro arrogante monarca acabará creyéndose Dios.

Mark lo miraba boquiabierto. Aquellas palabras habrían bastado para hacer ejecutar al cartujo.

—Cómo debe de reconcomeros la vergüenza por haber prestado juramento reconociendo la supremacía del rey... —repliqué sin inmutarme.

El anciano se levantó de la cama con dificultad, ayudándose de la muleta. Luego se la colocó bajo el brazo y empezó a recorrer la celda con paso lento. Cuando volvió a hablar, su voz era tranquila y firme.

—Sí, jorobado. Vergüenza y miedo para mi alma eterna. ¿Sabes a qué familia

pertenezco? ¿Te han informado de eso?

—Sé que estabais emparentado con la reina Juana, que Dios tenga en su gloria.

—Dios no la tiene en su gloria. Está ardiendo en el infierno por casarse con un rey cismático. —El cartujo se volvió y me miró fijamente—. ¿Quieres que te cuente cómo llegué aquí? ¿Quieres que te plantee un caso, señor abogado?

—Sí, adelante. Me sentaré para escucharos —dije tomando asiento en la dura cama.

Mark permaneció de pie con la mano en el pomo de la espada y el hermano Jerome siguió dando vueltas por la celda con paso cansino.

—Dejé el siglo cuando tenía veinte años. Mi difunta prima segunda todavía no había nacido; no llegué a conocerla. Viví en paz más de treinta años en la cartuja de Londres, una casa santa, no como este antro de molicie y corrupción. Era un refugio, un lugar dedicado a Dios en medio de las vanidades de la ciudad.

—Un lugar en el que llevar camisas de crin formaba parte de la regla.

—Sí, para recordarnos en todo momento que la carne es pecadora y vil. Tomás Moro vivió con nosotros cuatro años y ya no abandonó jamás la camisa de crin, ni siquiera cuando le impusieron la toga de lord canciller. Le ayudó a conservar la humildad y a mantenerse firme hasta la muerte, cuando se opuso al matrimonio del rey.

—Y a quemar a todos los herejes que pudo encontrar cuando fue nombrado lord canciller. Pero vos no os mantuvisteis firme, ¿verdad, hermano Jerome?

El cartujo tensó el cuerpo; al ver que se volvía, me preparé para otra andanada de insultos. Sin embargo, su voz se mantuvo serena.

—Cuando el rey exigió a todos los miembros de las instituciones religiosas que le juraran obediencia como cabeza suprema de la Iglesia, los únicos que nos negamos fuimos los cartujos, aunque sabíamos lo que eso significaba —dijo el anciano mirándome a los ojos.

—Sí, todas las casas prestaron juramento, salvo la vuestra.

—Éramos cuarenta, y se nos llevaron uno a uno. El prior Houghton, el primero en negarse a jurar, fue interrogado por Cromwell en persona. ¿Sabías que, cuando el padre Houghton le dijo que san Agustín había puesto la autoridad de la Iglesia por encima de las Escrituras, Cromwell le respondió que la Iglesia le traía sin cuidado y que san Agustín podía decir misa?

—Y tenía razón. La autoridad de las Escrituras está por encima de la de cualquier exégeta.

—¿Y la opinión del hijo de un tabernero está por encima de la de san Agustín? —Jerome soltó una risa amarga—. Como no cedió, nuestro venerable prior fue declarado culpable de traición y ejecutado en Tyburn. Yo estaba allí, y vi cómo el cuchillo del verdugo lo abría en canal cuando aún estaba vivo. Pero ese día no hubo el jolgorio habitual en las ejecuciones; la muchedumbre asistió a su muerte en silencio. —Miré a Mark, que observaba atentamente a Jerome con el rostro

demudado—. Sin embargo, tu señor no fue más clemente con los siguientes hermanos. El vicario Middlemore y los obedienciaros también se negaron a jurar, y también acabaron en Tyburn. Esta vez, la multitud prorrumpió en gritos contra el rey. Cromwell no podía arriesgarse a que la siguiente ejecución provocara una revuelta, de modo que empleó toda clase de presiones para conseguir que los demás pronunciáramos el juramento. Hizo clavar el brazo del prior Houghton, podrido y maloliente, en la entrada del convento, que puso en manos de sus hombres. Nos mataban de hambre, hacían mofa de los oficios, destrozaban nuestros libros, nos insultaban... Se deshacían de los díscolos uno a uno. De la noche a la mañana, alguien desaparecía o era enviado a una casa más sumisa.

El anciano hizo una pausa y apoyó el brazo sano en el pie de la cama.

—He oído esas historias —dije alzando el rostro hacia él—. No son más que cuentos.

El cartujo hizo oídos sordos a mi comentario y siguió paseando.

—La primavera pasada, tras la rebelión del norte, el rey perdió la paciencia con nosotros. A los hermanos que seguíamos en la cartuja nos dijeron que juráramos, si no queríamos que nos encerraran en Newgate y nos dejaran morir de hambre. Quince juraron y condenaron sus almas. Los otros diez acabaron en Newgate, donde los encadenaron a la pared de una celda inmunda y los dejaron sin comer. Algunos aguantaron semanas.

El anciano se interrumpió bruscamente, se tapó la cara con las manos y empezó a llorar en silencio balanceándose sobre los pies.

—He oído esos rumores —murmuró Mark—. Todo el mundo decía que eran falsos...

—Y en caso de que fueran ciertos, hermano Jerome —dije tras ordenar silencio a Mark con un gesto—, vos no podíais ser uno de ellos. Ya estabais aquí.

El cartujo me dio la espalda, se secó el rostro con la manga del hábito y se quedó mirando por la ventana con todo el peso del cuerpo apoyado en la muleta. Fuera, la nieve seguía cayendo con tanta fuerza como si quisiera enterrar al mundo.

—Sí, jorobado, fui uno de los que desaparecieron. Vimos cómo se llevaban a nuestros superiores, y sabíamos su destino, pero, a pesar de las continuas humillaciones, los hermanos nos socorríamos mutuamente. Creíamos que podríamos soportarlo. Yo todavía era un hombre fuerte y con buena salud, y estaba orgulloso de mi firmeza. —El anciano intentó reír, pero sólo consiguió emitir un sonido entrecortado e histérico—. Una mañana, los soldados vinieron a buscarme y me llevaron a la Torre. Fue a mediados de mayo del año pasado; Ana Bolena ya había sido condenada, y estaban construyendo un enorme patíbulo en la explanada. Cuando lo vi, empecé a tener auténtico miedo. En cuanto los guardias me sacaron de la mazmorra, comprendí que el valor podía abandonarme.

»Me llevaron a una gran cámara subterránea y me ataron a un sillón. En un rincón, vi el potro, la mesa de bisagras y las cuerdas. Dos verdugos esperaban la

orden para hacer girar las ruedas. En la cámara había otros dos hombres sentados a un escritorio, frente a mí. Uno era Kingston, el guardián de la Torre. El otro me miraba con odio; era Cromwell, tu señor.

—¿El vicario general en persona? No os creo.

—Déjame repetirte lo que dijo: «Hermano Jerome Wentworth, sois un estorbo. Decidme claramente y sin rodeos, ¿reconoceréis la autoridad del rey?»

»Le respondí que no, pero el corazón me palpitaba como si quisiera escapárseme del pecho. Los ojos de aquel hombre parecían dos ruegos del infierno, a través de los cuales miraba el Diablo. ¿Cómo es posible que hayas estado ante él, comisionado, y no sepas quién es?

—No sigáis por ahí. Acabad vuestra historia.

—Tu señor, el gran y sabio consejero, me indicó el potro con la cabeza. «Ya lo veremos —dijo—. Dentro de unas semanas, Juana Seymour será reina de Inglaterra. El rey no está dispuesto a tolerar que el primo de su esposa se niegue a jurar. Y tampoco quiere que vuestro nombre figure entre los ejecutados por traición. Ambas cosas serían igual de embarazosas, hermano Jerome. Así que tenéis que jurar, u os obligaremos a hacerlo —dijo volviendo a hacer un gesto hacia el potro.

»Repetí que no juraría, aunque con voz temblorosa. Cromwell me observó durante unos instantes y sonrió. "Yo creo que lo haréis —dijo—. Tengo poco tiempo, señor Kingston. Estiradlo."

»Kingston hizo un gesto a los verdugos, que me pusieron en pie y me arrojaron sobre el potro tan violentamente que me quedé sin respiración. Luego, me estiraron los brazos por encima de la cabeza y me ataron las muñecas y los tobillos. —La voz de Jerome se convirtió en un susurro—. Fue todo tan rápido... Ninguno de los dos verdugos dijo una sola palabra.

«Empezaron a mover la rueda, y de pronto oí un crujido y sentí un tirón atroz en los brazos, un dolor como no había sentido jamás. Me aniquiló. —El anciano se interrumpió y se frotó el hombro descoyuntado con la mirada perdida. Absorto en el recuerdo de su sufrimiento, parecía haberse olvidado de nuestra presencia. Junto a mí, Mark se agitó, incómodo—. Estaba gritando. No me di cuenta hasta que oí mis propios alaridos. Luego, dejaron de tirar. Seguía estando aterrado, pero la marea... —murmuró agitando una mano en el aire—, la marea del dolor había retrocedido. Abrí los ojos, y allí estaba Cromwell, mirándome.

»"Jurad, hermano —me dijo—. Tenéis muy poca resistencia, está claro. Esto continuará hasta que juréis. Estos hombres conocen su oficio; no os dejarán morir, pero vuestro cuerpo ya está maltrecho y pronto estará tan destrozado que jamás dejará de doleros. Jurar no es ninguna vergüenza cuando os han obligado a hacerlo por este medio."

—Estáis mintiendo —le dije, pero él hizo caso omiso.

—Grité que soportaría el dolor, como Cristo lo soportó en la cruz. Cromwell se encogió de hombros e hizo un gesto a los verdugos, que esta vez tiraron de las dos

ruedas al mismo tiempo. Sentí que los músculos de las piernas se me desgarraban y, cuando noté que el hueso del muslo se descoyuntaba, grité que pronunciaría el juramento.

—Un juramento hecho bajo tortura carece de valor legal, ¿verdad? —preguntó Mark.

—¡Cállate, por amor de Dios! —le grité.

Jerome se sobresaltó; luego nos miró y sonrió.

—Fue un juramento ante Dios, un juramento en falso, y estoy condenado. ¿Eres buena persona, muchacho? Entonces no deberías estar con este hereje chepudo.

Lo miré fijamente. Su historia me había causado una profunda impresión, pero tenía que recuperar la iniciativa. Me levanté, crucé los brazos y me encaré con él.

—Hermano Jerome, estoy cansado de oír insultos y cuentos. He venido aquí para hablar del atroz asesinato de Robin Singleton. Lo llamasteis perjuro y mentiroso ante testigos. Quiero saber por qué.

La boca del anciano emitió algo parecido a una risa sarcástica.

—¿Tienes idea de lo que es la tortura, hereje?

—¿Tenéis idea de lo que es el asesinato, hermano? Ni una palabra más, Mark Poer... —le advertí a mi ayudante, que acababa de abrir la boca.

—¡Mark!... —murmuró el cartujo sonriendo tétricamente—. Otra vez ese nombre. Sí, tu discípulo se da un aire al otro Mark.

—¿Qué otro Mark? ¿Con qué monserga nos vais a salir ahora?

—¿Quieres que te lo cuente? Has dicho que no quieres oír más cuentos, pero éste te interesará. ¿Puedo volver a sentarme? Empieza a dolerme la pierna.

—No toleraré más infamias ni insultos.

—Ni insultos ni infamias, te lo prometo. Sólo la verdad. —Asentí y el anciano se sentó en la cama ayudándose de la muleta y se rascó el pecho; al sentir el roce de la crin en la piel, se le escapó una mueca—. Veo que lo que te he contado sobre el potro te ha desconcertado, abogado. Pero esto aún te desconcertará más. El otro Mark era un joven apellidado Smeaton. ¿Te suena ese nombre?

—Por supuesto. Era el músico de la corte que confesó haber cometido adulterio con la reina Ana, y fue ejecutado por ello.

—Sí, lo confesó... —dijo Jerome asintiendo—, por la misma razón por la que yo juré.

—¿Cómo podéis saber eso?

—Te lo diré. Después de jurar ante Cromwell en aquella terrible mazmorra, el guardián me dijo que me quedaría en la Torre hasta que me recuperara; mi prima, a la que comunicarían que había jurado, estaba realizando gestiones para que me aceptaran en Scarnsea. Entretanto, Lord Cromwell se había olvidado de mí. Seguramente estaba entretenido guardando mi juramento con el resto de sus papeles.

»Los guardianes me trasladaron a una celda subterránea que estaba en un pasadizo oscuro y húmedo, me dejaron tumbado en un viejo jergón de paja y se

marcharon. Yo no paraba de darle vueltas a lo que había hecho y tenía unos dolores terribles. El olor a humedad de aquel jergón inmundo me revolvió el estómago. No sé cómo, conseguí levantarme y acercarme a la puerta, que tenía un ventanuco enrejado. Pegué la cara a él para que me diera el aire del pasadizo, que era un poco más fresco, y recé pidiendo perdón por lo que acababa de hacer.

»Al cabo de un rato, oí pasos y poco después quejidos y sollozos. Aparecieron unos guardias, que esta vez traían medio a rastras a un joven, más o menos de la edad de tu ayudante, de rostro también muy agraciado, aunque más fino, y cubierto de lágrimas. Llevaba ropa elegante, pero hecha jirones, y sus grandes ojos miraban aterrorizados a todas partes. Cuando pasó junto a mí, me lanzó una mirada suplicante y desapareció, arrastrado por los guardias. Luego, oí que abrían la celda contigua a la mía.

»"Serenaos, señor Smeaton —dijo uno de los guardias—. Pasaréis aquí la noche. Mañana, todo será muy rápido. Sin dolor." El tono era casi afectuoso. —Jerome volvió a reír, dejando al descubierto unos dientes sucios y cariados. Su risa me estremeció. El anciano hizo una mueca y siguió hablando—: La puerta de la celda se cerró de golpe y los pasos se alejaron. Luego oí una voz. "¡Padre! ¡Padre! ¿Sois sacerdote?" "Soy un monje cartujo —respondí—. ¿Vos sois el músico al que han acusado de yacer con la reina?" "¡Yo no he hecho nada, hermano! —aseguró el joven entre sollozos—. ¡Me acusan de yacer con ella, pero yo no he hecho nada!" "Dicen que habéis confesado", le respondí. "Me llevaron a casa de lord Cromwell, hermano. ¡Dijeron que me atarían una soga al cuello y, si no confesaba, la apretarían hasta que los ojos se me saltaran de las órbitas!"—Su voz era histérica, casi un chillido—. "Lord Cromwell les dijo que, en lugar de eso, me aplicaran el potro, para no dejar marcas. Padre, aunque tengo dolores por todo el cuerpo, quiero vivir. ¡Mañana me matarán!" Después perdió el control y rompió a llorar. —Jerome guardó silencio y se quedó inmóvil, con la mirada perdida—. La pierna y el hombro me dolían cada vez más, pero no tenía fuerzas para moverme. Pasé el brazo sano entre los barrotes para sujetarme y, semiinconsciente, me apoyé en la puerta, mientras seguía oyendo los sollozos de Smeaton. Al cabo de unos instantes, se calmó y volvió a hablarme: "Hermano —dijo con voz temblorosa—, firmé una confesión falsa..., que sirvió para condenar a la reina. ¿Iré al infierno?"

»"Si os la arrancaron mediante tortura, Dios no os condenará por eso. Una confesión falsa no es como un juramento ante Dios", añadí amargamente. "Hermano, temo por mi alma. He pecado con mujeres..." "Si os arrepentís sinceramente, el Señor os perdonará." "Es que no me arrepiento, hermano", respondió él, y rompió a reír histéricamente. "Siempre lo hice con placer. No quiero morir y no conocer el placer nunca más." "Debéis poner en orden vuestra alma", lo urgí. "Debéis arrepentiros sinceramente, u os condenaréis en el fuego eterno." "Aunque me arrepienta, iré al purgatorio", respondió Smeaton, y volvió a echarse a llorar. Me daba vueltas la cabeza y estaba demasiado débil para seguir hablando, de modo que me

arrastré hasta el maloliente jergón. No sabía si era de noche o de día, pues allí abajo no había más luz que la de las antorchas del pasadizo. Me quedé dormido. Me desperté dos veces, cuando los guardias trajeron sendas visitas a la celda de Smeaton. —Los ojos de Jerome se alzaron y se encontraron con los míos; luego, volvieron a bajarse—. En ambas ocasiones, lo oí llorar de un modo desgarrador. Más tarde, me desperté, vi pasar a los guardias con un sacerdote y oí murmullos en la celda de al lado durante largo rato, pero no podría decir si al final Smeaton hizo una confesión en regla y salvó su alma. Volví a dormirme y, cuando el dolor me despertó, todo estaba en silencio. Allí abajo no hay ventanas, pero de algún modo supe que era de día y que Smeaton ya había muerto. —Los ojos del cartujo volvieron a posarse en mí—. Ahora ya sabes que tu señor torturó a un inocente para arrancarle una confesión falsa y lo hizo ejecutar. Es un hombre sanguinario.

—¿Le habéis contado esta historia a alguien más? —le pregunté.

—No. No he tenido... necesidad —respondió el anciano con una extraña e inquietante sonrisa.

—¿Qué queréis decir?

—No importa.

—Desde luego que no importa, porque todo eso es una sarta de mentiras. —El anciano se limitó a encogerse de hombros—. Muy bien. Volvamos a Robin Singleton. ¿Por qué lo llamasteis perjuro y traidor?

—Porque lo era —respondió el cartujo con la misma sonrisa extraña y salvaje—. Era un instrumento de ese monstruo de Cromwell, como tú. Todos sois unos perjuros y traicionáis la obediencia que debéis al Papa.

Respiré hondo.

—Jerome de Londres, sólo sé de un hombre que podía odiar al comisionado, o más bien lo que representaba, hasta el punto de idear un insensato plan para asesinarlo, y ese hombre sois vos. Vuestra invalidez os impedía cometer el asesinato personalmente, pero sois capaz de engañar a cualquiera para que lo hiciese por vos. Os desafío a negar que sois el responsable de esa muerte.

El cartujo cogió la muleta y volvió a ponerse en pie con una mueca de dolor. Se llevó la mano derecha al corazón; le temblaba ligeramente. Me miró a los ojos sin dejar de esbozar su enigmática y estremecedora sonrisa.

—El comisionado Singleton era un hereje y un hombre despiadado, y me alegro de su muerte y de la ira que ésta haya causado a Cromwell. Pero juro por la salvación de mi alma, ante Dios y por voluntad propia, que no tomé parte en el asesinato de Robin Singleton, y también que no sé de ningún hombre en esta casa de cobardes e idiotas con suficientes redaños para hacerlo. Bueno, ya he respondido a tu acusación. Y ahora, estoy cansado y quiero dormir —dijo el cartujo sentándose de nuevo en la cama y tendiéndose en ella.

—Muy bien, Jerome de Londres. Pero volveremos a hablar.

Indiqué a Mark que saliera y yo abandoné la celda tras él. Una vez fuera, cerré la

puerta con llave y avancé por el pasillo, observado por los monjes, que habían vuelto de la iglesia y tenían abiertas las puertas de las habitaciones. Cuando nos acercábamos a la puerta del claustro, ésta se abrió de golpe, y el hermano Athelstan entró como una exhalación con el hábito cubierto de nieve. Al verme, se detuvo en seco.

—Hombre, hermano... Ya sé por qué os trata tan mal el hermano Edwig. Habéis dejado su despacho sin vigilancia.

—Sí, señor —respondió el monje, que no paraba de balancearse sobre los pies; su enmarañada barba dejaba caer gotas de nieve derretida sobre la estera.

—Esa información me habría sido más útil que vuestros cuentos sobre lo que se murmura en la sala capitular. ¿Qué ocurrió?

Athelstan me miró asustado.

—No creí que fuera importante, señor comisionado. Fui a la contaduría a trabajar y encontré al comisionado Singleton examinando un libro en el despacho del hermano Edwig. Le rogué que no se lo llevara, o que al menos me dejara registrar la salida, porque sabía que el hermano Edwig se enojaría conmigo. Cuando el hermano volvió y le conté lo ocurrido, me dijo que no debería haber perdido de vista al comisionado Singleton.

—Así que estaba furioso...

—Mucho, señor —respondió el monje agachando la cabeza.

—¿Sabíais qué contenía el libro?

—No, señor. Yo sólo manejo los libros de contabilidad. No sé nada sobre los que el hermano Edwig tiene arriba, en su despacho.

—¿Por qué no me habéis comentado esto?

—Tenía miedo, señor —respondió el monje sin dejar de balancearse sobre los pies—. Porque, si le preguntabais por el libro, el hermano Edwig sabría que yo había hablado. Es un hombre duro, señor.

—Y vos un estúpido. Permitidme que os dé un consejo, hermano. Un buen informador debe estar dispuesto a dar información, a pesar del riesgo. De lo contrario, desconfiarán de él. Ahora desapareced de mi vista.

El hermano Athelstan echó a correr por el pasillo y nosotros nos arrebujaamos en nuestras capas y nos enfrentamos al temporal.

—¡Por los clavos de Cristo, en mi vida había visto nevar de este modo! —exclamé contemplando el patio cubierto de nieve—. Quería que me acompañaras al estanque, pero con este tiempo no hay nada que hacer. En fin, volvamos a la habitación.

Mientras caminábamos hacia la enfermería, advertí que Mark estaba pensativo y preocupado. Encontramos a Alice en la cocina preparando una infusión.

—Estáis muertos de frío, señores. ¿Puedo ofreceros un poco de vino caliente?

—Gracias, Alice —le dije—. Cuanto más caliente mejor.

Una vez en la habitación, Mark cogió una almohada y se acomodó ante el fuego,

mientras que yo me senté en la cama.

—Jerome sabe algo —murmuré—. No está implicado en el asesinato; de lo contrario, no habría jurado. Pero sabe algo. Lo he leído en su sonrisa.

—La tortura lo trastornó de tal modo que dudo que sepa lo que dice.

—No, la rabia y la vergüenza lo consumen, pero no ha perdido la cabeza.

—Entonces, ¿es cierto lo que ha dicho sobre Mark Smeaton, que Lord Cromwell lo torturó hasta arrancarle una confesión falsa? —preguntó Mark con los ojos clavados en el fuego.

—No —respondí mordiéndome el labio—. No lo creo.

—Os gustaría no creerlo —murmuró Mark.

—¡No! Y tampoco creo que lord Cromwell estuviera presente mientras torturaban a Jerome. Es mentira. Vi a Su Señoría en los días previos a la ejecución de Ana Bolena. Estaba constantemente con el rey; no le quedaba tiempo para ir a la Torre. Y no se habría comportado así; jamás. Se lo ha inventado Jerome —aseguré.

De pronto, advertí que tenía los puños apretados. Mark me miró.

—Señor, ¿no os ha parecido evidente por su actitud que todo lo que ha dicho era verdad?

Dudé. Ciertamente, el cartujo se había expresado con una vehemencia que parecía abonar la sinceridad de sus palabras. Desde luego, lo habían torturado; eso saltaba a la vista. Pero que lord Cromwell en persona lo hubiera obligado a jurar en falso era harina de otro costal. Yo no podía creer algo así de mi señor, como no podía aceptar que estuviera implicado en la tortura de Mark Smeaton. En la presunta tortura, me dije a mí mismo pasándome la mano por el cabello.

—Hay hombres con una habilidad especial para hacer que las mentiras parezcan verdades. Recuerdo que en cierta ocasión llevé la acusación contra un individuo que aseguraba ser orfebre; engañó al gremio...

—Eso es completamente distinto, señor.

—No puedo creer que lord Cromwell falseara las pruebas contra Ana Bolena. Olvidas que hace años que lo conozco, Mark. Para empezar, ascendió al poder porque la difunta reina simpatizaba con los reformistas. Fue su protectora. ¿Por qué iba a colaborar lord Cromwell en su muerte?

—Porque el rey la deseaba y lord Cromwell haría cualquier cosa para conservar su posición... Eso es al menos lo que se dice en Desamortización.

—No —repetí con firmeza—. Es duro, y debe serlo, con los enemigos a los que se enfrenta, pero ningún cristiano podría hacerle algo así a un hombre inocente, y, créeme, lord Cromwell es cristiano. Olvidas que hace mucho tiempo que lo conozco. De no ser por él, no habría habido Reforma. Ese maldito monje nos ha contado un cuento sedicioso, un cuento que te conviene no repetir fuera de esta habitación.

Mark me miró con dureza. Por primera vez desde que lo conocía, su mirada hizo que me sintiera incómodo. En ese momento, Alice entró en la habitación con dos humeantes tazas de vino. Me tendió una sonriendo y a continuación cambió con Mark

una mirada que parecía preñada de significados. Sentí una punzada de celos.

—Gracias, Alice —le dije—. Era lo que necesitábamos. Hemos estado hablando con el hermano Jerome y nos vendrá bien algo que nos reconforte.

—Claro —murmuró la muchacha, que no parecía muy interesada—. Sólo lo he visto unas cuantas veces deambulando por ahí con su muleta. Todo el mundo dice que está loco —añadió; luego, me hizo una reverencia y se marchó.

Me volví hacia Mark, que tenía los ojos clavados en el fuego.

—Tengo algo que deciros, señor —murmuró tras una vacilación.

—¿Sí? Adelante.

—Cuando regresemos a Londres, si es que salimos de aquí algún día, no quiero volver a Desamortización. Ya lo he decidido. No lo soporto.

—¿Qué es lo que no soportas? ¿Qué quieres decir?

—La corrupción, la codicia. Continuamente nos importuna gente que quiere saber qué monasterios serán los siguientes en caer. Mandan cartas, se plantan en la puerta diciendo que conocen a lord Rich, prometen que si obtienen tierras se convertirán en los más leales servidores de Rich o Cromwell...

—Lord Cromwell, Mark.

—Y los altos funcionarios sólo hablan del próximo cortesano que podría perder la cabeza y de quién ocupará su puesto. Odio ese ambiente de intrigas, señor.

—¿A qué viene ahora eso? ¿Es por lo que ha dicho Jerome? ¿Temes acabar como Mark Smeaton?

—No, señor —dijo Mark volviéndose y mirándome a la cara—. No es la primera vez que intento deciros cómo me siento en Desamortización.

—Escúchame, Mark. Algunas de las cosas que están pasando me gustan tan poco como a ti. Pero todo tiene el mismo fin. Nuestro objetivo es construir un reino nuevo y más puro —dije levantándome y abriendo los brazos—. Las tierras de los monasterios, por ejemplo. Ya has visto cómo es este lugar y los monjes que viven en él: gordinflones que practican todas las herejías inventadas por el Papa, que viven a costa de la ciudad y se prosternan y babean delante de sus imágenes, mientras esperan la menor oportunidad para satisfacer sus bajos instintos con sus hermanos, con Alice... o contigo. Todo eso se va a acabar. Porque es una vergüenza.

—Algunos no son malas personas. El hermano Guy...

—La institución monacal está podrida. Es cierto que si lord Cromwell logra poner estas tierras a disposición del rey, algunas acabarán en manos de sus partidarios... Esa es la naturaleza del patronazgo, así es como funciona la sociedad, es inevitable. Pero se trata de una suma fabulosa, que dará al rey la posibilidad de ser independiente del Parlamento... Te subleva la situación de los pobres, ¿verdad?

—Sí, señor. Es un escándalo. Gente como Alice arrojada de sus tierras en todas partes, criados sin señor mendigando por las calles...

—Sí. Es un escándalo. El año pasado, lord Cromwell presentó en el Parlamento una ley que favorecía a los pobres. Proponía fundar casas de beneficencia para los

que no tienen trabajo y la construcción de caminos y canales. Pero fue rechazada, porque la nobleza no quería pagar un impuesto especial para financiar la ley. Sin embargo, con la riqueza de los monasterios en las arcas del rey, lord Cromwell no necesitará al Parlamento. Podrá construir escuelas y proveer de biblias inglesas a todas las iglesias. Imagínatelo: trabajo para todos, todo el mundo leyendo la palabra de Dios. ¡Y para eso el Tribunal de Desamortización es vital!

Mark sonrió con tristeza.

—¿Vos no pensáis, como el juez Copynger, que los únicos a los que debería estar permitido leer la Biblia son los cabezas de familia? Tengo entendido que lord Rich opina lo mismo. Mi padre no es cabeza de familia, de modo que no podría leerla. Y yo tampoco.

—Un día lo serás. Pero no, no pienso como Copynger. En cuanto a Rich, es un granuja. De momento, Cromwell lo necesita, pero no permitirá que siga subiendo. Las cosas se enderezarán.

—¿Estáis seguro, señor?

—Sí, lo estoy. Debes pensar, Mark, debes rezar. No podemos... no podemos dudar; ahora menos que nunca. Hay demasiado en juego.

Mark se volvió hacia la lumbre.

—Siento haberos preocupado, señor.

—Entonces confía en mí.

Me dolía la espalda. Guardamos silencio, mientras fuera caía la noche y la oscuridad invadía la habitación. No era un silencio agradable. Estaba contento de haber hablado con Mark con tanta firmeza y convencido de lo que le había dicho sobre el futuro que creía estar ayudando a construir. Sin embargo, mientras permanecía sentado en la oscuridad, volvieron a mi mente las palabras y el rostro de Jerome, y mi instinto de abogado me dijo que el cartujo no había mentido. Pero, si todo lo que había dicho era cierto, la Reforma se estaba construyendo sobre un edificio de mentiras y monstruosa brutalidad. Y yo formaba parte de todo ello. Horrorizado, me tumbé en la cama. Al cabo de unos instantes, una idea acudió a tranquilizarme. Si Jerome estaba loco, puede que hubiera acabado creyendo sinceramente algo que sólo era una fantasía de su mente enferma. No habría sido el primer caso con el que topaba. Me dije que la respuesta tenía que ser ésa y que, en consecuencia, debía dejar de torturarme. Necesitaba descansar para tener la cabeza despejada al día siguiente. Así es como acallan sus dudas los hombres con conciencia.

Capítulo 17

DE PRONTO VI A MARK, que me sacudía por los hombros; debía de haberme quedado dormido sin darme cuenta.

—Señor, el hermano Guy está aquí.

Al ver al enfermero de pie junto a la cama, me levanté a toda prisa.

—El abad me envía a deciros que tiene las escrituras de compraventa que le pedisteis y unas cartas que desea mandar. Llegará de un momento a otro, comisionado.

—Gracias, hermano.

El enfermero me miró indeciso pasando sus largos y oscuros dedos por el cordón que le ceñía el hábito a la cintura.

—Dentro de un momento, iré al oficio nocturno por Simon Whelplay. Comisionado, creo que debería explicarle al abad lo del envenenamiento.

—Todavía no —respondí negando con la cabeza—. Su asesino ignora que sabemos que el muchacho murió envenenado, y eso podría darme una ventaja.

—¿Y cómo explico su muerte? El abad me preguntará.

—Respondedle que no estáis seguro.

El hermano Guy se pasó una mano por la tonsura. Cuando volvió a hablar, lo hizo con la voz alterada:

—Pero, señor, saber cómo murió guiaría las oraciones de la comunidad. Deberíamos pedir a Dios que reciba el alma de un hombre asesinado, no la de un enfermo. Murió sin confesar ni comulgar; eso basta para que su alma esté en peligro.

—Dios lo ve todo. El muchacho irá al cielo sólo si es Su voluntad.

El enfermero parecía dispuesto a seguir discutiendo, pero en ese momento entró el abad. Su viejo criado lo seguía, cargado con un gran cartapacio de cuero. El abad Fabián nos miró con ojos cansados. Parecía más viejo y abatido. El hermano Guy se inclinó ante su superior y abandonó la habitación.

—Comisionado, os traigo las escrituras de las cuatro ventas de tierras del último año y un fajo de correspondencia comercial, junto con algunas cartas personales de los monjes. Queríais examinar la correspondencia antes de que saliera...

—Gracias. Dejad el cartapacio sobre la mesa.

El abad dudó un instante y se frotó las manos con nerviosismo.

—¿Puedo preguntaros cómo os ha ido en la ciudad? ¿Habéis hecho progresos? Los contrabandistas...

—He hecho alguno, sí. Las líneas de investigación parecen multiplicarse, señor abad. Esta tarde, también he hablado con Jerome.

—Espero que no os haya...

—Sí, ha vuelto a insultarme, naturalmente. Creo que, por el momento, debería permanecer en su celda.

El abad carraspeó.

—He recibido una carta —dijo tras una vacilación—. La he puesto con las otras; es de un viejo conocido mío, un monje de Bisham que tiene amigos en el priorato de Lewes. Le han dicho que están negociando los términos de la cesión con el vicario general.

—Los monjes de Inglaterra tienen sus propias redes de comunicación —respondí sonriendo con ironía—. Siempre ha sido así. En fin, señor abad, al parecer Scarnsea no es la única casa problemática que a lord Cromwell le gustaría ver cerrada.

—Ésta no es una casa problemática, señor comisionado —repuso el abad con un temblor en su profunda voz—. ¡Las cosas iban bien hasta que llegó el comisionado Singleton! —Le lancé una mirada severa. El abad se mordió el labio y tragó saliva, y comprendí que tenía ante mí a un hombre asustado, al borde de un ataque de nervios. Su humillación y su desconcierto al ver que su mundo se agitaba y temblaba a su alrededor eran evidentes—. Lo siento, doctor Shardlake, perdonadme —murmuró alzando una mano—. Es un momento difícil.

—Aun así, deberíais medir vuestras palabras, señor abad.

—Vuelvo a pedir disculpas.

—Está bien.

—El doctor Goodhops lo tiene todo dispuesto para partir mañana, señor, después del funeral del comisionado Singleton —dijo el abad, más calmado—. El oficio nocturno empezará dentro de una hora, y a continuación celebraremos la vigilia. ¿Asistiréis?

—¿Se celebrará una sola vigilia para los dos difuntos?

—No, habrá dos, puesto que uno era religioso y el otro seglar. Los hermanos se repartirán entre ambas.

—¿Y velarán los cuerpos durante toda la noche, con cirios bendecidos para mantener alejados a los malos espíritus?

—Ésa es la tradición —respondió el abad tras una vacilación.

—Una tradición condenada por los Diez Artículos de Religión promulgados por el rey. En los responsos, los cirios sólo están permitidos como símbolos de la gracia de Dios. Al comisionado Singleton no le habría hecho ninguna gracia que se atribuyeran poderes sobrenaturales a los cirios utilizados en su funeral.

—Recordaré la disposición a los hermanos.

—En cuanto a los rumores sobre Lewes... Guardáoslos para vos —le sugerí, y di por concluida la conversación con un movimiento de cabeza.

El abad Fabián abandonó la habitación. Mientras salía, lo seguí con la mirada, pensativo.

—Creo que al fin tengo el control de la situación —le dije a Mark—. ¡Por las

llagas de Cristo, qué cansado estoy!

—El abad me da un poco de lástima —murmuró Mark.

—¿Crees que he sido demasiado duro? Acuérdate de los aires que se daba cuando llegamos. Necesito imponer mi autoridad; puede que no sea agradable, pero sí necesario.

—¿Cuándo le diréis cómo murió el novicio?

—Mañana quiero echarle un vistazo al estanque; luego, decidiré qué conviene hacer a continuación. También deberíamos buscar en las capillas de la iglesia. Bueno, por el momento iremos a examinar las cartas y las escrituras. Luego asistiremos a la vigilia por el pobre Singleton.

—Nunca he asistido a un oficio nocturno.

Abrí el cartapacio y volqué las cartas y los pergaminos sobre la mesa.

—Debemos mostrar respeto, pero no pienso pasarme la noche oyendo memeces sobre el purgatorio. Ya verás, es una ceremonia curiosa.



En las cartas no había nada que censurar. Las comerciales eran triviales; trataban asuntos relacionados con la compra de lúpulo para la destilería y otros parecidos. El puñado de cartas personales de los monjes a sus familiares mencionaban la muerte del novicio, pero la atribuían a unas fiebres palúdicas agravadas por la crudeza del tiempo, la misma causa que señalaba el abad en su ceremoniosa y meliflua misiva a los padres del muchacho. Al pensar en la muerte de Simon, volví a sentir una punzada de culpa.

A continuación, examinamos los títulos de compraventa. Los precios eran los que cabía esperar tratándose de tierras de labranza; no había evidencias de que se hubieran enajenado propiedades por debajo de su valor con el fin de obtener favores políticos. Tendría que consultar con Copynger, pero una vez más tuve la sensación de que se había obrado con exquisita prudencia para garantizar que los asuntos del monasterio estuvieran en orden, al menos aparentemente. Acaricié el sello rojo estampado que había al pie de una de las escrituras, en la que se veía la imagen de san Donato resucitando a un cadáver.

—El abad debe poner personalmente el sello en todos los títulos —murmuré.

—Si lo hiciera cualquier otra persona, sería culpable de falsificación —observó Mark.

—¿Recuerdas que el día que llegamos vimos el sello sobre su escritorio? Estaría más seguro guardado bajo llave, pero supongo que le gusta exhibirlo como símbolo de su autoridad. «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» —cité abriendo los brazos—. Creo que hoy no cenaré en el refectorio; estoy demasiado cansado. ¿Por qué no le pides algo de comer al enfermero? ¿Podrías traerme un poco de pan y queso?

—Iré a ver.

Mark abandonó la habitación y yo permanecí sentado, cavilando. Desde nuestra discusión en la casa de postas, la voz de Mark delataba cierto distanciamiento, cierta reserva hacia mí. Tarde o temprano, debería volver a sacar el tema de su futuro. Me sentía obligado a impedir que arrojara su carrera por la borda, obligado no sólo con Mark, sino también con su padre y con el mío.



Pasados unos diez minutos, empecé a impacientarme. Tenía más hambre de lo que pensaba. Me levanté y fui en busca de Mark. Vi luz en la cocina, que tenía la puerta entreabierta, y oí un sonido débil: el llanto de una mujer.

Al empujar la hoja, vi a Alice, sentada a la mesa con la cabeza entre las manos. Tenía el rostro oculto tras la espesa y desordenada melena castaña. Sus débiles sollozos producían un sonido de una tristeza lacerante. Me oyó y alzó los ojos. Tenía la cara roja y húmeda, y la enérgica regularidad de sus facciones se había desvanecido. Se secó los ojos con la manga e hizo ademán de levantarse, pero le indiqué que permaneciera sentada.

—No, Alice, no te levantes. Por favor, dime qué te pasa.

—No es nada, señor —respondió la chica, y carraspeó para disimular el temblor de su voz.

—¿Ha hecho alguien algo que te ha molestado? ¿Ha sido el hermano Edwig?

—No, señor —contestó Alice mirándome con extrañeza—. ¿Por qué iba a ser él?

Le conté mi conversación con el tesorero y que éste había adivinado quién era mi fuente de información.

—Pero no temas, Alice. Le advertí que estás bajo mi protección.

—No es eso, señor. Es que... —murmuró la muchacha bajando la cabeza—. Me siento sola, señor. No tengo a nadie en este mundo. No podéis imaginaros lo que es eso.

—Creo que puedo entenderlo. Hace años que no veo a mi familia. Viven lejos de Londres. En mi casa, sólo tengo conmigo al señor Poer. Ya sé que gozo de una posición privilegiada en el mundo, pero a veces también me siento solo. Sí, solo —repetí sonriéndole con tristeza—. Pero... ¿no tienes ningún pariente, ni amigos a los que visitar en Scarnsea?

Alice frunció el semblante.

—Mi madre era la única familia que me quedaba —respondió, jugando con un hilo suelto de la manga—. Los Fewterer no éramos muy queridos en la ciudad; las curanderas siempre han vivido un poco aparte —añadió con voz amarga—. La gente acude a mujeres como mi madre y mi abuela para que remedien sus males, pero a nadie le gusta sentirse obligado hacia ellas. Siendo joven, el juez Copynger fue a ver a mi abuela porque tenía unos retortijones de tripas que no se le iban. Ella lo curó, pero después él ni la saludaba cuando se encontraban por la calle. Y tampoco se privó

de echarnos de casa cuando murió mi madre. Tuve que vender todos los enseres y los muebles con los que había crecido, porque no tenía donde guardarlos.

—Lo siento. Habría que poner fin a esos robos de tierras.

—Por eso nunca voy a Scarnsea. Los días de descanso me quedo aquí, leyendo los libros del hermano Guy, con su ayuda.

—Entonces sí tienes un amigo.

La muchacha asintió.

—Sí, es un buen hombre.

—Dime, Alice, ¿has oído hablar de la joven que trabajaba aquí antes que tú, una tal Orphan?

—He oído que robó unas copas de oro y huyó. No puedo culparla.

Decidí no mencionar los temores de la señora Stumpe; no quería preocupar más a Alice. Sentía un apremiante deseo de levantarme y estrecharla contra mi pecho para aliviar el dolor que la soledad nos causaba a ambos, pero conseguí dominarlo.

—Tú también podrías marcharte —le sugerí tímidamente—. Ya lo hiciste una vez, cuando fuiste a trabajar con el boticario de... ¿Esher, verdad?

—Me iría si pudiera, sobre todo después de lo que ha ocurrido en los últimos diez días. Aquí no hay más que hombres viejos y grises que celebran ceremonias en las que no hay ni amor ni calidez... Y sigo preguntándome a qué se refería el pobre Simon con lo de avisarme.

—Sí, yo también —dije inclinándome hacia ella—. Tal vez pueda hacer algo para ayudarte. Tengo contactos en la ciudad, y en Londres también. —Alice me miró con curiosidad—. Comprendo tu situación, créeme, y me gustaría ayudarte. No pretendo... —balbuceé notando que me sonrojaba—. No pretendo que te sientas... obligada hacia mí; pero, si estás dispuesta a aceptar la ayuda de un viejo feo y jorobado como yo, te la prestaría encantado.

La mirada de curiosidad de Alice se acentuó.

—¿Por qué decís que sois viejo y feo, señor? —me preguntó frunciendo el entrecejo.

Me encogí de hombros.

—Ya no me falta mucho para cumplir los cuarenta, Alice, y siempre me han dicho que soy feo.

—Pues os han mentado, señor —aseguró la chica con viveza—. Casualmente, el hermano Guy comentó ayer mismo que en vuestras facciones había una extraña mezcla de distinción y tristeza.

Arqueé las cejas.

—Espero que el hermano Guy no tenga las mismas inclinaciones que Gabriel —bromeé.

—No, no las tiene —contestó Alice con sorprendente seguridad—. Y vos no deberíais menospreciaros de ese modo, señor. Bastante sufrimiento hay ya en el mundo.

—Lo siento —murmuré, y solté una risa nerviosa.

Sus palabras me habían llenado de vergüenza y placer. Alice seguía mirándome con tristeza, y no pude evitar extender una mano para tocar la suya. Pero, de pronto, las campanas rompieron el silencio de la noche y su estruendo nos sobresaltó a ambos.

Dejé caer la mano, y los dos reímos nerviosamente. En ese momento, se abrió la puerta y Mark entró en la cocina. Alice se levantó de inmediato y se acercó al aparador; supuse que no quería que Mark la viera con el rostro manchado de lágrimas.

—Siento haber tardado tanto, señor —dijo mi ayudante dirigiéndose a mí, pero con los ojos clavados en Alice—. He ido al excusado y luego me he entretenido un momento en la enfermería. El hermano Guy está atendiendo al monje anciano, que se encuentra muy enfermo.

—¿El hermano Francis? —preguntó Alice volviéndose de inmediato—. Entonces, os ruego me disculpéis, señores, debo ir a su lado —dijo saliendo a toda prisa y alejándose por el pasillo.

—¿Ha llorado, señor? —me preguntó Mark con la preocupación pintada en el rostro—. ¿Qué tiene?

Suspiré.

—Soledad, Mark, sólo soledad. Ahora, vamos. Esas campanas del demonio están tocando a vigilia.



Al pasar por la enfermería, vimos a Alice y al hermano Guy inclinados sobre la cama del anciano. El hermano Andrew, el monje ciego, estaba sentado en su sillón y movía la cabeza a derecha e izquierda para captar los ruidos de los movimientos del enfermero y su ayudanta.

Al ver que nos acercábamos, el hermano Guy alzó la cabeza.

—Está agonizando —dijo en voz baja—. Me temo que voy a perder a otro.

—Le ha llegado la hora. —Al oír la voz del ciego, los cuatro nos volvimos sorprendidos—. Pobre Francis... Durante casi cien años, ha visto el mundo avanzando hacia su fin. Ha asistido a la llegada del Anticristo, tal como estaba anunciado. Lutero, y su agente, Cromwell.

Comprendí que el hermano Andrew no tenía la menor idea de que yo estaba allí. El enfermero dio un paso hacia él, pero lo contuve agarrándolo de la manga.

—No, hermano, oigamos lo que tiene que decir.

—¿Quién sois, una visita? —preguntó el monje ciego volviendo sus lechosos ojos hacia mí—. ¿Conocíais al hermano Francis, señor?

—No, hermano. Soy... sí, una visita.

—Cuando profesó, aún era la época de las guerras entre los Lancaster y los York.

¿Os lo imagináis? Dice que por aquel entonces había en Scarnsea un hermano muy viejo, tan viejo como él ahora, que había conocido a los monjes que vivían aquí en tiempos de la Gran Peste. —El hermano Andrew esbozó una sonrisa soñadora—. Debió de ser una época gloriosa. Más de cien hermanos en el monasterio, un clamor de jóvenes ansiosos por tomar el hábito... Aquel anciano le dijo al hermano Francis que la epidemia había acabado con la mitad de los monjes en tan sólo una semana. Los supervivientes dividieron el refectorio, porque no soportaban ver las mesas vacías. El mundo entero recibió un golpe terrible y dio un paso más hacia su final. —El ciego movió la cabeza—. Y ahora que se aproxima, todo es corrupción y vanidad. Cristo no tardará en venir para juzgarnos a todos.

—Silencio, hermano —murmuró el hermano Guy, asustado—. Silencio.

Miré a Alice; la muchacha bajó los ojos. Observé al monje anciano, que yacía inconsciente, con una expresión plácida en su arrugado rostro.

—Venga, Mark —dije bajando la voz—. Vámonos.



Nos abrigamos y salimos. La noche era gélida pero serena, y la luna hacía brillar la nieve mientras caminábamos hacia la iglesia, cuyos vitrales coloreaban el tenue resplandor de las velas.

Por la noche, la iglesia tenía un aspecto totalmente distinto. Parecía una enorme y resonante caverna, cuyo techo permanecía oculto en la oscuridad. Las velas encendidas ante las hornacinas de las paredes titilaban en la penumbra, y había dos grandes oasis de claridad, uno en el coro, tras el cancel, y el otro en una capilla lateral, hacia la que conduje a Mark, dando por sentado que Singleton ocuparía el lugar menos lucido.

El féretro, abierto y colocado sobre una mesa, estaba rodeado por nueve o diez monjes que sostenían grandes cirios. Las negras y encapuchadas siluetas permanecían envueltas en sombras, pero la luz de las velas iluminaba sus rostros desde abajo. Al acercarnos, reconocí al hermano Athelstan, que se apresuró a agachar la cabeza, y a los hermanos Jude y Hugh, que se apartaron para dejarnos sitio.

Los monjes habían colocado la cabeza de Singleton en su sitio, pegada al cuello; debajo le habían puesto un trozo de madera para inmovilizarla y le habían cerrado los ojos y la boca; de no ser por la línea roja que rodeaba el cuello, cualquiera que ignorara la verdad habría pensado que había fallecido de muerte natural. Bajé la cabeza, pero tuve que alzarla rápidamente, pues percibí el hedor que ascendía del cuerpo y se mezclaba con el olor a transpiración de los monjes. Singleton llevaba muerto una semana, y fuera del panteón se descomponía rápidamente. Incliné la cabeza ante los monjes y retrocedí unos pasos.

—Me voy a la cama —le dije a Mark—. Quédate tú si quieres.

Él negó con la cabeza.

—Os acompaño. Esto es demasiado lúgubre.

—Voy a presentar mis respetos a Simon Whelplay, aunque como seglares dudo que seamos bien recibidos.

Mark asintió y me siguió hacia el coro. Por detrás del cancel nos llegó el sonido de un canto en latín. Era el salmo noventa y cuatro.

«¡Dios de las venganzas, Yavé; Dios de las venganzas, muéstrate!»



Aunque estaba exhausto, volví a dormir mal. Me dolía la espalda, y me pasé la noche dando vueltas entre breves cabezadas. Mark también estaba inquieto, y gruñía y murmuraba en sueños. Cuando el cielo empezaba a clarear, me quedé profundamente dormido, pero al cabo de una hora me despertó Mark. Él ya estaba levantado y vestido.

—¡Dios santo! —gruñí—. ¿Ya es de día?

—Sí, señor —respondió Mark de mala gana.

Al levantarme, una punzada de dolor me atravesó la joroba. No podía seguir así.

—¿Qué, hoy no has oído nada? —le pregunté. Me había propuesto dejarlo tranquilo, pero ver que mis palabras le traían sin cuidado me sacaba de quicio.

—La verdad es que hace unos minutos me ha parecido oír un ruido —respondió Mark con frialdad.

—He estado pensando en lo que dijo Jerome. Ya sabes que no está bien de la cabeza. Es posible que se crea realmente las historias que nos contó y que eso las haga parecer... verosímiles. Mark me miró a los ojos.

—Yo no estoy tan seguro de que esté loco, señor. Puede que sólo tenga un gran dolor espiritual.

Esperaba que Mark aceptara mi explicación; necesitaba recuperar su confianza.

—Bueno, en cualquier caso, lo que dijo no tiene ninguna relación con el asesinato de Singleton —respondí con viveza—. Incluso podría tratarse de una cortina de humo para ocultar lo que sabe. Vamos, no hay tiempo que perder.

—Sí, señor.

Mark fue a desayunar mientras yo me afeitaba y me vestía. Al acercarme a la cocina, lo oí hablar con Alice.

—No debería hacerte trabajar tanto —estaba diciendo Mark.

—Así fortalezco los músculos —contestó Alice con una ligereza de tono que no le había oído hasta entonces—. Un día tendré unos brazos tan gruesos y fuertes como los tuyos.

—Eso no sería apropiado para una dama.

Sentí una punzada de celos, pero tosí y entré. Sentado a la mesa, Mark miraba sonriente a Alice, que estaba colocando en fila unas urnas de piedra. Parecían realmente pesadas.

—Buenos días. Mark, ¿podrías llevar estas cartas a casa del abad? Dile que de momento me quedará con las escrituras.

—Por supuesto.

Mark me dejó solo con Alice, que me puso pan y queso sobre la mesa. Parecía más animada que la noche anterior y se limitó a preguntarme si había dormido bien, sin hacer ninguna alusión a nuestra última charla. La formalidad de la pregunta me decepcionó un tanto, pues sus palabras de la noche anterior me habían causado un gran gozo, aunque ahora me alegraba de haber retirado la mano. Bastantes complicaciones tenía ya.

Al cabo de unos instantes, el hermano Guy entró en la cocina.

—El hermano August necesita su cuña, Alice.

—Enseguida —respondió la muchacha haciendo una reverencia y dejándonos solos.

Fuera, las campanas empezaron a tocar tan ruidosamente que parecían resonar dentro de mi cabeza.

—El funeral por el comisionado Singleton se celebrará dentro de una hora.

—Hermano Guy —murmuré apurado—, ¿puedo consultaros profesionalmente?

—Por supuesto. Estaré encantado de ayudaros.

—Siento molestias en la espalda. Desde el viaje a caballo hasta aquí, no ha dejado de dolerme en la parte en que... sobresale.

—¿Queréis que os examine?

Respiré hondo. No me gustaba la idea de mostrar mi deformidad a un extraño, pero había estado padeciendo desde que salimos de Londres y empezaba a preguntarme si no me habría hecho algún daño irreparable.

—De acuerdo —murmuré, y empecé a quitarme el jubón.

El hermano Guy se colocó detrás de mí, y al cabo de un momento sentí que sus fríos dedos empezaban a palparme los agarrotados músculos de la espalda.

El enfermero apartó las manos y soltó un gruñido.

—¿Y bien? —le pregunté preocupado.

—Los músculos han sufrido un espasmo. Están muy agarrotados. Pero no veo ninguna lesión en la columna. Con tiempo y descanso, el dolor debería remitir —dijo el enfermero colocándose frente a mí y examinándose el rostro con una fría mirada profesional—. ¿Os duele la espalda a menudo?

—De vez en cuando —respondí vistiéndome—. Pero la cosa no tiene remedio.

—Estáis sometido a una fuerte presión. Eso no ayuda.

—Desde que llegamos, no he dormido bien ni una sola noche —gruñí—. Pero no es de extrañar.

El hermano Guy me escrutaba con sus grandes ojos castaños.

—¿No os pasaba antes de llegar aquí?

—Soy de naturaleza melancólica. Durante los últimos meses, la cosa ha ido a peor. Me temo que el equilibrio de mis humores se está alterando.

El enfermero asintió.

—Creo que tenéis la mente sobreexcitada, lo cual no es extraño, después de lo que habéis presenciado aquí.

Permanecí en silencio durante unos instantes.

—No puedo evitar sentirme responsable de la muerte del novicio.

No era mi intención abrirme a él de aquel modo, pero el hermano Guy tenía la habilidad de hacer hablar a los demás.

—Si hay algún responsable, ése soy yo. Lo envenenaron mientras estaba a mi cuidado.

—Después de todo lo que ha ocurrido aquí, ¿no tenéis miedo?

El enfermero negó con la cabeza.

—¿Quién iba a querer hacerme daño? No soy más que un moro viejo. Acompañadme a la enfermería —dijo el hermano Guy tras una pausa—. Tengo una infusión que podría ayudaros. Hinojo, lúpulo y algún ingrediente más.

—Gracias.

Lo seguí por el pasillo y me senté a la mesa mientras él seleccionaba hierbas y ponía agua a hervir. Alcé la vista hacia el crucifijo español que había colgado en la pared de enfrente y recordé que el día anterior había visto al enfermero tumbado boca abajo ante él.

—¿Os trajisteis ese crucifijo de vuestra tierra?

—Sí, me ha acompañado en todos mis viajes —respondió el hermano Guy echando las hierbas a un cazo—. Cuando esté preparada la infusión, tomad un poco, pero no demasiado, si no queréis pasaros el día durmiendo —me advirtió, e hizo una pausa—. Os agradezco que hayáis confiado en mí para que os examinara.

—Debo confiar en vos como médico, hermano Guy. —Tras una pausa, añadió—: Tengo la impresión de que os molestó lo que dije ayer sobre los rezos del funeral.

El enfermero inclinó la cabeza.

—Comprendo vuestro punto de vista. Vos creéis que Dios es indiferente a la oración.

—Creo que sólo la gracia de Dios puede salvarnos. ¿No estáis de acuerdo? Vamos, olvidémonos de mi cargo por unos instantes y hablemos libremente, como simples cristianos.

—¿Como simples cristianos? ¿Tengo vuestra palabra?

—Sí, la tenéis. ¡Por el amor de Dios, esa infusión apesta!

—Tiene que hervir un poco más —dijo el hermano Guy, cruzándose de brazos—. Comprendo que en Inglaterra soplen aires de reforma. En la Iglesia ha habido mucha corrupción. Pero la Reforma podría tomar ejemplo de lo que se ha hecho en España. Hoy miles de frailes españoles trabajan en medio de terribles privaciones para convertir a los indios de América.

—No me imagino a los frailes ingleses en esas condiciones.

—Ni yo. Pero España ha demostrado que la Reforma es posible.

—Y, como premio, el Papa le ha dado la Inquisición.

—Mi temor no es que la Iglesia inglesa se reforme, sino que se destruya.

—Pero ¿qué se destruiría? ¿Qué? ¿El poder del papado, la falsa doctrina del purgatorio?

—Los Artículos de Religión promulgados por el rey reconocen que el purgatorio podría existir.

—Ésa es una de las lecturas. Yo creo que el purgatorio es una invención. Cuando morimos, nuestra salvación sólo depende de la gracia de Dios. Las oraciones de los que quedan en la tierra no sirven de nada.

El hermano Guy movió la cabeza.

—Pero entonces, doctor Shardlake, ¿cómo podemos ganarnos la salvación?

—Mediante la fe.

—¿Y la caridad?

—Si uno tiene fe, la caridad viene por sí sola.

—Martín Lutero sostiene que la salvación no depende en absoluto de la fe. Dios predetermina si un alma se salvará o se condenará incluso antes del nacimiento. Me parece una doctrina inhumana.

—Así interpreta Lutero a san Pablo, en efecto. Yo, y muchos como yo, opinamos que se equivoca.

—Pero si se permite que cada cual interprete la Biblia a su manera, ¿no surgirán filosofías tan inhumanas como ésta en todas partes? ¿No tendremos otra torre de Babel?

—Dios nos guiará.

El enfermero se levantó y posó en mí sus ojos ensombrecidos por... ¿por qué? ¿Por la tristeza? ¿Por la amargura? El hermano Guy no era un hombre fácil de entender.

—Entonces, ¿vos lo desmantelaríaís todo?

Asentí.

—Sí, lo haría. Decidme, hermano, ¿creéis, como el hermano Paul, que el mundo camina hacia su fin, hacia el Día del Juicio?

—Ésa ha sido la doctrina de la Iglesia desde tiempo inmemorial.

—Pero ¿ha de ser así? —le pregunté inclinándome hacia él—. ¿No es posible transformar el mundo, hacerlo como Dios quiso que fuera?

El hermano Guy juntó las manos ante sí.

—Durante mucho tiempo, la Iglesia católica ha sido la única luz de la civilización en este mundo. Sus doctrinas y ritos nos hermanan con la humanidad sufriente y con todos los muertos cristianos. Y nos exhortan a la caridad. Sin embargo, vuestra doctrina dice que los hombres deben buscar la salvación de sus almas mediante la oración y la Biblia. Eso acabará con la caridad y la fraternidad.

Recordé mi niñez y volví a ver al rechoncho y beodo padre Andrew asegurando que nunca podría ordenarme.

—La Iglesia se mostró poco caritativa conmigo cuando era niño —dije con amargura—. Busco a Dios en mi corazón.

—¿Y lo habéis encontrado en él?

—Una vez Él lo visitó, sí.

El enfermero sonrió con tristeza.

—Hasta ahora, un hombre de Granada, o de cualquier otro lugar de Europa, podía entrar en cualquier iglesia de Inglaterra, oír las mismas misas en latín y encontrarse de inmediato como en casa. Desaparecida esa hermandad internacional, ¿quién pondrá freno a las disputas entre los príncipes? ¿Qué será de los hombres como yo, que nos encontramos solos en una tierra hostil? A veces, cuando voy a Scarnsea, los niños me arrojan desperdicios por la calle. ¿Qué me arrojarán cuando el monasterio ya no esté aquí para protegerme?

—Tenéis una pobre idea de Inglaterra —respondí.

—Una idea realista de la humanidad caída. Sí, comprendo vuestro punto de vista. Vosotros los reformistas rechazáis el purgatorio, las misas de difuntos, las reliquias, todo lo que representan los monasterios. Es natural que queráis verlos desaparecer.

—¿Y vos lo impediríais? —le pregunté mirándolo con atención.

—¿Cómo voy a hacerlo? Ya está decidido. Pero me temo que, sin la Iglesia universal para unirnos, en este país llegará el día en que incluso se deje de creer en Dios. Sólo se adorará el dinero... y la nación, por supuesto.

—¿No debemos ser leales a nuestra nación y a nuestro rey?

El enfermero retiró la infusión del fuego, musitó una breve oración y vertió el brebaje en una botella de cristal.

—Al adorar a su nación los hombres se adoran a sí mismos y desprecian a los demás, y eso no es bueno.

—Estáis completamente equivocado respecto a lo que pretendemos. Nosotros deseamos construir la república cristiana.

—Os creo, pero me temo que las cosas van por otro camino —dijo el hermano Guy tendiéndome la botella y una cuchara—. Ésa es mi opinión como simple cristiano. Aquí tenéis; deberíais tomar un poco ahora mismo.

Le di un sorbo a la infusión e hice una mueca; sabía tan mal como olía. El lento tañido de las campanas que había acompañado nuestra conversación subió de tono. El reloj de la iglesia dio las ocho.

—Tendríamos que ponernos en marcha —dijo el hermano Guy—. La misa está a punto de empezar.

Me guardé la botella en el interior de la toga y lo seguí por el pasillo. Observando la corona de lanoso pelo negro que rodeaba su tonsura, me dije que el enfermero tenía razón en una cosa: si se disolvían los monasterios, no habría ningún refugio seguro en Inglaterra para él; hasta su balsámico olor era diferente al hedor general. Tendría que mendigar un permiso para marcharse del país y refugiarse en un monasterio español o francés. Y puede que no lo obtuviera, dado que ahora estábamos enemistados con

ambas naciones. Si el monasterio cerraba, el hermano Guy era el que más tenía que perder.

Capítulo 18

ENCABEZADOS POR EL ABAD, los monjes estaban entrando en la iglesia en procesión. El enfermero me dejó para unirse a sus hermanos. Entre los que, como nosotros, llegaban tarde, estaban el prior Mortimus y el hermano Edwig, que salieron de la contaduría y cruzaron el patio del claustro a toda prisa. Recordé que, según Goodhaps, los dos obedienciarios se repartían el control del monasterio. Sin embargo, yo no los había visto prodigarse muestras de amistad. El prior avanzaba a grandes zancadas levantando copos de nieve a su paso, mientras que el rechoncho tesorero trotaba junto a él para no quedarse atrás. En ese momento, llegó Mark acompañado por el viejo Goodhaps, que lanzaba miradas inquietas al encapotado cielo.

—Buenos días, doctor Shardlake. ¿Creéis que nevará? —me preguntó con preocupación—. Quiero ponerme en marcha en cuanto acabe la misa.

—El camino de Scarnsea estaba practicable. Ahora entremos, o llegaremos tarde.

Me siguieron al interior de la iglesia. Los monjes habían traspasado la puerta del cancel y ocupado sus asientos en el coro, pero podía oírlos toser y agitarse. El féretro de Singleton, que seguía abierto, estaba sobre unas sillas a este lado del cancel. A cierta distancia había otro ataúd rodeado de velas: el de Simon Whelplay. El abad nos esperaba cerca del ataúd de Singleton, aunque no demasiado, pues, como comprobamos al acercarnos, el cuerpo olía a putrefacción.

—Si os parece, los dolientes seculares podéis sentaros junto al féretro mientras entonamos el canto fúnebre —dijo el abad solemnemente—; después podéis acompañarlo hasta el cementerio. El prior Mortimus se ha ofrecido a ser el cuarto portador. Si... —balbuceó el abad lanzando una mirada a mi joroba—, en fin, si podéis soportar el peso.

—Soy perfectamente capaz —respondí con viveza, aunque la idea distaba de gustarme.

—Yo no puedo —refunfuñó Goodhaps—. Tengo artritis en el hombro. No podría levantarme de la cama en una semana.

—Muy bien, doctor Goodhaps —respondió el abad con estoicismo—. Buscaré a un monje para sustituiros.

Por primera y última vez, intercambié una mirada de simpatía con el abad Fabián sobre el hombro del anciano. Su reverencia inclinó la cabeza y desapareció al otro lado del cancel, mientras nosotros nos sentábamos frente al féretro de Singleton. Goodhaps tosió y hundió la nariz en su pañuelo.

Empezó la ceremonia. Esa mañana, a pesar de estar sentado ante el maloliente ataúd de un hombre asesinado, no pude evitar extasiarme con la bella polifonía de los

monjes. Los salmos y la lectura en latín del pasaje de Job tocaron una fibra sensible en mi interior.

Y tú dijiste: «¿Qué sabe Dios? ¿Puede juzgar a través de las nubes? Las nubes lo cubren como un velo, y no ve; se pasea por la bóveda de los cielos.»

«Un velo de nubes, sí —me dije—. Sigo tan confuso como cuando llegué.» Sacudí la cabeza, irritado conmigo mismo. Así no iba a ninguna parte; ¿qué había sido de mi resolución? Y de pronto caí en la cuenta de algo que, sorprendentemente, no se me había ocurrido hasta entonces. Estaba sentado entre Mark y el doctor Goodhops, uno con la nariz metida en el pañuelo y el otro mirando al frente, absorto en sus pensamientos.

—¿Iba a estar Alice en la enfermería esta mañana? —le susurré a mi ayudante.

—Creo que sí.

—Bien —dije, y me volví hacia Goodhops—. Quiero que me acompañéis a la enfermería antes de marcharos.

El anciano asintió con resignación.

Volví a concentrarme en la ceremonia. Las voces siguieron fluctuando y modulando, para acabar muriendo en el silencio. Los monjes desfilaron fuera del coro, y un criado que permanecía a la espera se acercó y cogió del suelo la tapa del ataúd. Contemplé por última vez el hosco rostro de Singleton y, durante unos instantes, volví a verlo en los tribunales: sus bravatas, sus aspavientos, su pasión por discutir... Luego, el criado clavó la tapa, y el rostro de Singleton se hundió para siempre en la oscuridad. El prior y un monje de mediana edad y complexión fuerte se acercaron a nosotros, y Mark y yo nos agachamos con ellos para levantar el ataúd. Al hacerlo, noté que algo se movía en el interior. Mark se volvió hacia mí con los ojos como platos.

—La cabeza —le susurré—. Se ha desplazado de su lugar.

Con el estremecedor golpeteo resonando en nuestros oídos, sacamos al difunto de la iglesia, seguidos por los monjes en larga procesión. Camino de la puerta, vi al hermano Gabriel, que rezaba con fervor junto al féretro del novicio. Al vernos pasar, alzó la cabeza y nos lanzó una mirada de muda desesperación.

Avanzamos por la nieve al fúnebre son de las campanas y llegamos al cementerio laico, en cuya blanca extensión la fosa que recibiría el cuerpo de Singleton parecía un tajo marrón. Miré de reojo al prior Mortimus, que iba junto a mí; su duro rostro tenía una expresión sorprendentemente grave.

Unos criados que esperaban junto a la tumba cogieron el ataúd y lo hicieron descender al fondo de la fosa. En ese momento empezó a nevar y, mientras rezábamos las últimas plegarias y el oficiante asperjaba el ataúd con agua bendita, los copos fueron cubriendo silenciosamente la tierra recién extraída. Cuando los primeros terrones golpearon la madera, los monjes dieron media vuelta y regresaron a la iglesia en silenciosa procesión. Me disponía a seguirlos, cuando el prior se me acercó.

—Estaban impacientes por ponerse a cubierto —rezongó sacudiendo la cabeza—.

Si hubieran hecho tantas guardias como yo en pleno invierno...

—¿Guardias? —le pregunté con curiosidad—. ¿Habéis sido soldado?

—¿Tan rudo os parezco? No, doctor Shardlake. Hace años fui alguacil en Tonbridge. Ayudaba a detener a los malhechores y vigilaba por la noche para que nadie robara. Y por el día trabajaba de maestro. Veo que os sorprende que tenga estudios.

Incliné la cabeza.

—Un poco, pero sólo porque cultiváis unas maneras rudas.

—No las cultivo, nací con ellas —replicó el prior sonriendo con sorna—. Soy escocés; en mi tierra no tenemos vuestras refinadas costumbres inglesas. La verdad es que no tenemos gran cosa aparte de pendencias, al menos en la región fronteriza de la que procedo. Allí la vida es una batalla continua; cuando no están combatiendo contra los ingleses, los señores luchan unos contra otros por el ganado.

—¿Qué os trajo a Inglaterra?

—Siendo niño, mataron a mis padres y saquearon nuestra granja. Pero no los ingleses, sino un señor escocés.

—Lo siento.

—Cuando esto ocurrió, yo me encontraba estudiando en la abadía de Kelso. Había querido marcharme lejos, y mis padres me costearon una escuela inglesa. Yo se lo debo todo a la Iglesia. —Su expresión burlona se tornó seria de inmediato—. Las órdenes religiosas se alzan entre el mundo y el caos absoluto, comisionado.

«Otro refugiado —me dije—, otro beneficiario de la comunidad internacional del hermano Guy.»

—¿Por qué os ordenasteis?

—Me cansé del mundo, comisionado, y de la gente: los críos, peleándose a todas horas y haciendo novillos, a menos que les enseñes la vara; los criminales que ayudé a capturar, los hombres estúpidos y codiciosos que conocí... Por cada uno que condenábamos y colgábamos, había otros doce esperando a que los cogiéramos. El hombre es una criatura caída, alejada de la gracia y más difícil de dominar que una jauría de perros. Pero al menos en un monasterio es posible mantener la disciplina de Dios.

—¿Y ésa es vuestra aspiración en este mundo? ¿Mantener la disciplina entre los hombres?

—¿Acaso no es la vuestra? ¿No os indigna el asesinato de ese hombre? ¿No estáis aquí para encontrar y castigar al culpable?

—¿Os indignó la muerte del comisionado?

El prior se detuvo y se volvió hacia mí.

—Es un paso más hacia el caos. Me consideráis un hombre rudo, pero, creedme, el Diablo está en todas partes, y hasta en la Iglesia se necesitan hombres como yo para mantenerlo a raya, del mismo modo que el rey trata de mantener el orden en el mundo secular con las leyes que dicta.

—¿Y qué ocurre cuando las leyes del mundo y de la Iglesia están en desacuerdo, como ha ocurrido en los últimos años? —le pregunté.

—Entonces, doctor Shardlake, rezo para que se encuentre alguna solución que permita a la Iglesia y al príncipe trabajar en armonía de nuevo, porque cuando luchan entre sí abren la puerta al Diablo.

—Entonces, que la Iglesia no desafíe la voluntad del príncipe. Bueno, debo volver a la enfermería. Os dejaré aquí, porque supongo que tenéis que volver a la iglesia, para asistir al funeral por el pobre novicio... —añadí con toda intención.

El prior no rehuyó mi mirada.

—Rezaré para que el muchacho sea admitido en el cielo cuando Dios disponga. Pese a que era un pecador.

Di media vuelta y, a través de la cortina de nieve, vi a Goodhaps, que avanzaba lentamente hacia la enfermería del brazo de Mark. No pude evitar preguntarme si conseguiría llegar a la ciudad y escapar de aquella pesadilla.



En la sala de la enfermería, Alice seguía atendiendo al agonizante hermano Francis. El anciano había recobrado el conocimiento y la muchacha le estaba dando gachas a pequeñas cucharadas. Mientras lo hacía, su rostro tenía una suavidad, una dulzura que no le había visto hasta entonces. Le pedí que nos acompañara a la cocina y la dejé allí con Goodhaps y Mark, mientras yo iba a buscar el libro que me había dado el tesorero. Los tres me miraron expectantes cuando volví y se lo mostré.

—Según el hermano Edwig, éste es el libro que el pobre Singleton se llevó de la contaduría poco antes de que lo asesinaran. Ahora, doctor Goodhaps, y tú también, Alice, quiero que lo examinéis y me digáis si lo habíais visto con anterioridad. Como veréis, tiene una gran mancha de vino en la tapa. Mientras estaba en la iglesia, se me ha ocurrido que quienes hubieran visto el libro tenían que acordarse de la mancha.

Goodhaps extendió la mano, cogió el libro de contabilidad y examinó las tapas.

—Recuerdo al comisionado hojeando un libro con las tapas azules. Tal vez fuera éste. No lo sé, no me acuerdo.

—Con vuestro permiso —dijo Alice acercándose a él y cogiendo el libro de sus manos. Miró la cubierta, le dio la vuelta y, con total convicción, afirmó—: No es éste.

—¿Estás segura? —le pregunté con el corazón en un puño.

—El libro que el hermano Edwig le dio al comisionado no tenía ninguna mancha. Me habría llamado la atención; el tesorero es un maniático de la limpieza y el orden.

—¿Lo jurarías ante un tribunal de justicia?

—Lo haría, señor —respondió Alice con voz serena y firme.

—Ahora ya no me cabe duda de que el tesorero me ha mentado —dije asintiendo lentamente—. Muy bien. Gracias una vez más, Alice. Y guardad silencio sobre esto. Los tres.

—Yo no estaré aquí —dijo Goodhaps con satisfacción.

Miré por la ventana. Había dejado de nevar.

—Sí, doctor Goodhaps, creo que deberíais poneros en camino. Mark, tal vez podrías acompañar al doctor hasta la ciudad...

—¡Gracias, señor! —respondió el anciano con júbilo—. Agradeceré tener un brazo en el que apoyarme. Mis cosas están en casa del abad. Dejaré mi caballo aquí; si pudierais enviármelo a Londres cuando mejore el tiempo...

—Sí, sí... Mark, procura volver cuanto antes. Tenemos mucho que hacer.

—Adiós, comisionado —dijo Goodhaps levantándose con ayuda del muchacho—. Espero que salgáis con bien de este apestoso cubil.

Y con tan alegre discurso de despedida, se marchó.

Volví a la habitación y escondí el libro bajo la ropa de la cama. Estaba contento. Aquello era un progreso. Lo siguiente sería echar un vistazo en el estanque y la iglesia, así que traté de calcular cuánto tardaría Mark en ir a Scarnsea y volver. Si iba solo, poco más de una hora; pero con el viejo profesor... Me reproché mi debilidad, pero no podía permitir que Goodhaps fuera dando traspiés por la nieve cargado de bultos.

Decidí hacer una visita a los caballos, que no habían salido de la cuadra desde que llegamos. Volví al patio y me dirigí a los establos, donde un mozo que estaba barriendo el suelo me aseguró que los animales se encontraban perfectamente. En efecto, tanto *Chancery* como *Redshanks*, el caballo de Mark, tenían buen aspecto y se alegraron de verme después de pasar tantos días encerrados.

—¿Te gustaría salir, viejo amigo? —le pregunté a *Chancery* acariciándole la larga y blanca cabeza—. Estás mejor aburriéndote aquí dentro que volviéndote loco ahí fuera. Aquí estás a cuerpo de rey.

El mozo de cuadra, que pasaba ante el pesebre en ese momento, me miró extrañado.

—¿Tú no les hablas a los caballos? —le pregunté.

El muchacho murmuró algo ininteligible y siguió barriendo.

Me despedí de los animales y volví a la enfermería dando un paseo. Por el camino vi una zona despejada de nieve, en la que había varios cuadrados de diferentes tamaños pintados con tiza. Media docena de monjes jugaban a saltar de uno a otro según el número que saliera al tirar un dado. Bugge los observaba apoyado en su pala. Al verme, se quedaron parados e hicieron ademán de apartarse para dejarme paso, pero les indiqué que continuaran con un gesto de la mano. Conocía el juego de mis años en Lichfield; era una compleja versión del tejo que se jugaba en todas las casas benedictinas.

Mientras los miraba, el hermano Septimus, el monje medio lelo al que el enfermero había reñido por comer en exceso, se acercó por la nieve tropicando y resoplando.

—¡Ven a jugar con nosotros, Septimus! —gritó uno de los monjes.

Los demás se echaron a reír.

—¡Oh, no, no puedo! Me caería...

—Venga, que estamos jugando a la versión fácil. Hasta un zoquete como tú puede participar.

—No, por Dios...

Pero uno de los monjes lo agarró del brazo y, haciendo oídos sordos a sus protestas, lo llevó hasta la cuadrícula mientras los demás se apartaban para observar la escena. Todo el mundo sonreía de oreja a oreja, incluido Bugge. Al primer salto, Septimus resbaló en una placa de hielo, cayó de espaldas y aterrizó en el suelo con un chillido. La carcajada fue general.

—¡Ayudadme a levantarme! —suplicó Septimus con voz lastimera.

—¡Parece una tortuga panza arriba! ¡Ánimo, tortuga, arriba!

—¡Tirémosle unas cuantas bolas de nieve! —propuso uno—. A ver si así se levanta.

Los monjes empezaron a arrojar bolas de nieve al pobre infeliz, que entre la gordura y las varices no conseguía levantarse, por más que lo intentaba. Alcanzado por los proyectiles una y otra vez, gritaba, pataleaba y se balanceaba de tal modo que su parecido con una tortuga resultaba realmente extraordinario.

—¡Basta! —chilló Septimus—. ¡Por lo que más queráis, hermanos, parad ya!

Los otros seguían acribillándolo y mofándose. Aquello no tenía nada que ver con las bromas inocentes de la noche anterior. Estaba considerando si debía intervenir, cuando una voz tonante se alzó sobre el guirigay:

—¡Hermanos! ¡Basta ya! —Los monjes dejaron caer las bolas de nieve, y la esbelta figura del hermano Gabriel se acercó fulminándolos con la mirada—. ¿Es esto caridad cristiana? ¡Deberíais avergonzaros! ¡Ayudadlo a levantarse! —Dos monjes jóvenes se apresuraron a coger al sofocado Septimus por las axilas y ponerlo en pie—. ¡A la iglesia ahora mismo! ¡Todos! Faltan diez minutos para prima.

En ese momento, el sacristán advirtió mi presencia y se acercó a mí mientras sus hermanos se dispersaban.

—Lo lamento, comisionado. A veces los monjes se comportan como colegiales traviesos.

—Ya lo veo —respondí y, recordando mi conversación con el hermano Guy, añadí—: No puede decirse que haya sido una muestra de fraternidad cristiana.

Miré al hermano Gabriel con atención, pues acababa de comprender que no era obedienciarario por casualidad; si la ocasión lo requería, sabía mostrar su autoridad y su fuerza moral. Pero, mientras lo observaba, tuve la sensación de que la energía se esfumaba de su rostro para dejar paso a una profunda tristeza.

—Parece que una de las reglas universales de este mundo es que la gente siempre busca víctimas y chivos expiatorios, ¿verdad? Especialmente en épocas de dificultades y tensión. Como ya os he dicho, los monjes no somos inmunes a las tretas del demonio —murmuró el sacristán, que, tras hacerme una breve reverencia,

siguió a sus hermanos hacia la iglesia.

Llegué a la enfermería, crucé la sala y avancé por el pasillo interior. Tenía hambre, de modo que entré en la cocina para coger una manzana del frutero. Al hacerlo, algo atrajo mi mirada hacia el exterior. Una gran mancha escarlata sobre la nieve. Corrí a la ventana. Al mirar al jardín, las piernas casi dejaron de sostenerme.

Alice estaba tumbada boca abajo, junto a una jarra hecha añicos, en medio de un charco de sangre aún humeante que se extendía por la nieve.

Capítulo 19

TUVE QUE MORDERME los nudillos para no gritar. Simon Whelplay había muerto por hablar conmigo; ¿Alice, también? ¡No, Dios mío! Corrí hacia el jardín rezando desesperadamente para que se produjera un milagro —yo, que me reía de los milagros— y para que no fuera cierto lo que parecía evidente.

Alice yacía boca abajo, inmóvil junto al sendero. Sobre su cuerpo y alrededor de él, había tanta sangre que por un angustioso instante pensé que había corrido la misma suerte que Singleton. Me obligué a acercarme y comprobarlo; estaba entera. Con mano temblorosa, le busqué el pulso en el cuello y, al sentir que el corazón latía con fuerza, solté un suspiro de alivio. Al notar el contacto de mi mano, Alice se movió y emitió un quejido. Sus ojos parpadearon y se abrieron, intensamente azules en su ensangrentado rostro.

—¡Alice! ¡Alabado sea Dios, estás viva! ¡Es un milagro!

La cogí entre mis brazos y la atraje hacia mí gimiendo de alegría, pues, a pesar del dulzón olor a sangre que inundaba mis fosas nasales, podía sentir el calor de su cuerpo y los latidos de su corazón.

—Pero ¿qué hacéis, señor? No... —protestó la chica empujando contra mi pecho e incorporándose en el suelo, aturdida.

—Perdóname, Alice —balbucí, avergonzado—. Ha sido la alegría, creía que estabas muerta. Pero no te muevas, estás malherida. ¿Dónde te has herido?

La muchacha bajó los ojos, se miró el vestido salpicado de sangre y se llevó la mano a la cabeza con perplejidad. De pronto, esbozó una sonrisa y, para mi sorpresa, se echó a reír.

—No estoy herida, señor, sólo atontada. He resbalado en la nieve y me he caído.

—Pero...

—Llevaba una jarra de sangre. ¿Recordáis? De las sangrías que les realizamos a los monjes. Esta sangre no es mía.

—¡Ah! —exclamé apoyándome en el muro.

—Pensábamos verterla en el jardín, pero el hermano Guy dice que esperaremos a que se funda la nieve, de modo que la llevaba al almacén.

—Sí, sí, comprendo —murmuré, y reí apurado—. Me he comportado como un idiota —añadí mirándome el jubón—. Y me he puesto perdido.

—Esas manchas se irán, señor.

—Siento haber... haberte agarrado así. Ha sido el susto.

—Lo sé, señor —respondió Alice apurada—. Siento haberos asustado de ese modo. No suelo resbalar, pero estos caminos entre la nieve están cubiertos de hielo.

Os agradezco vuestra preocupación —añadió la joven haciéndome una reverencia.

Advertí que tenía el cuerpo tenso y, con una punzada de decepción, comprendí que mi abrazo no había sido bien recibido.

—Vamos —le dije—. Tienes que entrar y tumbarte un rato. ¿Estás mareada?

—No, estoy perfectamente —aseguró Alice absteniéndose de cogerse al brazo que le ofrecía—. Creo que los dos deberíamos cambiarnos.

Se levantó, se sacudió la nieve manchada de sangre de la ropa y se encaminó hacia la enfermería. Ella se quedó en la cocina y yo fui a mi habitación. Me puse la otra muda de ropa que había traído de Londres, dejé las prendas manchadas de sangre en el suelo y me senté a esperar que volviera Mark. Podría haber pedido a Alice que se encargara de que lavaran mi ropa, pero me daba vergüenza.

La espera se me hizo eterna. En la distancia, volví a oír doblar las campanas; el funeral por Simon Whelplay había terminado y ahora también él iba a recibir sepultura. Me maldije por no haber dejado que Goodhaps fuera solo a la ciudad. Teníamos que echar un vistazo al estanque y luego quería arreglar cuentas con el hermano Edwig.

Oí un murmullo que procedía de la cocina. Fruncí el entrecejo y abrí la puerta. Eran las voces de Mark y Alice. Avancé por el pasillo a grandes zancadas.

El vestido de Alice descansaba sobre una tabla de lavar. La muchacha no llevaba más que la enagua y estaba abrazada a Mark, pero ninguno de los dos reía. Alice tenía el rostro apoyado sobre el hombro de Mark. Se la veía triste. La expresión de él también era seria. Parecía que estuviera consolándola, más que acariciándola. Al advertir mi presencia, se separaron de inmediato, sobresaltados; vi cómo se movían los firmes y turgentes pechos de Alice bajo el fino tejido de la enagua, en la que se transparentaban los erguidos pezones.

—Mark Poer —dije con aspereza—. Te había pedido que no te entretuvieras. Tenemos trabajo.

—Lo siento, señor, yo... —farfulló el chico ruborizándose.

—Y tú, Alice, ¿te parece decente estar así vestida?

—Sólo tengo este vestido, señor —dijo en tono desafiante—, y éste es el único sitio donde lavarlo.

—Entonces deberías haber cerrado la puerta con llave por si venía alguien. Vamos, muchacho —le ordené a Mark, y, tras una rápida inclinación de cabeza, ambos nos dirigimos a nuestra habitación. Apenas entramos, me encaré con él—: Te dije que no tontearas con ella. ¡Está claro que habéis tenido más charlas de las que pensaba!

—Estos últimos días, hemos hablado siempre que hemos tenido ocasión —replicó Mark mirándome desafiante—. Sabía que no lo aprobaríais, pero no puedo controlar mis sentimientos.

—Tampoco pudiste con la dama de la reina. ¿Acabará esto del mismo modo?

—¡Esto es totalmente diferente! —farfulló Mark sonrojándose—. ¡Mis

sentimientos hacia la señorita Fewterer son nobles! Siento por ella lo que no he sentido por ninguna mujer. Podéis rezongar cuanto queráis, pero es cierto. No hemos hecho nada malo; sólo lo que habéis visto: abrazarnos y besarnos. La caída la ha asustado.

—¿«La señorita Fewterer»? Olvidas que Alice no es una señorita, es una criada.

—Eso no os ha impedido abrazarla cuando estaba en el suelo. He visto cómo la mirabais, señor. ¡También os gusta a vos! —Súbitamente colérico, Mark dio un paso hacia mí—. ¡Estáis celoso!

—¡Por Cristo crucificado! —grité—. He sido demasiado blando contigo. ¡Ahora debería echarte de mi lado para que te llevaras tu dichoso carajo de vuelta a Lichfield y te convirtieras en un destripaterrones! —Mark no replicó, y yo procuré calmarme—. Así que me consideras un pobre tullido devorado por los celos. Sí, Alice es una chica estupenda, no lo niego. Pero tenemos entre manos un asunto muy serio. ¿Qué crees que diría lord Cromwell si supiera que te pasas el tiempo tonteando con las criadas, eh?

—En la vida hay cosas más importantes que lord Cromwell —murmuró Mark.

—¿Ah, sí? ¿Quieres que se lo diga con esas palabras? Y además, ¿qué harías, llevarte a Alice a Londres? Dices que no quieres volver a Desamortización. Entonces, ¿qué quieres, vivir como un criado?

—No —respondió Mark bajando los ojos, tras unos instantes de vacilación.

—¿Bien?

—He pensado que tal vez me permitiríais ser vuestro ayudante, señor, vuestro pasante. Os he ayudado con vuestro trabajo, y decís que lo hago bien...

—¿Pasante? —le pregunté con incredulidad—. ¿El chico de los recados de un abogado? ¿Ésa es toda tu ambición en la vida?

—Es un mal momento para pedíroslo, lo sé —murmuró Mark, cariacontecido.

—¡Dios de los Cielos, cualquier momento sería malo para semejante petición! Me avergonzarías delante de tu padre y te avergonzarías a ti mismo por tu falta de ambición. No, Mark, no te quiero de pasante.

—¡Para ser alguien que siempre está hablando de ayudar a los pobres y construir una república cristiana —replicó Mark con inesperada vehemencia—, tenéis una idea muy pobre de la gente humilde!

—En la sociedad debe haber grados. No todos tenemos el mismo; Dios lo ha querido así.

—El abad estaría de acuerdo con vos en eso. Y el juez Copynger, también.

—¡Vive Dios que estás yendo demasiado lejos! —le grité. Él me miró en silencio, atrincherado tras su irritante máscara de impasibilidad—. Escúchame —le advertí agitando el índice ante sus narices—. He conseguido ganarme la confianza del hermano Guy. Por eso me ha contado lo que le ocurrió a Simon Whelplay. ¿Crees que seguiría confiando si, en vez de ser yo quien os ha sorprendido en la cocina, hubiera sido él, cuando tiene a esa joven bajo su protección? ¿Bien? —Mark siguió callado

—. Se acabó el coquetear con Alice. ¿Lo entiendes? Se acabó. Y te aconsejo que pienses muy seriamente en tu futuro.

—Sí, señor —murmuró el chico con frialdad.

En esos momentos, habría abofeteado aquella cara de fingida imperturbabilidad.

—Coge la capa. Vamos a echar un vistazo al estanque. A la vuelta, miraremos en las capillas de la iglesia.

—Es como buscar una aguja en un pajar —refunfuñó Mark—. Lo que buscamos podría estar enterrado.

—No tardaremos más que una hora. Venga. Y ve preparando el cuerpo para un baño en agua fría —añadí vengativamente—, bastante más fría que los brazos de esa joven.



Nos pusimos en marcha en silencio. Yo estaba irritado por el atolondramiento y la insolencia de Mark, pero también porque lo que había dicho sobre mis celos era cierto. Verlo estrechando a Alice entre sus brazos poco después de que la muchacha rechazara los míos me había desgarrado el corazón. Lo miré de reojo. Primero con Jerome y ahora con Alice. ¿Cómo se las apañaba aquella obstinada criatura para hacer que siempre me sintiera culpable?

Al acercarnos a la iglesia, vimos que los monjes volvían a entrar en procesión. Simon ya estaba enterrado, pero iban a celebrar otra misa por su alma, cosa que no habían hecho con Singleton. Pensé con amargura que Simon se habría contentado con la décima parte de los atributos y oportunidades que Dios había prodigado a Mark. El último hermano desapareció en el interior del templo y la puerta se cerró con un golpe. Nosotros dejamos atrás los edificios auxiliares y nos acercamos al cementerio laico.

—Mirad eso —dijo Mark parándose bruscamente—. Qué extraño...

El muchacho señalaba la tumba de Singleton, cuyo oscuro lomo destacaba en la blancura circundante. La última nevada había vuelto a cubrirlo todo; todo excepto la tumba.

Al acercarnos, no pude evitar una exclamación de asco. La tierra estaba cubierta de un líquido viscoso que relucía a la mortecina luz del sol. Me agaché, lo toqué con repugnancia y me llevé el dedo a la nariz.

—¡Jabón! —exclamé indignado—. Alguien ha cubierto la tumba de jabón. Para impedir que crezca la hierba. Eso es lo que ha fundido la nieve.

—Pero ¿por qué?

—¿Nunca has oído decir que en las tumbas de los pecadores no crece la hierba? Cuando era niño, colgaron a una mujer por infanticidio. La familia del marido iba al cementerio a escondidas y cubría la tumba de jabón para que no creciera nada, como han hecho aquí. Es una auténtica bajeza.

—¿Quién lo habrá hecho?

—¿Y cómo voy a saberlo? —le espeté—. ¡Vive Dios que haré que el abad los traiga aquí a todos para que limpien esta tierra bajo mi supervisión! ¡No, bajo la tuya! Será más humillante si tienen que hacerlo delante de ti —dije alejándome hecho una furia.

Atravesamos el camposanto y a continuación la huerta, en la que ahora había casi dos palmos de nieve. La débil luz del sol hacía brillar el riachuelo y el círculo de hielo del estanque.

Me abrí paso entre las cañas heladas. La capa de hielo se había espesado y la nieve formaba una fina orla a su alrededor. No obstante, agachándome con precaución y esforzando la vista, pude distinguir algo que brillaba débilmente en el centro del estanque.

—Mark, ¿ves el montón de piedras sueltas que hay al pie de aquella grieta de la muralla? Trae una grande para romper el hielo.

El muchacho soltó un suspiro, pero bastó una mirada severa para que se pusiera en movimiento y trajera el pedrusco más grande con el que pudo cargar. Yo me aparté y Mark lo alzó sobre la cabeza y lo lanzó al centro del estanque con todas sus fuerzas. Se oyó un tremendo crujido, y tuvimos que apartarnos a toda prisa para evitar una lluvia de agua helada y astillas de hielo. Esperé a que el agua se aquietara y luego me acerqué a la orilla, me puse a cuatro patas y volví a mirar con atención. Asustados, los peces zigzagueaban frenéticamente.

—¡Ahora sí! Allí, ¿lo ves? ¿No ves brillar algo dorado?

—Creo que sí —dijo Mark—. Sí, hay algo. ¿Intento cogerlo? Si me dejáis el bastón y me agarráis del otro brazo, tal vez consiga alcanzarlo.

Negué con la cabeza.

—No, quiero que vayas a cogerlo.

Mark me miró con los ojos como platos.

—El agua está helada.

—El asesino de Singleton podría haber arrojado su ropa ensangrentada al estanque. Vamos, no puede haber más de una vara de profundidad. Sobrevivirás.

Por un momento creí que iba a negarse, pero apretó las mandíbulas y se quitó la capa, las fundas de cuero y por último las caras botas, a las que no les habría sentado nada bien el chapuzón. Durante unos instantes, se quedó inmóvil en la orilla, tiritando; tenía las musculosas piernas y los pies casi tan blancos como la nieve. Luego respiró hondo, se metió en el agua y, aullando de frío, avanzó con paso vacilante.

Yo suponía que le cubriría hasta la cintura, pero no había dado media docena de pasos cuando soltó un grito y se hundió hasta el pecho. A su alrededor gorgoteaban enormes burbujas de un gas tan fétido que tuve que dar un paso atrás.

—¡Puaj! ¡Aquí hay un palmo de cieno! —farfulló Mark.

—Claro, ¿qué esperabas? Es el limo del riachuelo, que se acumula en el fondo.

¿Ves algo? ¿Puedes cogerlo?

El muchacho me lanzó una mirada asesina y soltó un gruñido, pero se inclinó, hundió un brazo en el agua y empezó a buscar a tientas.

—Sí —respondió al cabo de unos instantes—. Hay algo..., un objeto afilado.

El brazo de Mark reapareció sosteniendo una gran espada con empuñadura dorada, que arrojó a mis pies.

—¡Bien hecho! —le grité con el corazón palpitante—. ¿Hay algo más?

Mark volvió a inclinarse, sumergiendo esta vez el brazo hasta el hombro; sus movimientos rizaban la superficie del agua.

—¡Jesús, qué fría está! Un momento... Sí... Hay algo. Algo blando. Parece ropa.

—¡La ropa del asesino! —exclamé con el corazón en un puño.

Mark se irguió, tiró con fuerza y, de pronto, perdió el equilibrio, soltó un grito y se hundió bajo la superficie, al tiempo que otra figura emergía del estanque. Boquiabierto, miré aquella forma humana envuelta en un hábito chorreante. Por unos instantes, tuve la sensación de que la cabeza, oculta bajo la empapada y revuelta pelambreira, y el torso estaban suspendidos en el aire; luego, la figura se derrumbó sobre las cañas de la orilla.

Mark sacó la cabeza a la superficie y avanzó hacia la orilla aullando de frío y dando manotazos al agua. Salió a gatas y se dejó caer sobre la nieve jadeando, con los ojos tan desorbitados como los míos ante el horrible espantajo que había quedado enredado entre las cañas: un cuerpo de mujer, grisáceo, putrefacto y vestido con los jirones de un hábito de sirvienta. Tenía las órbitas vacías y la boca, sin labios, abierta en una mueca que dejaba ver los dientes, grises y apretados. Unos largos y enredados mechones de pelo chorreaban sobre su rostro.

Mark se puso en pie tiritando, se santiguó una y otra vez y empezó a rezar:

—*Deus salvamos, deus salvamos, mater Christi salvamos...*

—Está bien —le dije con suavidad, arrepentido de haberme enfadado con él—. Está bien. —Le pasé el brazo por el hombro; temblaba como una hoja—. Debía de estar enterrada en el limo. Ahí abajo se acumulan los gases, y tú los has removido. Tranquilo, la pobre no puede hacernos ningún daño —aseguré; pero, a la vista de aquella horrible aparición, no pude evitar que me temblara la voz—. Vamos, o cogerás una pulmonía. Ponte las botas.

Mark hizo lo que le decía, y eso bastó para que se calmara un poco.

En ese momento, advertí que había salido a la superficie otra cosa que ahora flotaba en mitad del estanque; una prenda amplia y negra, hinchada de gas. La atrapé con el bastón temiendo que se tratara de otro cadáver, pero sólo era un hábito de monje. Tiré y lo arrastré hasta la orilla. Distinguí varias manchas oscuras que podían ser de sangre coagulada. De pronto, me acordé de las gruesas carpas que habíamos cenado la noche de nuestra llegada, y me estremecí.

Mark seguía mirando el cadáver con expresión horrorizada.

—¿Quién es? —murmuró entre dos castañeteos de dientes.

Respiré hondo.

—Sospecho que estamos ante los restos de Orphan Stonegarden. —Observé el terrible rostro de la muerta: una piel grisácea tensa sobre una calavera—. «Una cara delicada y dulce —había dicho la señora Stumpe—. Una de las más bonitas que he visto en mi vida.» A esto se refería Simon Whelplay con lo de advertir a una mujer de que corría peligro. Él lo sabía.

—Así que ahora tenemos tres cadáveres...

—Y ruego a Dios que éste sea el último. —Haciendo de tripas corazón, levanté el hábito negro. Al darle la vuelta para examinarlo, vi una insignia cosida a la tela. No era la primera vez que la veía; representaba una pequeña arpa, el distintivo de los sacristanes. El asombro me dejó atónito—. Es del hermano Gabriel —murmuré.

Capítulo 20

LE DIJE A MARK QUE corriera a buscar al abad, tan deprisa como pudiera para entrar en calor. Lo observé mientras se alejaba dando saltos por la nieve y luego me volví hacia el estanque. Las burbujas seguían ascendiendo del fango y haciendo hervir la superficie del agua. Me pregunté si la reliquia también estaría allí abajo, quizá con los cálices que se suponía había robado la pobre Orphan.

Sacando fuerzas de flaqueza, me acerqué al cadáver. Vi que llevaba una cadenilla de plata alrededor del cuello y, tras unos instantes de vacilación, la cogí y, tirando con ambas manos, conseguí romperla sin dificultad. De la cadenilla pendía una tosca medalla que representaba a un hombre con un fardo a la espalda. La guardé en el bolsillo y cogí la espada. Era un arma de excelente calidad, la espada de un caballero. La marca del armero estaba estampada en la hoja, sobre la imagen de un edificio cuadrado con cuatro torres puntiagudas: «JS.1507.»

Me acerqué a la muralla y me senté en el montón de cascotes; aún no me había recuperado de la impresión. No podía apartar la vista de los despojos que yacían entre las cañas. Además, tenía los dedos de las manos y los pies entumecidos de frío, de modo que al cabo de unos instantes volví a levantarme y empecé a agitar los brazos y a patear el suelo para reactivar la circulación de la sangre.

Comencé a pasear a lo largo de la muralla, cavilando sobre el significado de lo que acabábamos de descubrir, mientras oía crujir la nieve bajo mis botas. A medida que los hechos encajaban uno con otro, una visión de conjunto iba cobrando forma en mi cabeza. Al cabo de un rato, oí voces procedentes de la huerta y vi a Mark, que volvía a toda prisa, acompañado por dos figuras con hábito negro, el abad Fabián y el prior Mortimus. Éste llevaba en las manos una manta grande. El abad se detuvo junto al estanque y, con el rostro descompuesto, clavó los ojos en los restos humanos que yacían en la orilla, se santiguó y musitó una plegaria. El prior se acercó al cadáver con una mueca de asco. Sus ojos se posaron en la espada, que yo había vuelto a dejar junto al cadáver.

—¿La mataron con esto? —murmuró.

—No lo creo. El limo que la cubría ha preservado el cuerpo; creo que llevaba mucho tiempo ahí. Pero diría que esa espada es el arma que mató a Singleton. Este estanque ha sido utilizado para ocultar pruebas más de una vez.

—¿A quién pertenece el cuerpo? —preguntó el abad con una nota de pánico en la voz.

—Tengo entendido que la anterior ayudante del enfermero desapareció hace un par de años —respondí mirándolo atentamente—. Una tal Orphan Stonegarden.

El prior volvió a observar el cadáver.

—No —lo oí murmurar. Su voz traslucía cólera, pero también pesar e incredulidad—. Pero... esa joven huyó —balbuceó—. Era una ladrona...

Oímos voces y nos volvimos. Cuatro criados se acercaban trayendo una camilla. El abad hizo un gesto con la cabeza al prior, que cubrió el cadáver con la manta.

—En el monasterio se ha armado un gran revuelo —dijo el abad inclinándose hacia mí—. La gente ha visto al señor Poer llegar corriendo a mi casa; cuando me ha explicado que habíais encontrado un cuerpo, les he dicho a los criados que trajeran una camilla. Pero, por favor..., ¿no podríamos mantenerlo en secreto por el momento, decir simplemente que alguien se ha ahogado en el estanque, y no que es la mujer...?

—Por el momento —acepté escondiendo la espada bajo el hábito que habíamos sacado del agua. Los criados, al ver el cadáver, retrocedieron sobrecogidos y se persignaron—. Ayúdales, Mark. —El muchacho, que se había quitado la ropa mojada y ahora llevaba una blusa azul de sirviente bajo la capa, les ayudó a colocar el cadáver cubierto con la manta en la camilla y a levantarla; parecía ligera como una pluma—. Llevad el cuerpo a la enfermería —les ordené.

Fuimos en procesión detrás de los criados. Yo miré al prior Mortimus un par de veces, pero él apartó los ojos. El agua que goteaba del cuerpo dejaba un reguero sucio sobre la nieve.



En la huerta se había congregado una muchedumbre de monjes y criados que cuchicheaban y bullían como un enjambre de abejas. El prior, irritado, les gritó que regresaran a sus ocupaciones, y ellos se dispersaron y empezaron a alejarse, aunque a cada paso se volvían para lanzar medrosas miradas hacia la camilla.

El hermano Guy se acercó a nosotros.

—¿Quién es? —preguntó—. He oído decir que se trata de alguien que se ahogó en el estanque.

Me volví hacia los criados.

—Llevad el cuerpo a la enfermería para que el hermano Guy pueda examinarlo. Mark, ve con ellos. Llévate esto y guárdalo en nuestra habitación —dije tendiéndole el hábito—. Cuidado con la espada —le susurré—. Está muy afilada.

—Tendré que decirles algo a los hermanos —observó el prior.

—Sólo que hemos encontrado un cuerpo en el estanque. Ahora, señor abad, me gustaría hablar con vos —dije haciendo un gesto hacia su casa.



El abad se sentó al escritorio, que seguía cubierto de papeles y con el sello del

monasterio descansando en el bloque de cera roja. Su rostro parecía haber envejecido una década en apenas unos días, y el saludable color de sus mejillas había dado paso a la palidez del cansancio y el miedo.

Dejé la espada sobre el escritorio. El abad la miró con aprensión. A continuación, puse la cadenilla de plata junto al arma y la señalé.

—¿La reconocéis, reverencia?

El abad se inclinó hacia ella y la examinó.

—No, es la primera vez que la veo. ¿La llevaba el... el...?

—El cadáver, sí. ¿Qué me decís de la espada?

El abad movió negativamente la cabeza.

—Aquí no tenemos espadas.

—No os preguntaré si reconocéis el cuerpo como el de Orphan Stonegarden, porque está irreconocible. Ya veremos si la señora Stumpe reconoce la medalla.

El abad me miró horrorizado.

—¿La gobernanta del hospicio? ¿Es necesario que intervenga? No nos tiene ningún aprecio.

Me encogí de hombros.

—Y aún os tendrá menos si trasciende que su pupila fue asesinada y arrojada al estanque del monasterio. Me contó que la chica no era feliz aquí. ¿Qué podéis decirme al respecto?

Por toda respuesta, el abad se cogió la cabeza con las manos. Creí que iba a echarse a llorar, pero al cabo de unos instantes volvió a alzar el rostro.

—Tener mujeres jóvenes trabajando en los monasterios es un error. En eso estoy totalmente de acuerdo con lord Cromwell. Pero, en esa época, el enfermero era el hermano Alexander, que se estaba haciendo viejo y necesitaba ayuda. Nos mandaron a la muchacha, y él estuvo de acuerdo en aceptarla.

—Puede que la encontrara atractiva. Creo que lo era.

El abad carraspeó.

—El hermano Alexander no era de esos. De hecho, me pareció más seguro que ponerle de ayudante a un muchacho. Eso fue antes de la visita de inspección y entonces...

—Entiendo. Entonces el culo de un chico habría corrido peligro. Pero, si no me equivoco, cuando desapareció Orphan el enfermero era el hermano Guy...

—Sí. El nombre del hermano Alexander fue mencionado en la visita del obispo. Eso acabó con él; murió de un ataque poco después. El hermano Guy ocupó su puesto.

—Entonces, ¿quién molestó a la chica? Estoy convencido de que alguien lo hizo.

El abad movió la cabeza.

—Comisionado, tener a una chica atractiva rondando por el claustro es una tentación. Las mujeres tientan a los hombres, como Eva tentó a Adán. Los monjes somos humanos...

—Por lo que he oído, Orphan no tentó a nadie; más bien la importunaron y acosaron. Os lo preguntaré una vez más. ¿Qué sabéis al respecto?

—El hermano Alexander me expuso alguna queja —respondió el abad dejando caer los hombros—. Decía que un hermano joven llamado Luke, que trabaja en la lavandería, la había... molestado.

—¿Queréis decir que la forzó?

—No, no, no. No fue tan lejos. Hablé con él y le prohibí que se acercara a la joven. Cuando volvió a molestarla le advertí que si persistía lo obligaría a marcharse.

—¿Algún otro? ¿Algún obedienciario, quizá?

El abad me miró con el pánico pintado en el rostro.

—Hubo quejas contra el hermano Edwig y el prior Mortimus. Le habían... le habían hecho proposiciones deshonestas, el hermano Edwig, persistentemente. En más de una ocasión, lo... puse sobre aviso.

—¿Al hermano Edwig?

—Sí.

—¿Y vuestra advertencia surtió efecto?

—Soy el abad del monasterio, señor comisionado —replicó con un ápice de su antiguo orgullo en la voz—. ¿No podría ser que la chica se hubiera suicidado? —preguntó el abad tras una vacilación—. Si estaba desesperada...

—Se suponía que robó dos cálices y huyó...

—Eso es lo que pensamos cuando desaparecieron de la iglesia al mismo tiempo que ella huyó del monasterio. Pero... tal vez se arrepintió de lo que había hecho, arrojó los cálices al estanque y luego se suicidó lanzándose al agua a su vez.

—Quiero que drenéis el estanque, a pesar de que soy consciente de que, aunque encontremos los cálices, eso no significaría nada. Su asesino pudo cogerlos y tirarlos al agua, después de haberla arrojado a ella, para dejar una pista falsa. Este asunto exige una investigación a fondo, reverencia. Podría requerir la intervención de la autoridad civil. El juez Copynger.

El abad inclinó la cabeza y permaneció en silencio durante unos instantes.

—Todo ha acabado, ¿verdad, comisionado? —preguntó de pronto con voz ahogada.

—¿A qué os referís?

—A nuestra vida aquí. A la vida monástica en toda Inglaterra. He estado engañándome a mí mismo, ¿verdad? Las leyes no nos salvarán. Ni en el caso de que el asesino del comisionado Singleton resultara ser alguien de la ciudad... —No respondí. El abad cogió un papel del escritorio con mano ligeramente temblorosa—. Hace un rato, he vuelto a examinar el borrador del Instrumento de Cesión que me entregó el comisionado Singleton. «Consideramos firmemente —citó su reverencia— que el estilo y la forma de vida que nosotros y otros de nuestra pretendida religión hemos practicado y usado durante largos años consiste principalmente en absurdas ceremonias y determinadas normas de la curia romana y otras potencias extranjeras.»

Estaba convencido de que lord Cromwell sólo quería nuestras tierras y riquezas, y de que este pasaje sólo era una concesión a los reformistas —murmuró el abad mirándome a los ojos—. Pero, después de lo que me han contado sobre Lewes... Es una cláusula que ha enviado a todas las casas, ¿no es así? Todas las casas correrán la misma suerte. Y después de lo ocurrido, San Donato está condenado.

—Tres personas han muerto de un modo atroz —le dije—. Sin embargo, a vos sólo parece preocuparos vuestra supervivencia.

—¿Tres? —preguntó el abad perplejo—. No, señor, sólo dos. Una, si la muchacha se quitó la vida...

—El hermano Guy cree que Simon Whelplay murió envenenado.

—Entonces debería habérmelo dicho —repuso el abad frunciendo el entrecejo—, como superior del monasterio que soy.

—Le pedí que guardara silencio hasta nueva orden.

El abad me miró a los ojos. Cuando volvió a hablar, su voz era apenas un susurro:

—Deberíais haber visto esta casa hace sólo cinco años, antes de que el rey se divorciara. Todo ordenado y en regla. Oraciones y devoción, el horario de verano y luego el de invierno, inmutables desde hacía siglos. Los benedictinos me han proporcionado una vida como nunca habría llevado en el mundo; el hijo de un tabernero elevado a la dignidad de abad... —Su reverencia esbozó una sonrisa triste y fugaz—. No lloro sólo por mí, comisionado; lloro por la desaparición de una forma de vida. En estos dos últimos años el orden ha empezado a resquebrajarse. Antes, todos creíamos en lo mismo, teníamos las mismas opiniones; pero las reformas han conseguido sembrar la discordia y provocar desacuerdos. Y ahora, asesinatos. Disolución —dijo el abad con un hilo de voz—. Disolución. —Vi formarse dos grandes lágrimas en las comisuras de sus ojos—. Firmaré el Instrumento de Cesión —dijo el abad con un hilo de voz—. No tengo otra alternativa, ¿verdad? —Moví la cabeza lentamente—. ¿Me concederán la pensión que me prometió el comisionado Singleton?

—Sí, reverencia, tendréis vuestra pensión. Hace tiempo que me preguntaba cuándo llegaríamos a esto.

—No obstante, debo obtener el consentimiento formal de la comunidad. Lo mantengo todo en fideicomiso para ellos, ¿comprendéis?

—No hagáis nada todavía. Yo os diré cuándo conviene comunicárselo.

El abad asintió con pesar y bajó la cabeza para ocultar las lágrimas. Lo miré durante unos instantes. La presa que tan encarnizadamente había perseguido Singleton se me había echado a los brazos; los asesinatos habían anonadado al abad. Y ahora yo creía saber quién era el asesino, quién había cometido todos los crímenes.



Encontré al hermano Guy en su gabinete, acompañado por Mark, que estaba sentado

en una silla y aún llevaba la blusa de criado. El enfermero limpiaba los cuchillos en una jofaina de agua negruzca y verdosa. El cadáver yacía en la camilla cubierto con la manta, cosa que agradecí. Mark estaba blanco como la pared, e incluso las oscuras facciones del enfermero dejaban traslucir una extraña palidez, como si tuviera cenizas bajo la piel.

—He estado examinando el cuerpo —dijo en voz baja—. No puedo asegurarlo, pero, por la altura y la constitución, creo que se trata de Orphan Stonegarden. Además, era rubia. De lo que sí estoy seguro es de cómo murió. Le partieron el cuello.

El hermano Guy retiró la manta y dejó al descubierto la horrible cabeza del cadáver. Luego, la hizo girar lentamente; la cabeza, floja, describió un semicírculo completo. Las vértebras estaban dislocadas.

—Así pues, la asesinaron —concluí reprimiendo una arcada.

—No pudo hacérselo arrojándose al estanque. El señor Poer dice que hay más de un palmo de lodo.

Asentí.

—Gracias, hermano. Mark, las cosas que encontramos, ¿están en nuestra habitación? Tenemos que hacer una visita. ¿Te trajiste otra muda de ropa?

—Sí, señor.

—Ve a ponértela. No deberías ir por ahí vestido como un criado.

Mark nos dejó solos y yo ocupé su lugar en la silla. El enfermero agachó la cabeza.

—Primero envenenan a Simon Whelplay delante de mis narices y ahora parece que esta pobre chica que trabajó conmigo también murió asesinada. Y yo la creía una ladrona...

—¿Cuánto tiempo estuvo con vos?

—No mucho, unos meses. Era muy trabajadora, pero demasiado retraída, casi huraña. Creo que el único en quien confiaba era el hermano Alexander. Yo estaba muy ocupado poniendo orden en la enfermería, que se encontraba en un estado lamentable. Presté menos atención a la chica de lo que hubiera debido.

—¿Mencionó que hubiera recibido atenciones no deseadas de algún monje?

El hermano Guy frunció el entrecejo.

—No. Pero un día la encontré forcejeando con un hermano en el pasillo que conduce a su habitación. Ocupaba la misma que Alice ocupa ahora, al final del pasillo.

Él intentaba abrazarla y le hacía comentarios obscenos.

—¿Quién era?

—El hermano Luke, el ayudante de la lavandería. Lo eché de la enfermería y me quejé al abad. Pero Orphan no quería problemas... El abad Fabián dijo que hablaría con él. Me explicó que no era la primera vez. Después de aquello, Orphan se mostró más afable, aunque seguía hablando poco. Luego, no mucho después, desapareció.

—Que vos sepáis, ¿la molestó alguien más?

—No, yo no volví a ver nada parecido. Pero, como os digo, Orphan no confiaba en mí —dijo el enfermero sonriendo con tristeza—. Creo que nunca llegó a acostumbrarse al color de mi piel. Supongo que no es de extrañar, tratándose de una muchacha de una ciudad pequeña.

—Y a continuación llegó Alice...

—Sí, y decidí ganarme su confianza desde el principio. Eso, al menos, creo haberlo conseguido.

—Estáis tratando al hermano Jerome. Según vos, ¿cuál es su estado mental?

El enfermero me lanzó una mirada cautelosa.

—El que tendría cualquier hombre que, para bien o para mal, se ha consagrado en cuerpo y alma a un ideal difícil y a una vida de dura disciplina, y que además ha sido torturado para que traicionara sus principios. Su mente está profundamente turbada, pero no está loco, si os referís a eso.

—No sé, a mí me parece una locura castigar un cuerpo tan quebrantado como el suyo llevando camisas de crin. Pero, decidme, ¿habla alguna vez de su estancia en la Torre?

—No. Nunca. Pero lo torturaron salvajemente. Eso puedo jurároslo.

—Eso es lo que me contó. Y otras cosas, aunque creo que se trataba de patrañas para confundirme.

El hermano Guy no respondió. Me levanté y, al hacerlo, sentí una punzada en la espalda y tuve que agarrarme a la mesa con una mueca de dolor.

—¿Qué os ocurre?

—Me he hecho daño al levantarme —respondí, e inspiré con fuerza varias veces—. Ahora me dolerá durante días. —Le sonreí con amargura—. Ambos estamos acostumbrados a que la gente nos mire como a bichos raros, ¿verdad, hermano? Pero al menos vuestro aspecto es un fenómeno natural y no os causa dolor. Y hay una tierra donde es normal.



Mark se había puesto otra camisa y otras calzas y estaba sentado en mi cama con expresión sombría.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté con hosquedad.

—Sí, señor —respondió Mark asintiendo con la cabeza—. Esa pobre chica...

—Lo sé. Siento haberte hecho pasar por ese trago. Ha sido una impresión terrible. No imaginaba...

—No. Nadie podía imaginar algo así...

—Mark, tenemos que dejar a un lado nuestras... diferencias. Perseguimos el mismo objetivo, creo yo, encontrar al brutal asesino que está actuando en este lugar.

—Por supuesto, señor —respondió Mark al instante—. ¿Cómo podéis dudar de

eso?

—No lo dudo, no lo dudo. Escucha, he estado pensando. El único motivo para arrojar al estanque el hábito de Gabriel es que estuviera manchado de sangre. El asesino lo llevaba puesto cuando mató a Singleton y lo arrojó al estanque con la espada.

—Sí, pero... ¿vos podéis creer que el hermano Gabriel es un asesino? —Mark sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Por qué no pudo ser él? Creía que lo despreciabas por sodomita...

—Y así es —admitió Mark—. Pero... no me lo imagino asesinando a nadie —repuso tras pensar unos instantes—. Parece un hombre de... fuertes afectos, si podemos llamarlos así, pero no alguien capaz de hacer daño deliberadamente. Ni lo bastante resuelto para matar.

—¡Te aseguro que cuando quiere puede ser muy resuelto! Y es un hombre de afectos muy fuertes, sí. Violentos, diría yo. Y donde hay afectos violentos también puede haber odios violentos.

Mark volvió a negar con la cabeza.

—No consigo imaginármelo. Creedme, no es empecinamiento, pero no me imagino al hermano Gabriel asesinando a nadie.

—Sí, a mí ha llegado a inspirarme lástima, incluso simpatía, pero no podemos examinar estas cosas basándonos en emociones. Tenemos que emplear una lógica fría. ¿Cómo podemos saber si alguien es capaz o no de asesinar cuando sólo hace unos días que lo conocemos? Especialmente en este sitio, donde el peligro agudiza y distorsiona todos nuestros sentidos.

—Sigo sin imaginármelo, señor. Parece tan... blando.

—Según esa lógica, podríamos acusar al hermano Edwig basándonos en que es un ser despreciable, más parecido a un balance andante que a un hombre. También está lleno de engaños, y de lujuria, según parece. Pero eso no nos permite afirmar que es un asesino.

—Cuando mataron a Singleton, él estaba ausente.

—Pero Gabriel no. Y, en su caso, puedo ver una cadena de motivos. No, debemos dejar a un lado las emociones.

—Como queréis que haga con Alice...

—No es el momento de discutir eso. Bueno, ¿me acompañas a hablar con Gabriel?

—Por supuesto. Tengo tantas ganas de atrapar a ese asesino como vos, señor.

—Bien. Entonces vuelve a ceñirte la espada. Dejaremos la otra aquí, pero nos llevaremos el hábito. Escúrrelo un poco en la jofaina. Iremos a comprobar si nuestras especulaciones tienen fundamento.

Capítulo 21

CUANDO SALIMOS AL EXTERIOR, tenía el corazón palpitante, pero la mente clara. Era bien pasado mediodía, y en el neblinoso cielo el sol empezaba a declinar; era uno de esos grandes soles invernales a los que se puede mirar directamente, pues es como si les hubieran arrebatado el fuego. Y, con aquel frío, era lo que parecía.

El hermano Gabriel estaba sentado en la nave de la iglesia con el viejo monje al que había visto copiando un manuscrito en la biblioteca. Examinaban un gran montón de volúmenes antiguos. Al acercarnos, levantaron la cabeza, y los ojos de Gabriel nos miraron alternativamente con inquietud.

—¿Más libros antiguos, hermano? —le pregunté.

—Son nuestros libros de coro, señor, con las anotaciones musicales. No los imprimen, de modo que cuando se estropean no tenemos más remedio que copiarlos.

Cogí uno de los volúmenes. Las páginas eran de pergamino; las palabras latinas, escritas con signos fonéticos y salpicadas de notas musicales, pertenecían a salmos y oraciones diferentes para cada día del calendario; los largos años de uso habían descolorido la tinta.

—Tengo que haceros algunas preguntas, hermano —dije, depositando el libro en un banco y volviéndome hacia el anciano—. ¿Os importaría dejarnos solos?

El viejo copista asintió y se marchó arrastrando los pies.

—¿Ha ocurrido algo? —me preguntó el sacristán con un ligero temblor en la voz.

—¿No os habéis enterado? ¿No habéis oído que hemos encontrado un cadáver en el estanque?

El sacristán me miró con los ojos muy abiertos.

—He estado ocupado. Acababa de llegar de la biblioteca con el hermano Stephen. ¿Un cadáver?

—Creemos que se trata de la chica que desapareció hace dos años. Una tal Orphan Stonegarden.

El hermano Gabriel abrió la boca e hizo ademán de levantarse, pero volvió a sentarse.

—Tenía el cuello fracturado. Al parecer, fue asesinada y arrojada al estanque. También hemos encontrado una espada; creemos que es el arma que utilizó el asesino de Singleton. Y esto... —dije volviéndome hacia Mark, que me tendió el hábito—, vuestro hábito, hermano Gabriel —afirmé poniéndole la insignia ante los ojos. Él la miró boquiabierto—. ¿Es vuestra esta insignia?

—Sí, lo es. Debe... debe de ser el hábito que me robaron.

—¿Os lo robaron?

—Hace dos semanas mandé un hábito a la lavandería y no he vuelto a verlo. Pregunté por él, pero no lo encontraron. No es la primera vez que los criados roban un hábito; los de invierno son de lana de buena calidad. Por favor, señor, ¿no creeréis...?

—Gabriel de Ashford —le dije inclinándome hacia él—, os conmino a que neguéis que matasteis al comisionado Singleton. Él conocía vuestro pasado y descubrió algún delito reciente por el que podía haceros juzgar y ejecutar. De modo que lo matasteis.

—No —replicó el sacristán sacudiendo la cabeza—. ¡No!

—Arrojasteis la espada y el hábito ensangrentado al estanque, que considerabais un escondite seguro, porque ya lo habíais utilizado para hacer desaparecer el cuerpo de la chica. ¿Por qué matasteis a Singleton de un modo tan rebuscado, hermano Gabriel? ¿Y por qué asesinasteis a la chica? ¿Estabais celoso del afecto que le mostraba el hermano Alexander? ¿Era vuestro amante? Y el novicio Whelplay, vuestro otro amigo, sabía lo que le había ocurrido a Orphan, ¿verdad? Pero él nunca os habría traicionado. Por desgracia, empezó a delirar, y tuvisteis que envenenarlo. Desde entonces, el dolor parece torturaros como a alguien a quien le pesa la conciencia. Todo encaja, hermano.

El sacristán se puso en pie, inspiró con fuerza un par de veces agarrándose al respaldo del asiento y se encaró conmigo. Mark echó mano a la espada.

—Sois el comisionado del rey —dijo el sacristán con voz temblorosa—, pero argumentáis como un picapleitos de tres al cuarto. Yo no he matado a nadie. ¡A nadie! —gritó de pronto—. ¡Soy un pecador, pero no he violado ninguna de las leyes del rey en los últimos dos años! Podéis preguntárselo a cualquiera, aquí o en la ciudad, si queréis, y no descubriréis nada. ¡Nada!

Sus gritos resonaban por toda la nave.

—Calmaos, hermano —le dije en tono más mesurado—. Y respondedme sin gritar

—El hermano Alexander no era ni mi amigo ni mi enemigo, era un viejo estúpido y perezoso. En cuanto al pobre Simon... —El sacristán soltó un suspiro que casi era un gruñido—. Sí, trabó amistad con la chica en sus primeros días como novicio; creo que los dos se sentían perdidos y amenazados aquí. Le dije que no debía mezclarse con los criados, que no le haría ningún bien. Me contestó que la muchacha le había dicho que la estaban molestando...

—¿Quién?

—No quiso decírmelo; ella le había hecho jurar que guardaría silencio. Podía ser cualquiera de entre media docena de hermanos. Le aconsejé que no se inmiscuyera en esas cosas, que convenciera a la muchacha para que se lo contara al hermano Guy. Acababa de ocupar el puesto de enfermero en sustitución del hermano Alexander, que había muerto recientemente. De vergüenza —añadió el sacristán con amargura.

—Y de pronto Orphan desapareció.

Un espasmo contrajo el rostro del sacristán.

—Como todo el mundo, creí que había huido. —El hermano Gabriel me miró con expresión sombría; luego, siguió hablando en un tono distinto, frío y sereno—: Bueno, comisionado, veo que habéis elaborado una teoría que os proporciona una solución. Así que ahora puede que alguien reciba dinero para prestar un testimonio falso y mandarme a la cárcel. En estos tiempos, es lo habitual. Sé lo que le ocurrió a sir Tomás Moro.

—No, hermano, no habrá testigos falsos. Encontraré las pruebas que necesito —aseguré dando un paso hacia él—. Os lo advierto. Estáis bajo graves sospechas.

—Soy inocente.

Lo miré a los ojos durante unos instantes y luego retrocedí.

—Por el momento, no os haré detener, pero guardaos de abandonar el monasterio. Si lo intentáis, lo tomaré como una admisión de culpabilidad. ¿Habéis comprendido?

—No lo abandonaré.

—Permaneced localizable para hablar conmigo siempre que os requiera. Vamos, Mark.

Di media vuelta y dejé al hermano Gabriel con sus libros.

—Creía que lo tenía —mascullé una vez fuera golpeando la portada con la palma de la mano.

—¿Aún pensáis que es el asesino?

—No lo sé. Creía que, si lo interrogaba y era culpable, se derrumbaría. Pero está ocultando algo, lo sé —murmuré moviendo al mismo tiempo la cabeza—. Me ha llamado picapleitos de tres al cuarto, y tal vez lo sea; pero si algo he aprendido en veinte años de ejercicio es a reconocer a un hombre que oculta algo. Vamos.

—¿Adónde?

—A la lavandería. Comprobaremos si lo que nos ha contado es cierto y, al mismo tiempo, conoceremos a ese Luke.



La lavandería ocupaba un amplio edificio inmediato a la mantequería. El vapor salía a raudales por las rejillas de ventilación, y yo había visto a criados entrando y saliendo con cestos de ropa. Levanté el picaporte de la pesada puerta de madera y penetré en el interior. Mark me siguió y cerró tras él.

Dentro hacía calor y apenas había luz. Al principio, sólo pude ver que estábamos en una gran sala con suelo de losas, llena de cestos y cubos. Luego Mark soltó un «¡Jesús!», y los distinguí.

Ante nosotros había una docena de enormes perros de caza, como los que merodeaban por el patio el día de nuestra llegada, antes de las nevadas. El lugar apestaba a orines. Los animales se levantaron lentamente y dos de ellos avanzaron hacia nosotros gruñendo amenazadoramente, con el pelo erizado y los amarillentos

dientes al descubierto. Mark desenvainó despacio y yo agarré el bastón con fuerza.

En ese momento, oí voces al otro lado de una puerta interior y pensé en gritar; pero me había criado en una granja y sabía que sólo conseguiría asustar a los perros y hacer que saltaran sobre nosotros. Apreté las mandíbulas; de aquélla no saldríamos ilesos. Me agarré al brazo de Mark con la mano libre. Le había hecho pasar por el trago del estanque, y ahora por aquello.

Oímos un chirrido y nos volvimos hacia la puerta interior. El hermano Hugh apareció en el umbral. Cuando nos vio se quedó con la boca abierta. Nosotros lo miramos angustiados, y él reaccionó y se volvió hacia los perros.

—¡*Brutus, Augustus!* ¡Aquí! ¡Vamos! —les gritó, lanzando trozos de asadura a las losas.

Los perros lo miraron, nos miraron a nosotros, y luego, uno a uno, se acercaron recelosos a la comida. El jefe de la jauría siguió gruñéndonos durante unos instantes, pero acabó uniéndose a sus compañeros. Suspiré aliviado, aunque seguía temblando como una hoja.

—Entrad, señores, por favor —nos urgió el hermano Hugh gesticulando con el brazo—. Deprisa, mientras comen.

Rodeamos a los hambrientos animales y seguimos al monje al interior de la lavandería. Una vez dentro, cerró la puerta y echó el pestillo. Nos encontrábamos en una sala de lavado saturada de vapor. Bajo la dirección de dos monjes, los criados se afanaban en torno a grandes calderos llenos de prendas que hervían sobre sendos fuegos o escurrían hábitos y ropa interior en las prensas. Todos los allí presentes nos miraron con curiosidad mientras nos quitábamos las gruesas capas. Los dos estábamos sudando abundantemente. Mark se agarró al borde de una mesa respirando con dificultad; estaba tan pálido que temí que se desmayara, pero al cabo de unos instantes sus mejillas recobraron el color. En cuanto a mí, las piernas apenas me sostenían cuando me volví hacia el hermano Hugh, que nos miraba sacudiendo la cabeza y retorciéndose las manos.

—¡Oh, señores, comisionado...! ¡Gracias a Dios que he aparecido a tiempo! —exclamó inclinando la cabeza al mencionar el nombre de nuestro Creador, al igual que todos los demás.

—Os estamos muy agradecidos, hermano. Pero esos perros no deberían estar ahí. Podrían matar a alguien.

—Señor, conocen a todo el mundo; sólo se comportan así con los extraños. El abad dijo que los encerráramos aquí hasta que dejara de nevar.

—Muy bien, hermano mayordomo —dije secándome el sudor de la frente—. ¿Sois el responsable de la lavandería?

—En efecto. ¿En qué puedo servirlos? El abad dijo que debíamos prestaros toda nuestra colaboración. He oído que alguien se ha ahogado en el estanque...

Sus enrojecidos ojos estaban llenos de curiosidad.

—El prior informará a la comunidad en breve. He venido para interesarme por

otro asunto, hermano. ¿Tenéis alguna mesa que podamos utilizar?

El mayordomo nos condujo a un rincón apartado. Indiqué a Mark que extendiera el hábito del hermano Gabriel sobre la mesa y señalé la insignia.

—Hace un par de semanas, el hermano Gabriel vino preguntando por un hábito que le había desaparecido. ¿Lo recordáis?

Confieso que confiaba en recibir una negativa, pero el mayordomo asintió de inmediato.

—Sí, señor. Lo buscamos por todas partes. El tesorero se pone hecho una furia cuando se extravía algo, así que llevo un registro. —El hermano Hugh desapareció en la nube de vapor y reapareció trayendo un libro—. Como podéis ver, aquí figura la entrada y un poco más abajo la nota sobre su desaparición. —Miré la fecha. Tres días después del asesinato de Singleton—. ¿Dónde lo habéis encontrado, señor comisionado?

—Eso no importa. ¿Quién podría haberlo robado?

—Por el día, siempre estamos aquí, trabajando, señor. Por la noche, la lavandería está cerrada con llave, pero...

—¿Sí?

—Se han perdido unas llaves. Mi ayudante es un poco... un poco descuidado, por decirlo así. —El mayordomo sonrió con nerviosismo y se acarició la verruga que le afeaba el rostro—. ¡Hermano Luke!

Mark y yo intercambiamos una mirada al ver al monje alto y fornido que se acercaba hacia nosotros. Pelirrojo, de rasgos toscos y expresión huraña, aparentaba unos treinta años.

—¿Sí, hermano?

—Desde que trabajas conmigo, has perdido dos juegos de llaves, ¿verdad, Luke?

—Me desaparecen de los bolsillos —refunfuñó el otro.

—Suele pasar cuando uno es descuidado —repliqué—. ¿Cuándo perdisteis el último juego?

—Este verano.

—¿Y la vez anterior? ¿Cuánto hace que trabajáis en la lavandería?

—Cuatro años, señor. La otra vez fue hace un par de años.

—Gracias, hermano Hugh. Me gustaría hablar con el hermano Luke en privado. ¿Dónde podríamos hacerlo?

Los ojos del hermano Luke miraban inquietos a su alrededor mientras el mayordomo, visiblemente decepcionado, nos conducía al cuarto donde se secaba la ropa.

—¿Sabéis lo que hemos encontrado en el estanque? —dije mirando al joven con dureza.

—Un cadáver, según he oído, señor.

—El cadáver de una mujer; creemos que se trata de una muchacha llamada Orphan, a la que sabemos que acosabais.

El joven me miró con ojos desorbitados por el terror y a continuación se hincó de rodillas y me agarró la orla de la toga con sus gruesos y rojos dedos.

—¡No lo hice, señor! ¡Sólo tonteaba con ella, nada más! ¡Y no era el único! ¡Era una desvergonzada, fue ella la que me tentó!

—¡Soltadme! ¡Y miradme a la cara! —El hermano Luke alzó la cabeza y me miró con los ojos muy abiertos—. Quiero la verdad —exigí inclinándome hacia él—. Os va en ello la vida. ¿Os provocó ella o fuisteis vos quien la acosó?

—Era... era una mujer, señor. ¡Su simple presencia era una tentación! Tenía su imagen grabada en la mente, no paraba de pensar en ella. Satanás la puso en mi camino para tentarme, pero me confesé. ¡Me confesé!

—Vuestra confesión me importa un bledo. Seguisteis molestándola a pesar de las advertencias del abad, ¿no es así? ¡El hermano Guy tuvo que volver a quejarse!

—¡Pero después de eso no volví a hacerlo! ¡El abad amenazó con echarme! ¡Por la sangre de Cristo que no volví a molestarla! ¡Por su santa sangre!

—¿El abad no puso el asunto en manos del prior?

—No, el prior...

—¿Qué? Vamos, muchacho, ¿qué?

—El prior... era culpable de lo mismo, y el tesorero también.

—Sí. ¿Alguien más? ¿Quién acabó convirtiendo la vida de aquella muchacha en una auténtica pesadilla?

—No lo sé, señor. Os lo juro, os juro que no volví a acercarme a la enfermería después de la amenaza del prior. Por Nuestra Señora...

—¡Nuestra Señora! —rezongué—. Si volviera a la tierra, ni ella estaría segura ante individuos como vos. ¡Fuera de mi vista, vamos! —le grité fulminándolo con la mirada mientras se levantaba y desaparecía a toda prisa.

—Le habéis dado un susto de muerte —dijo Mark sonriendo con sorna.

—Con cobardes como él no tiene mérito. Conque el prior y el tesorero... Mira, ahí hay una puerta. Salgamos por ahí y evitemos esos perros.

Regresamos al patio. El enfrentamiento con los perros volvió a mi mente. Sentí un desfallecimiento y esta vez fui yo quien tuvo que apoyarse en la pared durante unos instantes. Un rumor de voces me hizo volver la cabeza.

—¡Por amor de Dios! ¿Y ahora qué pasa?

Todo el mundo había dejado lo que estaba haciendo para contemplar una procesión que se dirigía hacia la entrada. Dos monjes sostenían en alto una estatua de san Donato vestido de romano, con las manos entrelazadas y una expresión piadosa en el rostro. Tras ellos, vi la esbelta figura del hermano Jude, el dispensero, que llevaba una bolsa de cuero en la mano. Cerraba el cortejo el hermano Edwig, con las manos enguantadas y una gruesa capa sobre los hombros. Bajo la torre de la entrada, Bugge esperaba para abrirles las puertas.

—El día de limosna —dijo Mark.



Cuando llegamos a la entrada, Bugge ya había abierto las puertas. Ante ellas, una muchedumbre contemplaba la estatua que sostenían los dos monjes. El hermano Jude levantó la bolsa y se dirigió a los presentes:

—¡He aquí la imagen de nuestro patrón, el santo y bendito Donato, mártir de los paganos! Agradeced a su gran bondad la caridad que recibís hoy. ¡Rezadle para que interceda por la remisión de vuestros pecados!

Cuando conseguimos abrírnos paso entre los mirones, vimos entre cuarenta y cincuenta adultos apretujados sobre el suelo cubierto de nieve, viudas ancianas, mendigos y tullidos con la cara amoratada por el frío, la mayoría de ellos vestidos apenas con unos harapos. A cierta distancia, un grupo de pálidos niños rodeaba a la regordeta señora Stumpe. A pesar del frío, el hedor que ascendía de la muchedumbre era insoportable. El mar de menesterosos, que habían recorrido un cuarto de legua para llegar hasta allí, inclinó la cabeza y se santiguó al oír las palabras del monje, que se interrumpió bruscamente al verme aparecer.

—¿Qué estáis haciendo? —le grité.

—Pues... distribuir las limosnas, señor...

—Estáis pidiendo a estas pobres gentes que adoren ese trozo de madera.

El hermano Edwig se acercó a toda prisa.

—Sólo en m-memoria de la bondad del santo, comisionado.

—¡Los ha exhortado a que recen a la estatua! ¡Lo he oído! ¡Lleváosla inmediatamente!

Los monjes bajaron al santo y se lo llevaron a toda prisa. Descompuesto, el hermano Jude indicó que trajeran los cestos. Algunos mendigos sonreían abiertamente.

—Acercaos a recoger las limosnas y los alimentos —dijo el dispensero con voz temblorosa.

—¡Sin empujarse! —gritó Bugge hacia los pobres, que se acercaban en ordenada hilera.

Cada uno recibía un cuarto de penique de plata, la moneda más pequeña del reino, y algo de los cestos, que contenían manzanas, hogazas de pan y finas tiras de tocino.

—Tenéis que d-disculparnos —dijo el hermano Edwig, que se había quedado junto a mí—. Es una vieja c-ceremonia; habíamos olvidado sus implicaciones. No se r-repetirá.

—Por la cuenta que os trae.

—Damos l-limosna todos los meses. Está en nuestra carta f-fundacional. Si no fuera por nosotros, esta gente no p-probaría la carne.

—Con todo lo que ingresáis, imaginaba que seríais más generosos con los pobres. De pronto, la cólera ensombreció el rostro del hermano Edwig.

—¿Y lord Cromwell, que quiere quedarse con todo nuestro dinero para

entregárselo a sus amigos? ¿Es eso caridad?

Me lo espetó sin tartamudear ni una sola vez, dio media vuelta y se alejó con paso vivo.

La muchedumbre me miraba con curiosidad mientras los monjes seguían repartiendo sobras y la bolsa del dispensero iba vaciándose de calderilla.

Suspiré. Me había dejado llevar por la indignación, y ahora todo el mundo sabría que en el monasterio había un comisionado del rey. El arrebató me había dejado sin fuerzas, pero me acerqué a la señora Stumpe, que seguía junto al camino esperando con sus pupilos a que acabaran los adultos.

—Buenos días, señor —dijo la mujer haciéndome una reverencia.

—¿Tenéis un momento, señora? Por aquí... —Nos alejamos de los niños. La gobernanta me miraba con curiosidad—. Quiero que le echéis un vistazo a esto y me digáis si lo reconocéis.

Dando la espalda a la muchedumbre, saqué del bolsillo la medalla que había encontrado en el cadáver.

—¡El san Cristóbal! —exclamó la mujer agarrándola—. Se la regalé a Orphan cuando vino a trabajar aquí. ¿La habéis encontrado, señor...?

La gobernanta se interrumpió al ver mi expresión.

—Lo lamento, señora Stumpe —le dije con suavidad—. La llevaba un cadáver que hemos encontrado en el estanque esta mañana.

Esperaba que se echara a llorar, pero apretó los puños.

—¿Cómo murió?

—Tenía el cuello fracturado. Lo siento.

—¿Habéis descubierto quién lo hizo? ¿Quién fue?

Su voz se quebró y se convirtió en un gemido. Los niños la miraban angustiados.

—Aquí no, señora. Por favor. Esto no debe trascender, por ahora. Encontraré a quien lo hizo. Os lo juro.

—Vengadla, por amor de Dios, vengadla —dijo la señora Stumpe con un hilo de voz, y rompió a llorar en silencio.

—No digáis nada todavía —le pedí cogiéndola por el hombro con suavidad—. Os avisaré a través del juez Copynger. Mirad, los mayores ya han terminado. Procurad serenaos.

El último adulto había recogido su limosna, y una hilera de harapientas siluetas, negras como cuervos contra la inmaculada blancura de la nieve, se encaminaba ya a la ciudad. La señora Stumpe se despidió de mí con una rápida inclinación de la cabeza, respiró hondo y llevó a los niños hacia los cestos. Yo di media vuelta y me acerqué a Mark, que me esperaba al otro lado de la puerta. Me preocupaba que la gobernanta volviera a derrumbarse, pero la oí animar a los niños con voz serena. El hermano Edwig había desaparecido.

Capítulo 22

ENTRÉ EN LA IGLESIA sin hacer ruido y cerré la enorme puerta con cuidado. Al otro lado del cancel había velas encendidas y se oía cantar un salmo. Los monjes celebraban el oficio nocturno de vísperas.

Tras hablar con la señora Stumpe, le había dicho a Mark que fuera a ver al abad para ordenarle que se asegurara de que el hermano Gabriel no abandonaba el monasterio y que se ocupara de hacer limpiar la tumba de Singleton y drenar el estanque por la mañana. Mark se había mostrado reacio a dar órdenes al abad, pero yo le había dicho que si quería hacer carrera en el mundo tenía que aprender a tratar con quienes ocupan una posición elevada. El muchacho se había marchado sin más comentarios, pero de nuevo molesto.

Yo me había quedado en la habitación; necesitaba estar solo para pensar. Sentado ante la chimenea, mientras fuera el día empezaba a declinar, y agotado como estaba, resultaba difícil no quedarse dormido al calor del fuego, de modo que me levanté y me eché agua a la cara.

El hecho de que el mayordomo hubiera confirmado que el hábito de Gabriel había desaparecido me había decepcionado profundamente, pues estaba convencido de que ya teníamos a nuestro hombre. No obstante, seguía pensando que nos ocultaba algo. Las palabras de Mark volvieron a acudir a mi mente, y comprendí que tenía razón: era difícil imaginarse a Gabriel como el bárbaro asesino que nuestro hombre debía ser. «Bárbaro», me dije; ¿dónde había oído esa palabra con anterioridad? Lo recordé; era el calificativo que había empleado la señora Stumpe para referirse al prior Mortimus.

Las campanas tocaron a vísperas; los monjes permanecerían en la iglesia durante al menos una hora. Eso, me dije, me proporcionaba la oportunidad de hacer lo que Singleton había hecho: registrar la contaduría mientras el hermano Edwig estaba ausente. A pesar del cansancio y la angustia que me oprimía, tuve que reconocer que me sentía mejor físicamente y tenía la cabeza más despejada. Tomé otra dosis de la poción del hermano Guy.

Me deslicé sigilosamente en la penumbra de la nave, invisible para quienes cantaban al otro lado del cancel, y me acerqué a uno de los ornamentados vanos practicados en la piedra, que proporcionaban a los seglares del monasterio una visión más atractiva del misterio de la misa que se celebraba al otro lado.

El hermano Gabriel dirigía el coro, aparentemente absorto en la música. No pude por menos que admirar la maestría con la que guiaba a los monjes en el canto del salmo; las voces subían y bajaban armónicamente mientras los ojos se movían entre

las manos del director y los libros abiertos sobre los atriles. El abad estaba presente; a la luz de las velas, su expresión era sombría. Recordé su desesperado susurro: «Disolución.» Al pasear la mirada por el coro, vi al hermano Guy y junto a él, para mi sorpresa, el hábito blanco de Jerome, que contrastaba con el negro de los benedictinos. Debían de permitirle salir para participar en los oficios. Mientras los observaba, el enfermero se inclinó hacia el atril del anciano, pasó la hoja de su libro y le sonrió. El cartujo le dio las gracias asintiendo con la cabeza. En ese momento, caí en la cuenta de que el enfermero, con su austeridad y su devoción, debía de ser uno de los pocos monjes de Scarnsea que contaba con el aprecio del anciano. ¿Serían amigos, después de todo? El día que encontré al enfermero curando las llagas del cartujo no me lo pareció. Busqué con la mirada al prior Mortimus y advertí que no estaba cantando, sino mirando fijamente al frente. Recordé que, al ver el cadáver de la joven, se había mostrado horrorizado y colérico. El hermano Edwig, en cambio, cantaba con entusiasmo, flanqueado por sus dos ayudantes, Athelstan y el anciano William.

—¿Cuál de ellos? —murmuré entre dientes—. ¿Cuál? ¡Señor, ilumina mi pobre mente! —No recibí ninguna inspiración. A veces, en aquellos días de desesperación, me parecía que Dios no escuchaba mis plegarias—. Por favor, que no haya más muertes —le rogué levantándome sin hacer ruido y abandonando la iglesia.



El patio del claustro estaba desierto. Busqué la llave con la etiqueta en la que ponía «Tesoro» y la introduje en la cerradura de la contaduría. Dentro hacía un frío tan húmedo que empecé a temblar y tuve que arrebujarme en la capa. Todo seguía igual; los escritorios, las estanterías llenas de libros de contabilidad, el cofre arrimado a la pared del fondo... Sobre una mesa había una vela encendida, que cogí y llevé junto al cofre. Busqué la llave y lo abrí.

El interior estaba dividido en departamentos llenos de bolsas provistas de etiquetas en las que figuraba el valor de las monedas y el importe total. Saqué las que contenían monedas de oro: ángeles, medios ángeles y nobles. Abrí un par de ellas al azar, conté las monedas y comprobé las cantidades que indicaban las etiquetas. Todo cuadraba, y la cantidad que figuraba en el cofre coincidía con las de los libros de cuentas. Lo cerré. Allí había una suma tan grande como en cualquier contaduría de Inglaterra, y mejor guardada, porque era más difícil entrar a robar en un monasterio que en la cámara fuerte de un mercader.

Cogí la vela y abrí la puerta que daba a la escalera. Una vez arriba, hice una pausa. El edificio de la contaduría era un poco más alto que el resto y, por el día, desde la ventana que daba al patio del claustro se veía el estanque y, al otro lado de la muralla, la marisma. Me pregunté si la mano del Buen Ladrón también estaría en el fondo del estanque; a la mañana siguiente lo sabría.

Abrí la puerta del santuario particular del tesorero, dejé la vela en el escritorio y hojeé algunos de los libros de contabilidad que llenaban las estanterías de la claustrofóbica habitación; contenían cuentas rutinarias que se remontaban a varios años atrás. Sobre el pulcro escritorio, los documentos y las plumas estaban colocados con geométrica precisión. El hermano Edwig parecía un hombre obsesionado por el orden y la exactitud.

El escritorio tenía dos grandes cajones. Probé una llave tras otra hasta dar con una que abría ambos. El primero contenía un par de libros en latín, que coloqué sobre el escritorio: la *Summa Contra Gentiles* y la *Summa Theologiae* de Tomás de Aquino. Los miré con desagrado; de modo que el hermano Edwig era un adepto del viejo y desacreditado escolasticismo del santo italiano... Como si se pudiera probar la existencia de Dios mediante la lógica, cuando la única respuesta es la fe; pero era de esperar que los estériles silogismos del de Aquino atrajeran a un alma tan árida como la del tesorero.

Volví a guardar los libros y abrí el otro cajón. Dentro había una pila de libros de contabilidad. Al verlos, esboqué una sonrisa sarcástica: todos tenían las tapas azules.

—Gracias, Alice —murmuré.

Tres o cuatro de ellos contenían anotaciones y cálculos que se remontaban a varios años atrás, como el que ya había examinado. El siguiente tenía una mancha de vino en la cubierta, pero para mi decepción contenía lo mismo que los anteriores. Saqué el último, que también estaba manchado. Al parecer, al tesorero se le había derramado el vino de la jarra. Se habría llevado un buen disgusto, teniendo en cuenta lo escrupuloso que era con sus libros.

Aquél contenía entradas relativas a las ventas de tierras de los últimos cinco años. El corazón empezó a golpearme el pecho y, durante unos instantes, la emoción me dejó paralizado. Al fin, deposité el libro sobre el escritorio y acerqué la vela con mano ligeramente temblorosa, tosiendo a causa del humo del pabilo. Detalles sobre parcelas vendidas, los compradores, los precios y las fechas en que se firmaron los documentos. Examiné las más recientes. Según el libro, durante el último año se habían efectuado cuatro grandes ventas que no figuraban en los libros de contabilidad del monasterio. El importe total ascendía a mil libras, una suma enorme. En una de ellas, la mayor, el comprador había sido el pariente de Jerome. Solté un silbido. Aquél tenía que ser el libro que había descubierto Singleton.

Me quedé pensativo unos instantes, después cogí papel y pluma del escritorio y copié las entradas a toda prisa. Copynger podría confirmarme que aquellas ventas se habían realizado. No aceptaría más historias sobre anotaciones sueltas y cálculos de futuros ingresos; esta vez me presentaría ante el hermano Edwig con pruebas que no podría eludir fácilmente.

Guardé los libros en el cajón y me puse a dar vueltas por el despacho, reflexionando. ¿Estaban el tesorero, y también el abad, puesto que era el custodio del sello del monasterio, implicados en un fraude? No podían ignorar que, una vez cedido

el monasterio, los funcionarios de Desamortización examinarían las cuentas y los descubrirían... ¿Cabía la posibilidad de que el tesorero tuviera acceso al sello y lo hubiera utilizado a espaldas del abad? No le habría sido difícil. ¿Y dónde estaba el dinero? Los ingresos por aquellas ventas habrían llenado de oro otro cofre la mitad de grande que el de abajo. Me quedé mirando los lomos de los viejos libros de contabilidad, intrigado.

De pronto, noté algo extraño. La llama de la vela vacilaba. Comprendí que se había producido una corriente de aire; alguien había abierto la puerta. Me volví despacio. En el umbral, fulminándome con la mirada, estaba el hermano Edwig, el cual lanzó una rápida ojeada a los cajones, que por suerte había vuelto a cerrar con llave.

—No sabía que hubiera alguien aquí, c-comisionado —dijo juntando las palmas de las manos—. Me habéis asustado.

—Me sorprende que no hayáis dado una voz.

—Estaba demasiado sorprendido.

—Estoy autorizado a acceder a todas las dependencias del monasterio. He decidido echar un vistazo a los libros de vuestras estanterías. Acababa de empezar.

¿Me habría visto junto al escritorio? No; la llama no se había movido.

—Me temo que sólo contienen cuentas antiguas.

—Ya me he dado cuenta.

—Me alegro de haberos e-encontrado, señor —dijo el tesorero esbozando una de sus fugaces y falsas sonrisas—. Deseaba d-dis-culparme por mi arrebató de esta mañana. La interrupción de la ceremonia me ha cogido d-desprevenido. Espero que no tengáis en cuenta unas palabras pronunciadas en un acaloramiento m-momentáneo.

Dejé el libro de contabilidad en su sitio e incliné la cabeza.

—Sé que muchos piensan lo mismo que vos, aunque no lo digan. Pero estáis equivocado. Todo el dinero que ingrese el Tesoro será empleado por el rey en beneficio de la nación.

—¿De veras, señor?

—¿Lo dudáis?

—¿En una época en que el ansia de riqueza devora a los hombres? ¿No se dice que la codicia nunca fue tan perseguida ni tan atractiva? Los amigos del rey lo presionarán para que sea g-generoso. ¿Y quién va a pedir cuentas al rey?

—Dios. Que ha puesto el bienestar de su pueblo en manos del rey.

—Pero los reyes tienen otras p-prioridades —repuso el hermano Edwig—. Por favor, no me malinterpretéis. No critico al rey Enrique.

—Sería una temeridad.

—Me r-refiero a los reyes en general. Sé que acostumbran a lanzar el dinero a los cuatro vientos. He visto con mis propios ojos cómo se malgasta en el ejército, por ejemplo.

Los ojos del tesorero brillaban con una animación que no había visto en ellos hasta entonces y evidenciaban unas ganas de hablar que lo hacían parecer más humano.

—¿Ah, sí? —dije alentándolo a explicarse—. ¿Cómo es eso, hermano?

—Mi padre era pagador del ejército, señor. Pasé la niñez de campamento en campamento, aprendiendo el oficio con él. Acompañé al ejército del rey Enrique en la guerra contra Francia, hace veinte años.

—¿Cuándo el rey de España lo engañó, abandonándolo después de haberle prometido que lo ayudaría?

El tesorero asintió.

—Y todo por la gloria y la conquista. Seguí a los ejércitos que arrasaron Francia, pasé la niñez viendo cadáveres de soldados alineados en los campamentos y prisioneros colgados en la entrada. Estuve en el sitio de Therouanne.

—La guerra es algo terrible —reconocí—. Por muy noble que la consideren algunos.

El hermano Edwig asintió con vigor.

—Y siempre había sacerdotes que iban de herido en herido, dando la extremaunción a los moribundos, intentando arreglar lo que había destrozado el hombre. Fue entonces cuando decidí hacerme monje y poner mis conocimientos de contable al servicio de la Iglesia. —El tesorero volvió a sonreír, y esta vez en su sonrisa había vida; vida e ironía—. Todos dicen que soy m-mezquino, ¿verdad?

Me limité a encogerme de hombros.

—Para mí, cada penique que va a parar a la Iglesia es un penique arrebatado al mundo del pecado y ganado para Dios. ¿Podéis entender eso? Se invierte en misas y limosnas. Si no fuera por nosotros, los pobres no tendrían nada. Tenemos que dar limosna; nos lo exige nuestra fe.

—Mientras que para los reyes es meramente una elección, una elección que podrían hacer o no, ¿no es eso?

—Exactamente. Y el dinero que recibimos para celebrar misas por los muertos, señor, es bueno a los ojos de Dios, porque ayuda a las almas del purgatorio y eleva al donante.

—Otra vez el purgatorio... ¿Creéis en él?

El tesorero asintió con convicción.

—Es un lugar real, señor; lo despreciamos a riesgo de padecer graves penas en la otra vida. ¿Y no es lógico que Dios pese nuestros méritos y nuestros pecados, y haga balance de nuestras vidas, como yo hago balance de mis cuentas?

—Entonces, ¿Dios es un gran contable?

El tesorero asintió.

—El más grande de todos. El purgatorio es real; está justo debajo de nuestros pies. ¿No habéis oído hablar de los grandes volcanes de Italia, que escupen el fuego del purgatorio sobre la tierra?

—¿Lo teméis?

El hermano Edwig asintió lentamente.

—Creo que todos deberíamos temerlo. —Hizo una pausa para ordenar sus ideas y me miró con cautela—. Perdonadme, pero los Diez Artículos no niegan el purgatorio.

—Es cierto. Lo que habéis dicho es admisible. E interesante. Pero ¿no acabáis de sugerir también que el rey podría no actuar responsablemente como cabeza de la Iglesia?

—Ya os he dicho, señor, que me r-refería a los reyes en general, y he hablado de la Iglesia, no del Papa. Con todo respeto, mis o-opiniones no son heréticas.

—Muy bien. Decidme... Con vuestra experiencia en el ejército, ¿sabríais utilizar una espada?

—¿Como la que utilizaron para matar al comisionado? —Arqueé las cejas—. Supuse que lo mataron de ese modo en cuanto me explicaron qué aspecto presentaba el cuerpo, a mi regreso de nuestras tierras. Siendo joven, vi a muchos hombres decapitados. Pero renuncié a ese mundo al hacerme hombre. Para entonces, ya había visto demasiada sangre.

—No obstante, la vida de un monje tampoco es fácil, ¿verdad? El voto de castidad, por ejemplo, debe de ser duro.

El hermano Edwig se sobresaltó visiblemente.

—¿Q-qué queréis decir?

—Además del asesinato del comisionado, ahora tengo que investigar el de una muchacha. —Le dije a quién pertenecía el cuerpo que habíamos encontrado en el estanque—. Vuestro nombre se menciona entre los de quienes se comportaron impropriamente con ella.

El tesorero se sentó al escritorio y agachó la cabeza para que no pudiera verle el rostro.

—El celibato es duro —murmuró—. No creáis que me c-complacen los deseos que me acucian, como complacen a otros. Odio esas pasiones demoníacas. Minan el edificio de una vida santa, que tanto trabajo cuesta levantar. Sí, señor, deseaba a aquella joven. Pero soy un hombre tímido: bastaba que me hablara con dureza para que me alejara de ella. Pero luego volvía. Me tentaba como la ambición de gloria tienta a los hombres a hacer la guerra.

—¿Ella os tentaba?

—No podía evitarlo. Era una mujer. ¿Y para qué están las mujeres en la tierra más que para tentar a los hombres? —El tesorero respiró hondo—. ¿Se quitó la vida?

—No. Tenía el cuello fracturado.

—No debimos permitir que viniera —murmuró el tesorero negando con la cabeza—. Las mujeres son instrumentos del Diablo.

—Puede que vos os consideréis tímido, hermano Edwig —dije con voz pausada—, pero a mi modo de ver quizá seáis el hombre más duro del monasterio. Y ahora os dejo; tendréis cuentas que cuadrar.



Me detuve en el rellano para ordenar mis ideas. Momentos antes estaba convencido de que Gabriel era el asesino y había actuado obedeciendo a un impulso súbito. Pero, si el libro que acababa de hojear era el mismo que había descubierto Singleton, el hermano Edwig tenía un móvil claro para matar a mi predecesor. Sin embargo, Singleton había sido asesinado en un momento de arrebató, y lo único que parecía poder arrebatar al tesorero eran las cuentas y el dinero. Además, esa noche estaba lejos de Scarnsea.

Al volverme hacia las escaleras, una luz que brillaba en la marisma llamó mi atención. Me acerqué a la ventana y distinguí dos puntos amarillos que parpadeaban en la lejanía. En ese momento, recordé haber pensado que el producto de las ventas fraudulentas llenaría un cofre la mitad de grande que el de la contaduría, y que el día que fui a explorar la marisma me había encontrado con el hermano Edwig. Si alguien quería trasladar de allí una cantidad considerable de oro, ¿quién mejor para hacerlo que unos contrabandistas profesionales? Aguardé unos instantes para tranquilizarme y volví a la enfermería a toda prisa.



Alice estaba en la cocina, cortando las raíces de unas hierbas. Por un instante, me miró con inequívoca hostilidad; luego, esbozó una sonrisa forzada.

—¿Preparando una de las pociones del hermano Guy?

—Sí, señor.

—¿Ha vuelto el señor Poer?

—Está en vuestra habitación, señor.

La hosquedad que dejaba traslucir su distante cortesía me entristeció. Era evidente que Mark la había puesto al corriente de nuestra conversación.

—Vengo de la contaduría. He visto luces en la marisma desde una ventana del piso superior. Parece que los contrabandistas han vuelto a las andadas.

—No lo sé, señor.

—Le dijiste al señor Poer que nos mostrarías los senderos de la marisma.

—Sí, señor —respondió la chica con voz cautelosa.

—Me gustaría echarles un vistazo. ¿Podrías acompañarme mañana?

—Tengo trabajo en la enfermería, señor —contestó Alice tras una vacilación.

—¿Y si hablara con el hermano Guy?

—Como deseéis.

—Además, hay un par de asuntos de los que quisiera hablar contigo, Alice. Me gustaría que fuéramos amigos, ¿sabes?

La muchacha desvió la mirada.

—Si el hermano Guy dice que debo acompañaros, lo haré.

—Entonces hablaré con él —respondí en un tono tan frío como el suyo.

Herido e irritado, me dirigí a nuestra habitación, donde encontré a Mark mirando por la ventana con expresión sombría.

—Le he pedido a Alice que me enseñe los senderos de la marisma —le dije sin más preámbulos—. He visto luces allí hace un momento. A juzgar por su actitud, deduzco que le has contado lo que te dije sobre dejarla en paz.

—Le he dicho que nuestra relación os parece inapropiada.

Me quité la capa y me dejé caer en un sillón.

—Así es —respondí—. ¿Le has transmitido mis órdenes al abad?

—Mañana limpiarán la tumba del comisionado Singleton y a continuación drenarán el estanque.

—Me gustaría que estuvieras presente. Alice y yo iremos a la marisma, solos. Y, antes de que digas algo que podrías lamentar más tarde, le he pedido que lo haga porque pienso que los contrabandistas podrían tener alguna relación con nuestro asunto. Luego iré a la ciudad a ver a Copynger —añadí, y le conté lo que había encontrado en el despacho del hermano Edwig.

—Me gustaría volver a estar entre gente normal —murmuró Mark evitando mirarme—. Aquí no hay más que sinvergüenzas y ladrones.

—¿Has pensado en lo que hablamos sobre lo que harás cuando regresemos a Londres?

—No, señor —respondió Mark, y se encogió de hombros—. Allí también hay sinvergüenzas y ladrones en abundancia.

—Entonces, tal vez deberías vivir en un árbol, entre los pájaros, para que el contacto con el mundo no te manche —repliqué con sequedad—. Y ahora voy a tomar un poco de esa poción del hermano Guy y a dormir hasta la hora de la cena. Ha sido uno de los días más largos y duros de toda mi vida.

Capítulo 23

ESA NOCHE, EN EL refectorio, reinaba un ambiente lúgubre. El abad nos exhortó a guardar silencio durante la cena y a rezar por el alma de la «desconocida» —así la llamó— cuyo cuerpo había aparecido en el estanque. Los monjes estaban tensos y preocupados, y fui objeto de numerosas miradas de angustia y miedo por su parte. Era como si el sentimiento de disolución al que había aludido el abad hubiera empezado a extenderse por el monasterio.

Mark y yo volvimos a la enfermería en silencio; ambos estábamos exhaustos, y él persistía en la frialdad que me había mostrado desde que le había prohibido cortejar a Alice. Cuando llegamos a la habitación, me dejé caer en mi mullido sillón y lo observé mientras echaba troncos al fuego. Le había hablado de mi encuentro con el hermano Edwig, asunto al que no paraba de darle vueltas en la cabeza.

—Si le pido a Copynger que comience a investigar mañana a primera hora, deberíamos tener alguna respuesta en un par de días. Bastaría con que nos confirmara una sola de esas ventas para tener una prueba contra Edwig.

Mark se sentó frente a mí sobre unos cojines y me miró con expectación. A pesar de nuestras diferencias, era evidente que tenía tantas ganas como yo de atrapar al asesino. En cuanto a mí, necesitaba contrastar mis ideas con las suyas, además de que resultaba reconfortante volverlo a oír hablar con entusiasmo.

—Siempre nos topamos con el hecho incuestionable de que el tesorero estaba ausente, señor. No estaba cuando Singleton encontró el libro y tampoco la noche que lo mataron.

—Lo sé. Athelstan era el único que lo sabía, y dijo que no se lo había contado a nadie.

—¿Podría ser Athelstan el asesino?

—¿Athelstan decapitando a un hombre, a un comisionado del rey? No. Recuerda lo asustado que estaba cuando me abordó para ofrecerse como informador. Ése no es capaz de matar ni a una mosca.

—¿No es eso una reacción emocional a su personalidad? —me preguntó Mark con un deje sarcástico en la voz.

—Es posible. Cuando acusé a Gabriel, tal vez me dejé llevar por el edificio lógico que había construido en su contra. No obstante, todo parecía encajar. Pero sí, por supuesto que debemos tener en cuenta el carácter de las personas, e indudablemente Athelstan es débil.

—¿Y por qué iba a importarle que el hermano Edwig acabe en la cárcel, o que cierren el monasterio? No parece muy devoto.

—Pero ¿cómo conseguiría la espada? Me gustaría conocer la historia de esa espada; en Londres, probablemente podría encontrar al armero a través de la marca que hay grabada en la hoja. En su gremio deben de conocerlo. Pero la dichosa nieve nos tiene atrapados en este agujero.

—¿Y si Singleton le contó a alguien más lo que había encontrado en la contaduría y decidieron matarlo? Tal vez el abad. Las escrituras llevarían su sello.

—Sí. Un sello que deja encima del escritorio, bien a la vista, y que cualquiera podría utilizar cuando él no está.

—¿El prior Mortimus, quizá? Es lo bastante violento como para matar, ¿no os parece? Además, ¿no es él quien controla realmente el monasterio, junto con el hermano Edwig?

—No lo sé, Mark. Necesito respuestas de Copynger —murmuré, y solté un suspiro—. ¿Cuánto hace que salimos de Londres? ¿Una semana? Parece que haya pasado una eternidad.

—Sólo seis días.

—Ojalá pudiera ir a Londres. Pero, con este tiempo, incluso un mensaje tardaría días en llegar. ¡Maldita nieve! ¿Es que no va a parar nunca?

—No parece.



Instantes después, Mark se acostó en su pequeño catre con ruedas y se metió con él debajo de mi cama. Yo me quedé sentado en el sillón, con los ojos clavados en el fuego. A través de la ventana, que empezaba a cubrirse de hielo una noche más, oí las campanadas que llamaban a completas. Ocurriera lo que ocurriese, por terribles que fueran los acontecimientos, los oficios se sucedían inexorablemente.

Pensé en lord Cromwell, que esperaba respuestas en Londres. Procuraría mandarle un mensaje cuanto antes, aunque no fuera más que para decirle que, en lugar de respuestas, tenía otros dos asesinatos que resolver. Me imaginé su expresión colérica, sus juramentos, sus renovadas dudas sobre mi lealtad. No obstante, si Copynger confirmaba las ventas de tierras, podría detener al hermano Edwig por fraude. Me vi interrogando al tesorero, cargado de cadenas en alguna oscura mazmorra de Scarnsea, y descubrí que la idea me agradaba. Turbado, me dije que la antipatía hacia un hombre y la perspectiva de ejercer el poder sobre él lleva a la mente por caminos torcidos. Embargado por el sentimiento de culpa, volví a pensar en Mark y Alice. ¿Hasta qué punto eran puros mis motivos en lo tocante a su relación? Todo lo que le había dicho a Mark sobre las diferencias de posición que lo separaban de la muchacha y sobre el deber de prosperar que tenía hacia su familia era cierto. No obstante, sabía que el gusano de los celos me roía por dentro. Volví a verlos abrazándose en la cocina y cerré los ojos con fuerza; poco a poco, en el fondo de mi mente, la imagen fue transformándose en otra muy distinta: la de Alice

abrazándome a mí. En medio de mis cavilaciones, oía la pausada respiración de Mark, que dormía profundamente.

Recé para que Dios guiara mis acciones por un camino recto y justo; el camino que habría seguido Cristo. Luego debí de quedarme dormido, porque lo siguiente que recuerdo es que di un respingo en el sillón y vi que los troncos se habían consumido. Debían de haber pasado horas; me dolía la espalda y estaba aterido. Me levanté del sillón, me desnudé y me dejé caer en la cama.



Me dormí enseguida, y cuando me desperté, a la mañana siguiente, estaba más descansado que ningún otro día de aquella semana. La infusión del hermano Guy hacía su efecto. Después de desayunar, escribí una carta al juez Copynger y se la entregué a Mark.

—Llévasela de inmediato y pregúntale si podría enviarme la respuesta mañana.

—Creía que queríais verlo personalmente.

—Quiero ir a la marisma antes de que el tiempo empeore —respondí mirando al cielo, que un día más estaba cubierto de negros nubarrones—. Dile al abad que no limpien la tumba de Singleton hasta que hayas regresado. ¿Está todo dispuesto para drenar el estanque?

—Hay un pozo al que pueden desviar las aguas sucias. Al parecer, quitan el limo cada diez años, más o menos.

—¿Cuándo lo hicieron por última vez?

—Hace tres.

—Así que el cuerpo habría seguido hundido en el cieno unos cuantos años más..., aunque no eternamente.

—Puede que el asesino necesitara deshacerse de él de inmediato.

—Sí. Y resultaría difícil que el cadáver volviera a salir.

—Ya no hace falta que registremos la iglesia.

—No, de momento drenaremos el estanque. Vas a tener un día muy ajetreado —añadí tratando de ser amable; pero tuve la sensación de que mi esfuerzo conseguía justo el efecto contrario al que pretendía.

—Sí, señor —murmuró Mark con frialdad antes de abandonar la habitación.

Leí otro fajo de correspondencia rutinaria que me había entregado el mayordomo del abad y fui en busca de Alice. La idea de volver a verla me producía una mezcla de nerviosismo y excitación más propia de un jovenzuelo que de alguien como yo. El hermano Guy me dijo que la muchacha se encontraba colgando hierbas en el secadero, pero que enseguida estaría libre, de modo que salí al patio para echarle un vistazo al cielo. Las nubes estaban altas, y aunque el frío me hizo tiritar, no presagiaban una nevada inminente.

De pronto oí voces destempladas. Desvié la mirada hacia el portón y vi a dos

figuras que forcejeaban, una vestida de negro y otra de blanco. Eché a correr hacia ellas. El prior Mortimus zarandeaba a Jerome, que tenía un brazo levantado para impedir que le quitara un papel. A pesar de sus achaques, el cartujo se defendía con vigor. Junto a ellos, Bugge sujetaba a un rapaz por el cuello de la camisa.

—¡Dame eso, hijo de mala madre! —farfulló el prior. Jerome intentó meterse el papel en la boca, pero el prior le puso una zancadilla, haciéndolo caer de espaldas sobre la nieve. Sin darle tiempo a reaccionar, se inclinó hacia él, le arrancó el papel de la mano y volvió a erguirse respirando pesadamente.

—¿Qué es este escándalo? —le pregunté.

Antes de que el prior pudiera responder, Jerome se incorporó sobre un codo y le lanzó un escupitajo, que aterrizó en su hábito. Mortimus profirió una exclamación de asco y le propinó una patada en las costillas. El anciano soltó un grito y volvió a derrumbarse sobre la sucia nieve.

—¿Os dais cuenta, comisionado? ¡Lo he sorprendido intentando pasar subrepticamente esta carta!

Cogí el pliego de papel y leí el nombre del destinatario.

—¡Va dirigida a sir Thomas Seymour!

—¿No es uno de los consejeros del rey?

—En efecto, y hermano de la difunta reina.

Me volví hacia el cartujo, que nos miraba desde el suelo con la ferocidad de un animal salvaje, y abrí el pliego. En cuanto empecé a leer, un escalofrío me recorrió la espina dorsal. El cartujo llamaba a Seymour «primo», le hablaba de su encierro en un monasterio corrupto en el que habían asesinado a un comisionado del rey y anunciaba que quería contarle una historia sobre las felonías de lord Cromwell. A continuación, relataba su encuentro en prisión con Mark Smeaton y persistía en afirmar que Cromwell había torturado al músico.

Ahora estoy confinado aquí por otro comisionado de Cromwell, un jorobado de cara agria. Os cuento esta historia con la esperanza de que podáis utilizarla contra Cromwell, ese instrumento del Anticristo. El pueblo lo odia y aún lo odiará más cuando se sepa esto.

—¿Cómo ha conseguido salir? —le pregunté al prior haciendo un rebujo con la carta.

—Ha desaparecido después de prima, e inmediatamente me he puesto a buscarlo. Entretanto, este muchacho del hospicio se ha presentado ante nuestro buen Bugge diciendo que venía a recoger un mensaje de un monje. A Bugge le ha parecido sospechoso y no lo ha dejado entrar.

El portero asintió satisfecho y aferró con más fuerza al huérfano, que había dejado de forcejear y miraba al cartujo con los ojos desorbitados por el terror.

—¿Quién te ha enviado? —le pregunté.

—Un criado trajo una nota, señor —contestó el chico con voz temblorosa—. En ella me pedían que viniera a recoger una carta para el correo de Londres.

—Llevaba esto encima —dijo Bugge abriendo la mano libre y enseñándonos un anillo de oro.

—¿Es vuestro? —le pregunté a Jerome, pero el cartujo miró a otro lado—. ¿Qué criado te lo dio, muchacho? Contesta, estás metido en un buen lío.

—El señor Grindstaff, señor, de la cocina. El anillo era para pagarme a mí y al cochero del correo.

—¡Grindstaff! —rezongó el prior—. Es quien lleva la comida a Jerome. Siempre se ha opuesto a los cambios. Lo pondré de patitas en la calle esta misma noche, a no ser que queráis tomar medidas más severas, comisionado...

Negué con la cabeza.

—Aseguraos de que Jerome permanece cerrado con llave en su celda las veinticuatro horas del día. No debisteis dejarlo salir para asistir a los oficios. Ya veis el resultado —dije, y me volví hacia Bugge—. Deja que el chico se vaya.

El portero arrastró al huérfano hasta la entrada y lo arrojó al camino con un coscorrón.

—¡Y vos, levantaos! —le gritó el prior a Jerome.

El anciano intentó incorporarse, pero le fallaron las fuerzas.

—No puedo, bruto inhumano.

—Ayúdalo —le ordené a Bugge—. Y enciérralo en su celda.

El portero levantó al cartujo por las axilas y se lo llevó sin contemplaciones.

—¡Cromwell tiene muchos enemigos! —me gritó Jerome sobre el hombro de Bugge—. ¡Su justo final está cerca!

—¿Hay algún despacho en el que podamos hablar en privado? —le pregunté al prior.

Cruzamos el patio del claustro y entramos en una habitación en cuya chimenea ardía un buen fuego. Sobre un escritorio atestado de papeles había una jarra de vino; el prior se acercó y llenó dos copas.

—¿Es la primera vez que Jerome desaparece después de un oficio?

—Sí. Siempre está vigilado.

—¿Hay alguna posibilidad de que haya enviado otra carta antes de hoy?

—No, al menos desde que lo confinamos, el día de vuestra llegada. Pero antes... sí.

Asentí mordiéndome una uña.

—En adelante, debe permanecer vigilado constantemente. Esa carta es algo muy serio. Debería informar a lord Cromwell de inmediato.

El prior me lanzó una mirada calculadora.

—¿Mencionaréis que un monje leal al rey impidió que la carta saliera del monasterio?

—Ya veremos —respondí mirándolo con frialdad—. Hay otro asunto del que quería hablar con vos. Orphan Stonegarden.

El prior asintió lentamente.

—Sí, he oído que estabais haciendo preguntas.

—¿Y bien? Vuestro nombre ha sido mencionado.

—Los viejos célibes también sentimos deseos —respondió el prior encogiéndose de hombros—. Era una joven atractiva. No negaré que intenté acostarme con ella.

—¿Vos, que sois el responsable de mantener la disciplina en esta casa y que ayer mismo dijisteis que la disciplina es lo único que preserva al mundo del caos?...

El prior se removió incómodo en el sillón.

—Un revolcón con una buena hembra no puede compararse con las pasiones contra natura —respondió Mortimus con viveza—. No soy perfecto; nadie lo es, excepto los santos, y no todos.

—Muchos, señor prior, calificarían esas palabras de hipócritas.

—¡Vamos, comisionado! ¿Hay alguien que no sea hipócrita? Yo no le deseaba ningún mal a esa joven. Me rechazó de inmediato, y ese viejo sodomita de Alexander me denunció al abad. Luego me dio lástima verla rondando por el monasterio como un fantasma —añadió el prior en un tono más mesurado—. No obstante, jamás volví a hablar con ella.

—Que vos sepáis, ¿la tomó alguien por la fuerza? La señora Stumpe cree que fue así.

—No. —El rostro del prior se ensombreció—. Yo no lo habría permitido —aseguró, y soltó un largo suspiro—. Verla ayer fue terrible. La reconocí al instante.

—La señora Stumpe también —dije cruzándome de brazos—. Vuestros buenos sentimientos me asombran, hermano prior. No puedo creer que esté ante el mismo hombre que hace un momento le ha propinado una patada a un tullido.

—El hombre ocupa una posición difícil en el mundo, sobre todo si es un monje. Tiene obligaciones establecidas por Dios y fuertes tentaciones a las que resistirse. Las mujeres... son diferentes. Si se comportan, merecen vivir en paz. Orphan era una buena chica, no como la desvergonzada que trabaja ahora con el hermano Guy.

—He oído que a ella también le hicisteis proposiciones.

El prior guardó silencio durante unos instantes.

—Yo no acosé a Orphan, os lo aseguro. Cuando me rechazó, no insistí.

—Pero otros sí lo hicieron. El hermano Luke. —Hice una pausa—. Y el hermano Edwig.

—Sí. El hermano Alexander también los denunció, aunque sus propios pecados, mucho más graves, acabarían desenmascarándolo —añadió con malicia—. El abad se encargó del hermano Luke y le dijo al hermano Edwig que la dejara en paz. Igual que a mí. No suele darme órdenes, pero esa vez lo hizo.

—Se comenta que el hermano Edwig y vos sois quienes lleváis las riendas del monasterio...

—Alguien debe hacerlo. Al abad Fabián siempre le ha interesado más cazar con la aristocracia local. Nos ocupamos de las pesadas rutinas que mantienen el monasterio en pie. —Me pregunté si convenía mencionar los asuntos económicos, o la venta de tierras en general, para ver cómo reaccionaba. Pero no, no debía poner sobre aviso a ninguno de ellos hasta tener las pruebas en la mano—. Yo nunca creí

que hubiera robado los cálices y huido del monasterio —murmuró el prior.

—Sin embargo, es lo que le dijisteis a la señora Stumpe...

—Era lo que parecía, y lo que el abad Fabián nos indicó que dijéramos. Espero que encontréis pronto a quien la mató —añadió el prior muy serio—. Cuando lo hagáis, no me importaría que me dejarais solo con él cinco minutos.

Observé el rostro del prior, lleno de santa indignación.

—Estoy seguro de que os encantaría —respondí con frialdad—. Y ahora, debéis disculparme; llego tarde a una cita.



Alice me esperaba en la cocina de la enfermería, con una vieja capa de lana al brazo y unos zapatos cubiertos con gruesas fundas de cuero.

—Necesitas algo de más abrigo —le dije—. Ahí fuera hace un frío terrible.

—Con esto tengo bastante —respondió la joven echándose la capa sobre los hombros—. Era de mi madre, la abrigó durante treinta inviernos.

Nos dirigimos hacia la puerta del muro posterior por el mismo sendero que habíamos tomado Mark y yo el día anterior. Me desconcertó comprobar que la muchacha me sacaba tres dedos de altura. Debido a la joroba, muchos hombres me sacan eso y más, pero no suelo encontrar mujeres más altas que yo. Me puse a pensar en lo que podía habernos atraído de Alice tanto a Mark como a mí, pues la joven, pálida y seria, no era una belleza, en el sentido convencional. Sin embargo, a mí nunca me han gustado las rubias coquetas; siempre me ha interesado más la chispa que salta del enfrentamiento entre dos caracteres fuertes. Al pensar en ello, el corazón volvió a palpitarme con fuerza.

Pasamos junto a la tumba de Singleton, cuyo oscuro lomo seguía contrastando con la blancura circundante. Alice se mostraba tan distante y poco comunicativa como Mark. Tener que enfrentarme de nuevo a aquella muda insolencia me irritó, y me pregunté si se trataría de una táctica concertada, o de una actitud que cada uno había adoptado por su cuenta. Después de todo, no hay tantas formas de demostrar descontento a quienes están por encima de nosotros.

Mientras cruzábamos la huerta, donde una bandada de cuervos graznaba en las ramas de los árboles, traté de entablar conversación preguntándole cómo es que conocía tan bien la marisma.

—Cuando era pequeña, en la casita de al lado vivían dos hermanos de mi edad, Noel y James. Solíamos jugar juntos. Su familia se había dedicado a la pesca durante generaciones y ellos conocían todos los senderos de la marisma y las señales que permitían orientarse y pisar terreno firme. Su padre era contrabandista, además de pescador. Ya están muertos; su barco desapareció durante una tempestad hace cinco años.

—Lo siento.

—Son gajes del oficio —murmuró Alice, y se volvió hacia mí con una chispa de animación en los ojos—. Si la gente manda tejidos a Francia a cambio de vino, es porque son pobres.

—No tengo intención de acusarlos, Alice. Simplemente, me pregunto si ciertas sumas de dinero obtenido fraudulentamente, y quizá también la reliquia robada, podrían haber salido del monasterio de ese modo.

Llegamos frente al estanque. A cierta distancia, varios criados se afanaban en torno a una esclusa del riachuelo siguiendo las indicaciones de un monje. El nivel del agua del estanque había bajado perceptiblemente.

—El hermano Guy me ha contado lo de esa pobre chica —dijo Alice arrebujándose en la capa—. Me ha explicado que hacía el mismo trabajo que yo.

—Sí, así es. Pero la pobre no tenía más amigos que Simon Whelplay. Tú tienes quien te proteja. —Vi la angustia en sus ojos y le sonreí tranquilizadamente—. Ven, ahí está la puerta. Tengo una llave.

Salimos al exterior y volví a contemplar la blanca extensión de la marisma, la lejana franja del río y, a medio camino, el montículo con las ruinas de la iglesia primitiva.

—La primera vez que vine casi me hundí en el lodo —le expliqué—. ¿Estás segura de que hay un camino practicable? No sé cómo vas a orientarte estando todo cubierto de nieve.

—¿Veis esos cañaverales? —me preguntó Alice señalando hacia la marisma—. Es cuestión de localizar los adecuados y mantenerse a la distancia exacta de ellos. No todo es ciénaga; hay zonas de terreno firme, y los cañaverales hacen las veces de mojones. —La muchacha cruzó el camino y pisó fuera de él con precaución—. Hay zonas que sólo están heladas; debéis tener cuidado de no pisar en ellas.

—Lo sé. Eso es lo que me ocurrió la otra vez —respondí sonriendo con nerviosismo desde el borde del camino—. La vida de un comisionado del rey está en tus manos.

—Tendré cuidado, señor.

La joven inspeccionó el camino en ambas direcciones y, tras decirme que caminara exactamente sobre sus pasos, empezó a avanzar por la marisma.



Alice caminaba despacio y con seguridad, deteniéndose de vez en cuando para orientarse. Confieso que al principio tenía el corazón en un puño y volvía la cabeza constantemente, consciente de que cada vez estábamos más lejos de la muralla del monasterio y de que sería imposible recibir ayuda si nos hundíamos en el lodo. Pero Alice parecía saber lo que hacía. Yo iba pisando sobre sus huellas; unas veces el suelo era firme, pero otras un agua negra y aceitosa llenaba las depresiones que formaban sus pisadas. No parecía que avanzáramos, pero al levantar la cabeza vi con sorpresa

que casi habíamos llegado al montículo. Las ruinas de la iglesia estaban a unas cincuenta varas.

—Tenemos que subir al montículo —dijo Alice deteniéndose—. Al otro lado, hay un sendero que baja hasta el río. Esa zona es más peligrosa.

—Bueno, de momento, subamos.

Instantes después pisábamos terreno firme. El islote sólo estaba unos pies por encima del nivel del lodo, pero desde él se divisaban con claridad tanto el monasterio, a nuestras espaldas, como el río, manso y gris frente a nosotros. El mar cerraba el horizonte, y una brisa helada llenaba el aire de olor a sal.

—Así que éste es el camino que utilizan los contrabandistas...

—Sí, señor. Hace unos años, los recaudadores de impuestos de Rye persiguieron a un grupo de ellos hasta la marisma y se perdieron. Dos de los hombres se hundieron en cuestión de segundos y desaparecieron sin dejar rastro.

Seguí su mirada por la blanca extensión de la marisma y me estremecí. Luego eché un vistazo a mi alrededor; el montículo era más pequeño de lo que había supuesto y las ruinas, poco más que unos cuantos montones de piedras. En una zona del edificio que estaba algo más entera, vi los restos de una hoguera: un corro de terreno despejado y cubierto de cenizas en medio de la nieve.

—Alguien ha estado aquí hace muy poco —dije removiendo las cenizas con el bastón y mirando a mi alrededor, con la absurda esperanza de descubrir el escondite de la reliquia o de un cofre lleno de oro; por supuesto, no había nada. Alice me observaba en silencio. Volví a su lado y contemplé el paisaje que se desplegaba ante nosotros—. La vida de los primeros monjes debía de ser muy dura. Me pregunto por qué se instalarían aquí; por seguridad, tal vez.

—Dicen que la marisma ha ido creciendo a medida que el río llenaba de limo la desembocadura. Puede que en aquella época esto no fuera marisma, sino sólo un punto cercano al río —apuntó Alice, que no obstante parecía poco interesada en el tema.

—Este paisaje merece ser pintado. Yo pinto, ¿sabes? Cuando tengo tiempo...

—Las únicas pinturas que he visto son las de los vitrales de la iglesia. Los colores son bonitos, pero las figuras no me parecen muy reales.

Asentí.

—Eso es porque no guardan las proporciones, y porque carecen de perspectiva, sensación de distancia. Pero hoy en día los pintores tratan de representar las cosas tal como son, de mostrar la realidad.

—Comprendo, señor.

Su voz seguía siendo fría, distante. Limpié de nieve un viejo sillar y me senté.

—Alice, me gustaría hablar contigo. Sobre el señor Poer. —La chica me miró con aprensión—. Sé que se siente atraído hacia ti, y estoy convencido de que sus intenciones son honestas.

—Entonces, señor —dijo Alice animándose de inmediato—, ¿por qué le habéis

prohibido que me vea?

—El padre de Mark es el administrador de la granja de mi padre. No es que mi padre sea rico, pero yo he tenido la suerte de abrirme camino en el mundo de la justicia y entrar al servicio de lord Cromwell. —Creía que la impresionaría, pero su rostro permaneció inmutable—. Mi padre dio su palabra al de Mark de que yo intentaría situar al muchacho en Londres. Y así lo hice; aunque no todo fue mérito mío. Su buena cabeza y su excelente educación hicieron su parte. —Tosí con delicadeza—. Desgraciadamente, tuvo un tropiezo y perdió el puesto...

—Sé lo de la dama de la reina, señor. Mark me lo ha contado todo.

—¿De veras? Entonces comprenderás, Alice, que esta misión es su última oportunidad de recuperar el favor de lord Cromwell. Si lo consigue, podría progresar, labrarse un futuro de bienestar y seguridad; pero debería encontrar una esposa de su rango. Alice, eres una joven estupenda. Si fueras la hija de un comerciante de Londres..., sería otra cosa. En ese caso, no sólo te pretendería Mark; yo también lo haría. —No era eso lo que intentaba decir, pero la fuerza de los sentimientos me llevó a expresarme así. Alice frunció el semblante y me miró con perplejidad. ¿Aún no lo había comprendido? Respiré hondo—. En definitiva, si Mark quiere progresar, no puede dedicarse a cortejar a una criada. Es duro, pero así es como funciona la sociedad.

—La sociedad es injusta —replicó Alice con súbita y fría cólera—. Hace mucho tiempo que lo pienso.

—Es el mundo que Dios creó para nosotros —respondí poniéndome en pie—. Y nos guste o no, tenemos que vivir en él. ¿Serías capaz de retener a Mark, de impedir que prosperara? Si le das alas, eso es lo que ocurrirá.

—Nunca haría nada que lo perjudicara —replicó Alice con vehemencia—. Nunca haría nada que fuera contra sus deseos.

—Pero puede ser que sus deseos lo perjudiquen.

—Eso debe decidirlo él.

—¿Arruinarías su futuro? ¿Lo harías?

La joven me observó atentamente, tanto que me sentí incómodo como jamás me había sentido ante la mirada de una mujer. Al cabo, soltó un profundo suspiro.

—A veces creo que estoy condenada a perder a todos aquellos a quienes amo. Puede que sea el sino de las criadas —añadió con amargura.

—Mark dijo que tenías un novio, un leñador que murió en un accidente.

—Si no hubiera muerto, ahora viviría tranquilamente en Scarnsea, porque hoy en día los terratenientes no hacen otra cosa que talar bosques. Y, en cambio, aquí estoy.

Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero se los secó con rabia. Me habría gustado estrecharla contra mi pecho y consolarla, pero sabía que no eran mis brazos los que quería.

—Lo siento. A veces es inevitable perder a aquellos a los que amamos. Alice, es posible que el monasterio tenga los días contados. ¿Y si intentara encontrarte un

trabajo en la ciudad por medio del juez Copynger? Tal vez lo vea mañana. No deberías seguir en un lugar donde están ocurriendo cosas tan terribles.

Alice se enjugó las lágrimas y me miró de un modo extraño, lleno de sentimiento.

—Sí, aquí he visto hasta dónde puede llegar la violencia de los hombres. Es espantoso.

Mientras escribo, vuelvo a ver aquella mirada, y me estremezco al recordar lo que estaba por venir.

—Permíteme que te ayude a dejar todo esto atrás.

—Tal vez lo haga, señor, aunque no me gustaría estar en deuda con ese hombre.

—Lo comprendo. Pero te lo repito: el mundo es así.

—Ahora tengo miedo. Incluso Mark lo tiene.

—Sí. Yo también.

—Señor, el hermano Guy me ha dicho que encontrasteis otras cosas en el estanque, además del cuerpo de la muchacha. ¿Puedo preguntaros qué?

—Sólo un hábito, que parece no ser la pista que creía, y una espada. Voy a ordenar que vacíen el estanque para ver si encontramos algo más.

—¿Una espada?

—Sí. Creo que se trata del arma que acabó con la vida del comisionado Singleton. La marca del armero podría permitirme seguirle el rastro, pero para eso debería ir a Londres.

—No os vayáis, señor, os lo suplico —me pidió Alice con inesperada vehemencia—. No nos dejéis solos. Señor, os pido perdón si he sido irrespetuosa con vos, pero, por favor, no os vayáis. Vuestra presencia aquí es mi única protección.

—Me temo que exageras mi poder —murmuré apesadumbrado—. No pude salvar a Simon Whelplay. No obstante, no podría llegar a Londres en menos de una semana, y no dispongo de tanto tiempo. —El alivio suavizó el rostro de Alice. Me aventuré a acercarme a ella y darle una palmada en el brazo—. Me conmueve que tengas tanta confianza en mí.

Alice retiró el brazo, pero me sonrió.

—Puede que vos tengáis poca en vos mismo, señor. Tal vez en otras circunstancias, sin Mark...

Su voz se apagó a media frase, y Alice bajó la cabeza recatadamente. Confieso que el corazón me daba brincos en el pecho.

—Creo que deberíamos volver, en lugar de intentar llegar al río —dije tras unos instantes de silencio—. Estoy esperando un mensaje del juez. Haré algo por ti, Alice, te lo prometo. Y... gracias por tus palabras.

—No, gracias a vos por vuestra ayuda.

Alice esbozó una rápida sonrisa, dio media vuelta y emprendió el camino hacia el monasterio.

El viaje de regreso fue más rápido, pues sólo teníamos que volver sobre nuestros pasos. Mientras seguía a Alice, no podía apartar los ojos de su nuca, y hubo un

momento en que estuve a punto de estirar la mano y tocarla. Estaba claro que los monjes no eran los únicos capaces de hacer el ridículo y comportarse como unos hipócritas.

De pronto, la vergüenza se apoderó de mí, y apenas dijimos nada durante todo el camino de vuelta. Pero al menos el silencio parecía más cálido que a la ida.

Cuando llegamos a la enfermería, Alice dijo que debía volver al trabajo y me dejó. El hermano Guy estaba vendándole la pierna al monje grueso. Al verme, alzó la cabeza hacia mí.

—¿Ya de vuelta? —me preguntó—. Parecéis helado.

—Y lo estoy. Alice me ha sido de gran ayuda; os lo agradezco a los dos.

—¿Qué tal dormís ahora?

—Mucho mejor, gracias a vuestra milagrosa poción. ¿Habéis visto a Mark?

—Ha pasado hace un momento por aquí. Iba a vuestra habitación. ¡Seguid tomando la poción durante unos días! —me recomendó el enfermero mientras yo abandonaba la sala preguntándome si debía hablarle a Mark de mi conversación con Alice.

Llegué a la habitación y abrí la puerta.

—Mark, he estado en..., —empecé a decir mirando a mi alrededor.

La habitación estaba vacía. Pero, de pronto, oí una voz, una voz que parecía surgir de la nada.

—¡Señor! ¡Ayudadme!

Capítulo 24

—¡SOCORRO!

En la apagada voz de Mark, que en mi confusión me parecía surgida del vacío, había un tono de pánico.

Al cabo de un momento, advertí que el aparador estaba ligeramente separado de la pared. Miré detrás y vi una puerta falsa en el revestimiento de madera. Tiré con fuerza del pesado mueble hasta que conseguí apartarlo un poco más.

—¡Mark! ¿Estás ahí?

—¡Me he quedado encerrado! ¡Abridme, señor! ¡Deprisa, podría volver en cualquier momento!

Accioné el viejo y roñoso picaporte, se oyó un clic y la portezuela se abrió, dejando pasar una ráfaga de aire húmedo. Mark salió disparado de la oscuridad, con el pelo revuelto y cubierto de polvo. Miré hacia la negrura y luego me volví hacia él.

—¡Por las llagas de Cristo! ¿Qué ha pasado? ¿Quién podría volver?

—Después de entrar ahí —dijo Mark entre jadeo y jadeo—, he cerrado la puerta, sin darme cuenta de que no se podía abrir desde dentro. Me he quedado atrapado. La portezuela tiene una mirilla; alguien ha estado espiándonos.

—Cuéntame lo que ha ocurrido, desde el principio.

«Al menos, con el susto se ha olvidado del enfado», me dije.

—Cuando os habéis marchado, he ido a hablar con el prior para que vaciaran el estanque —dijo Mark sentándose en la cama—. Ya lo están drenando.

—Sí, ya lo he visto.

—Luego, he vuelto aquí para coger las fundas de los zapatos y, cuando me las estaba poniendo, he vuelto a oír ruidos. Ya sabía yo que no eran imaginaciones mías —añadió lanzándome una mirada de reproche.

—Tu oído funciona mejor que tu cabeza. ¿A quién se le ocurre encerrarse ahí dentro? Continúa.

—Los ruidos parecían venir del aparador, como las otras veces. Se me ha ocurrido moverlo para ver lo que había detrás y he descubierto esa portezuela. He cogido una vela, he entrado y he visto el pasadizo. Luego he cerrado la puerta por si entraba alguien en la habitación y, al hacerlo, la corriente ha apagado la vela. Entonces, me he puesto a empujar la portezuela con el hombro, pero no había manera de abrirla. La verdad es que me he asustado —admitió Mark sonrojándose—. Tenía que haber cogido la espada... Luego he distinguido en la oscuridad el punto de luz de una mirilla, un agujerito practicado en el panel de madera —dijo Mark señalando un punto de la pared.

Me levanté y lo inspeccioné. Desde dentro de la habitación, parecía un agujero dejado por un clavo.

—¿Cuánto rato llevabas encerrado?

—No mucho. Gracias a Dios que habéis vuelto enseguida. ¿Habéis ido a la marisma?

—Sí. Los contrabandistas han estado allí hace poco; hemos visto restos de un fuego. He tenido una charla con Alice; luego hablaremos —dije encendiendo dos velas en la chimenea y tendiéndole una a él—. ¿Qué, le echamos un vistazo a ese pasadizo?

Mark soltó un suspiro.

—Sí, señor.

Tras cerrar con llave la puerta de la habitación, nos deslizamos detrás del aparador y abrimos la portezuela. Ante nosotros se extendía un oscuro y estrecho corredor.

—El hermano Guy me explicó que había un pasadizo que conectaba la enfermería con la cocina —dije recordando mi conversación con el enfermero—. Al parecer, fue condenado en la época en que la peste asoló la zona.

—Éste ha sido utilizado recientemente.

—Sí. —Desde dentro, pude ver el punto de luz en el revestimiento de madera—. Se ve toda la habitación. Parece que lo han hecho hace poco.

—El hermano Guy fue quien nos ofreció esta habitación.

—Sí. Una habitación en la que cualquiera podía espiarnos y oírnos. —Me volví hacia la portezuela. El picaporte sólo permitía abrirla desde la habitación—. Esta vez tomaremos precauciones —dije, entornándola y colocando mi pañuelo entre la hoja y el marco para impedir que se cerrara.

Avanzamos por el pasadizo, que discurría paralelo al muro de la enfermería. Una de las paredes estaba formada por los paneles de madera de las habitaciones y la otra, por el húmedo muro de piedra de los edificios claustrales, en el que se veían roñosas anillas colocadas a intervalos regulares para sujetar antorchas. Era evidente que no se utilizaba desde hacía mucho tiempo; apestaba a humedad y las juntas de los sillares estaban cubiertas de extraños hongos bulbosos. Tras un corto tramo, el pasadizo torcía en ángulo recto y, unos pasos más adelante, desembocaba en una cámara. Entramos en ella y la examinamos a la luz de las velas.

Se trataba de una mazmorra cuadrada y sin ventanas. En la parte inferior de uno de los muros había varios juegos de viejos grilletes fijados a la roca y, en un rincón, un mohoso montón de trapos y tablas que en otro tiempo había sido un catre. Examiné los muros a la luz de la vela y vi que estaban cubiertos de inscripciones. Leí una frase profundamente grabada en la roca: «*Frater Petrus tristissimus. Anno 1339.*»

—El tristísimo hermano Pedro. Me pregunto quién sería.

—Aquí hay otra salida —dijo Mark, acercándose a una gruesa puerta de madera.

Me agaché y miré por la cerradura. No se veía luz. Pegué la oreja a la hoja, pero

no oí nada.

Giré la manivela lentamente y la puerta se abrió hacia el interior del calabozo sin hacer ruido; habían engrasado los goznes recientemente. Vimos la parte posterior de otro aparador, lo bastante separado de la pared para permitir el paso de un hombre. Nos deslizamos por la abertura y salimos a un pasillo con el suelo de losas de piedra. A escasa distancia había una puerta entreabierta tras la que se oían voces y el entrechocar de cacharros.

—Es el pasillo de la cocina —le susurré a Mark—. ¡Volvamos! ¡Rápido, antes de que nos vean!

Mark se deslizó detrás del aparador. Yo lo seguí y cerré la portezuela. En ese momento, la humedad del aire me provocó un ataque de tos. De pronto, una mano me tapó la boca y otra me agarró del hombro. Las velas estaban apagadas.

—Silencio, señor —me susurró Mark al oído—. Se acerca alguien.

Asentí, y Mark me soltó. Yo no oía nada; decididamente, el chico tenía oídos de murciélago. Un instante después, el resplandor de una vela iluminó un trozo de pared y una figura en hábito asomó al interior de la mazmorra; bajo la capucha, entrevi un rostro delgado y oscuro. La vela iluminó el rincón en el que nos encontrábamos, y el hermano Guy dio un respingo al vernos.

—¡Por Cristo Nuestro Señor! ¿Qué hacéis aquí?

—Lo mismo podríamos preguntaros nosotros, hermano —respondí avanzando hacia él—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? La puerta de nuestra habitación está cerrada con llave.

—La he abierto. Venía a deciros que el estanque ha sido vaciado. Al no recibir respuesta, he temido que os hubiera ocurrido algo y he decidido abrir con mi llave. Al entrar, he visto el aparador separado de la pared y la portezuela abierta.

—El señor Poer llevaba días oyendo ruidos al otro lado del muro, y esta mañana ha descubierto esa puerta falsa. Nos han estado espiando, hermano Guy. Nos habéis dado una habitación a la que se puede acceder a través de un pasadizo secreto. ¿Por qué? ¿Por qué no me dijisteis que había otro modo de llegar a la cocina desde la enfermería?

Mi tono era áspero. Había empezado a considerar al hermano Guy casi como un amigo en aquel lugar hostil. Me maldije por haber confiado en un hombre que, a fin de cuentas, seguía siendo un sospechoso.

El enfermero tensó el rostro. La luz de la vela arrojaba extrañas sombras sobre sus oscuras y finas facciones.

—Había olvidado que el pasadizo daba a vuestra habitación. Comisionado, este pasadizo no ha sido utilizado desde hace doscientos años.

—¡Alguien lo ha utilizado esta misma mañana! ¡Nos habéis dado la única habitación en cuya pared podía abrirse una mirilla!

—No es la única —respondió el hermano Guy con calma. Su mirada era serena y su mano sostenía la vela con firmeza—. ¿No os habéis fijado? El pasadizo discurre a

lo largo del revestimiento de madera de la enfermería, donde están las habitaciones.

—Pero la única habitación en la que hay una mirilla es la nuestra. ¿Es la que suelen utilizar los visitantes?

—Los que no se alojan en casa del prior. Por lo general, mensajeros, o los administradores de nuestras tierras cuando vienen a rendir cuentas.

—¿Y qué es este horrible lugar, por Dios santo? —le pregunté abarcando la lóbrega y húmeda mazmorra con un gesto de la mano.

El hermano Guy soltó un suspiro.

—Es el antiguo calabozo de los monjes. Casi todos los monasterios tienen uno; antaño, los abades solían encerrar a los hermanos que cometían algún pecado grave. Según la ley canónica, todavía pueden hacerlo, aunque no es habitual.

—No, no es un castigo para estos tiempos.

—Hace unos meses, el prior Mortimus preguntó si aún existía el antiguo calabozo, con intención de volver a utilizarlo para castigar a los monjes. Le dije que, por lo que yo sabía, aún existía. No había vuelto aquí desde que un viejo criado me trajo al poco de llegar. Creía que la puerta estaba condenada.

—Pues no lo está. Así que el prior Mortimus os preguntó por el calabozo...

—Sí. Creía que lo aprobaríais —dijo el enfermero en tono de reproche—. Tengo entendido que el vicario general quiere que nuestra vida sea lo más dura y penosa posible.

Dejé que transcurrieran unos instantes de silencio.

—Tened cuidado con lo que decís, hermano.

—Vivimos en un mundo lleno de nuevas maravillas, en el que el rey de Inglaterra cuelga a la gente por expresar su opinión. —El hermano Guy se esforzó por serenarse—. Lo siento. Pero aunque ayer habláramos libremente sobre los nuevos tiempos, doctor Shardlake, aquí todo el mundo siente el peso de la angustia y el miedo. Yo sólo quiero vivir en paz, comisionado. Como todos los hermanos.

—No todos, hermano Guy, no todos... Alguien pudo utilizar este pasadizo para llegar a la cocina, sin necesidad de llave, y asesinar al comisionado Singleton.

—Alice y yo nos pasamos toda la noche atendiendo al hermano James. Nadie pudo acceder al pasadizo sin que nosotros lo viéramos.

Le cogí la vela de la mano y le iluminé el rostro.

—Pero vos sí pudisteis hacerlo, hermano.

—Juro por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo que no lo hice —respondió el enfermero con firmeza—. Soy médico; he jurado salvar vidas, no quitarlas.

—¿Quién más conocía la existencia del pasadizo? Decís que el prior preguntó por él. ¿Cuándo?

El hermano Guy se pasó la mano por la frente.

—Durante una reunión de los obedienciaros. Además del prior y de mí, estaban el abad, los hermanos Edwig y Gabriel, el hermano Jude, el dispensero, y el hermano Hugh. Como de costumbre, el prior Mortimus habló de la necesidad de reforzar la

disciplina. Dijo que había oído hablar de una antigua celda que estaba detrás de la enfermería. Pero creo que no hablaba en serio.

—¿Quién más podría saberlo?

—Los novicios saben que en el monasterio hay una vieja mazmorra. Se les dice para asustarlos; pero no creo que nadie sepa dónde se encuentra. Yo mismo había olvidado la existencia del pasadizo. ¿Recordáis cuando me preguntasteis si existía otro modo de acceder a la cocina? Os dije que creía que estaba condenado desde hacía años.

—Entonces, hay otras personas que conocen su existencia... ¿Qué me decís de vuestro amigo, el hermano Jerome?

El enfermero me miró con perplejidad.

—¿Qué queréis decir? Jerome y yo no somos amigos.

—Ayer os vi ayudándole a pasar las hojas del libro del coro.

—Es mi hermano en Cristo, y un pobre tullido —respondió el enfermero moviendo la cabeza—. ¿Hemos llegado a tal punto que ayudar a un inválido a pasar las hojas de un libro es suficiente base para formular una acusación? Tenía otra opinión de vos, doctor Shardlake.

—Busco a un asesino —repliqué con viveza—. Todos los obedienciaros son sospechosos, incluido vos. Puede que las palabras del prior le refrescaran la memoria a alguno de los presentes en esa reunión y decidiera echar un vistazo al pasadizo.

—Tal vez.

—Salgamos de aquí —dije volviendo a pasear la mirada por el húmedo calabozo—. Este sitio me produce dolor de huesos.

Regresamos a la habitación en silencio. El hermano Guy salió del pasadizo en primer lugar, y yo, que lo seguía, me agaché para recoger mi pañuelo del suelo. Al hacerlo, vi algo que brillaba tenuemente a la luz de la vela y rasqué la losa de piedra con una uña.

—¿Qué es? —preguntó Mark. Me acerqué el dedo a la cara.

—Dios Misericordioso, así que esto es lo que hacía... —murmuré—. Sí, claro, la biblioteca...

—¿Qué queréis decir? —insistió Mark.

—Más tarde, más tarde... —respondí limpiándome con cuidado el dedo en la ropa—. Vamos, o se me helarán los huesos antes de que consiga sentarme ante un fuego. —Entramos en la habitación, y tras despedir al hermano Guy me acerqué a la chimenea para calentarme las manos—. ¡Dios santo, qué frío hace en ese pasadizo!

—Me ha sorprendido oír hablar al hermano Guy contra el vicario general.

—Ha hablado contra la política del rey; para cometer traición tendría que haber criticado al rey como cabeza de la Iglesia. En el calor de la discusión ha dicho lo que todos piensan aquí. —Solté un suspiro—. Hemos encontrado una pista..., pero conduce a otra persona.

—¿A quién?

Lo miré, complacido al comprobar que se le había olvidado el enfado.

—Más tarde. Vamos, debemos llegar al estanque antes de que empiecen a limpiarlo por su cuenta. Necesitamos comprobar si había algo más —dije, y eché a andar por el pasillo con la mente en ebullición.



Cruzamos la huerta y nos dirigimos hacia un grupo de criados armados con largas pértigas que esperaban junto al estanque. Los acompañaba el prior Mortimus, quien se volvió hacia nosotros.

—Hemos desviado las aguas de la cloaca y drenado el estanque, comisionado. Pero tendremos que devolverlas a su cauce lo antes posible si no queremos que el pozo rebose.

Asentí. Ahora el estanque era una amplia y profunda hondonada, con el fondo cubierto de un limo negruzco y trozos de hielo.

—¡Un chelín para el que encuentre algo ahí abajo! —les grité a los criados.

Dos de ellos se acercaron titubeando, descendieron al fondo del estanque y empezaron a remover el limo con las pértigas. Al cabo de un rato, uno profirió un grito y se volvió hacia nosotros levantando algo en la mano. Dos cálices dorados.

—Son los que creíamos que había robado Orphan... —murmuró el prior.

Tenía la esperanza de encontrar la reliquia; sin embargo, después de diez minutos de búsqueda, lo único que encontraron fue una vieja sandalia. Los criados salieron del estanque y el que había encontrado los cálices me los tendió. Le di su chelín y, al volverme, vi al prior, que miraba los cálices atentamente.

—Son éstos, no hay duda —aseguró, y soltó un resoplido—. Recordadlo, comisionado; si encontráis al hombre que mató a esa pobre muchacha, dejadme un rato a solas con él —masculló antes de dar media vuelta y desaparecer.

Miré a Mark y arqueé una ceja.

—¿Creéis que siente de verdad la muerte de esa pobre muchacha? —me preguntó.

—El corazón humano tiene profundidades insondables, Mark. Vamos, debemos ir a la iglesia.

Capítulo 25

CON LAS PIERNAS CANSADAS y la espalda dolorida, seguí a Mark hasta el patio del monasterio envidiando su agilidad. El muchacho caminaba con tal ligereza que levantaba copos de nieve a su paso. Cuando llegamos, tuve que hacer un alto para recobrar el aliento.

—La pista del pasadizo nos conduce una vez más al hermano Gabriel. Parece que, después de todo, nos está ocultando algo. Veamos si está en la iglesia. Cuando hable con él, quiero que te quedes donde no puedas oírnos. No preguntes por qué, existe una razón.

—Como queráis, señor.

Comprendí que mi reserva lo molestaba, pero era parte del plan que había elaborado. Lo que había descubierto en el pasadizo me había sorprendido, pero no podía evitar alegrarme de que, después de todo, mis sospechas sobre Gabriel no fueran infundadas. Realmente, las profundidades del corazón humano son tan extrañas como insondables.

El día aún estaba nublado y el interior de la iglesia permanecía en penumbra. Mientras avanzábamos por la nave, ni siquiera se oían murmullos de rezos procedentes de las capillas laterales; los monjes debían de estar disfrutando de un momento de asueto. Distinguí la figura del hermano Gabriel cerca del coro. Estaba dando indicaciones a un criado que limpiaba una placa metálica que había fijada al muro.

—Se está yendo el óxido. —Su profunda voz resonó por toda la nave—. La fórmula de Guy funciona.

—Hermano Gabriel... Parece que siempre estoy echando a vuestros criados —le dije—, pero debo hablar con vos una vez más.

El sacristán soltó un suspiro e indicó al criado que se marchara. Leí la inscripción latina escrita en una placa que había sobre la imagen de un monje en un ataúd.

—Así que el primer abad está sepultado ahí, en el muro...

—Sí. Ese grabado es excepcional —dijo el sacristán lanzando una mirada a Mark, que se había quedado a cierta distancia, tal como le había ordenado—. Por desgracia, la placa es de cobre —añadió volviéndose hacia mí—; pero el hermano Guy ha dado con una fórmula para limpiarla.

El sacristán, visiblemente nervioso, hablaba de manera atropellada.

—Sois un hombre muy ocupado, hermano Gabriel. Sois responsable de la dirección del coro y de la decoración de la iglesia... —Alcé la vista hacia la galería y vi la estatua de san Donato. Junto a ella, había un montón de herramientas y una

maraña de cuerdas de la que pendía el cajón de los canteros—. Veo que las obras no han avanzado. ¿Seguís negociando con el hermano Edwig?

—Sí. Pero supongo que no habéis venido a hablar de eso... —respondió el sacristán con irritación mal disimulada.

—No, hermano. Ayer os planteé una hipótesis que calificasteis como propia de un picapleitos. Era una acusación de asesinato. Dijisteis que estaba retorciendo mis argumentos y forzando mis conclusiones.

—Y lo mantengo. No soy un asesino.

—Sin embargo, uno de los instintos que más desarrollados tenemos los picapleitos es el de saber cuándo nos están ocultando algo. Y rara vez nos equivocamos.

El sacristán me miró con inquietud, pero no dijo nada.

—Permitidme que os plantee otra hipótesis, una cadena de suposiciones, por así decirlo. Vos me corregiréis cada vez que me equivoque. ¿Os parece?

—No sé qué nuevo truco pretendéis utilizar conmigo.

—No es ningún truco, os lo prometo. Empezaré con una reunión de los obedienciaros que se celebró hace unos meses. El prior Mortimus mencionó el antiguo calabozo de los monjes y la existencia de un pasadizo que une la enfermería con la cocina.

—Sí..., sí, lo recuerdo.

Ahora el sacristán respiraba más deprisa y parpadeaba más a menudo.

—La cosa quedó ahí, pero eso os dio una idea. Fuisteis a la biblioteca, donde sabíais que se hallaban los viejos planos del monasterio. Yo mismo los vi cuando me enseñasteis la biblioteca y recuerdo lo nervioso que os pusisteis al ver que los ojeaba. Así pues, encontrasteis el pasadizo, entrasteis en él y practicasteis un agujero en la pared de la habitación que ocupamos. El cocinero me dijo que os vio merodeando por el pasillo de la cocina, donde, como ahora sé, está la puerta del pasadizo. —El sacristán tragó saliva—. ¿No me contradecís, hermano?

—No sé de qué estáis hablando...

—¿No? Mark llevaba varias mañanas oyendo ruidos. Yo me reía de él y le decía que eran ratones. Pero hoy se le ha ocurrido mirar detrás del aparador y ha descubierto la portezuela y la mirilla. Al principio he sospechado del enfermero..., hasta que he encontrado algo en el suelo, bajo la mirilla. Algo que brillaba. Y he comprendido que quien había estado observándonos no tenía intención de espiarnos. Su propósito era otro. —El hermano Gabriel emitió un gruñido que parecía salir de las profundidades de su ser y dejó caer los hombros como una marioneta a la que le aflojan las cuerdas—. Os gustan los jovencitos, hermano Gabriel. Vuestra afición debe de dominaros por completo si os hace llegar a esos extremos para ver a Mark Poer vistiéndose por las mañanas.

Noté que le fallaban las piernas y por un momento temí que fuera a desmayarse, pero apoyó una mano en el muro y consiguió rehacerse. Luego se volvió hacia mí, y

en un abrir y cerrar de ojos su rostro pasó de una palidez cadavérica a un rojo encendido.

—Es verdad —murmuró—. Que Dios me perdone.

—A fe que es un paseo extraño ir dando traspiés en la oscuridad por esa siniestra celda con el miembro erecto.

—Por favor..., por favor —suplicó el sacristán alzando una mano—, no se lo digáis al chico.

—Entonces —respondí dando un paso hacia él—, contadme todo lo que habéis estado ocultándome. Ese pasadizo secreto conduce a la cocina, donde asesinaron a mi predecesor.

—Yo no elegí ser así —susurró el sacristán con súbita vehemencia—. La belleza masculina me obsesiona desde que era niño, desde la primera vez que vi la imagen de san Sebastián. Se grabó en mi mente como los pechos de la estatua de santa Ágata se graban en la mente de otros chicos. Pero ellos tienen el matrimonio. Yo no. Vine aquí huyendo de la tentación.

—¿A un monasterio? —le pregunté con incredulidad.

—Sí —murmuró el sacristán, y soltó una risa amarga—. Hoy en día pocos jóvenes normales se ordenan. La mayoría de los novicios son pobres criaturas como Simon que no saben enfrentarse a la vida. No me sentía atraído hacia él, y mucho menos hacia el viejo Alexander. He pecado con otros hombres, pero muy pocas veces en los últimos años, y ninguna desde la visita. Con la ayuda de la oración y el trabajo, he conseguido controlarme. Pero a veces viene gente, trabajadores de nuestras tierras, o mensajeros, y cuando veo a algún joven hermoso que me inflama de deseo, no puedo resistirme.

—Y, por lo general, las visitas se alojan en nuestra habitación.

El hermano Gabriel agachó la cabeza.

—Cuando el prior mencionó el pasadizo, me pregunté si pasaría por detrás de la habitación de las visitas. Teníais razón; examiné los planos. Dios misericordioso, hice el agujero para ver los cuerpos desnudos. —Volvió a mirar a Mark, esta vez con una expresión de impotencia y cólera—. Luego llegasteis vos... con él. Tenía que verlo; es tan delicado, es como la culminación de... de mi búsqueda. Mi ideal —murmuró, y de pronto empezó a hablar atropelladamente, casi farfullando—: Entraba en el pasadizo cuando suponía que os estaríais levantando. Que Dios me perdone, pero estuve ayer mismo, y el día en que enterramos al pobre Simon. Y esta mañana he vuelto, no podía evitarlo... Oh, Señor, ¿en qué me he convertido? ¿Puede un hombre caer más bajo ante Dios? —se preguntó el sacristán llevándose un puño a la boca y mordiéndoselo hasta hacerse sangre.

En ese momento se me ocurrió pensar que también me habría visto a mí mientras me vestía, que habría visto mi joroba, de la que Mark siempre apartaba los ojos por delicadeza. No fue una idea agradable.

—Escuchadme, hermano —le dije inclinándome hacia él—. Aún no se lo he

contado a Mark. Pero quiero que me digáis todo lo que sabéis sobre los asesinatos, todo lo que habéis estado ocultándome.

El hermano Gabriel se quitó el puño de la boca y me miró con perplejidad.

—Pero, comisionado, no tengo nada más que contaros... Mi vergüenza era mi único secreto. El resto de lo que os he dicho es cierto; no sé nada sobre esos terribles hechos. No estaba espiando. La única razón por la que utilicé ese pasadizo fue para... para ver a los jóvenes que llegaban de visita. —El sacristán expulsó el aire de los pulmones con un estremecimiento—. Sólo quería verlos.

—¿Y no ocultáis nada más?

—Nada, lo juro. Si pudiera hacer algo para ayudaros a resolver esos horribles crímenes, por Dios que lo haría.

Abrumado por la vergüenza, el hermano Gabriel se derrumbó contra el muro, mientras yo sentía que la cólera se apoderaba de mí ante la evidencia de que, una vez más, la pista que seguía me había llevado a un callejón sin salida. Moví la cabeza y resoplé con irritación.

—A fe que me habéis hecho cavar, hermano Gabriel. Creía que erais vos el asesino.

—Señor, sé que deseáis obtener la cesión del monasterio. Pero, os lo suplico, no os sirváis para ello de mis faltas. No permitáis que mis pecados provoquen el final de San Donato.

—¡Por amor de Dios, no exageréis la importancia de vuestros pecados! Ese vicio solitario ni siquiera bastaría para justificar vuestro encausamiento. Si este monasterio se cierra, será por otras causas. Pero me asombra y me apena que alguien malgaste su vida en tan extraña idolatría. Sois uno de los hombres más dignos de lástima que conozco.

Avergonzado, el sacristán cerró los ojos. Luego los alzó hacia el cielo y empezó a mover los labios en una silenciosa plegaria. De pronto abrió la boca, y sus ojos, que seguían mirando al techo, se dilataron como si quisieran saltar de las órbitas. Perplejo, di un paso hacia él en el preciso instante en que lanzaba un grito y se arrojaba sobre mí con los brazos abiertos.

Lo que ocurrió a continuación está grabado en mi imaginación tan vívidamente que la pluma tiembla en mi mano mientras escribo. El sacristán embistió contra mí y caí al suelo de espaldas, con un golpe que me dejó sin aliento. Por un instante creí que había perdido la cabeza y quería matarme. Lo miré y vi que estaba de pie junto a mí, contemplándome con ojos de loco. De pronto surgió algo que bajaba hacia nosotros haciendo silbar el aire, una enorme figura de piedra que se desplomó en el lugar en que me encontraba momentos antes y aplastó a Gabriel contra las losas. Aún me parece oír el formidable estruendo de la piedra chocando contra el suelo y el horrible crujido de los huesos del sacristán.



Me incorporé sobre un codo y me quedé en el suelo, paralizado por el estupor, con la boca abierta y los ojos clavados en la estatua de san Donato, resquebrajada sobre el cadáver de Gabriel, del que sólo veía un brazo, en medio del charco de sangre que empezaba a extenderse por las losas. La cabeza del santo, que se había desprendido y yacía a mis pies, me miraba con una expresión compasiva, derramando lágrimas de pintura blanca.

De pronto, oí la voz de Mark, un grito como no había oído jamás.

—¡Apartaos del muro!

Alcé la vista. El pedestal de la estatua se tambaleaba al borde de la galería, a veinte varas por encima de mi cabeza. Apenas me dio tiempo a distinguir una figura encapuchada que se movía tras él. Gateé hacia Mark un segundo antes de que el bloque de piedra impactara en el sitio que acababa de abandonar. Pálido como la cera, Mark me agarró del brazo y me ayudó a levantarme.

—¡Allí arriba! —gritó.

Seguí su mirada. Una figura irreconocible corría por la galería en dirección al presbiterio.

—Me ha salvado la vida —murmuré mirando la estatua destrozada y el lago de sangre que seguía extendiéndose a su alrededor—. ¡Me ha salvado la vida!

—Señor —me urgió Mark en un susurro—. Lo tenemos. Está en la galería. Sólo puede bajar por las escaleras del cancel.

Traté de poner orden en el tumulto de mi mente y miré hacia las escaleras de ambos extremos del cancel.

—Sí, tienes razón. ¿Lo has reconocido?

—No. Sólo he visto que lleva hábito y la capucha puesta. Ha ido hacia la cabecera de la iglesia. Si subimos cada uno por una escalera, podemos cerrarle el paso. Lo tenemos, no hay otro modo de bajar. ¿Podéis hacerlo, señor?

—Sí. Ayúdame a levantarme.

Mark me ayudó a ponerme en pie y desenvainó la espada mientras yo aferraba el bastón y respiraba hondo para calmar mi agitado corazón.

—Subiremos al mismo tiempo y nos mantendremos el uno a la vista del otro.

Mark asintió y se dirigió hacia la escalera de la derecha. Yo aparté los ojos del cadáver y tomé la de la izquierda.

Subí despacio. El corazón me palpitaba de tal modo que notaba el golpeteo de la sangre en el cuello y veía luces blancas delante de mí. Me quité la pesada capa y la dejé en la escalera. El frío me caló hasta los huesos, pero necesitaba libertad de movimientos para enfrentarme a aquel lance.

Las escaleras subían hasta la estrecha galería que recorría el perímetro interior de la iglesia. El suelo era de rejilla de hierro y, a través de él, podía ver las velas titilando ante el altar mayor y las hornacinas de los santos, la estatua resquebrajada y el enorme charco escarlata de la sangre de Gabriel. La pasarela no tenía más de cuatro palmos de anchura, y lo único que me separaba del vacío era un pasamanos de hierro.

A unos pasos de donde me encontraba, las herramientas de los canteros formaban un desordenado montón junto a las cuerdas de las que pendía el cajón, sujetas al muro mediante gruesos roblones. Recorrí la galería con la mirada y maldije la falta de luz. Todas las ventanas estaban debajo de la pasarela, que permanecía envuelta en la penumbra. No podía verla en toda su extensión, pero sabía que había alguien delante de mí; no podía ser de otro modo. Empecé a avanzar con cautela, agachándome de vez en cuando para pasar bajo las cuerdas.

La galería estaba a la misma altura que la parte superior del cancel, que iba de un lado a otro de la nave. Tenía unos diez pies de anchura y soportaba las estatuas de san Juan Bautista, la Virgen y Nuestro Señor. Vistas desde abajo, parecían pequeñas, pero ahora que las tenía cerca advertí, a pesar de la penumbra, que eran de tamaño natural.

Con cuidado, agarrándome con fuerza al pasamanos, seguí avanzando por la galería y alejándome del cancel. La pasarela temblaba a mi paso y hubo un momento en que la barandilla se bamboleó bajo mi mano. Me dije que los canteros debían de utilizar la galería para trabajar, pero no pude evitar preguntarme si la caída de la estatua y el pedestal la habrían debilitado.

Al otro lado de la nave, distinguí a Mark, que avanzaba despacio procurando mantenerse a mi altura. Alzó la espada y yo le respondí haciendo lo propio con el bastón. Ahora el asesino estaba atrapado entre los dos. Aferré con fuerza el bastón. Habían empezado a temblarme las piernas, y las maldije entre dientes para que se estuvieran quietas.

Seguí caminando con paso decidido y los ojos clavados en la semioscuridad. Nada. Ningún ruido. Al acercarme a la cabecera de la iglesia, vi que la galería trazaba un semicírculo, y unos instantes después Mark y yo nos mirábamos boquiabiertos desde ambos extremos del presbiterio, separados unas veinte varas. Y, en medio, nada. Nadie.

—¡Ha venido hacia aquí! —me gritó Mark mirándome con incredulidad—. Lo he visto.

—Entonces, ¿dónde está? Yo no veo a nadie en esta parte de la iglesia. Debes de haberte confundido; habrá ido hacia el otro lado, hacia la puerta —dije volviéndome hacia el cancel y la oscuridad que envolvía el final de la galería.

—Juraría por mi vida que ha venido en esta dirección, lo juraría.

—De acuerdo —respondí, y respiré hondo—. No perdamos la calma. Si está en el otro extremo de la iglesia, todavía lo tenemos. Nadie ha bajado por las escaleras; lo habríamos oído. Volveremos atrás y llegaremos hasta el final de la galería.

—Tal vez deberíamos bajar. Uno de nosotros podría ir a buscar ayuda.

—No, al otro le resultaría difícil mantener vigiladas las dos escaleras. En un sitio tan grande como éste, nuestro hombre podría bajar y escabullirse.

Volvimos sobre nuestros pasos, una vez más en paralelo. Me dolían los ojos de tanto forzarlos para escrutar la penumbra. Al pasar junto al cancel y las estatuas, noté algo extraño, pero no caí en la cuenta hasta que me había alejado unos pasos. Había

visto las tres estatuas de costumbre, san Juan, Nuestro Señor y la Virgen. Pero había una cuarta.

En el preciso instante en que me detuve para dar media vuelta, algo silbó en el aire y chocó contra el muro muy cerca de mí. Una daga resonó contra el suelo de la pasarela y quedó a mis pies, al tiempo que me volvía comprendiendo que lo que había tomado por otra estatua era en realidad un hombre de carne y hueso en hábito de benedictino. En ese momento, una figura saltó a la galería por encima del pasamanos. Eché a correr hacia ella, pero el pie se me enganchó en la rejilla de la pasarela, y caí de bruces contra la barandilla. Por un segundo, me quedé asomado al vacío de cintura para arriba, mirando aterrorizado el suelo de la nave, pero conseguí echar el cuerpo atrás y apoyar los pies en la pasarela. La figura había desaparecido, pero sus pasos resonaban en la escalera.

—¡Mark! —grité—. ¡Por aquí! ¡Se escapa!

Mark estaba a cierta distancia de la escalera del otro lado y, cuando llegó a ella, el monje ya había acabado de bajar. Lo oí correr bajo mis pies, arrimado al muro, de forma que era imposible verlo. Bajé las escaleras tan rápido como pude y llegué a la nave al tiempo que Mark aparecía en el otro extremo del cancel. En la distancia, la puerta de la iglesia se cerró con un fuerte golpe.

—¡Estaba en lo alto del cancel, entre las estatuas! —le grité a Mark—. ¿Lo has reconocido? Ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

—No, señor, cuando he llegado a vuestra altura, él ya estaba abajo —contestó Mark alzando la vista hacia el cancel—. Debe de haberse deslizado entre las estatuas mientras subíamos. Hace falta tener sangre fría para quedarse ahí quieto, sin barandilla ni sitio al que agarrarse.

—Confiado en que, como buenos reformistas, evitaríamos mirar las estatuas. Nos ha burlado.

Examiné la daga, que había recogido del suelo de la galería. Era un arma de acero, puntiaguda y sin adornos. No nos proporcionaba ninguna pista. Pegué un puñetazo en el muro y sentí que una descarga de dolor me recorría el brazo.

—Pero, señor, ¿y Gabriel? Después de todo, ¿no creíais que era el asesino? ¿Qué visteis en el suelo del pasadizo?

—Estaba equivocado —respondí tras una vacilación—. Completamente equivocado. No tenía nada que ocultar. Y ahora alguien más ha muerto por mi culpa. A pesar de mis oraciones —murmuré mirando colérico hacia el techo—. Pero juro que será el último.

Capítulo 26

HABÍA HECHO LLAMAR a la iglesia a los cuatro obedienciaros que seguían con vida. El abad Fabián, el prior Mortimus, el hermano Edwig y el hermano Guy esperaban junto a nosotros a que los criados retiraran los restos de la estatua de encima del cadáver de Gabriel. Para mi sorpresa, descubrí que la impresión me había insensibilizado y podía contemplar la terrible escena con calma y observar las reacciones de los obedienciaros con frialdad. El hermano Guy y el prior Mortimus permanecían impassibles; el hermano Edwig tenía el rostro contraído en una mueca de repugnancia, y el abad Fabián tuvo que apartarse unos pasos para vomitar en el pasillo central.

Les ordené que me acompañaran al pequeño despacho de Gabriel, en cuyo interior la deteriorada estatua de la Virgen seguía melancólicamente apoyada contra la pared, rodeada de pilas de libros por copiar. Les pregunté dónde estaban los monjes una hora antes, en el momento en que había caído la estatua.

—Por todo el monasterio —respondió el prior—. Es la hora de descanso. Con este tiempo, la mayoría estarían en sus celdas.

—¿Y Jerome? ¿Sigue en la suya?

—Cerrado con llave desde ayer.

—¿Y vosotros cuatro? ¿Dónde os encontrabais?

El hermano Guy respondió que leyendo en su gabinete, solo; el prior Mortimus, en su despacho, también solo. El hermano Edwig dijo que sus dos ayudantes me confirmarían que se encontraba en la contaduría, y el abad, que estaba dando instrucciones a su mayordomo. Me senté y los observé con atención; no podía confiar ni siquiera en los que tenían coartada, pues podían convencer o amenazar a quienes estaban a sus órdenes para que mintieran. Lo mismo valía para las coartadas que los monjes se proporcionaran mutuamente. Podía interrogar a todos los monjes y criados del monasterio; pero ¿cuánto tardaría y de qué serviría? De pronto, sentí una enorme impotencia.

La voz del prior rompió el silencio.

—Entonces, ¿os salvó el hermano Gabriel?

—Así es.

—¿Por qué? —preguntó—. Con todo respeto, señor, ¿por qué iba a dar la vida por vos?

—Tal vez no sea tan sorprendente. Creo que se había convencido a sí mismo de que su vida tenía poco valor —respondí mirándolo con dureza.

—Entonces, espero que su acto le ayude ante Dios. Tenía muchos pecados que

expiar.

—Tal vez no fueran tan graves a los ojos de Dios.

Oímos unos débiles golpes en la puerta, y al cabo de un momento un monje asomó la cabeza con temor.

—Os ruego me perdonéis. Ha llegado una carta del juez Copynger para el comisionado. El mensajero dice que es urgente.

—Muy bien. Señores, permanezcan aquí por el momento. Vamos, Mark.



Mientras nos dirigíamos hacia la puerta de la iglesia, vimos que los criados habían retirado el cuerpo de Gabriel. Dos de ellos estaban limpiando la sangre, envueltos en el vapor del agua caliente que ascendía de las losas. Cuando abrimos la puerta, un mar de rostros clavaron la vista en nosotros; monjes y sirvientes murmuraban inquietos por cincuenta bocas de las que ascendían otras tantas nubes de vaho gris. Vi al hermano Athelstan, con los ojos brillantes de curiosidad, y al hermano Septimus, mirando a todas partes con cara de susto y retorciéndose las manos. Al vernos aparecer, el hermano Jude ordenó que nos abrieran paso. Avanzamos por el pasillo humano, siguiendo al monje que había venido a buscarnos.

Bugge nos esperaba ante el portón, con una carta en la mano.

—El mensajero ha dicho que era muy urgente, comisionado. Espero que me perdonéis la interrupción. ¿Es verdad que el hermano Gabriel ha muerto en la iglesia a consecuencia de un accidente?

—No, Bugge, no ha sido un accidente. Ha muerto para evitar que me asesinaran.

Cogí la carta y me alejé hasta el centro del patio. Después de lo ocurrido, me sentía más seguro lejos de las paredes altas.

—Dentro de una hora habrá corrido la voz por todo el monasterio —dijo Mark.

—Estupendo. Se acabaron los secretos. —Rompí el sello y leí la única hoja que contenía la carta mordiéndome el labio con impaciencia—. Copynger ha empezado a indagar. Ha citado a sir Edward y a otro terrateniente que aparecía mencionado en el libro azul. Le han enviado mensajes alegando que están aislados por la nieve en sus propiedades; pero, si los mensajeros han podido pasar, ellos también pueden hacerlo, así que les ha mandado otro requerimiento. Esto huele a táctica dilatoria. Esos dos tienen algo que esconder.

—Ya podéis enfrentaros al hermano Edwig.

—No quiero que esa escurridiza anguila vuelva a salirme con que sólo eran cálculos y presupuestos. Quiero ponerle delante pruebas sólidas. Pero no dispondré de ellas mañana, ni pasado, a este paso —dije doblando la carta—. ¿Quién podía saber que esta mañana íbamos a ir a la iglesia, Mark? Te lo he dicho cuando estábamos en el estanque, ¿lo recuerdas?

—El prior Mortimus estaba allí, pero no lo bastante cerca para oírlo.

—A lo mejor tiene el oído tan fino como tú... Es extraño, pues nadie sabía que íbamos a la iglesia. Eso suponiendo que quien intentó matarme nos estaba esperando, claro.

—Pero ¿cómo iba a saber ese alguien que os pararíais justo debajo de la estatua? —preguntó Mark tras pensar unos instantes.

—Es verdad. ¡Oh, Dios, no consigo pensar con claridad! —dije golpeándome la frente con los nudillos—. De acuerdo. ¿Y si nuestro asesino hubiera subido a la galería por otro motivo? ¿Y si simplemente decidió aprovechar la oportunidad que se le había presentado de librar al mundo de mí cuando me detuve debajo?

—¿Y con qué motivo iba a subir allí? Ni siquiera están trabajando en las reparaciones.

—¿Quién estará al corriente de las obras ahora que Gabriel ha muerto?

—El prior Mortimus es el responsable del día a día del monasterio.

—Creo que hablaré con él. —Hice una pausa mientras me guardaba la carta—. Pero antes, Mark, hay algo que debo decirte.

—¿Sí, señor?

Lo miré muy serio.

—En la carta sobre las ventas de tierras que llevaste a Copynger le pedía que averiguara si había algún barco que fuera a zarpar a Londres, pues con estas nieves me llevaría una semana cruzar el Weald. Ahora que conozco el contenido de la carta de Jerome, necesito ver a Cromwell. Pensé que podía haber algún barco, y así es. Zarpará con la marea vespertina con un cargamento de lúpulo. Debería llegar a Londres dentro de dos días y regresar al siguiente. Si el tiempo nos acompaña, sólo estaría fuera cuatro días. No puedo desaprovechar la ocasión. Pero quiero que tú te quedes aquí.

—¿Y es necesario que os vayáis ahora?

—Tengo que aprovechar esta oportunidad —dije caminando de un lado para otro. Recuerda que el rey no sabe lo que está ocurriendo aquí. Si Jerome consiguió enviar alguna otra carta y ha llegado a manos del rey, Cromwell podría estar en aprietos. No deseo marcharme, pero debo hacerlo. Y hay algo más. ¿Recuerdas la espada?

—¿La que saqué del estanque?

—Tenía la marca del armero. Las espadas como ésa sólo se hacen por encargo. Si consigo encontrar al armero, tal vez descubra para quién la hizo. Es la única pista que tenemos.

—También podemos interrogar al hermano Edwig cuando tengamos pruebas sobre las ventas de tierras.

—Sí. Pero no me imagino al tesorero trabajando con un cómplice. Es demasiado independiente.

—El hermano Guy pudo matar a Singleton —dijo Mark tras una vacilación—. Está delgado, pero es alto y fuerte.

—Pudo hacerlo, pero ¿por qué él?

—El pasadizo secreto, señor. Esa noche, pudo utilizarlo con toda facilidad para ir a la cocina. No necesitaba llave.

Volví a golpearme la frente con los nudillos.

—Cualquiera de ellos pudo hacerlo. Esa pista apunta en demasiadas direcciones. Necesito algo más, y espero encontrarlo en Londres. Pero quiero que tú te quedes aquí. Quiero que te mudes a casa del abad. Revisa las cartas y no pierdas detalle de nada de lo que ocurre.

Mark me lanzó una mirada de reproche.

—Me queréis lejos de Alice.

—Te quiero en lugar seguro, como el viejo Goodhops. Puedes ocupar su habitación; es un sitio muy adecuado para alguien de tu edad y tu situación. —Solté un suspiro—. Y, sí, preferiría que te mantuvieras alejado de Alice. He hablado con ella; le he dicho que vuestra relación podría perjudicar tu futuro.

—No teníais ningún derecho, señor —replicó Mark con súbita vehemencia—. El derecho a elegir mi camino es mío.

—No, Mark, no lo es. Tienes obligaciones, con tu familia y con tu propio futuro. Te ordeno que te mudes a casa del abad.

Vi hielo en los grandes ojos azules que habían cautivado al hermano Gabriel.

—Os he visto mirarla con lujuria —murmuró Mark despectivamente.

—Yo sé controlarme.

Mark me miró de arriba abajo.

—No tenéis más remedio.

Apreté los dientes.

—Debería lanzarte al camino de una patada en el culo. Ojalá no te necesitara aquí mientras estoy fuera, pero te necesito. Bueno, ¿vas a hacer lo que te he dicho?

—Haré todo lo que pueda para ayudaros a coger al hombre que ha matado a esas personas. Se merece la horca. Pero no os prometo nada sobre lo que haré después, aunque me repudiéis totalmente —dijo, y respiró hondo—. Tengo intención de pedirle a Alice Fewterer que se case conmigo.

—Entonces, sí, tal vez deba repudiarte —respondí con calma—. ¡Vive Dios que no lo haría por gusto, pero no puedo pedirle a lord Cromwell que readmita a un hombre casado con una criada! Eso es imposible.

Mark no respondió. En el fondo de mi corazón, sabía que, si ocurría lo peor, acabaría aceptándolo como pasante, a pesar de lo que acababa de decirme, y les encontraría una habitación en Londres para ellos dos. Pero no se lo pondría fácil. Le lancé una mirada tan acerada como la suya.

—Prepárame la bolsa —le ordené con sequedad—. Y ensilla a *Chancery*. Creo que el camino está lo bastante transitable para cabalgar hasta Scarnsea. Iré a hablar con el prior antes de partir —dije dando media vuelta y alejándome por el patio.

Me habría gustado que me acompañara a interrogar a Mortimus, pero, después de lo que acababa de ocurrir, estaríamos mejor separados.



En el despacho de Gabriel, los obedienciaros formaban un grupo patético, como pocas veces había visto. Me llamó la atención lo distantes que se mostraban entre ellos; el abad, con su altivez, cada vez más frágil; Guy, austero y solitario; el prior y el tesorero, los dos hombres que hacían funcionar el monasterio, y que, a pesar de ello, seguían sin parecerme amigos. Ésa era su fraternidad espiritual.

—Debo comunicaros, hermanos, que voy a ir a Londres. Tengo que informar a lord Cromwell. Estaré fuera unos cinco días, durante los cuales delego mis atribuciones en el señor Poer.

—¿Cómo vais a ir y volver en cinco días? —se asombró el prior—. Dicen que hay nieve de aquí a Bristol.

—Iré en barco.

—¿De qué tenéis que informar a lord Cromwell? —me preguntó el abad con inquietud.

—De asuntos privados. Bien. He divulgado cómo murió el hermano Gabriel. Y he decidido que el cuerpo de Orphan Stonegarden se entregue a la señora Stumpe para que lo entierre. Por favor, ocupaos de ello.

—Pero entonces toda la ciudad sabrá que murió aquí... —protestó el abad con el entrecejo fruncido, como si no acabara de entender lo que ocurría.

—Sí. Las cosas han ido demasiado lejos para seguir manteniéndolo en secreto.

El abad alzó la cabeza y me miró con un asomo de su antigua soberbia.

—Debo protestar, doctor Shardlake. Algo así, que afecta a todos los que vivimos aquí, debería haberseme consultado antes, como abad del monasterio.

—Esos días han acabado, reverencia —respondí con sequedad—. Ahora podéis marcharos, todos excepto el prior.

El hermano Guy y el hermano Edwig abandonaron el despacho, seguidos por el abad, el cual, antes de desaparecer de mi vista, me lanzó una mirada en la que se mezclaban el desaliento y el estupor.

Me crucé de brazos y, echando mano de mis mermadas reservas de energía mental, me encaré con el prior.

—He estado preguntándome, hermano, quién podía saber que iba a venir a la iglesia. Vos estabais en el estanque cuando se lo he dicho a mi ayudante.

El prior rió con incredulidad.

—Yo ya os había dejado.

Observé su rostro con atención, pero sólo descubrí irritación y perplejidad.

—Sí, es cierto. Entonces, la persona que empujó la estatua no estaba esperándome; tenía otro propósito distinto. ¿Quién podía tener alguna razón para subir allí arriba?

—Nadie, mientras no se llegue a algún acuerdo sobre las obras.

—Me gustaría que me acompañarais a la galería para echar un vistazo.

Acababa de acordarme de la reliquia desaparecida y del oro, que tenía que estar escondido en algún sitio si mi teoría sobre las ventas de tierras era acertada. ¿Estarían allí arriba? ¿Era ése el motivo de que el asesino hubiera subido a la galería?

—Como queráis, comisionado.

Precedí al prior hasta las escaleras y volví a subir a la galería. Cuando llegamos arriba, el corazón me palpitaba como si quisiera salirse del pecho. En la nave, los criados seguían restregando las losas y escurriendo trapos empapados de sangre en cubos de agua. Era todo lo que quedaba del hermano Gabriel. De pronto, sentí náuseas y tuve que agarrarme al pasamanos.

—¿Os encontráis bien?

El prior Mortimus estaba a dos pasos de mí. En ese momento, comprendí que, si decidía atacarme, era más fuerte que yo. Tenía que haber ido con Mark.

—Sí —respondí conteniéndolo con un gesto de la mano—. Sigamos.

Miré el montón de herramientas, que seguía junto al lugar que había ocupado la estatua, y el cajón de los canteros, suspendido de la maraña de cuerdas.

—¿Cuánto hace que se han parado las obras?

—Las cuerdas y el cajón llevan dos meses. Los colocaron para bajar la estatua, que amenazaba con desplomarse, y examinarla. Ese cajón suspendido entre el muro y el campanario es una solución muy ingeniosa; se le ocurrió al maestro cantero. Los trabajos no habían hecho más que empezar cuando el hermano Edwig ordenó que los interrumpieran, y con razón; Gabriel no debió iniciarlos hasta que el presupuesto hubiera sido aprobado. Luego el tesorero siguió dándole largas para demostrarle quién tenía la sartén por el mango.

—Es un trabajo peligroso —dije mirando la maraña de cuerdas.

El prior se encogió de hombros.

—Sería más seguro poner andamios; pero ¿imagináis al tesorero aprobando el gasto?

—No simpatizáis con el hermano Edwig... —dije como quien no quiere la cosa.

—Es como un pequeño hurón, siempre a la caza del penique.

—¿Suele consultaros sobre los asuntos económicos del monasterio?

Lo observé atentamente, pero el prior se encogió de hombros con indiferencia.

—No consulta a nadie, excepto a su reverencia el abad, aunque malgasta mi tiempo y el de todo el mundo haciendo justificar hasta el último penique.

—Comprendo. —Me volví y alcé la vista hacia el interior del campanario—. ¿Desde dónde se tocan las campanas?

—Hay una escalera que sube hasta el campanario. Puedo mostrárosla, si lo deseáis. Ahora es poco probable que las obras continúen. Gabriel perdió la partida definitivamente al dejarse matar.

Enarqué las cejas.

—Prior Mortimus, ¿cómo es posible que os conmueva la muerte de una criada y en cambio no mostréis el menor pesar por la de un hermano con el que habéis

convivido durante años?

—Como ya os dije, las obligaciones de un monje en esta vida son muy diferentes de las de una simple mujer. —El prior me miró con dureza—. Una de esas obligaciones es no ser un perverso.

—Me alegro de que no seáis juez en los tribunales del rey, hermano prior.



Seguí al prior escaleras abajo hasta llegar a una puerta donde arrancaba una larga escalera de caracol que subía hasta el campanario. Era una larga ascensión, de modo que, cuando llegamos arriba, me había quedado sin aliento. Al final de un angosto pasadizo con suelo de madera, se veía otra puerta. A medio camino había una ventana sin cristales, a través de la cual se contemplaba una magnífica panorámica del monasterio y sus alrededores, con el bosque y el campo nevado en una dirección y la llanura gris del mar en la otra. El campanario debía de ser el punto más elevado en muchas leguas a la redonda. El viento helado ululaba lúgubrementemente y nos alborotaba el pelo.

—Por aquí.

El prior abrió la puerta y me hizo pasar al cuarto desde el que se manejaban las gruesas cuerdas de las campanas, que descendían hasta el suelo de madera. Al alzar los ojos, vi las vagas siluetas de las enormes campanas, inmóviles sobre nuestras cabezas. En el centro del cuarto, había un agujero circular protegido por una barandilla. Me asomé a él y vi el suelo de la nave; estábamos a tanta altura que los criados parecían hormigas. El cajón de los canteros pendía en el vacío unas diez varas más abajo, y en su interior distinguí bultos de herramientas y cubos cubiertos con una lona. Las cuerdas que lo sostenían entraban por el agujero y estaban sujetas al muro con enormes roblones.

—Si no fuera por este agujero, las campanas dejarían sordos a los que las tocan —comentó el prior—. Aun así, tienen que ponerse tapones en las orejas.

—No me extraña; incluso escuchándolas desde abajo casi te dejan sordo. —Al volverme, vi otro tramo de peldaños—. Supongo que esa escalera conduce a lo alto del campanario...

—Sí. Sólo la utilizan los criados que suben a limpiar las campanas.

—Subamos. Vos primero.

La escalera conducía a una galería circular protegida por una barandilla que rodeaba las campanas. Eran realmente grandes, más altas que un hombre, y estaban sujetas al techo mediante enormes anillas. Allí arriba no había nada escondido. Me acerqué a las campanas procurando mantenerme alejado del agujero, pues la barandilla era baja. La que tenía más cerca estaba adornada con grabados y exhibía una gran placa con una inscripción en un lenguaje que me era desconocida.

—«Arrancado de la barriga del infiel, año mil cincuenta y nueve» —leí

textualmente, en voz alta.

De pronto, el prior tradujo la frase junto a mí, y di un respingo; no había advertido que estaba tan cerca.

—Quisiera pedirlos algo, comisionado. ¿Os habéis fijado en el abad hace un momento, en la sacristía?

—Sí.

—Es un hombre acabado. No está en condiciones de ejercer su cargo. Cuando sea necesario reemplazarlo, lord Cromwell querrá a un hombre enérgico que le sea leal. Sé que está promocionando a sus partidarios dentro de los monasterios —dijo el prior mirándome significativamente.

Moví la cabeza con asombro.

—¿Realmente creéis que este monasterio seguirá abierto, prior Mortimus? ¿Después de todo lo que ha ocurrido en él?

El prior me miró con incredulidad.

—No puede ser que nuestra vida aquí... no puede acabar así como así. Ninguna ley puede obligarnos a cederlo. Sé que hay gente que dice que los monasterios desaparecerán, pero eso no se puede permitir. —El prior sacudió la cabeza—. No se puede permitir.

El prior dio un paso hacia mí y me acorraló contra la barandilla; su fuerte olor corporal inundó mis fosas nasales.

—Prior Mortimus —le dije con el corazón en un puño—. Apartaos, por favor.

El prior me miró fijamente y dio un paso atrás.

—Yo podría salvar este monasterio, comisionado —aseguró.

—El futuro del monasterio es un asunto que sólo puedo discutir con lord Cromwell —respondí con la boca seca; por un instante, había creído que iba a empujarme al vacío—. Ya he visto todo lo que quería ver. Aquí no hay nada escondido. Volvamos abajo.

Descendimos en silencio. En mi vida me había alegrado tanto de volver a pisar tierra firme.

—¿Os pondréis en camino de inmediato? —me preguntó el prior.

—Sí, pero Mark Poer asumirá mis atribuciones mientras esté fuera.

—Cuando habléis con lord Cromwell, ¿mencionaréis lo que os he dicho, señor? Por favor. Yo podría ser su hombre.

—Tengo muchas cosas que decirle —le respondí con sequedad—. Y, ahora, debo marcharme.

Di media vuelta y me dirigí a la enfermería a toda prisa. De pronto, la impresión por la muerte de Gabriel me afectó como no lo había hecho en su momento; mientras cruzaba la sala camino de mi habitación, la cabeza me daba vueltas y las piernas amenazaban con dejar de sostenerme. No encontré a Mark, que no obstante había preparado una alforja con mis documentos, una muda de ropa y algo de comida. Me senté en la cama temblando de pies a cabeza. De pronto, rompí a llorar como un niño,

y dejé que las lágrimas fluyeran libremente. Lloraba por Gabriel, por Orphan y por Simon, y también por Singleton. Y por mi propio terror.

Cuando empezaba a calmarme y estaba lavándome la cara en la jofaina, oí llamar a la puerta. Pensé que tal vez era Mark, que había venido a decirme adiós, pero al abrir me encontré con Alice.

—Señor, un criado ha traído vuestro caballo —dijo la muchacha, sorprendida de mi alteración—. Si no queréis perder el barco, deberíais poneros en camino.

—Gracias, Alice.

Cogí la alforja y me dirigí a la puerta, pero Alice no se apartó.

—Señor, me gustaría que os quedarais.

—Debo partir a Londres, Alice. Allí tal vez obtenga algunas respuestas que podrían poner fin a este horror.

—¿Sobre la espada?

—Sí, sobre la espada. —Respiré hondo—. Mientras esté ausente, no salgas si puedes evitarlo.

Alice no respondió. Salí a toda prisa por miedo a decir algo que podría lamentar si permanecía a su lado un momento más. La mirada que me lanzó cuando pasé a su lado era indescifrable. El mozo de cuadra me esperaba ante la puerta de la enfermería sujetando las riendas de *Chancery*, el cual, al verme, azotó el aire con su blanca cola y soltó un relincho. Le acaricié el flanco, contento de que al menos hubiera un ser vivo que me demostraba afecto. Monté con las dificultades de costumbre y me dirigí hacia el portón, que Bugge mantenía abierto. Antes de abandonar el monasterio, me volví y contemplé el patio cubierto de nieve, aunque no sabría decir por qué lo hice. Luego, me despedí del portero con un leve movimiento de cabeza y conduje a *Chancery* hacia el camino de Scarnsea.

Capítulo 27

EL VIAJE A LONDRES transcurrió sin incidentes. Tuvimos vientos favorables, y el pequeño barco, un carguero de dos palos, se dejó arrastrar Canal arriba por una fuerte corriente. En el mar aún hacía más frío que en tierra, y navegamos sobre olas plomizas bajo un cielo gris. Yo me encerré en el pequeño camarote, del que sólo salía cuando el olor a lúpulo se me hacía insoportable. El patrón era un hombre hosco y de pocas palabras, ayudado por un muchacho enclenque; ambos rechazaron mis intentos de iniciar una conversación sobre la vida en Scarnsea. Sospecho que el patrón era papista, porque una de las veces que subí a cubierta lo sorprendí murmurando y desgranando un rosario, que se guardó en el bolsillo en cuanto me vio.

Pasamos dos noches en el mar, y dormí bien, abrigado con varias mantas y mi capa. En gran parte, tenía que agradecerse a la poción del hermano Guy; además, ahora que estaba lejos del monasterio, comprendía hasta qué punto me angustiaba aquella vida de constante miedo y sobresaltos. En semejante ambiente, no era extraño que Mark y yo hubiéramos discutido; tal vez pudiéramos arreglar las cosas cuando todo aquello hubiera acabado. Imaginé al muchacho instalándose en casa del abad. Estaba seguro de que haría oídos sordos a mis instrucciones sobre Alice; después de todo, era lo que había dado a entender en nuestra última conversación. Supuse que Alice le contaría lo que yo le había confesado sobre mis sentimientos hacia ella durante nuestra excursión por la marisma, y noté que enrojecía de vergüenza. También estaba preocupado por su seguridad, pero me dije que, si Mark se quedaba en casa del abad, salvo para hacer las inevitables y frecuentes visitas a la enfermería, y Alice se limitaba a cumplir sus obligaciones, sin duda nadie tendría ningún motivo para hacerles daño.



Llegamos a Billingsgate la tarde del tercer día, tras una breve espera ante la desembocadura del Támesis para que cambiara la marea. Las márgenes del estuario estaban cubiertas de nieve, pero no tan uniformemente como en Scarnsea. Desde la cubierta, distinguí una reluciente placa de hielo en la orilla más alejada. El patrón siguió mi mirada y me dirigió la palabra casi por primera vez en todo el viaje.

—Está visto que el Támesis acabará helándose, como el año pasado.

—Podría ser, sí.

—Recuerdo que el invierno pasado el rey y la corte cruzaron el Támesis a caballo. ¿Lo visteis, señor?

—No. Estaba en un juicio. Soy abogado.

No obstante, recordaba la descripción que me había hecho Mark. El chico estaba trabajando en Desamortización cuando oyó que el rey cabalgaría sobre el hielo del Támesis desde Whitehall hasta el palacio de Greenwich, donde celebraría la Navidad, con toda la corte, y quería que los empleados de Westminster se unieran al cortejo. Por supuesto, era pura política; se acababa de acordar una tregua con los rebeldes del norte, y su cabecilla, Robert Aske, había llegado a Londres provisto de un salvoconducto para parlamentar con el rey. El rey quería exhibirse ante los londinenses para demostrarles que la rebelión no le amargaría las fiestas. Mark no se cansaba de contar que todos los escribientes tuvieron que presentarse en el río cargados con sus papeles y obligar a sus asustados caballos a bajar al hielo.

El suyo casi lo tiró cuando el rey en persona, una figura corpulenta en un enorme caballo de batalla, pasó junto a él, acompañado por la reina Juana en su diminuto palafrén y seguido por todas las damas y los caballeros de la corte y por los sirvientes de palacio. Por último, Mark y el resto de los maestros y escribientes se unieron a la magnífica comitiva, que avanzaba dando vivas y gritando sobre caballos y carruajes que resbalaban y patinaban en el hielo, mientras medio Londres los contemplaba desde las ventanas. Los empleados sólo estaban allí para contribuir al espectáculo; aquella noche tuvieron que volver cruzando el puente de Londres, cargados con sus papeles y sus libros de contabilidad. Recuerdo haberlo comentado con Mark meses más tarde, cuando detuvieron a Aske por traición.

—Dicen que lo colgarán en York, cargado de cadenas —me contó Mark.

—Se rebeló contra el rey.

—Pero le concedieron un salvoconducto. ¡Si hasta lo agasajaron en la corte cuando vino por Navidad!

—*Circa regna tonat* —dije citando a Wyatt—. «En torno a los tronos, retumba el trueno.»

El barco cabeceó; la marea estaba cambiando. El patrón maniobró hacia el centro del río, y poco después la gran aguja de San Pablo apareció ante nuestros ojos descollando entre diez mil tejados cubiertos de nieve.



Había dejado a *Chancery* en un establo de Scarnsea, de modo que, una vez en tierra, fui a casa dando un paseo mientras el sol empezaba a ponerse. La espada que habíamos encontrado en el estanque me golpeaba la pierna y me hacía sentir incómodo; la había metido en la vaina de Mark, que era demasiado pequeña para ella, y no estaba acostumbrado a llevar armas.

Por una vez, me alegré de mezclarme con la muchedumbre de la capital y sentirme un londinense más, en lugar de objeto de miedo y odio. Ver de nuevo mi casa me levantó los maltrechos ánimos, tanto como el recibimiento que me dispensó

Joan. No la había prevenido de mi regreso, y sólo tenía una vieja y correosa gallina para prepararme la cena, pero aun así fue una alegría volver a sentarme a mi mesa, de la que me fui directamente a la cama, porque disponía de un solo día en Londres y tenía demasiadas cosas que hacer.



Salí de casa temprano a lomos de un jamelgo cansino que apenas utilizaba. Cuando llegué, la oficina de Cromwell en Westminster ya era un hervidero de actividad iluminado por innumerables velas. Le dije a Grey, el jefe de los escribientes, que necesitaba entrevistarme con Su Señoría urgentemente. El anciano frunció los labios y miró hacia el despacho del vicario general.

—Ahora mismo está con el duque de Norfolk.

Arqueé las cejas. El duque era un aristócrata altanero, líder de la facción antirreformista de la corte y archienemigo de Cromwell; me asombraba que se hubiera dignado recibirlo en su despacho.

—Se trata de un asunto urgente. Si pudierais comunicarle que necesito verlo hoy mismo...

Gray me observó con curiosidad.

—¿Os encontráis bien, doctor Shardlake? Parecéis agotado.

—Estoy bien. Pero necesito ver a lord Cromwell. Decidle que vendré cuando disponga.

Grey sabía que yo no molestaría a su señor sin una buena razón. Llamó tímidamente a la puerta del despacho y entró, para reaparecer al cabo de unos instantes y decirme que el vicario general me recibiría a las once en su casa de Stepney.

Me habría gustado acercarme por el tribunal para enterarme de las novedades que circulaban entre los abogados y relajarme en un ambiente que me resultaba familiar; pero había asuntos más urgentes que requerían mi atención. Me ceñí la espada y cabalgué hacia la Torre de Londres en el rosáceo y frío amanecer.



En un principio, pensé visitar el gremio de los armeros, pero todos los gremios vivían rodeados de montañas de papel que protegían con celosa desconfianza, y cabía la posibilidad de que perdiera todo el día tratando de arrancarles alguna información. Por otra parte, hacía unos meses había conocido en un acto oficial al armero de la Torre, un tal Oldknoll, y recordé que tenía fama de ser el hombre que más sabía de armas en todo el reino. Además, era leal a Cromwell. Mi carta de nombramiento como comisionado me concedía acceso a la Torre, en cuyo recinto penetré tras atravesar la imponente Muralla de Londres. Crucé el puente sobre el foso helado y

entré en la gran fortaleza, donde la mole de la Torre Blanca empequeñecía el resto de los edificios. Nunca me ha gustado la Torre; no puedo olvidar a quienes cruzaron aquel puente y no volvieron a salir con vida.

Los leones de la Colección Real pedían el desayuno a rugido limpio, y al cabo de unos instantes vi a un par de guardias en uniforme escarlata y oro que corrían por la explanada cubierta de nieve cargados con grandes cubos de despojos, y no pude evitar estremecerme al recordar mi encuentro con los perros. Dejé el caballo en los establos y subí la escalinata de la Torre Blanca. En el Gran Hall, lleno de soldados y oficiales, vi a un par de guardias que escoltaban a un anciano andrajoso con el rostro desencajado hacia las escaleras de los calabozos. Mostré mi nombramiento a un sargento, que me acompañó al despacho de Oldknoll.

El armero, un militar de rostro pétreo y maneras rudas, alzó la vista del documento que examinaba con expresión sombría y me invitó a sentarme.

—No podéis imaginar el papeleo que tenemos últimamente. Espero que no hayáis venido a traerme más.

—No, señor Oldknoll, vengo a que me ilustréis, si sois tan amable. Cumpló una misión para lord Cromwell.

El armero se apresuró a dejar el documento.

—Entonces, haré todo lo que pueda para ayudaros. Parecéis cansado, doctor Shardlake, si me permitís la observación.

—Sí, no sois el primero que me lo dice. Y tenéis razón. Necesito saber quién forjó esta espada —dije desenvainando la espada y tendiéndosela con cuidado.

El armero examinó la marca, me miró sorprendido y volvió a examinar el arma con atención.

—¿De dónde la habéis sacado?

—Del estanque de un monasterio. —Oldknoll se acercó a la puerta, la cerró cuidadosamente y dejó el arma sobre el escritorio—. ¿Sabéis quién la hizo?

—Desde luego.

—¿Aún vive?

El armero movió la cabeza.

—Murió hace dieciocho meses.

—Necesito que me contéis todo lo que sepáis sobre esta arma. Para empezar, ¿qué significan todos esos símbolos y letras?

Oldknoll respiró hondo.

—¿Veis este pequeño castillo de aquí? Indica que el espadero aprendió el oficio en Toledo, en España.

—Entonces debe de ser español... —dije sorprendido.

Oldknoll negó con la cabeza.

—No necesariamente. A Toledo acuden muchos extranjeros deseosos de aprender sobre armas.

—¿Ingleses también?

—Hasta que empezaron las reformas. Ahora ya no son bien recibidos. Pero antes, sí. Los que han aprendido el oficio en Toledo suelen adoptar el Alcázar, la fortaleza árabe de la ciudad, como marca en la espada que presentan al solicitar que los admitan en el gremio. Eso es lo que hizo este hombre. Éstas son las iniciales.

—JS.

—Sí. —Oldkoll me miró de un modo extraño—. John Smeaton.

—¡Dios Misericordioso! ¿Pariente de Mark Smeaton, el amante de la reina Ana?

—Su padre. Lo conocía vagamente. Esta espada debe de ser la que hizo para el gremio. Mil quinientos siete... Sí, la fecha concuerda.

—No sabía que el padre de Smeaton fuera espadero.

—Lo era. Y bueno. Pero hace años tuvo un accidente y perdió parte de dos dedos, lo que le impidió seguir ejerciendo el oficio, y montó una carpintería. Tenía un pequeño taller en Whitechapel.

—¿Y decís que murió?

—De un ataque, dos días después de que ejecutaran a su hijo. Fue un asunto muy comentado. No tenía nadie a quien dejar el negocio, y creo que lo cerraron.

—Pero tendría parientes... Esta espada es valiosa; debió de dejársela a alguien...

—Sí, es de suponer.

Respiré hondo.

—De modo que el asesinato de Singleton tiene relación con Smeaton... Y Jerome lo sabe. Por eso me contó la historia.

—No os sigo, señor.

—Necesito averiguar quién se quedó con la espada tras la muerte de John Smeaton.

—Podríais ir a su casa. Vivía encima del taller, como tantos artesanos. Los actuales propietarios debieron de comprársela a los albaceas.

—Gracias, señor Oldknoll, me habéis sido de gran ayuda —dije cogiendo la espada y metiéndola en la vaina—. Debo dejaros, lord Cromwell me espera en su casa.

—Me alegra haberos sido útil. Por cierto, doctor Shardlake, si vais a ver a Su Señoría... —Enarqué las cejas. La historia de costumbre; cuando la gente se enteraba de que ibas a ver a lord Cromwell, siempre se le ocurría algún favor que pedir—. Solamente... Si tenéis ocasión, ¿os importaría preguntarle si podría mandarme menos papeleo? Me he pasado todas las noches de esta semana inventariando el armamento, cuando sé que ya tienen todos los datos.

—Veré qué puedo hacer —respondí sonriendo—. Pero es el signo de los tiempos; no se puede ir contra la corriente.

—Esta corriente de papeles acabará arrastrándonos a todos —murmuró Oldknoll con amargura.

Lord Cromwell vivía en una imponente mansión de ladrillos rojos que se había hecho construir en Stepney hacía unos años. La compartía no sólo con su mujer y su hijo, sino también con una docena de hijos de sus protegidos de cuya educación se había hecho cargo. No era la primera vez que visitaba la casa, una corte en miniatura, con sus criados y maestros, escribientes y constantes visitas. Al acercarme, vi un enjambre de mendigos ante la puerta. Uno de ellos, ciego y descalzo sobre la nieve, alzó un brazo y gritó: «¡Limosna! ¡Limosna, por caridad!» Había oído que lord Cromwell hacía que sus criados repartieran limosnas en una puerta lateral, para ganar popularidad entre los pobres de Londres. La escena me trajo a la memoria el desagradable recuerdo del día de limosna en San Donato.

Dejé el caballo en el establo y seguí a Blitheman, el simpático mayordomo de lord Cromwell, al interior de la casa. Su Señoría aún no había llegado, me dijo, y me ofreció una copa de vino.

—La acepto encantado.

—Decidme, señor, ¿queréis ver el leopardo de lord Cromwell? A Su Señoría le gusta enseñárselo a las visitas. Está en una jaula, detrás de la casa.

—Sí, ya tenía noticias de que había adquirido uno de esos animales. Gracias.

Seguí a Blitheman a través de la concurrida mansión hasta el patio de la parte posterior. Nunca había visto un leopardo, aunque había oído hablar de esos portentosos animales de piel manchada, de los que se decía que eran más veloces que el viento. El mayordomo me abrió la puerta con una sonrisa de propietario. Un fuerte hedor asaltó mis fosas nasales apenas salí; al cabo de unos instantes estaba mirando a través de los barrotes de una enorme jaula metálica cuyo suelo de piedra estaba sembrado de trozos de carne. En su interior, un enorme gato se paseaba de un lado a otro. Tenía la piel de color dorado y salpicada de manchas negras, y todo en su esbelto y musculoso cuerpo hacía pensar en una fuerza salvaje. Cuando entramos en el patio, se volvió y nos rugió enseñando unos colmillos enormes y amarillentos.

—Un animal temible —comenté.

—Quince libras le costó a mi señor.

El leopardo se sentó y nos observó enseñando las fauces y gruñendo de vez en cuando.

—¿Cómo se llama? —le pregunté a Blitheman.

—No tiene nombre. No estaría bien darle un nombre cristiano a semejante fiera.

—El pobre animal debe de pasar frío aquí...

Un muchacho en librea se acercó a Blitheman y le habló al oído.

—Lord Cromwell acaba de llegar —me dijo el mayordomo—. Acompañadme, está en su despacho.

Lancé otra mirada al enfurruñado gatazo y seguí a Blitheman al interior de la casa, diciéndome que también mi señor tenía fama de fiero y preguntándome si la posesión de aquel animal no era un mensaje soterrado a sus enemigos.



El despacho de lord Cromwell era una versión a escala reducida del que ocupaba en Westminster y también se veía lleno de mesas atestadas de papeles. Por lo general, estaba en penumbra, pero ese día el sol se reflejaba en la nieve del jardín y una penetrante luz blanca iluminaba los profundos pliegues y arrugas del rostro de Cromwell, que me esperaba sentado a su escritorio. Cuando Blitheman me hizo pasar, me recibió con una mirada hostil, las mandíbulas apretadas y el mentón agresivamente adelantado. No me invitó a tomar asiento.

—Esperaba recibir noticias tuyas antes —gruñó a modo de saludo—. Nueve días. Y el asunto aún no está solucionado, lo leo en tu cara. —En ese momento, advirtió que llevaba una espada—. ¡Por la sangre de Cristo! ¿Te atreves a presentarte armado ante mí?

—No, Señoría —respondí apresurándome a desceñirme la espada—. Es una prueba, que deseaba presentaros —le expliqué dejando el arma sobre una mesa en la que había una Biblia inglesa abierta por una página en la que se veía una imagen de Sodoma y Gomorra devoradas por las llamas.

Le informé de todo lo ocurrido: de las muertes de Simon y Gabriel y del descubrimiento del cuerpo de Orphan Stonegarden, de la oferta de cesión del abad, de mis sospechas sobre las ventas de tierras y, por último, de la interceptación de la carta de Jerome, que le entregué. Mientras la leía, de tanto en tanto me lanzaba miradas con expresión irritada y sin pestañear. Cuando acabó de leer, soltó un bufido.

—¡Vive Dios que es un caos peor que el de Bedlam! Espero que ese ayudante tuyo siga vivo cuando vuelvas —añadió brutalmente—. He tenido que engatusar a Rich para que lo readmita; espero no haber malgastado el tiempo.

—Pensé que debía venir a informaros, señor. Sobre todo cuando encontré esa carta.

Lord Cromwell asintió y soltó un gruñido.

—Debieron recordarme que el cartujo estaba allí; Grey me va a oír. Pero ya nos encargaremos del hermano Jerome. Las cartas a Edward Seymour no me preocupan. Desde que murió la reina, toda la familia Seymour se desvive por obtener mi favor —dijo lord Cromwell, y se inclinó hacia mí—. Lo que sí me preocupa son esos asesinatos sin resolver. No deben trascender; no quiero que afecten al resto de mis negociaciones. El priorato de Lewes está a punto de ceder.

—¿Al fin han dado su brazo a torcer?

—Me lo comunicaron ayer; la cesión se firmará esta misma semana. Por eso ha venido a verme Norfolk; nos repartiremos las tierras del priorato. El rey está de acuerdo, en principio.

—Debe de ser una hacienda enorme...

—Lo es. Yo me quedaré con las propiedades de Sussex, y el duque, con las de Norfolk. Nada como la perspectiva de obtener tierras para sentar a la mesa de

negociaciones a dos viejos enemigos. —Lord Cromwell soltó una risotada—. Tengo intenciones de instalar a mi hijo Gregory en la casa del prior y convertirlo en terrateniente. —Su Señoría hizo una pausa y volvió a fulminarme con la mirada—. Creo que intentas distraerme, Matthew...

—No, señor. Sé que las cosas han ido despacio, pero es el rompecabezas más complicado con el que he tenido que...

—¿Qué tiene que ver la espada en todo esto?

Le expliqué cómo la habíamos encontrado y mi charla con Oldknoll.

—Mark Smeaton... —murmuró lord Cromwell frunciendo el entrecejo—. No parecía que fuese de los que causan problemas después de muertos. —Su Señoría se levantó, se acercó a la mesa y cogió la espada—. Desde luego, es un arma espléndida; ojalá hubiera tenido una así cuando servía en Italia, en mi juventud.

—Tiene que haber alguna relación entre los asesinatos y Smeaton.

—Yo puedo ver una —respondió lord Cromwell—. Una relación con la muerte de Smeaton, en todo caso. La venganza. —Lord Cromwell se quedó pensativo; al cabo de unos instantes, se volvió hacia mí y me miró muy serio—. Esto no debe salir de este despacho.

—Lo juro por mi honor.

El vicario general dejó el arma sobre la mesa y empezó a dar vueltas por el despacho con las manos a la espalda. La negra toga se agitaba en torno a sus piernas.

—El año pasado, cuando el rey decidió librarse de Ana Bolena, tuve que actuar deprisa. Yo había unido mi destino al de la reina desde el comienzo, y la facción papista intentaba hacerme caer con ella; el rey estaba empezando a prestarles oídos. De modo que tenía que ser yo quien lo librara de ella. ¿Lo comprendes?

—Sí. Sí, lo comprendo.

—Lo convencí de que había cometido adulterio y que por tanto podía ser ejecutada por traición, sin necesidad de sacar a relucir sus inclinaciones en materia de religión. Pero tenía que haber pruebas y un juicio público. —Yo permanecía inmóvil, mirándolo en silencio—. Elegí a varios de mis hombres más fieles y le asigné a cada uno un amigo de la reina: Norris, Weston, Brereton, su hermano Rochford... y Smeaton. Su misión era conseguir una confesión o algo que pudiera pasar por una prueba de que habían yacido con ella. El hombre al que asigné a Smeaton era Robin Singleton.

—¿Singleton falseó pruebas contra Smeaton?

—Smeaton parecía el más fácil de amedrentar; sólo era un muchacho. Y así fue; confesó haberse acostado con ella tras una sesión en el potro de la Torre. El mismo que utilicé con ese cartujo, que efectivamente debió de coincidir con él en los calabozos, porque todo lo que te dijo que le había contado Smeaton es cierto. —El tono de lord Cromwell era ponderado, carente de emoción—. Y una de las visitas que el cartujo vio llegar esa noche debió de ser Singleton. Lo mandé a asegurarse de que en sus últimas palabras desde el patíbulo, una tradición a la que habría que poner fin,

el muchacho no se retractaría de su confesión. Singleton le recordó que, si hablaba más de la cuenta, su padre pagaría las consecuencias.

—Entonces, ¿lo que se rumoreaba era cierto? —le pregunté mirándolo a los ojos—. ¿La reina Ana y los que fueron acusados con ella eran inocentes?

El vicario general se volvió hacia mí. La cruda luz iluminó su ceñudo rostro y despojó a sus ojos de toda expresión.

—Por supuesto que eran inocentes. Nadie se atreverá a decirlo, pero todo el mundo lo sabe, como lo sabía el jurado que los condenó. Hasta el propio rey lo sospechaba, pero no podía reconocerlo ante sí mismo e intranquilizar a su escrupulosa conciencia. ¡Por amor de Dios, Matthew! Para ser abogado eres muy inocente. Tienes la inocencia de un reformista convencido, pero no su fuego. Es mejor tener el fuego y no la inocencia, como yo.

—Creía que las acusaciones eran fundadas. Lo he sostenido ante todo el mundo.

—Deberías haber hecho lo que la mayoría: mantener la boca cerrada.

—Tal vez lo sabía en mi fuero interno —murmuré—. En alguna parte de mi interior a la que Dios no ha llegado. —Cromwell me miró con impaciencia, irritado a ojos vistas—. Así que a Singleton lo mataron por venganza... —dije al cabo de unos instantes—. Alguien lo ejecutó tal y como ejecutaron a Ana Bolena. Pero ¿quién? —De pronto, tuve una inspiración—. ¿Quién era el segundo visitante de Smeaton? Jerome había hablado del sacerdote que acudió a confesarlo y de otras dos personas.

—Haré que examinen los documentos de Singleton sobre el asunto para ver qué dicen respecto a la familia de Smeaton. Los tendrás en tu casa dentro de un par de horas. Entretanto, ve a echar un vistazo a la antigua casa de Smeaton; es una buena pista. ¿Vuelves a Scarnsea mañana?

—Sí, el barco zarpa antes del amanecer.

—Si averiguas algo antes de marcharte, házmelo saber. Y, Matthew...

—Sí, Señoría.

El vicario general se había apartado de la luz, y la soberbia y la cólera volvían a brillar en sus ojos.

—Procura encontrar al asesino. Le he ocultado lo ocurrido al rey durante demasiado tiempo. Cuando se lo cuente, necesito poder darle el nombre del asesino. Y consigue que el abad ponga su sello en esa cesión. Al menos en eso has adelantado algo.

—Sí, Señoría. Cuando se produzca la cesión, ¿qué ocurrirá con el monasterio? —le pregunté tras unos instantes de vacilación.

El vicario general esbozó una sonrisa siniestra.

—Lo mismo que con los demás. El abad y los monjes recibirán sus pensiones. Los criados tendrán que arreglárselas por su cuenta; es lo que se merecen, por zánganos y mezquinos. En cuanto a los edificios, te diré lo que he planeado para Lewes. Voy a mandar a un ingeniero experto en demoliciones para que derribe la iglesia y los edificios claustrales. Y, cuando todas las tierras del monasterio estén en

manos del rey y las arrendemos, pondré una cláusula en todos los contratos para obligar a los arrendatarios a derribar todos los edificios que queden en pie. Me da igual que aprovechen el plomo de los tejados y regalen los sillares a la gente del pueblo para que construyan lo que quieran. No quiero que quede ningún rastro de todos esos siglos de supersticiones; basta con unas cuantas ruinas para recordar al pueblo el poder del rey.

—Hay edificios muy hermosos.

—Un caballero no puede vivir en una iglesia —replicó Cromwell con irritación—. ¿No te estarás volviendo papista, Matthew Shardlake? —me preguntó de pronto mirándome con los ojos entrecerrados.

—Nunca —respondí.

—Entonces, vete. Y no vuelvas a fallarme. Recuerda que en mi mano está hacer prosperar el despacho de un abogado, pero también arruinarlo —dijo lanzándome otra de sus miradas de toro.

—No os fallaré, Señoría.

Cogí la espada y salí.

Capítulo 28

DEJÉ WESTMINSTER SUMIDO en un mar de confusiones, desgranando mentalmente los nombres de todos los que vivían en el monasterio en un intento de descubrir alguna relación con la familia Smeaton. ¿Pudo John Smeaton haber conocido al hermano Guy en España, hacía treinta años? Si era un aprendiz, el enfermero y él debían de tener la misma edad.

Mientras las preguntas daban vueltas en mi cabeza, una sorda pesadumbre me encogía el corazón. Nunca había creído a lord Cromwell capaz de cometer los poco cristianos actos que se le atribuían en relación con la caída de Ana Bolena. Y ahora él mismo admitía, con toda la naturalidad del mundo, que eran ciertos. Pero Cromwell no me había engañado; me había engañado yo solo.

El caballo llevaba rato avanzando al paso por las heladas roderas del camino, cuando a mitad de Fleet Street se detuvo y agitó la cabeza nerviosamente. A un tiro de piedra de donde nos encontrábamos, se había formado una pequeña muchedumbre que nos cerraba el paso. Al mirar por encima de las cabezas, vi a dos alguaciles que forcejeaban con un joven aprendiz.

—¡Sois las fuerzas de Babilonia, que apresáis a los elegidos de Dios! —les gritaba el muchacho a sus captores debatiéndose con furia—. ¡Los justos prevalecerán! ¡Los poderosos serán derribados!

Los alguaciles le inmovilizaron los brazos a la espalda y se lo llevaron a rastras, mientras él pataleaba y pugnaba en vano por soltarse. Entre los espectadores, unos lo injuriaban y otros le lanzaban gritos de ánimo.

—¡Resiste, hermano! ¡Los elegidos de Dios triunfarán!

Oí ruido de cascos a mi espalda y, al volverme, vi el irónico rostro de Pepper, el colega con el que me había encontrado el mismo día que recibí la comisión de Scarnsea.

—¡Hombre, Shardlake! —exclamó afablemente—. ¿Así que han cogido a otro evangelista exaltado? Anabaptista, por lo que le he oído gritar. Les gustaría arrebatar nos todas nuestras propiedades, ¿sabéis?

—¿Hay alguna redada de falsos predicadores? He estado fuera unos días.

—Se rumorea que hay anabaptistas en la ciudad; el rey ha ordenado detener a todos los sospechosos. Quemará a unos cuantos, y hará muy bien. Son más peligrosos que los papistas.

—Hoy en día no hay ningún sitio seguro.

—Cromwell ha aprovechado la ocasión para hacer una redada general. Descuideros, timadores, falsos predicadores... Todos se habían escondido en sus

agujeros para pasar este terrible invierno, y él los está haciendo salir. Ya iba siendo hora. ¿Recordáis a aquella vieja del pájaro parlanchín a la que vimos juntos?

—Sí. Parece que fue hace un siglo.

—Pues resulta que teníais razón; el pájaro se limita a repetir las palabras que le enseñan. Han llegado dos barcos cargados de bichos de ésos, y ahora no se habla de otra cosa. Todo el que tiene una casa en el campo quiere uno. A la vieja la han detenido por estafadora, y seguramente la pasearán atada a un carro y la azotarán. Pero ¿dónde habéis estado, arrimado a la chimenea todo el invierno?

—No, Pepper. Fuera de Londres, cumpliendo otro encargo de lord Cromwell.

—He oído que le está buscando otra mujer al rey —dijo Pepper intentando tirarme de la lengua—. Se rumorea que va a casarse con una princesa alemana, de los Hesse o los Cleves. Eso nos uniría a los luteranos.

—Yo no he oído nada. Como ya os he dicho, he estado fuera trabajando para Su Señoría.

—Os tiene muy ocupado —comentó Pepper mirándome con envidia—. ¿Creéis que podría tener algo para mí?

—Sí, Pepper —le respondí con una sonrisa irónica—. Es muy probable.



Una vez en casa, leí la correspondencia, a la que la noche anterior, cansado como estaba, apenas había echado un vistazo. Había cartas sobre los casos que llevaba, de personas que esperaban con impaciencia respuestas sobre diversos asuntos. También había una de mi padre. Ese año la cosecha había sido mala y, en vista del poco rendimiento que le estaba sacando a la granja, estaba pensando en dedicar más terreno a pastos. Esperaba que mi despacho marchara bien y que Mark estuviera contento en Desamortización —no le había contado nada sobre el traspies del chico—. Por último, comentaba que en la región se rumoreaba que iban a cerrar más monasterios. El padre de Mark decía que eso era bueno, pues significaba que a su hijo no le faltaría trabajo.

Desalentado, dejé la carta en la mesa y clavé los ojos en el fuego. Pensé en Mark Smeaton, torturado en el potro a pesar de ser inocente. Y en Jerome, en el mismo potro. No era de extrañar que odiara al gobierno que yo representaba. Así que todo lo que me había dicho era cierto... Él tenía que conocer la relación entre Singleton y Smeaton; si no, ¿por qué iba a contarme la historia del músico? No obstante, había jurado que nadie del monasterio había matado a Singleton. Intenté recordar sus palabras exactas, pero estaba demasiado cansado. Un golpe de nudillos interrumpió mis cavilaciones, y Joan entró en la sala.

—Acaba de llegar una carta, señor. De lord Cromwell.

—Gracias, Joan.

Cogí el grueso sobre que me tendía y lo miré del derecho y del revés. Por ambos

lados llevaba la inscripción «Alto secreto».

—Señor —dijo Joan con voz vacilante—. ¿Puedo preguntaros algo?

—Por supuesto —respondí sonriéndole al ver la expresión de angustia de su regordeta cara.

—Me preguntaba, señor, si os ocurre algo. Parecéis preocupado. Y el señorito Mark, ¿estará seguro allá abajo, en la costa?

—Confío en que sí —le respondí—. Pero no sé qué porvenir le espera. No quiere volver a Desamortización.

Joan asintió.

—No me sorprende.

—¿Ah, no? Pues yo me quedé de una pieza, Joan.

—Hace tiempo que me había dado cuenta de que allí no era feliz. He oído que es un lugar odioso, lleno de gente codiciosa, si me permitís decirlo.

—Tal vez lo sea. Pero hay muchos sitios iguales o peores. Si nos mantuviéramos alejados de todos y nos quedáramos sentados junto al fuego, acabaríamos convertidos en mendigos, ¿no te parece?

Joan negó con la cabeza.

—El señorito Mark es diferente, señor.

—¿Diferente, en qué? Vamos, Joan, Mark te ha engatusado, como hace con todas las mujeres.

—No, señor —replicó Joan, molesta—. No es eso. Tal vez lo comprenda mejor que vos. Bajo su aparente despreocupación, es una de las personas más compasivas que he conocido en mi vida; la injusticia lo subleva. He llegado a preguntarme si no buscaría su propia desgracia con aquella chica para librarse de Westminster. Tiene muchos ideales, señor; a veces creo que demasiados, para sobrevivir en un mundo tan duro como éste.

—Y yo que pensaba que el de los grandes ideales era yo —murmuré sonriendo con tristeza—. Pero me han quitado el velo de los ojos.

—¿Cómo decís, señor?

—No, nada, Joan. No te preocupes. Ahora debo leer esto.

—Por supuesto. Os ruego que me perdonéis.

—No hay de qué. Y, Joan..., gracias por tu interés.



Solté un suspiro y abrí la carta. Contenía notas tomadas por Singleton y cartas a lord Cromwell sobre sus progresos con Mark Smeaton. Unas y otras dejaban claro que habían trazado un plan fríamente calculado para atrapar al joven músico con pruebas falsas y matarlo. Alegar que la reina se había acostado con alguien de tan humilde origen escandalizaría particularmente al pueblo, decía Singleton, de modo que era fundamental atraparlo en la red. Se refería a Smeaton en tono despectivo, como un

pobre diablo, un cordero fácil de llevar al matadero. En casa de Cromwell, habían destrozado su laúd contra la pared ante sus ojos y lo habían dejado desnudo en la bodega toda la noche; pero habían tenido que torturarlo para arrancarle la falsa confesión. Recé para que estuviera a salvo en el cielo.

La carta también contenía un memorándum de Singleton sobre la familia del muchacho. Su madre había muerto y sólo le quedaba su padre; no tenía ningún otro pariente varón. John Smeaton tenía una hermana mayor que vivía en el campo, en algún lugar del país, pero estaba peleado con ella y no la había visto desde hacía años. Singleton le decía a Cromwell que la falta de parientes bien relacionados convertía al muchacho en ideal para sus propósitos, pues nadie haría preguntas.

Volví a guardar los documentos en el sobre cuidadosamente. Recordé el funeral de Singleton y el instante en que la tapa del ataúd se cerró sobre su rostro, y confieso que en ese momento me alegré. Pedí que me trajeran el caballo; había llegado el momento de hacer una visita a Whitechapel. Me eché la capa sobre los hombros y volví a salir, contento de tener un objetivo que cumplir y poder escapar del inmenso caos que reinaba en mi mente.

Capítulo 29

LA CABALGADA FUE LARGA, y me llevó más allá de la Muralla de Londres, hasta Whitechapel, un barrio en rápido crecimiento, lleno de casuchas de adobe. Delgadas columnas de humo se elevaban de cientos de fuegos en el aire inmóvil. Allí las bajas temperaturas eran algo más que una inclemencia natural; viendo las caras de hambre y desesperación de la gente no pude evitar pensar que para muchos aquél sería el último invierno. Las pocas fuentes que pudiera haber debían de haberse helado, pues vi a muchas mujeres cargadas con cántaros de agua del río. Me había puesto mi ropa más sencilla, porque los caballeros no siempre estaban seguros en aquella parte de la ciudad.

La calle en la que Smeaton había tenido su forja era una de las mejores y en ella había varios talleres. Los papeles de Singleton decían que el artesano vivía en una casa de dos pisos contigua a una herrería, gracias a lo cual la encontré sin dificultad. El piso inferior ya no albergaba la carpintería; el escaparate estaba condenado con tablones clavados a la pared y cubiertos de pintadas. Até el jamelgo a un poste y golpeé la endeble puerta de madera.

Me abrió un joven pobremente vestido, de revuelta pelambarrera negra y rostro pálido y consumido. Me preguntó qué quería sin demasiado interés; pero, cuando le dije que era un comisionado de lord Cronwell, retrocedió negando con la cabeza.

—Nosotros no hemos hecho nada, señor. Aquí no hay nada que pueda interesar a lord Cromwell.

—No se te acusa de nada —le aseguré procurando dar a mi voz un tono tranquilizador—. Sólo estoy haciendo averiguaciones. Sobre el anterior propietario de esta casa, John Smeaton. Quien me ayude recibirá una recompensa.

El joven seguía mirándome con temor, pero me invitó a entrar.

—Perdonad el desorden, señor —murmuró—. Pero estoy sin trabajo.

Ciertamente, la habitación a la que me hizo pasar era un lugar lamentable. Saltaba a la vista que había sido un taller en época reciente, pues consistía en una sola pieza alargada y de techo bajo, con las paredes ennegrecidas de hollín. Hacía un frío glacial; el fuego consistía en un puñado de piedras de carbón que producían más humo que calor. Aparte de un viejo banco de carpintero que hacía las veces de mesa, no había más muebles que unas cuantas sillas desvencijadas y un par de jergones de paja en el suelo. Junto al fuego, había tres niños escuálidos apretujados contra una joven que tenía en brazos a una criatura de aspecto enfermizo. Madre e hijos me miraban con idéntica mezcla de hosquedad e indiferencia. La habitación estaba en penumbra, pues sólo recibía luz a través de un ventanuco de la pared posterior. En el

aire flotaba un penetrante olor a humo y orines.

—¿Hace mucho que vivís aquí? —le pregunté al joven con el corazón encogido.

—Dieciocho meses, señor; desde que murió el anterior propietario. El hombre que compró la casa nos dejó esta habitación. En el piso de arriba vive otra familia. El dueño es el señor Placid, que vive en el Strand.

—¿Sabes quién era el hijo del antiguo dueño?

—Sí, señor. Mark Smeaton, uno de los que se acostaban con la gran ramera.

—Supongo que los herederos de Smeaton le vendieron la casa al señor Placid. ¿Sabes quiénes eran?

—La heredera era una anciana. Cuando nos mudamos aquí, aún había cosas del señor Smeaton; ropa, una copa de plata y una espada...

—¿Una espada?

—Sí, señor. Estaba todo amontonado allí —dijo el joven señalando una esquina de la habitación—. El señor Placid nos dijo que la hermana de John Smeaton vendría a recogerlo todo. Y que no tocáramos nada, si no queríamos ir a la calle.

—Y no lo hicimos —terció la mujer. La criatura empezó a toser, y ella la estrechó contra su pecho—. ¡Calla, Temor de Dios!

—¿Y la anciana? —les pregunté haciendo un esfuerzo para contener mi emoción—. ¿Se presentó?

—Sí, señor, unas semanas después. Vivía en el campo, y la ciudad parecía ponerla nerviosa. La trajo su abogado.

—¿Recuerdas cómo se llamaba? —le pregunté con impaciencia—. ¿O de qué parte del país venía? ¿Podía ser un sitio llamado Scarnsea?

El joven movió la cabeza.

—Lo siento, señor, sólo recuerdo que vivía en el campo. Era una mujer bajita y regordeta, de unos cincuenta años, con el pelo canoso. Apenas habló. Su abogado y ella cogieron la espada y las demás cosas y se marcharon.

—¿Recuerdas el nombre del abogado?

—No, señor. Fue él quien cogió la espada. Recuerdo que la mujer comentó que le habría gustado tener un hijo al que poder dársela.

—Muy bien. Quiero que le echés un vistazo a mi espada... No, no te alarmes, sólo voy a desenvainarla para enseñártela. Quiero que me digas si podría ser la que se llevó esa mujer.

Dejé el arma sobre el banco. El joven se quedó mirándola, y su mujer se acercó a él con el niño en brazos.

—Se parece mucho —dijo la joven mirándome con desconfianza—. La sacamos de su funda, señor, pero sólo para ver cómo era; no hicimos nada con ella. Pero reconozco la empuñadura dorada, y esas marcas de la hoja.

—Comentamos que era preciosa —recordó el marido—. ¿Verdad, Elisabeth?

—Gracias a los dos —les dije envainando la espada—. Me habéis sido de gran ayuda. Siento que el niño esté enfermo —añadí alargando la mano para acariciar al

bebé; pero la mujer me contuvo con un gesto de la mano.

—No la toquéis señor, está comida de liendres. No para de toser. Es este frío; ya hemos perdido a un hijo. ¡Calla, Temor de Dios!

—Tiene un nombre poco frecuente.

—Nuestro párroco es un reformista convencido, señor; él les ha puesto nombre a todos. Dice que tener hijos con esos nombres ayuda mucho. ¡Vamos, niños, levantaos!

Los otros tres hermanos se pusieron en pie y dejaron ver sus esmirriadas piernecillas y sus hinchadas barrigas.

—Celo, Perseverancia y Deber —recitó su padre señalándolos uno tras otro.

—Les daré seis peniques a cada uno —dije asintiendo con la cabeza—, y aquí tenéis tres chelines por vuestra ayuda.

Saqué las monedas de mi faltriquera. Los pequeños las cogieron de buena gana mientras sus padres los miraban como si no dieran crédito a sus ojos. Embargado por la emoción, di media vuelta, salí a toda prisa y me alejé a lomos del jamelgo.



La terrible escena que acababa de presenciar en la antigua casa de John Smeaton me había impresionado vivamente, de modo que fue un alivio concentrar la mente en lo que acababa de descubrir. No tenía sentido. La persona que había heredado la espada, la única persona con un motivo familiar para vengarse, era una anciana. En el monasterio no había ninguna mujer mayor de cincuenta años, aparte de un par de viejas criadas, dos adefesios huesudos que no respondían a la descripción del joven. La única persona de esas características que había conocido en Scarnsea era la señora Stumpe. Por otra parte, una anciana rechoncha no habría podido asestar el golpe que había decapitado a Singleton. Pero los documentos que me había enviado lord Cromwell afirmaban taxativamente que John y Mark Smeaton no tenían parientes varones. Negué con la cabeza.

En ese momento me di cuenta de que, absorto en mis cavilaciones, había dejado de guiar el caballo, que me llevaba hacia el río. No me apetecía volver a casa aún y lo dejé seguir. Olfateé el aire. ¿Eran imaginaciones mías, o realmente estaba empezando a cambiar el tiempo?

Pasé cerca de un vertedero cubierto de nieve, junto al que había un grupo de hombres acampados, presumiblemente con la esperanza de encontrar trabajo en los muelles; habían construido un chamizo con tablones y sacos y estaban apretujados alrededor de una hoguera. Al oírme, se volvieron y me miraron con cara de pocos amigos; de pronto, un chucho escuálido y mugriento salió disparado del campamento y se acercó ladrando al caballo, que agitó la cabeza y soltó un relincho. Uno de los hombres llamó al perro a su lado, y yo piqué espuelas al jamelgo y me alejé rápidamente dándole palmadas en el pescuezo para calmarlo.

En la orilla del río, las brigadas de estibadores descargaban los barcos que acababan de arribar. Había un par de hombres tan negros como el hermano Guy. Detuve el caballo. Justo frente a mí, los estibadores sacaban cajones y palés de la bodega de una enorme carraca; mientras admiraba su ornamentada proa cuadrada, desde la que una sirena desnuda me sonreía procazmente, me pregunté de qué lejano rincón del mundo acabaría de llegar. Al alzar la vista hacia los grandes mástiles y la maraña de los aparejos, advertí sorprendido que la cofa estaba envuelta en vapor, y al mirar río abajo vi jirones de niebla flotando sobre el agua, y noté que, efectivamente, el aire era más cálido.

El caballo volvió a mostrarse inquieto, de modo que di media vuelta y tomé una calle flanqueada de almacenes en dirección a la City. Apenas había dado unos pasos cuando una extraordinaria algarabía procedente de uno de los edificios me impulsó a detenerme; gritos, chillidos y una confusión de voces en extrañas lenguas. Oír aquellos sonidos sobrenaturales en medio de la niebla me produjo una sensación rara. Vencido por la curiosidad, até el jamelgo a un poste y me acerqué al almacén, del que salía un fuerte hedor.

La puerta estaba abierta y mostraba un espectáculo estremecedor. En el interior del almacén había tres enormes jaulas de hierro de la altura de un hombre. Estaban llenas de pájaros como el de la vieja que me había recordado Pepper. Había centenares, de todos los tamaños y colores: rojos, verdes, dorados, azules, amarillos... Se encontraban en un estado lamentable: todos tenían las alas cortadas, algunos hasta el raquis, y los muñones se veían cubiertos de llagas en carne viva; la mayoría parecían enfermos, pues les faltaban la mitad de las plumas y tenían el cuerpo cubierto de costras y bolsas de pus alrededor de los ojos. Por cada uno que se agarraba con las patas a los barrotes de la jaula, había otro muerto en el suelo entre montones de excrementos secos. Pero lo peor eran sus chillidos; algunos sólo emitían débiles quejas, como si suplicaran el final de su martirio; otros, sin embargo, chillaban sin descanso en una asombrosa variedad de lenguas; oí palabras latinas e inglesas, pero la mayoría pertenecían a idiomas que desconocía. Dos de ellos, colgados boca abajo de los barrotes, se chillaban sin descanso, uno diciendo «Viento en popa» y el otro, «*María, mater doloroso*», con acento de Devon.

El horrible espectáculo me había dejado paralizado; pero de pronto una mano me agarró del hombro con brusquedad. Al volverme, vi a un marinero vestido con un jubón mugriento que me miraba con suspicacia.

—¿Qué hacéis aquí? —me preguntó con aspereza—. Si habéis venido a comprar, tenéis que hablar con el señor Fold.

—No, no, ya me iba. He oído el griterío y me he acercado a ver qué era.

—La Torre de Babel, ¿eh, señor? —dijo el marinero sonriendo de oreja a oreja—. ¿Voces animadas por el espíritu hablando en lenguas extrañas? No, sólo es otro cargamento de estos pájaros para entretener a la gente rica.

—Están en un estado lamentable...

—En el sitio del que proceden hay más. Muchos mueren durante el viaje y a otros muchos los matará el frío; son unos bichos muy delicados. Pero bonitos, ¿verdad?

—¿Dónde los conseguisteis?

—En la isla de Madeira. Allí hay un comerciante portugués que se ha dado cuenta de que en Europa son muy apreciados. Deberíais ver algunas de las cosas que compra y vende, señor; ¡incluso fleta barcos llenos de negros africanos para que trabajen como esclavos en las colonias de Brasil! —dijo el marinero riendo y enseñando las fundas de oro de los dientes.

De pronto, sentí una necesidad desesperada de alejarme del gélido y fétido aire del almacén. Me despedí del marinero y monté a caballo. Los estridentes chillidos de los pájaros y su escalofriante imitación del lenguaje humano me siguieron hasta el final de la fangosa calle.



Volví a atravesar la muralla de la City y me adentré en un Londres repentinamente gris y neblinoso, lleno del ruido del agua que goteaba de los témpanos de hielo de los aleros. Detuve el caballo ante una iglesia. Tenía costumbre de oír misa al menos una vez por semana, pero llevaba diez días sin hacerlo, y necesitaba consuelo espiritual. Desmonté y entré en el templo.

Era una de esas iglesias ricas de la City frecuentadas por comerciantes. Ahora la mayoría de los comerciantes de Londres eran reformistas, lo que explicaba que no hubiera velas y que las imágenes de los santos del cancel hubieran sido cubiertas con pintura y sustituidas por un versículo de la Biblia:

Pues sabe el Señor librar de la tentación a los piadosos y reservar a los malvados para castigarlos en el día del juicio.

La nave estaba vacía. Crucé el cancel. El presbiterio carecía de ornamentos y la patena y el cáliz descansaban sobre un altar desnudo. En el facistol había un ejemplar de la nueva Biblia encadenado al soporte. Me senté en un banco con la reconfortante sensación de encontrarme en un lugar familiar, totalmente diferente de la iglesia de San Donato.

Pero no toda la parafernalia de los viejos tiempos había desaparecido. Desde donde estaba sentado podía ver dos sepulcros de piedra del siglo pasado, colocados uno encima del otro. En el de arriba, la estatua yacente representaba a un rico mercader grueso y barbudo vestido con ostentación; en el de abajo, a un esqueleto cubierto con jirones de las mismas prendas, bajo el que podía leerse la siguiente inscripción: «Así era y así soy; como soy ahora, serás tú un día.»

Mientras observaba el esqueleto de piedra me asaltó el recuerdo del cuerpo putrefacto de Orphan surgiendo del estanque y a continuación el de los escuálidos y enfermizos niños de la casa que había pertenecido a Smeaton. De pronto, tuve el amargo presentimiento de que nuestra revolución se limitaría a dar nombres como

Temor de Dios o Perseverancia a los niños hambrientos, en lugar de ponerles el de algún santo. Pensé en la naturalidad con que Cromwell había hablado de falsear pruebas para llevar al cadalso a personas inocentes, y en Mark describiéndome a los codiciosos que se presentaban en Desamortización para intentar obtener las propiedades de los monasterios. Nuestro nuevo mundo no era una comunidad cristiana; nunca lo sería. En el fondo, no era mejor que el viejo, ni estaba menos sometido al poder y la vanidad. Recordé a las multicolores y mutiladas aves del almacén chillándose unas a otras sin ton ni son, y me parecieron una imagen de la misma corte del rey, donde papistas y reformistas gesticulaban y alborotaban disputándose el poder. Y yo, en mi voluntaria ceguera, me había negado a ver lo que tenía ante los ojos. A los hombres les asusta el caos del mundo, me dije, y la insondable eternidad del más allá. Por eso fabricamos teorías para explicarnos sus terribles misterios y convencernos de que estamos seguros en este mundo y lo estaremos en el otro.

De pronto, comprendí que una ceguera de otra especie me había impedido ver lo que realmente había ocurrido en Scarnsea. Me había dejado atrapar en una tela de araña de falsas certezas sobre las realidades del mundo; pero bastaba con eliminar una de ellas para que el espejo deformante se transformara en otro de limpio cristal. En la soledad de la nave, me quedé boquiabierto. Comprendí quién había matado a Singleton y por qué; una vez dado ese paso, todo encajó. También comprendí que disponía de poco tiempo. Durante unos instantes, seguí sentado en el banco, con la boca aún abierta y respirando pesadamente. Luego abandoné la iglesia y, tan rápido como me permitió el caballo, volví al lugar en el que, si estaba en lo cierto, encontraría la última pieza del rompecabezas: la Torre.



Cuando volví a cruzar el puente, ya había oscurecido y la explanada de la Torre estaba iluminada con antorchas. Casi corriendo, crucé el Gran Hall y llegué al despacho del señor Oldknoll. El armero seguía allí, copiando datos de un documento a otro.

—¡Doctor Shardlake! Espero que os haya cundido el día. Más que a mí, al menos.

—Necesito hablar con el jefe de los carceleros urgentemente. ¿Podrías acompañarme a las mazmorras? No puedo perder el tiempo dando vueltas hasta encontrarlo.

Oldknoll debió de leer la importancia del asunto en mi rostro, porque se puso en pie de inmediato.

—Os llevaré ahora mismo.

El armero cogió un enorme manojó de llaves, me acompañó fuera y le quitó la antorcha al primer soldado con el que nos cruzamos. Cuando atravesábamos el Gran Hall, me preguntó si había estado en las mazmorras alguna vez.

—Nunca, gracias a Dios.

—Es un lugar siniestro. Y uno de los más concurridos que conozco.

—Sí. A veces me pregunto hacia dónde vamos.

—Hacía un país plagado de herejes, hacia eso vamos. Papistas y evangelistas locos. Deberíamos colgarlos a todos.

Bajamos por una angosta escalera de caracol. El aire apestaba a humedad, y las paredes, cubiertas de una viscosidad verdosa, parecían sudar gruesas gotas de agua. Estábamos por debajo del nivel del río.

Al final de la escalera había una reja de hierro, al otro lado de la cual un grupo de hombres permanecían de pie alrededor de una mesa atestada de papeles, en medio de una gran sala iluminada con antorchas. Un guardia con la librea de la Torre se acercó a hablar con Oldknoll a través de los barrotes.

—Me acompaña un comisionado del vicario general —le dijo el armero—. Necesita ver al jefe de los carceleros.

—Por aquí, señores —dijo el guardia abriéndonos la reja—. El señor Hodges está muy atareado; hoy nos han traído a un montón de individuos acusados de ser anabaptistas.

El guardia nos condujo hasta la mesa, ante la que un individuo alto y delgado revisaba documentos con otro guardia. A ambos lados de la sala había gruesas puertas de madera con ventanucos enrejados. A través de uno de ellos se oía a un preso recitando versículos en voz alta:

—«¡Heme aquí contra ti, dice Yahvé de los ejércitos. Yo convertiré en humo tus carros, y la espada devorará a tus cachorros...!»

—¡Cierra el pico, si no quieres ganarte una tanda de azotes! —gritó el carcelero jefe volviendo la cabeza hacia la celda. La voz se apagó y Hodges se volvió hacia mí—. Disculpadme, señor, estoy examinando las denuncias contra los nuevos prisioneros. Algunos tendrán que presentarse ante lord Cromwell para que los interroguen mañana mismo, y no quiero mandarle los que no son.

—Necesito información sobre un preso que estuvo aquí hace dieciocho meses —le expliqué—. ¿Recuerdas a Mark Smeaton?

—Difícilmente podría olvidar esos días, señor comisionado —respondió Hodges arqueando las cejas—. La reina de Inglaterra en la Torre... —El carcelero jefe hizo una pausa para recordar—. Sí, Smeaton pasó aquí la noche anterior a su ejecución. Teníamos instrucciones de mantenerlo separado de los otros presos, porque iba a recibir varias visitas.

Asentí.

—Sí, Robin Singleton vino a asegurarse de que Smeaton no se retractaría de su confesión. Y hubo otras visitas. Supongo que estarán registradas...

Hodges cambió una mirada con Oldknoll y se echó a reír.

—¡Ya lo creo, señor! Hoy en día se registra todo, ¿verdad, Thomas?

—Como mínimo, por duplicado.

El carcelero jefe envió a por el registro a uno de sus hombres, que volvió al cabo de unos instantes con un libro enorme.

Hodges lo abrió.

—Dieciséis de mayo de mil quinientos treinta y seis —dijo deslizando el dedo por la página—. Sí, Smeaton estuvo en la celda que ocupa ese alborotador —explicó moviendo la cabeza hacia la puerta de la que habían salido las imprecaciones, tras la que ahora el silencio era total.

—¿Sus visitantes? —le pregunté con impaciencia acercándome a mirar por encima de su hombro.

Hodges se apartó disimuladamente y volvió a inclinarse sobre el registro. Puede que algún jorobado le hubiera traído mala suerte con anterioridad.

—Veamos... Singleton vino a las seis. Otro visitante, que figura como «pariente», a las siete, y un sacerdote, a las ocho. Sería el capellán de la Torre, el hermano Martin, que vendría a confesarlo antes de la ejecución. ¡Condenado Fletcher! Mira que le tengo dicho que ponga siempre los nombres...

Deslicé el dedo por la página y leí los nombres de los demás presos.

—«Jerome Wentworth, llamado Jerome de Londres, monje de la Cartuja de Londres.» Sí, también está. Pero necesito saber quién era ese pariente, Hodges, y con urgencia. ¿Quién es Fletcher? ¿Uno de tus guardias?

—Sí, uno al que no le gusta escribir y, cuando lo hace, no se le entiende.

—¿Está de servicio?

—No, comisionado, está de permiso para asistir al entierro de su padre, en Essex. No volverá hasta mañana a mediodía.

—¿Entrará de servicio?

—A la una.

—A esa hora estaré en alta mar —murmuré mordiéndome una uña—. Dame papel y pluma. —Garrapeé dos notas a toda prisa y se las entregué a Hodges—. En ésta le pido a Fletcher que me informe de todo lo que recuerde de ese visitante; absolutamente de todo. Déjale bien claro que se trata de una información vital y, si no sabe escribir, que le dicte a alguien. Cuando acabe, quiero que envíen la respuesta de inmediato a lord Cromwell, con esta otra nota. En ella le pido que me envíe la respuesta de Fletcher a Scarsea con el mensajero más rápido de que disponga. El deshielo habrá convertido los caminos en un infierno, pero un buen jinete debería estar esperándome cuando mi barco llegue a puerto.

—Se la llevaré a lord Cromwell yo mismo, doctor Shardlake —dijo Oldknoll—. Será un placer salir a tomar el aire.

—Disculpad a Fletcher, comisionado —terció Hedges—. Pero últimamente tenemos tanto papeleo que a veces resulta difícil cumplir con todo.

—Bien, pero asegúrate de hacerme llegar su respuesta, Hodges.

Di media vuelta y seguí a Oldknoll fuera de las mazmorras. Mientras subíamos las escaleras, el preso de la celda de Smeaton volvió a soltar una retahíla de confusas

citas bíblicas, a la que pusieron fin un chasquido seco y un alarido de dolor.

Capítulo 30

EN EL VIAJE DE VUELTA tuvimos suerte con los vientos; una vez en alta mar, la niebla desapareció y el barco se deslizó Canal abajo empujado por una suave brisa de sudeste. La temperatura había subido varios grados; después del intenso frío de la última semana, casi hacía calor. El patrón volvía con un cargamento de tejidos y herramientas, y estaba de mejor humor.

La tarde del segundo día, cuando nos aproximábamos a tierra y distinguí la línea de la costa bajo una tenue franja de niebla, el corazón empezó a palpitarme con fuerza; casi habíamos llegado. Había pasado la mayor parte del viaje meditando; lo que hiciera a partir de ese momento dependía de que el mensajero de Londres hubiera llegado. Y era el momento de mantener otra conversación con Jerome. Una pregunta que había procurado no hacerme en aquellos dos últimos días acudió a la superficie de mi mente: ¿seguirían sanos y salvos Mark y Alice?

Cuando enfilamos el canal de la marisma y empezamos a deslizarnos hacia el muelle de Scarnsea, la niebla apenas permitía ver nada. El patrón me preguntó tímidamente si podía coger una pértiga y ayudarlo a mantener el barco alejado de la orilla, cosa que hice. Hubo un par de ocasiones en que casi nos quedamos atascados en el espeso y pegajoso lodo, al que afluían pequeños riachuelos de nieve derretida. El patrón me ayudó a poner pie a tierra y me dio las gracias por mi ayuda; puede que empezara a tener una opinión algo mejor de al menos un hereje reformista.

Fui directamente a casa del juez Copynger. Acababa de sentarse a la mesa para cenar con su mujer y sus hijos, y me invitó a acompañarlos, pero le dije que debía regresar al monasterio sin pérdida de tiempo y me retiré con él a su cómodo despacho.

—¿Ha habido alguna novedad en San Donato? —le pregunté apenas cerró la puerta.

—No, señor.

—¿Todo el mundo está bien?

—Que yo sepa, sí. Pero tengo noticias sobre esas ventas de tierras. —Copynger abrió un cajón del escritorio y sacó un título de compraventa extendido en un pergamino. Observé la pulcra caligrafía y comprobé que el sello del monasterio estaba claramente impreso en cera roja al pie del documento. La propiedad de una amplia parcela de tierra de cultivo situada al otro lado de las Downs pasaba a sir Edward Wentworth a cambio de cien libras—. Un precio módico —dijo Copynger—. Es una parcela enorme.

—Esta venta no figura en ninguno de los libros oficiales que he examinado.

—Entonces, ya tenéis a esos sinvergüenzas, señor —aseguró Copynger sonriendo con satisfacción—. Al final, tuve que ir a casa de sir Edward personalmente, acompañado por un alguacil. Eso lo asustó; sabe que, a pesar de sus títulos, puedo ordenar que lo detengan. Soltó la escritura en menos de media hora, gimoteando que él había actuado de buena fe.

—¿Con quién negoció?

—Creo que su mayordomo trató con el tesorero. Ya sabéis que Edwig controla todos los asuntos del monasterio relacionados con el dinero.

—No obstante, el abad tuvo que sellar el título. A no ser que se hiciera a sus espaldas.

—Así es. Por cierto, señor, una de las condiciones de la venta era que se mantuviera en secreto durante cierto tiempo; los arrendatarios seguirían pagando las rentas al mayordomo del monasterio, que se las entregaría a sir Edward.

—Las ventas secretas no son ilegales en sí mismas. Pero ocultar la transacción a los auditores del rey, sí. —Enrollé el pergamino y lo guardé en mi bolso—. Habéis sido eficaz. Os estoy muy agradecido. Proseguid vuestras investigaciones y no digáis nada por ahora.

—Le ordené a Wentworth que guardara silencio sobre mi visita, so pena de incurrir en la ira de lord Cromwell. No hablará.

—Bien. Actuaré pronto, tan pronto como reciba cierta información de Londres.

—Mientras estabais allí —dijo Copynger tras aclararse la garganta—, la señora Stumpe vino preguntando por vos. Le dije que os esperábamos esta tarde, y la tengo en la cocina desde mediodía. Dice que no se irá hasta que hable con vos.

—Muy bien, le concederé unos minutos. Por cierto, ¿con qué fuerzas del orden contáis aquí?

—El aguacil y su ayudante, y mis tres informadores. Pero en la ciudad hay buenos reformistas a los que puedo recurrir en caso necesario. —El juez me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Os encontráis en dificultades?

—Por el momento, no. Pero espero hacer detenciones muy pronto. Tal vez deberíais aseguraros de que vuestros hombres estén disponibles. Y los calabozos de la ciudad, listos.

Copynger asintió sonriendo.

—Será una alegría ver a unos cuantos monjes en ellos. Por cierto, comisionado —dijo el juez lanzándome una mirada cómplice—, cuando acabe este asunto, ¿le hablaréis a lord Cromwell de la ayuda que os he prestado? Tengo un hijo que pronto estará en edad de trasladarse a Londres.

—Me temo que, en estos momentos, una recomendación mía os serviría de poco —respondí sonriendo con ironía.

—Oh... —murmuró Copynger, decepcionado.

—Y, ahora, si pudiera ver a la señora Stumpe...

—¿Os importaría hablar con ella en la cocina? No quiero que me manche la

alfombra de barro.

Copynger me acompañó a la cocina, donde encontré a la gobernanta sentada ante una jarra de cerveza. El juez echó a un par de indiscretas doncellas y me dejó a solas con la anciana.

—Siento molestaros, señor, pero tengo que pedirlos un favor —dijo la señora Stumpe sin más preámbulos—. Enterramos a Orphan en el camposanto de la iglesia hace dos días.

—Me alegro de que al fin sus pobres restos descansen en paz.

—Pagué el entierro de mi bolsillo, pero no tengo dinero para comprar una lápida. Me di cuenta de que os dolía lo que le había ocurrido, y me preguntaba... Sólo es un chelín, señor. Para una lápida barata.

—¿Y para una un poco mejor?

—Dos, señor. Me encargaría de que os hicieran un recibo.

—Esta misión acabará convirtiéndome en un limosnero —murmuré con resignación—, pero Orphan se merece una buena lápida. No obstante, no pienso pagar ninguna misa.

La anciana soltó un bufido.

—Orphan no necesita misas. Las misas por los muertos son un engaño. Orphan ya está en el cielo.

—Habláis como una reformista, señora Stumpe.

—Lo soy, señor, y estoy orgullosa de serlo.

—Por cierto, ¿habéis estado en Londres alguna vez? —le pregunté con la mayor naturalidad.

—No, señor —respondió la gobernanta mirándome extrañada—. Lo más lejos que he estado ha sido en Winchelsea.

—¿No tenéis parientes en Londres?

—Toda mi familia vive por aquí.

Asentí.

—Era lo que pensaba. No tiene importancia, señora Stumpe.

La mandé a casa y me despedí rápidamente del juez Copynger, que se mostró mucho menos efusivo ahora que sabía que no contaba con el favor de Cromwell.

Recogí a *Chancery* en el establo y emprendí el regreso al monasterio a través de la brumosa marisma.



El aire seguía entibiándose mientras avanzábamos al paso por la oscuridad, pues *Chancery* andaba con desconfianza por el camino, que la nieve derretida hacía especialmente resbaladizo. A mi alrededor, el agua del deshielo goteaba y fluía murmurando por la marisma. Al cabo, temiendo que el caballo se saliera del camino, desmonté y lo conduje tirando de las riendas. Poco después, entreví la muralla del

monasterio y las luces de la casa del portero a través de la niebla. Bugge respondió de inmediato a mis golpes y apareció alumbrándose con una antorcha.

—Habéis vuelto, señor. Es peligroso cabalgar por la marisma en una noche así.

—Necesitaba llegar cuanto antes —dije conduciendo a *Chancery* al interior del monasterio—. ¿Ha llegado un jinete con un mensaje para mí, Bugge?

—No, señor, no ha venido nadie.

—¡Demonios! Espero un mensajero de Londres. Si llega, me avisas al instante, sea de día o de noche.

—Sí, señor, así lo haré.

—Y, hasta nueva orden, nadie, y quiero decir nadie, puede abandonar el monasterio. ¿Lo has entendido? Si alguien quiere salir, me mandas llamar.

El portero me miró con curiosidad.

—Si así lo ordenáis...

—Lo ordeno, sí —repliqué, y respiré hondo—. ¿Ha ocurrido algo durante mi ausencia, Bugge? ¿Están todos bien? ¿Y el señor Poer?

—Sí, señor. Está en casa del abad. —El portero me lanzó una mirada de inteligencia, y sus ojos brillaron a la luz de la antorcha—. Pero hay quien no ha parado quieto.

—¿Qué quieres decir? Déjate de acertijos, Bugge.

—El hermano Jerome. Ayer se escapó de su celda. Ha desaparecido.

—¿Quieres decir que ha volado?

Bugge rió maliciosamente.

—Ése no está para muchos vuelos, y desde luego no ha salido por mi puerta. No, está escondido en algún lugar del monasterio. Tarde o temprano, el prior lo sacará de su escondrijo.

—¡Tenían que mantenerlo vigilado, por Dios santo! —Apreté los dientes. Ahora no podré preguntarle por el visitante de Smeaton; todo depende del mensajero.

—Lo sé, señor, pero ya nadie hace nada a derechas. El criado que debía vigilarlo olvidó cerrarlo con llave. Todo el mundo está asustado, señor; el asesinato del hermano Gabriel fue la gota que colmó el vaso. Y se rumorea que el monasterio tiene los días contados.

—¿De veras?

—Bueno, es lógico, ¿no? ¿Con todos esos asesinatos, y los rumores de que el rey se está quedando con otros monasterios? ¿Qué decís vos, señor?

—Por amor de Dios, Bugge, ¿no esperarás que me ponga a hablar de política contigo?

—Lo siento, señor —murmuró el portero compungido—. No pretendía molestaros. Pero...

—¿Sí?

—Se dice que, si los monasterios cierran, los monjes recibirán pensiones, pero los criados nos quedaremos en la calle. Pronto cumpliré los sesenta, señor; no tengo

familia ni más oficio que éste. Y en Scarnsea no hay trabajo.

—No hagas demasiado caso de las habladurías, Bugge —respondí en tono más suave—. Bueno, ¿está por ahí tu ayudante?

—¿David? Sí, señor.

—Entonces dile que lleve a *Chancery* al establo, ¿quieres? Yo tengo que ir a casa del abad.

Mientras observaba al chico, que se alejaba con *Chancery* caminando de puntillas por el patio encharcado, recordé mi conversación con lord Cromwell. Bugge y todos los criados se quedarían en la calle, al cargo de la parroquia, si no conseguían encontrar otro trabajo. Me acordé de mi visita al hospicio, y de los pobres que quitaban la nieve de las calles. Aunque Bugge no me era simpático, no resultaba agradable imaginármelo haciendo aquel trabajo, despojado de las migajas de autoridad que tanto valoraba. Se apagaría en seis meses.

Oí un ruido a mi espalda y di media vuelta al tiempo que echaba mano a la espada de John Smeaton. Tras la niebla, una figura se recortaba vagamente contra el muro que tenía enfrente.

—¿Quién anda ahí? —grité en tono amenazador.

El desconocido avanzó hacia mí quitándose la capucha, y el oscuro rostro del hermano Guy apareció ante mis ojos.

—Doctor Shardlake —dijo con su característico ceceo—. De modo que ya habéis vuelto...

—¿Qué hacéis vagando en la oscuridad, hermano?

—Quería tomar el aire. He pasado todo el día junto al hermano Paul. Ha muerto hace una hora —murmuró el enfermero santiguándose.

—Lo lamento.

—Le había llegado la hora. Al final, parecía haber vuelto a la infancia. Hablaba de las guerras civiles del siglo pasado, de York y Lancaster. Vio al viejo rey Enrique VI babeando por las calles de Londres el día de su restauración.

—Ahora tenemos un rey fuerte.

—Eso nadie puede ponerlo en duda.

—Me he enterado de que Jerome se ha escapado.

—Sí, se les olvidó cerrarlo con llave. Pero, aunque el monasterio es grande, lo encontrarán. No está en condiciones de permanecer escondido. El pobre está más débil de lo que parece; una noche al raso no le hará ningún bien.

—Está loco. Podría ser peligroso.

—Los criados ya no tienen la cabeza en lo que hacen. Y los hermanos también están preocupados por su futuro.

—¿Está bien Alice?

—Sí, perfectamente. No hemos parado de trabajar. Con el cambio de tiempo, las fiebres están haciendo estragos. Son las malsanas emanaciones de la marisma.

—Decidme, hermano, ¿conocéis Toledo?

El enfermero se encogió de hombros.

—Cuando era niño, mis padres iban de ciudad en ciudad. No encontramos un sitio seguro, en Francia, hasta que tenía doce años. Sí, recuerdo que vivimos una temporada en Toledo. Recuerdo un gran castillo, y el ruido de los martillos contra el hierro en las innumerables forjas de la ciudad.

—¿Conocisteis a algún inglés mientras vivíais allí?

—¿A algún inglés? No lo recuerdo. Aunque en esa época no habría tenido nada de extraño; en España había muchos ingleses. Ahora no hay ninguno, claro.

—No, España se ha convertido en nuestra enemiga —respondí dando un paso hacia él y mirándolo a los ojos. Pero su negrura era insondable—. Tengo que dejaros, hermano —dije arrebujiándome en la capa.

—¿Ocuparéis la habitación de la enfermería?

—Ya veremos. Pero, por si acaso, encended el fuego. Buenas noches.

Di media vuelta y me dirigí a casa del abad. Al pasar junto a los edificios auxiliares, escruté con inquietud la oscuridad en busca de la mancha blanca del hábito del cartujo. ¿Qué pensaría hacer Jerome ahora?



El viejo mayordomo acudió a abrirme la puerta y me informó de que el abad Fabián estaba en su casa, reunido con el prior, y el señor Poer, en su cuarto. Luego, me acompañó a la habitación que había ocupado Goodhops, de la que habían desaparecido las botellas y el fuerte olor corporal del anciano. Mark estaba sentado a la mesa, examinando una pila de cartas. Advertí que le había crecido el pelo; cuando volviéramos a Londres, tendría que hacer una visita al barbero, si quería seguir yendo a la moda.

Me saludó con parquedad, mirándome fría y cautelosamente. No me cabía duda de que había pasado la mayor parte de los últimos días en compañía de Alice.

—¿Revisando la correspondencia del abad?

—Sí, señor. Todas las cartas parecen rutinarias. ¿Qué tal por Londres? —me preguntó Mark observándome con atención—. ¿Descubristeis algo sobre la espada?

—Algunas pistas. He hecho algunas averiguaciones y espero un mensajero de Londres. Al menos, lord Cromwell no parece preocupado por las cartas de Jerome a los Seymour. Pero me he enterado de que el cartujo ha desaparecido.

—El prior ha estado buscándolo por todas partes con varios monjes jóvenes. Ayer estuve ayudándolos un rato, pero no encontramos ni rastro del viejo. El prior está que bufa.

—Me lo imagino. ¿Y qué me dices de esos rumores sobre el cierre de los monasterios?

—Al parecer, alguien de Lewes estuvo en la posada y contó que el priorato ha firmado la cesión.

—Cromwell me dijo que estaba a punto de ocurrir. Probablemente ha enviado agentes por todo el país para que divulguen la noticia, de modo que los demás monasterios se lo piensen. Pero lo último que necesitamos es que el rumor cunda por San Donato. Tengo que hablar con el abad e intentar tranquilizarlo, hacerle creer que hay alguna posibilidad de que el monasterio permanezca abierto, por el momento. — La frialdad de la mirada de Mark se intensificó; aquella mentira no le gustaba. Recordé a Joan diciéndome que el chico era demasiado idealista para un mundo tan duro como el nuestro—. Había carta de casa —le dije—. Parece que la cosecha ha sido mala. Tu padre dice que espera que cierren los monasterios para que haya trabajo en Desamortización. —Mark no respondió, sino que se limitó a lanzarme una gélida mirada de amargura—. Voy a hablar con el abad. Tú quédate aquí por el momento.



El abad y el prior estaban sentados al escritorio, frente a frente. Tuve la sensación de que llevaban un buen rato allí. El rostro del abad Fabián estaba más demacrado que nunca; el del prior, rojo, era la máscara de la cólera. Al verme entrar, se levantaron como un solo hombre.

—¡Doctor Shardlake! Me alegra veros de vuelta —dijo el abad—. ¿Habéis tenido éxito en vuestro viaje?

—En la medida en que lord Cromwell no está preocupado por las cartas que haya podido enviar Jerome... pero he oído que ese granuja ha desaparecido...

—He removido cielo y tierra buscando a ese maldito carcamal —dijo el prior Mortimus—. No sé en qué agujero se ha metido, pero no puede haber saltado la muralla ni burlado a Bugge. Está aquí, escondido en algún sitio.

—Me gustaría saber con qué fin.

El abad movió la cabeza.

—De eso estábamos hablando, comisionado. Tal vez esté esperando una ocasión propicia para escapar. El hermano Guy dice que en su estado y sin comida no durará mucho con este frío.

—O tal vez espere la ocasión de gastarle una mala pasada a alguien. A mí, por ejemplo.

—Rezaré para que no sea así —dijo el abad.

—He informado a Bugge de que nadie puede abandonar el monasterio sin mi permiso en uno o dos días. Hacédselo saber a los hermanos.

—¿Por qué, señor?

—Por precaución. Bien. He oído los rumores sobre Lewes y que todo el mundo dice que San Donato será el próximo monasterio en caer.

—Vos mismo me dijisteis algo muy parecido —respondió el abad, y soltó un suspiro.

Incliné la cabeza.

—Tras hablar con lord Cromwell, he llegado a la conclusión de que todavía no hay nada seguro. Tal vez me precipité.

La mentira me hizo sentir una punzada de culpa, pero era necesaria. Había alguien a quien no quería asustado hasta el punto de actuar precipitadamente.

El rostro del abad Fabián se iluminó, y una chispa de esperanza brilló en los ojos del prior.

—Entonces, ¿el monasterio seguirá abierto? ¿Aún hay esperanzas?

—Digamos que hablar de disolución es prematuro.

El abad se inclinó sobre el escritorio con animación.

—Tal vez debería dirigirme a la comunidad durante la cena. Falta media hora. Podría decir que... que no hay planes para cerrar el monasterio...

—Es una buena idea.

—Es mejor que preparéis algo —le aconsejó el prior.

—Sí, por supuesto —respondió el abad cogiendo papel y pluma.

Mis ojos se posaron sobre el sello del monasterio, que seguía sobre el escritorio.

—Decidme, reverencia, este despacho no suele estar cerrado con llave, ¿verdad?

—No —respondió el abad levantando la cabeza y mirándome sorprendido.

—¿Y os parece sensato? ¿No podría entrar alguien sin ser visto y poner el sello del monasterio en el documento que elija?

El abad me miró boquiabierto.

—Pero... siempre hay algún criado cerca. Nadie puede entrar así como así.

—¿Nadie?

—Sólo los obedienciaros.

—Por supuesto. Muy bien, ahora os dejo. Hasta la cena.



Una noche más, observé a los monjes mientras entraban al refectorio. Recordé mi primera cena en el monasterio, y a Simon Whelplay con un capirote en la cabeza, tiritando junto a la ventana mientras fuera la nieve caía sin cesar. Ahora, a través de aquella ventana, veía gotear los témpanos de hielo, y regatos de nieve derretida que serpenteaban por las negras rodadas.

Los monjes fueron ocupando sus sitios en las mesas, encogidos dentro de los hábitos y absortos en sus pensamientos; muchos dirigían miradas angustiadas u hostiles hacia el gran facistol tallado, junto al que esperaba el abad para iniciar su parlamento. Cuando Mark pasó a mi lado para ocupar su asiento en la mesa de los obedienciaros, lo agarré del brazo.

—El abad va a comunicar a la comunidad que el rey no piensa cerrar San Donato —le susurré—. Es importante. Aquí hay un pájaro al que no quiero espantar antes de tiempo.

—Estoy cansado de todo esto —murmuró Mark soltándose de un tirón y

ocupando su asiento.

Su manifiesta rudeza me hizo enrojecer.

El abad Fabián ordenó sus papeles y, con un nuevo rubor en las mejillas, anunció a los hermanos que los rumores de que todos los monasterios iban a desaparecer eran falsos. El propio lord Cromwell había dicho que por el momento no había planes para forzar la cesión de San Donato, a pesar de los terribles asesinatos cometidos entre sus muros, que seguían bajo investigación. Añadió que nadie podía abandonar el monasterio.

Las reacciones de los monjes fueron muy diversas. Algunos, sobre todo los mayores, suspiraron y sonrieron aliviados. Otros parecían menos confiados. Paseé la mirada por la mesa de los obedienciaros. Los más jóvenes, el hermano Jude y el hermano Hugh, parecían aliviados, y en el rostro del prior Mortimus vi una expresión esperanzada. En cambio, el hermano Guy movió la cabeza imperceptiblemente y el hermano Edwig se conformó con fruncir el semblante.

Los criados nos sirvieron la cena: una espesa sopa de verduras seguida de un estofado de cordero a las finas hierbas. Tuve buen cuidado de comprobar que me servían de la misma soperá que a los demás y que nadie cambiaba los platos mientras pasaban de mano en mano a lo largo de la mesa. Apenas empezamos a comer, el prior Mortimus, que ya había tomado dos copas de vino, se volvió hacia el abad.

—Ahora que ya estamos tranquilos, reverencia, deberíamos ir pensando en nombrar un nuevo sacristán.

—Por Dios, Mortimus, sólo hace tres días que enterramos al pobre Gabriel.

—Pero es necesario. Alguien tendrá que regatear con el tesorero el presupuesto de las obras de la iglesia, ¿eh, hermano Edwig? —dijo el prior alzando la copa de plata hacia el aludido, que seguía con el semblante fruncido.

—S-siempre que se elija a alguien más r-razonable que el hermano Gabriel, alguien que c-comprenda que no podemos permitirnos grandes d-dispendios.

—Tratándose de dinero —dijo el prior volviéndose hacia mí—, nuestro tesorero es el hombre más inflexible de Inglaterra. Aunque nunca he entendido por qué os oponíais tanto a que se utilizaran andamios, Edwig. Con cuerdas y poleas no se puede hacer una reparación en condiciones.

Al verse blanco de todas las miradas, el tesorero se puso rojo como la grana.

—De a-acuerdo. Acepto que se pongan a-andamios para hacer las obras.

El abad se echó a reír.

—Pero, hermano, os pasasteis meses discutiendo ese punto con Gabriel. No os convenció ni diciendo que podía morir algún trabajador. ¿A qué viene este cambio?

—Era un modo de n-negociar —murmuró el tesorero bajando la cabeza y clavando los ojos en el plato.

El prior apuró otra copa de vino y se volvió hacia mí con la cara roja.

—Seguro que no conocéis la historia de Edwig y las morcillas, comisionado.

Hablaba en voz muy alta, y en la mesa grande se oían risitas ahogadas. El rostro

del tesorero se ensombreció.

—Dejadlo ya, Mortimus —terció el abad en tono conciliador—. Caridad entre hermanos.

—¡Pero si es una historia de caridad! Hace dos años, se acercaba un día de limosna y no teníamos carne para repartir entre los pobres. Habríamos podido matar un cerdo, pero el hermano Edwig no lo habría consentido. El hermano Guy acababa de llegar. Había sangrado a varios monjes y guardaba la sangre para abonar sus plantas. El caso es que Edwig sugirió que la utilizáramos para mezclarla con harina y hacer morcillas, que repartiríamos el día de limosna; los pobres nunca sabrían que no era sangre de cerdo. ¡Todo para ahorrarse lo que cuesta un cerdo! —exclamó el prior, y soltó una sonora carcajada.

—Esa historia es falsa —dijo el hermano Guy—. Se lo he dicho a la gente cientos de veces.

Miré al hermano Edwig. Había dejado de comer y estaba encorvado sobre el plato, apretando la cuchara con todas sus fuerzas. De pronto, la estampó contra el suelo y se levantó de un salto con la cara roja y los ojos desorbitados.

—¡Idiotas! —gritó—. ¡Idiotas blasfemos! La única sangre que debería importarnos es la de Nuestro Salvador Jesucristo, que bebemos en la misa cuando se transforma el vino. Esa sangre es lo único que impide que el mundo se desmorone. —No había tartamudeado ni una sola vez. Con el rostro demudado por la emoción, apretó los regordetes puños y siguió fustigando a sus hermanos—: ¡No habrá más misas, idiotas! ¿Por qué os aferráis a una mentira? ¿Cómo podéis creer que San Donato no corre ningún peligro con lo que está pasando en todo el país? ¡Idiotas, más que idiotas! ¡El rey acabará con todos vosotros!

El tesorero dio un puñetazo en la mesa, echó a andar hacia la puerta y salió dando un portazo, que resonó en el profundo silencio del refectorio.

Respiré hondo.

—Prior Mortimus, acuso al hermano Edwig de traición. Por favor, coged a algunos criados y ponedlo bajo custodia.

—Pero, señor, no ha dicho nada contra la supremacía del rey —balbuceó el prior mirándome asustado.

Mark se apresuró a inclinarse hacia mí por encima de la mesa.

—Señor, ¿estáis seguro de que esas palabras constituyen una traición?

—Haced lo que ordeno —troné volviéndome hacia el abad Fabián.

—Hacedlo, Mortimus, por amor de Dios.

El prior frunció los labios, pero se levantó de la mesa y salió del refectorio. Durante unos instantes, permanecí sentado, con la cabeza baja, pensando, pero consciente de que era el centro de todas las miradas; a continuación me levanté, indiqué a Mark que se quedara en su sitio, y seguí al prior. Abrí la puerta del refectorio a tiempo para verlo salir de la cocina al frente de un grupo de criados provistos de antorchas y dirigirse hacia la contaduría.

De pronto, una mano me agarró del hombro. Me volví rápidamente; era Bugge, que me miraba de hito en hito.

—Ha llegado el mensajero, señor.

—¿Cómo?

—El jinete de Londres. Está aquí. Nunca había visto a nadie tan cubierto de barro.

Esperé unos instantes observando al prior mientras aporreaba la puerta de la contaduría. No sabía si unirme a él o ir a recoger el mensaje. La cabeza me daba vueltas y veía manchas danzando ante mis ojos. Respiré hondo y me volví hacia Bugge, que me observaba con curiosidad.

—Vamos —le dije, y eché a andar hacia el portón.

Capítulo 31

EL MENSAJERO ME ESPERABA acurrucado junto al fuego en la casa del portero. Aunque estaba cubierto de barro de pies a cabeza, recordé haberlo visto a menudo entregando cartas en la oficina de lord Cromwell. El vicario general ya debía de saber lo que había dicho el carcelero.

El joven se puso en pie con dificultad, pues era evidente que estaba exhausto, y se inclinó ante mí.

—¿Doctor Shardlake? —Asentí, demasiado tenso para hablar—. Tengo órdenes de entregaros esto personalmente —dijo tendiéndome un pliego con el sello de la Torre.

Di la espalda al mensajero y a Bugge, rompí el sello y leí las tres líneas que contenía la misiva. Era lo que esperaba. Adopté una expresión neutra y me volví hacia el portero, que me observaba atentamente. El mensajero había vuelto a derrumbarse en la silla.

—Este hombre ha cabalgado durante días, Bugge —le dije—. Ocúpate de proporcionarle una habitación con un buen fuego para pasar la noche y viandas, si desea comer algo. —Me volví hacia el joven—. ¿Cómo te llamas?

—Hanfold, señor.

—Tal vez tenga un mensaje de respuesta mañana por la mañana. Buenas noches. Te agradezco que hayas cabalgado tan deprisa.

Salí de casa del portero guardando el mensaje en un bolsillo y atravesé el patio a toda prisa. Ahora sabía lo que debía hacer, pero nunca había sentido un peso tan grande en el corazón.

Me detuve. Había visto algo. Una sombra de movimiento en el límite de mi campo de visión. Me volví tan deprisa que casi perdí el equilibrio sobre la nieve. Había sido junto a la herrería, estaba seguro, pero ahora no veía nada.

—¿Quién anda ahí? —grité hacia la oscuridad.

No obtuve respuesta, ni oí otro ruido que el constante goteo de la nieve que se derretía en los tejados. La niebla se estaba espesando. Envolvía los edificios, desdibujaba sus siluetas y formaba halos en torno a los tenues resplandores amarillos de las ventanas. Con el oído alerta, seguí caminando hacia la enfermería.

En la cama que había ocupado el hermano Paul sólo había un colchón desnudo; junto a ella, el monje ciego daba cabezadas sentado en su sillón. El monje grueso dormía a pierna suelta. En la sala no había nadie más. El gabinete del hermano Guy también estaba vacío; todos los monjes debían de estar aún en el refectorio. La detención de Edwig les habría causado una tremenda conmoción.

Avancé por el pasillo, dejé atrás mi habitación y continué hasta la de Alice. El resplandor de una vela asomaba por debajo de la puerta. Llamé con los nudillos y abrí.

En el pequeño cuarto sin ventanas, Alice, sentada en la carriola, metía ropa en una gran alforja de cuero. Cuando alzó la cabeza hacia mí, en sus grandes ojos azules había miedo, un miedo que tensaba sus marcadas y enérgicas facciones y que me hizo sentir una pena desesperada.

—¿Te vas de viaje? —le pregunté, y me quedé sorprendido de la normalidad de mi voz, porque temía soltar un gruñido de dolor. Alice no dijo nada; se quedó inmóvil sobre la cama, con las manos en las correas de la alforja—. ¿Bien, Alice? —Esta vez la voz sí me tembló—. Alice Fewterer, aunque el apellido de soltera de tu madre era Smeaton... —Alice enrojeció, pero permaneció callada—. ¡Dios, Alice, daría mi mano derecha por que esto no fuera cierto! —exclamé, y respiré hondo—. Alice Fewterer, te detengo en nombre del rey por el brutal asesinato de su comisionado, Robin Singleton.

Cuando Alice habló al fin, su voz temblaba de emoción.

—No fue un asesinato. Fue justicia. Justicia.

—A ti puede que te lo parezca. Entonces... estoy en lo cierto. ¿Mark Smeaton era tu primo?

Alice alzó la cabeza. Sus ojos se entrecerraron, como si estuviera calculando algo. Luego habló con voz clara, pero teñida de una serena ferocidad como espero no volver a oír de labios de una mujer.

—Más que mi primo. Era mi amante.

—¿Qué?

—Su padre, el hermano de mi madre, se marchó a Londres en busca de fortuna cuando era un muchacho. Mi madre nunca le perdonó que dejara a la familia; pero, cuando el hombre con el que iba a casarme murió, fui a Londres para pedir hospitalidad a mi tío, aunque mi madre intentó disuadirme. Aquí no había trabajo.

—¿Y te acogió?

—John Smeaton y su mujer eran buenas personas. Muy buenas. Me alojaron en su casa y me ayudaron a encontrar trabajo como ayudante de un boticario. De esto hace cuatro años; Mark ya era músico en la corte. Gracias a Dios, mi tía murió de fiebres y no tuvo que asistir a lo que ocurrió después. —Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero Alice se las secó y volvió a alzarlos hacia mí. Una vez más, creí distinguir en ellos algo parecido al cálculo, algo que no supe descifrar—. Pero todo eso ya debéis de saberlo... comisionado. —Nunca había oído tanto desprecio concentrado en una sola palabra—. Si no, no estaríais aquí.

—Hasta hace media hora no sabía nada con certeza. La espada me condujo a John Smeaton... Ahora entiendo que me suplicaras que no fuera a Londres el día que me

acompañaste a la marisma. Pero en Londres tampoco estaba haciendo progresos. Me desconcertaba que, según los documentos, Smeaton no tuviera parientes varones y sus propiedades hubieran acabado en manos de una anciana. ¿Tu madre?

—Sí.

—He pasado todo este tiempo pensando en los nombres de los que viven en el monasterio, preguntándome quién tenía la fuerza y la habilidad para decapitar a un hombre, y en Londres seguí haciéndolo. Pero, de pronto, me dije: ¿y si John Smeaton tuviera otro pariente femenino? Había dado por sentado que el asesinato lo cometió un hombre, pero acabé comprendiendo que también podía haberlo hecho una mujer joven y fuerte. Y eso me condujo a ti —concluí con tristeza—. El mensaje que acabo de recibir confirma que una joven visitó a Mark Smeaton en su celda la noche anterior a ser ejecutado, y la descripción coincide contigo. —La miré y negué con la cabeza—. Es terrible que una mujer haya cometido un crimen tan atroz.

—¿Atroz? —Su voz seguía siendo serena, pero estaba teñida de amargura—. ¿Más atroz que lo que él hizo? —replicó con una firmeza, con un aplomo que me dejaron maravillado.

—Sé lo que le hicieron a Mark Smeaton —le dije—. Jerome me contó algo; el resto lo averigüé en Londres.

—¿Jerome? ¿Qué tiene que ver Jerome?

—La noche que visitaste a tu primo, Jerome estaba en la celda de al lado. Cuando llegó aquí, debió de reconocerte. Y a Singleton también; por eso lo llamó embustero y perjuró. Y, por supuesto, cuando me juró que no sabía de ningún hombre del monasterio capaz de hacer algo así, era otro de sus retorcidos sarcasmos. Había adivinado que fuiste tú.

—A mí no me dijo nada. —Alice negó con la cabeza—. Debió hacerlo; son muy pocos los que saben lo que ocurrió realmente, las maldades que cometió vuestra gente.

—Cuando llegué aquí, ignoraba la verdad sobre Mark Smeaton, Alice, y sobre la reina. Tienes razón. Fue una maldad, un acto atroz.

La esperanza asomó a sus ojos.

—Entonces, dejadme ir, señor. Desde que llegasteis, no habéis dejado de sorprenderme, porque no sois un bruto como Singleton y los demás hombres de Cromwell. Sólo he hecho justicia. Por favor, dejadme ir.

Negué con la cabeza.

—No puedo. Lo que hiciste sigue siendo un asesinato. Debo ponerte bajo custodia.

—Señor, si lo supierais todo... —dijo Alice con voz suplicante—. Por favor, escuchadme. —Debí adivinar que quería retenerme allí, pero no la interrumpí. Iba a darme la explicación del asesinato de Singleton que tanto tiempo llevaba buscando—. Mark venía a visitar a sus padres tan a menudo como podía. Había pasado del coro del cardenal Wolsey al séquito de Ana Bolena, como músico. Pobre Mark... Se

avergonzaba de sus orígenes, pero seguía visitando a sus padres. No es de extrañar que el esplendor de la corte se le subiera a la cabeza. Lo sedujo como os gustaría que sedujera a Mark Poer.

—Eso no ocurrirá nunca. A estas alturas ya deberías saberlo.

—Mark me llevó a ver los grandes palacios, Greenwich y Whitehall, pero sólo por fuera; nunca me dejó entrar, ni siquiera cuando ya éramos amantes. Decía que sólo podíamos vernos en secreto. A mí no me importaba. Pero un día volví de la botica y encontré en casa de mi tío, que ya estaba viudo, a Robin Singleton con un destacamento de soldados; le estaba gritando, tratando de obligarlo a decir que su hijo le había contado que se había acostado con la reina. Cuando comprendí lo que había ocurrido, me lancé sobre Singleton y no paré de golpearlo hasta que los soldados me inmovilizaron. —Alice frunció el entrecejo. Fue entonces cuando me di cuenta de la cólera que llevaba dentro—. Los soldados me echaron fuera, pero no creo que mi tío le hablara a Singleton de mi relación con Mark, ni le contara que éramos primos, porque de lo contrario también habrían ido a por mí para obligarme a mantener la boca cerrada.

»Mi pobre tío murió dos días después de que ejecutaran a Mark. Yo asistí al juicio y pude ver lo asustados que estaban los jurados. El veredicto se sabía de antemano. Intenté visitar a Mark en la Torre, pero no me dejaron pasar, hasta que la última noche un carcelero se apiadó de mí. Lo encontré cargado de cadenas en aquel lugar espantoso, vestido con los jirones de su lujosa ropa.

—Lo sé. Me lo contó Jerome.

—Cuando lo detuvieron, Singleton le aseguró que, si confesaba haberse acostado con la reina, el rey sería clemente y lo indultaría. Me dijo que al principio tenía la absurda seguridad de que, como no había hecho nada, la ley lo protegería —recordó Alice, y soltó una risa amarga—. ¡La ley inglesa es un potro en una mazmorra! Lo torturaron hasta que todo su mundo se redujo a un grito. Así que confesó, y le dejaron vivir como un tullido dos semanas, mientras lo juzgaban; luego le cortaron la cabeza. Lo vi; me encontraba entre la muchedumbre que asistió a la ejecución. Le había prometido que lo último que vería sería mi rostro. —Alice movió la cabeza—. Hubo mucha sangre..., un chorro de sangre llenando el aire. Siempre sangre.

—Sí. Siempre.

Recordé que Smeaton había confesado ante Jerome que se había acostado con muchas mujeres. El retrato de Alice lo idealizaba, pero no podía contarle aquello a ella.

—Y al cabo del tiempo Singleton apareció por aquí —le dije.

—¿Podéis imaginaros cómo me sentí el día en que lo vi discutiendo con el ayudante del tesorero en la puerta de la contaduría? Había oído que un comisionado había venido a visitar al abad, pero no podía imaginar que fuera él...

—¿Y decidiste matarlo?

—Había soñado con matar a ese canalla muchas veces. Simplemente, sabía qué

debía hacer. Tenía que hacer justicia.

—En este mundo, no siempre se puede hacer justicia.

—Esta vez se ha hecho —replicó Alice con fría calma.

—¿No te reconoció?

Alice se echó a reír.

—No. Sólo vio a una criada cargada con un saco, si es que me vio. Ya llevaba aquí un año, trabajando para el hermano Guy. El boticario de Londres me despidió al enterarse de que era pariente de los Smeaton. Volví a casa de mi madre. Recibió una carta de un abogado y fue a Londres para recoger las pocas cosas que había dejado mi tío. Murió poco después, de un ataque, como él. Y Copynger me echó de casa. Así que vine aquí.

—¿En Scarnsea no sabían que eras familia de los Smeaton?

—Mi tío se había ido hacía treinta años y, al casarse, mi madre adoptó el apellido de mi padre. Todo el mundo había olvidado su apellido de soltera, y yo no iba a recordárselo. Dije que había estado trabajando con el boticario de Esher hasta que murió.

—Te quedaste con la espada...

—Sí, por sentimentalismo. Las noches de invierno, mi tío solía sacarla para enseñarnos algunos movimientos de esgrima. Aprendí algunas cosas sobre equilibrio, pasos, ángulos de fuerza... Cuando vi a Singleton, supe que la usaría.

—¡Vive Dios que eres una mujer valiente!

—Fue fácil. No tenía llave de la cocina, pero recordaba la historia del viejo pasadizo.

—Y lo encontraste.

—Buscando en todas las habitaciones, sí. Luego le escribí una nota anónima a Singleton explicándole que tenía información para él y que lo esperaba esa noche en la cocina. Le dije que estaba en condiciones de revelarle un gran secreto —añadió Alice esbozando una sonrisa, una sonrisa que me estremeció.

—Y él supuso que la nota era de un monje...

La sonrisa se desvaneció.

—Sabía que habría sangre, así que fui a la lavandería y robé un hábito. Había encontrado una llave de la lavandería en un cajón de esta habitación, al poco de llegar.

—La llave que se le cayó al hermano Luke mientras forcejeaba con Orphan Stonegarden. Orphan debió de quedársela.

—Pobre muchacha. Deberíais buscar a su asesino en lugar del de Singleton. —Alice me miró fijamente—. Me puse el hábito, cogí la espada y fui a la cocina por el pasadizo. El hermano Guy y yo estábamos atendiendo a uno de los monjes ancianos, y yo le dije que necesitaba descansar una hora. Fue muy fácil. Me escondí detrás del aparador de la cocina y, cuando pasó junto a mí, le asesté el golpe. —Alice esbozó una sonrisa, una escalofriante sonrisa de satisfacción—. Había afilado la espada; su

cabeza rodó por el suelo de un solo tajo.

—Como la de Ana Bolena.

—Como la de Mark. —La sonrisa se esfumó de sus labios y su ceño se cubrió de arrugas—. Cuánta sangre... Esperaba que la sangre de Singleton apagara mi cólera, pero no fue así. Aún veo el rostro de mi primo en sueños.

De pronto, sus ojos se iluminaron, y Alice soltó un profundo suspiro de alivio al tiempo que una mano me agarraba la muñeca y me inmovilizaba el brazo a la espalda, y otra me agarraba el cuello. Al mirar hacia abajo, vi una daga junto a mi garganta.

—¿Jerome? —balbucí.

—No, señor —respondió la voz de Mark—. No gritéis. —La daga me presionó el cuello—. Sentaos en la cama. Moveos despacio.

Atravesé la habitación con paso vacilante y me derrumbé en la carriola. Alice se levantó, corrió hacia Mark y le rodeó la cintura con el brazo.

—Creí que no llegarías nunca. Lo he entretenido hablando.

Mark cerró la puerta y se quedó guardando el equilibrio sobre las puntas de los pies, con la daga a un palmo de mi garganta; en un momento podía inclinarse hacia mí y rebanarme el pescuezo. En su rostro ya no había frialdad, sino una firme determinación.

—Hace un momento, en el patio, ¿eras tú? —le pregunté mirándolo a los ojos—. ¿Me seguías?

—Sí. ¿Quién más lo sabe, señor?

Seguía llamándome «señor». Casi me eché a reír.

—El mensajero era uno de los servidores de lord Cromwell, así que Su Señoría debe de conocer el contenido del mensaje. Entonces, ¿sabes lo que ha hecho Alice?

—Me lo contó la primera vez que nos acostamos juntos, el día que partisteis a Londres. Le dije que erais un hombre listo. Al ver que estabais a punto de desvelar la identidad del asesino, hicimos los preparativos para partir esta noche. Si hubierais llegado unas horas más tarde, no nos habríais encontrado aquí. Ojalá hubiera sido así.

—Ya no hay huida posible. En Inglaterra, no.

—No nos quedaremos en Inglaterra. En el río nos espera un bote que nos llevará a un barco.

—¿Contrabandistas?

—Sí —dijo Alice con toda naturalidad—. Os mentí. Mis amigos de la infancia no desaparecieron durante una tormenta y siguen siendo mis amigos. Hay un barco francés esperando frente a la costa; mañana por la noche recibirán un cargamento del monasterio, pero van a mandar un bote para recogernos esta noche.

—¿Un cargamento del monasterio? —pregunté asombrado—. ¿Sabes de quién, o qué es?

—Eso me trae sin cuidado. Esperaremos en el barco hasta mañana por la noche y luego partiremos a Francia.

—Mark, ¿sabes qué es ese cargamento?

—No —contestó el chico mordiéndose el labio—. Lo siento, señor. Ahora lo único que me importa es Alice y nuestra huida.

—En Francia no sienten demasiado aprecio por los reformistas ingleses...

Mark me miró con lástima.

—Yo no soy reformista. Nunca lo he sido. Y, ahora que sé cómo trabaja lord Cromwell, menos que nunca.

—Eres un traidor —le espeté—. Desleal con tu rey y desleal conmigo, que te he tratado como a un hijo.

—Para vos no soy un hijo, señor —replicó Mark mirándome con conmiseración—. Nunca he estado de acuerdo con vuestras ideas en materia de religión. Os habríais dado cuenta si hubierais escuchado lo que os decía en lugar de utilizarme como caja de resonancia de vuestras opiniones.

Solté un gruñido.

—No merecía que me hicieras esto, Mark. Ni tú, Alice.

—¿Quién sabe lo que se merece cada uno? —dijo Mark con inesperada vehemencia—. En este mundo no hay ni orden ni justicia, como veríais si no estuvierais tan ciego. Después de lo que me contó Alice, ya no me queda ninguna duda. Me voy con ella; lo decidí hace cuatro días.

Y, sin embargo, mientras hablaba, vi que su rostro se demudaba, que estaba avergonzado y que el afecto que sentía por mí no había desaparecido por completo.

—¿Vas a decirme que te has convertido en un papista? No estoy tan ciego como piensas, Mark. Muchas veces me he preguntado en qué creías realmente. ¿Qué piensas de que esta mujer profanara la iglesia? Porque fuiste tú, ¿verdad, Alice? Después de matar a Singleton, depositaste ese gallo sacrificado sobre el altar para dejar una pista falsa...

—Sí —respondió Alice—. Lo hice. Pero si creéis que Mark y yo somos papistas estáis muy equivocado. Sois todos iguales, papistas y reformistas; os inventáis credos que imponéis a las personas so pena de muerte, mientras vosotros os disputáis el poder, la tierra y el dinero, que es lo único que en realidad os importa.

—Eso no es lo que yo quiero.

—Puede que no. Tenéis buen corazón, y habría preferido no verme obligada a engañaros. Pero en lo que concierne a lo que está ocurriendo en Inglaterra estáis tan ciego como un murciélago —dijo Alice con una mezcla de cólera y lástima—. Deberíais ver las cosas a través de los ojos del pueblo, pero la gente de vuestra clase nunca lo hará. ¿Creéis que me importa alguna Iglesia después de lo que he visto de la una y de la otra? Me dolió más tener que matar aquel gallo que lo que hice en el altar.

—¿Y ahora qué? —les pregunté—. ¿Vais a matarme?

Mark tragó saliva.

—No podría hacerlo. A menos que me obliguéis —dijo, y se volvió hacia Alice—. Podemos atarlo, amordazarlo y encerrarlo en el aparador. No se les ocurrirá mirar

aquí. ¿Cuándo descubrirá el hermano Guy que has desaparecido?

—Le he dicho que me acostaría temprano. No me echará en falta hasta que vea que no aparezco por la enfermería, a las siete. Para entonces, ya estaremos en el barco.

—Por favor, Mark, escúchame —dije tratando de ordenar mis ideas—. ¿Te has olvidado del hermano Gabriel, de Simon Whelplay de Orphan Stonegarden?

—¡Yo no tuve nada que ver con sus muertes! —gritó Alice.

—Lo sé. Había considerado la posibilidad de que hubiera dos asesinos actuando juntos, pero nunca se me ocurrió que podía haber dos asesinos sin relación entre sí. Piensa en lo que has visto, Mark. Orphan Stonegarden, pudriéndose en el estanque; el hermano Gabriel, aplastado como un insecto; Simon, trastornado por un veneno... Me has ayudado, has estado a mi lado... ¿No te importa que el asesino siga suelto?

—Íbamos a dejaros una nota diciéndoos que Alice mató a Singleton.

—Por favor, escúchame. El hermano Edwig. ¿Lo han cogido?

Mark negó con la cabeza.

—No. Os seguí hasta la puerta del refectorio y oí a Bugge cuando os comunicó que teníais un mensaje. Os seguí hasta la portería y luego vi que os dirigíais a la enfermería. Pero el prior Mortimus me vio y me dijo que el tesorero no estaba en la contaduría ni en su celda. Parece que ha huido. Por eso he tardado tanto, Alice.

—¡No podemos permitir que escape! —exclamé con exasperación—. Ha vendido tierras, creo que a espaldas del abad; tiene mil libras escondidas en alguna parte. Piensa huir en ese barco. Por supuesto, tenía que ganar tiempo hasta que llegara. Por eso mató a Simon, porque temía que el novicio me hablara de Orphan Stonegarden y yo lo hiciera detener.

Mark bajó la daga y me miró asombrado. Había conseguido captar su atención.

—¿El hermano Edwig mató a Orphan Stonegarden?

—¡Sí! Y luego intentó matarme a mí en la iglesia. Con esta nieve, pasarían días o semanas antes de que llegara alguien de Londres para reemplazarme, y para entonces ya estaría lejos. Harás el viaje a Francia en compañía de un asesino.

—¿Estáis seguro de eso? —me preguntó Mark.

—Sí. Me equivoqué con el hermano Gabriel, pero esta vez no hay error posible. Lo que me has contado sobre el barco ha despejado mis últimas dudas. Edwig es un ladrón y un asesino despiadado. En conciencia, no puedes dejarlo escapar.

Por un segundo, lo vi titubear.

—¿Estáis seguro de que el hermano Edwig mató a la muchacha? —me preguntó Alice.

—Totalmente. Tenía que ser uno de los obedienciaros que visitó a Simon Whelplay. Tanto el prior Mortimus como el hermano Edwig habían acosado a mujeres; Mortimus también te molestó a ti, pero Edwig no lo hizo... porque temía perder el control, como lo perdió con Orphan.

Mark se mordió el labio.

—No podemos permitir que escape, Alice.

—Me colgarán —dijo la joven mirándome con desesperación—, si es que no me queman. Y me acusarán de brujería por matar al gallo.

—Escucha —le dijo Mark—. Cuando lleguemos al barco, podemos decirles que no esperen, que zarpen esta noche. Así no podrá huir con su apestoso oro. No querrán esperar a un asesino.

—Sí —respondió Alice aliviada—. Haremos eso.

—Seguirá estando libre —les recordé.

Mark respiró hondo.

—Entonces tendréis que capturarlo solo, señor. Lo siento.

—Tenemos que irnos —lo urgió Alice—. La marea cambiará pronto.

—Hay tiempo. Según el reloj de la abadía, son las ocho; falta media hora para la pleamar. Nos sobra tiempo para cruzar la marisma.

—¿Cruzar la marisma? —les pregunté con incredulidad.

—Sí —respondió Alice—. Por el camino que os mostré. El bote nos espera en el estuario.

—¡No podéis hacer eso! —les grité—. ¿No habéis visto el tiempo que hace? La nieve se está derritiendo, la marisma no será más que barro líquido... He entrado por el canal esta tarde; he visto cómo estaba y ahora estará mucho peor. El agua del deshielo está bajando por las Downs. Y la niebla cada vez es más espesa. ¡No lo conseguiréis! ¡Debéis creerme!

—Conozco bien los caminos —dijo Alice—. No me perderé —aseguró, pero me pareció que dudaba.

—¡Por amor de Dios, Mark! ¡Vais a una muerte segura, créeme!

Mark respiró hondo.

—Alice conoce el camino. Aquí es donde nos espera la muerte.

Solté un profundo suspiro.

—Dejaré que Alice escape. Que se vaya ahora mismo y rehaga su vida donde le plazca. No diré nada sobre su implicación, lo juro. ¡Por Dios santo, os estoy diciendo que seré cómplice vuestro, que pondré en peligro mi vida por los dos! ¡Pero no vayáis a la marisma!

Alice miró a Mark con desesperación.

—¡No me abandones, Mark! ¡Lo conseguiremos!

—¡Os digo que no lo conseguiréis! ¡No habéis visto cómo está la marisma!

Mark paseó la mirada entre los dos con la angustia y la indecisión pintadas en el rostro. Vuelvo a verlo y pienso: qué joven era, qué joven para tener que decidir su destino y el de Alice en un instante. Mark se volvió hacia mí, y el alma se me cayó al suelo.

—Tengo que ataros, señor. Procuraré no haceros daño. ¿Dónde tienes el camisón, Alice?

La muchacha sacó la prenda de debajo del almohadón, y Mark la hizo tiras con la

daga.

—Tumbaos boca abajo, señor.

—Por lo que más quieras, Mark... —le supliqué, pero él me agarró de los hombros y me obligó a echarme. Me ató las manos a la espalda y luego las piernas, y me dio la vuelta—. Mark, no vayas a la marisma...

Fueron las últimas palabras que pude decirle antes de que me metiera un trozo de camisón en la boca, que a punto estuvo de ahogarme. Alice abrió las puertas del pequeño aparador, y me metieron dentro entre los dos. Mark se irguió y me miró dubitativo.

—Espera un momento. Le dolerá la espalda.

Alice lo observó con impaciencia mientras cogía el almohadón y me lo ponía detrás de la espalda.

—Lo siento —me susurró.

Luego se levantó y cerró las puertas. A mi alrededor la oscuridad era absoluta. Un instante después, los oí cerrar la puerta de la habitación con suavidad.

Tenía ganas de vomitar, pero sabía que si lo hacía seguramente me ahogaría. Me recosté contra el almohadón y respiré profundamente por la nariz. Alice había dicho que el hermano Guy no la echaría de menos hasta las siete, cuando viera que no se presentaba en la enfermería. Tenía once horas para esperar.

Capítulo 32

DOS VECES DURANTE AQUELLA larga y fría noche me pareció oír gritos a lo lejos; la gente estaría buscándonos a Mark y a mí, y también a Edwig. Debí de quedarme dormido, porque soñé con la cara de Jerome, que me miraba y se reía como un lunático al verme atado en el interior del aparador; luego me desperté sobresaltado en la densa oscuridad, sintiendo que las ligaduras me desollaban las muñecas.

Llevaba despierto horas, cuando al fin oí pasos en la habitación. Reuní las pocas fuerzas que me quedaban y golpeé con los pies la puerta del aparador, que se abrió al cabo de un instante. Súbitamente deslumbrado, parpadeé hasta que mis ojos se habituaron a la luz del día y me permitieron ver al hermano Guy, que, de pie junto al aparador, me miraba con la boca abierta. En ese momento, lo primero que se me ocurrió fue que, para ser un hombre de su edad, tenía una dentadura envidiable.

El enfermero me desató y, tras recomendarme que me moviera despacio para no hacerme daño en la espalda, me ayudó a salir del aparador y ponerme en pie. Luego me acompañó a mi habitación, donde me apresuré a sentarme ante el fuego, pues estaba muerto de frío. Cuando le conté lo ocurrido y supo que Alice había asesinado a Singleton, se dejó caer sobre la cama con un gruñido.

—Recuerdo que le hablé del pasadizo poco después de que llegara. Sólo quería entablar conversación; se la veía sola y desorientada. Y pensar que la puse al cuidado de mis pacientes...

—Creo que el único que corría peligro cerca de ella era Singleton. Decidme, hermano Guy, ¿todavía no han encontrado a Edwig?

—No, ha desaparecido tan misteriosamente como Jerome. Pero podría haber escapado del monasterio. Anoche, cuando oyó el alboroto, Bugge dejó el portón sin vigilancia. También podría haber salido por la parte posterior de la muralla y huido por la marisma. Pero no entiendo por qué teníais tanto interés en hacerlo detener. Desde que estáis aquí habéis oído cosas mucho peores que las que dijo él.

—Mató a Gabriel y a Simon, y creo que también a Orphan. Y ha robado una fortuna en oro.

Guy me miró, consternado, y luego se cogió la cabeza con las manos.

—Dios Misericordioso... ¿En qué se ha convertido este monasterio para albergar a dos asesinos?

—Alice no se habría convertido en una asesina de no ser por los tiempos que nos ha tocado vivir. Y el fraude de Edwig no habría sido posible si la situación hubiera sido más estable. La verdadera pregunta es en qué país se ha convertido Inglaterra. Y yo he contribuido a ese cambio.

El enfermero levantó la cabeza.

—Anoche, después de que ordenarais detener al hermano Edwig, el abad se vino abajo. Es incapaz de hacer nada ni de hablar con nadie; está sentado en su habitación, mirando al vacío.

Solté un suspiro.

—No ha sabido manejar la situación en ningún momento. El hermano Edwig cogió su sello y lo utilizó para autentificar los títulos de venta de esas tierras. Hizo jurar a los compradores que guardarían el secreto, y ellos debieron de pensar que el abad estaba al corriente —dije intentando levantarme—. Hermano Guy, tenéis que ayudarme. Necesito ir a la parte de atrás del monasterio. Necesito saber si Mark y Alice lo han conseguido.

El enfermero dudaba de que estuviera en condiciones para aquella caminata, pero, ante mi insistencia, me ayudó a levantarme. Cogí el bastón y salimos de la enfermería.

La gente que iba y venía por el patio se paraba y se quedaba mirándome, mientras yo avanzaba con dificultad.

—¡Comisionado! —exclamó el prior Mortimus corriendo hacia nosotros—. Creíamos que os habían asesinado, como a Singleton. ¿Dónde está vuestro ayudante?

Volví a contar la historia al corro de asustados monjes y criados que se había formado a mi alrededor. Luego ordené al prior que hiciera venir a Copynger; si Edwig había conseguido escapar del monasterio, levantaría a toda la comarca, si era necesario, para buscarlo.

No sé cómo conseguí atravesar la huerta. Sin duda, no habría podido hacerlo sin la ayuda del hermano Guy, pues, después de toda una noche en aquel aparador, la espalda me torturaba horriblemente y las piernas apenas me sostenían. Finalmente acabamos llegando a la muralla. Abrí la puerta y salí fuera.

Ante mis ojos se desplegaba un lago de un tercio de legua de anchura. El agua cubría toda la marisma, en la que el río no era más que una franja fluida en el centro de una inmensa balsa que llegaba casi hasta donde estábamos. No debía de tener más de dos palmos de profundidad, pues aquí y allí se veían cañas que se mecían en la suave brisa de la mañana, pero el terreno blando de debajo debía de estar saturado.

—¡Mirad! —El hermano Guy señaló dos pares de huellas, unas grandes y otras un poco más pequeñas, impresas en el barro de delante de la puerta; continuaban a lo ancho del camino, en dirección al agua—. ¡Dios santo! Se han metido ahí dentro... —dijo el enfermero.

—No habrán avanzado ni cien varas —murmuré—. Con esta niebla, en la oscuridad, y con toda esta agua...

—¿Qué es aquello? ¡Allí!

El hermano Guy señalaba algo que flotaba en el agua, a cierta distancia.

—Es una de esas palmatorias que tenéis en la enfermería. Debían de llevarla ellos. ¡Dios mío!

Me agarré al enfermero, pues, al pensar que Mark y Alice habían perdido pie y se habían hundido en la ciénaga, sentí que las piernas se negaban a sostenerme. El hermano Guy me ayudó a sentarme en el borde del camino, donde me quedé respirando despacio hasta que conseguí recuperarme un poco. Cuando levanté la cabeza, vi al enfermero musitando una oración en latín, con las manos entrelazadas y los ojos clavados en la palmatoria, que avanzaba lentamente por la superficie del agua.



El hermano Guy me ayudó a volver a la enfermería. Una vez allí, insistió en que debía descansar y comer, me hizo sentarme en la cocina y me sirvió él mismo. Los alimentos y la bebida hicieron revivir mi cuerpo, pero mi corazón yacía inerte como una piedra en su interior. Seguía viendo imágenes de Mark en el interior de mi cabeza: riendo y bromeando en el camino; discutiendo conmigo en nuestra habitación; abrazando a Alice en la cocina... Al final, era su pérdida la que más me dolía.

—Junto a la marisma sólo había huellas de dos personas —dijo el hermano Guy tras un largo silencio—. No parece que el hermano Edwig saliera por allí.

—No, él no haría algo así —respondí con amargura—. Debí de salir por el portón en cuanto Bugge se dio la vuelta. —Apreté los puños—. Pero le daré caza aunque tenga que perseguirlo durante el resto de mis días.

Oímos llamar a la puerta, y al cabo de un instante el prior Mortimus entró y nos miró con expresión sombría.

—¿Habéis avisado a Copynger? —le pregunté.

—Sí. No creo que tarde en llegar. Pero, comisionado, hemos encontrado...

—¿A Edwig?

—No. A Jerome. En la iglesia. Deberíais venir a verlo.

—No estáis en condiciones —me dijo el hermano Guy agarrándome del brazo, pero me zafé y cogí el bastón.

Seguí al prior hasta la iglesia, ante la que se había formado una pequeña muchedumbre. El dispensero montaba guardia en la puerta y mantenía alejados a monjes y criados. El prior se abrió camino entre ellos y me hizo entrar.

En algún sitio goteaba agua; aparte de eso, no se oía otro ruido que unos débiles sollozos, un lamento. Seguí al prior por la enorme nave vacía, que devolvía el ruido de nuestros pasos, entre las hornacinas iluminadas con velas, hasta llegar a la que había ocupado la mano del Buen Ladrón. Las muletas y demás aparatos ortopédicos que había visto amontonados al pie del pedestal estaban desparramados por el suelo. El suelo de la hornacina había quedado al descubierto, y al acercarme pude ver que estaba hueco, con espacio suficiente para que cupiera un hombre. Dentro, hecho un ovillo y abrazado a algo, estaba Jerome, llorando como un niño. Tenía el hábito

rasgado y mugriento, y despedía un hedor insoportable.

—Lo he encontrado hace media hora —dijo el prior—. Se metió ahí dentro y volvió a poner las muletas en su sitio para ocultarse. Estaba registrando la iglesia y me acordé de este hueco.

—¿Qué tiene entre los brazos? ¿Es la...?

El prior asintió.

—La reliquia. La mano del Buen Ladrón.

Haciendo una mueca, pues me dolían todas las articulaciones, me arrodillé ante el cartujo. Vi que sujetaba una gran caja cuadrada con incrustaciones de pedrería que destellaban a la luz de las velas. En su interior, distinguí un bulto oscuro.

—¿Fuisteis vos quien se llevó la reliquia, hermano? —le pregunté con voz suave.

Por primera vez desde que lo conocía, Jerome habló con voz serena:

—Sí. Es tan preciada para nosotros, para la Iglesia... Ha curado a tanta gente...

—Así que la cogisteis en la confusión posterior al asesinato de Singleton...

—La escondí aquí abajo para salvarla. Para salvarla —repitió Jerome agarrando el relicario con más fuerza—. Sé lo que haría Cromwell; destruiría esta santa reliquia que Dios nos dio en señal de perdón. Cuando me encerraron en mi celda, comprendí que acabaríais encontrándola. Tenía que protegerla. Ahora está perdida, perdida... No puedo resistir más, estoy tan cansado... —murmuró el cartujo con resignación; luego movió la cabeza y se quedó mirando el vacío.

El prior Mortimus se acercó y posó la mano en su hombro.

—Vamos, Jerome, ya ha acabado todo. Soltadla y venid conmigo. —Para mi sorpresa, el cartujo no replicó. Trepó penosamente fuera de la hornacina, se volvió para coger su muleta, besó el relicario y lo dejó en el suelo con cuidado—. Lo llevaré a su celda —me dijo el prior.

Asentí.

—Sí, hacedlo.

Jerome no volvió a mirarme, y tampoco a la reliquia; se dejó llevar por el prior y se alejó lentamente arrastrando los pies por el suelo de la nave. Yo me quedé mirándolo durante unos instantes. Si el día que lo interrogué me hubiera contado que había visto a Alice visitando a Mark Smeaton, en lugar de jugar conmigo, habría podido detenerla de inmediato y, resuelto el asesinato de Singleton, tal vez hubiera descubierto a Edwig mucho antes. Mark no habría muerto, y Gabriel tampoco. Pero, por alguna extraña razón, no le guardaba rencor; era como si ya no fuera capaz de sentir ninguna emoción.

Me arrodillé y examiné el relicario sin levantarlo del suelo. Era un cofre de oro artísticamente trabajado y adornado con las esmeraldas más grandes que había visto en mi vida. A través del cristal, distinguí una mano unida por la muñeca con un clavo de cabeza gruesa a un trozo de vieja y negra madera que descansaba sobre un cojín de terciopelo púrpura. Era un apéndice marrón y momificado, pero indudablemente una mano; incluso aprecié unos engrosamientos que parecían callos en el nacimiento de

los dedos. ¿Sería realmente la mano del ladrón que había aceptado a Cristo antes de morir con Él en la cruz? Toqué el cristal, con la absurda y fugaz esperanza de que el dolor que sentía en las articulaciones cesara, mi joroba desapareciera y mi espalda se volviera tan recta y lisa como la del pobre Mark, que tan a menudo había envidiado. Pero no pasó nada, salvo que mis uñas hicieron rechinar el cristal.

De pronto, por el rabillo del ojo, vi un ínfimo pero vivo destello dorado que descendía en el aire. Algo golpeó el suelo con un tintineo a dos pasos de mí, giró sobre su eje durante unos instantes y se inmovilizó. Me quedé boquiabierto. La cabeza del rey Enrique me miraba desde el suelo. Era una moneda de oro, un noble.

Alcé la vista. Estaba bajo el campanario; sobre mi cabeza pendía la maraña de cuerdas y poleas que había dado pie a las bromas sobre Edwig durante la cena de la noche anterior. Pero había algo diferente. El cajón de los canteros había desaparecido. Lo habían izado a lo alto de la torre.

—¡Está ahí arriba! —dije entre dientes.

Así que era ahí donde había escondido el oro, en aquel cajón... Tenía que haber comprobado lo que ocultaba la lona que había visto en su interior el día que subí al campanario con Mortimus. Era un buen escondite. Por eso había hecho parar las obras.

La primera vez que subí la escalera de caracol del campanario tenía miedo, pero ahora, mientras trepaba haciendo oídos sordos a los gritos de protesta de mis piernas, sólo sentía una furia salvaje y temeraria. Estaba claro que las emociones no habían muerto en mi interior; sólo estaban dormidas. Una cólera como nunca había sentido me urgía a subir. Llegué al cuarto desde el que se tocaban las campanas. El cajón estaba allí, volcado sobre un costado y vacío, aunque un par de monedas relucían en el suelo. Pero no había nadie. Miré hacia la escalera que subía hasta las campanas; en los peldaños también había monedas. Si había alguien allí, tenía que haberme oído subir. ¿Se habría escondido en la galería de las campanas?

Subí los peldaños cautelosamente esgrimiendo el bastón ante mí. Hice girar la manivela de la puerta, retrocedí rápidamente y empujé la hoja con el bastón. Fue una precaución providencial, porque al instante una figura surgió de la oscuridad y descargó una antorcha apagada contra el espacio donde yo debería haber estado. Al tiempo que la improvisada porra golpeaba mi bastón, entreví el encendido y colérico rostro del tesorero, que me miró con ojos desorbitados.

—¡Os he descubierto, hermano Edwig! —le grité—. ¡Sé lo del barco a Francia! ¡Os detengo en nombre del rey por robo y asesinato! —El tesorero desapareció en el interior de la galería, y oí el roce de sus pies sobre el suelo de madera, acompañado de un tintineo que no supe identificar—. ¡Se acabó! —le grité—. Ésta es la única salida.

Subí el último peldaño, asomé la cabeza al interior de la galería y traté de localizarlo, pero desde donde estaba sólo veía parte de la curva y las enormes campanas, al otro lado de la barandilla. El suelo estaba sembrado de monedas.

Comprendí que ambos estábamos atrapados; él no tenía escapatoria, pero yo tampoco. Si emprendía la retirada hacia la escalera de caracol, le daría la oportunidad de atacarme desde arriba, y era evidente que el hombre al que hasta hacía poco consideraba un avaro y medroso contable era capaz de cualquier cosa. Avancé hacia el interior de la galería blandiendo el bastón ante mí.

El hermano Edwig estaba en el otro extremo, oculto tras las campanas. Al acercarme, salió al descubierto, y pude ver que llevaba dos grandes alforjas unidas con una gruesa cuerda alrededor del cuello; el oro tintineaba en su interior al menor movimiento. El tesorero jadeaba ruidosamente y empuñaba la antorcha en la mano derecha con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Cuál era el plan, hermano? —le pregunté—. ¿Huir con el dinero de las tierras y empezar una nueva vida en Francia?

Avancé un paso intentando distraerlo, pero estaba tan alerta como un gato, y agitó la antorcha en el aire amenazadoramente.

—¡N-no! —barbotó dando una patada en el suelo, como un niño acusado injustamente—. ¡No! ¡Ésta es mi entrada para el cielo!

—¿Qué?

—¡Ella me rechazaba y volvía a r-rechazarme, hasta que el Diablo me llenó el alma de ira, y la maté! ¿Sabéis lo fácil que es matar a alguien, c-comisionado? —me preguntó, y soltó una risotada—. Las matanzas que presencié de niño le abrieron las puertas al Demonio... ¡Él es quien me llena la cabeza de sueños de s-sangre! —gritó con el mofletudo rostro encendido y las venas del cuello tan hinchadas que parecían a punto de reventar.

Había perdido el control; si conseguía sorprenderlo, acercarme lo suficiente para hacer sonar las campanas...

—No os será fácil convencer de eso a un jurado —le dije.

—¡Al infierno con vuestros jurados! —Su tartamudeo desapareció y su voz se convirtió en un grito—. ¡El Papa, que es el vicario de Dios en la tierra, permite comprar la redención de los pecados! ¡Ya os dije que Dios hace balance de nuestras almas en el cielo, y resta el debe del haber! ¡Y voy a hacerle tal regalo que me sentará a su diestra! Tengo casi mil libras para la Iglesia francesa, mil libras arrancadas de las manos de vuestro herético rey. ¡Es una gran obra a los ojos de Dios! —afirmó mirándome con ira—. ¡No me detendréis!

—¿También compraréis el perdón por Simon y Gabriel?

El tesorero me apuntó con la antorcha.

—Whelpplay adivinó lo que le había hecho a la chica, y os lo habría contado. ¡Tenía que matarlo, debía completar mi obra! ¡Y Gabriel murió en vuestro lugar, pájaro de mal agüero! ¡Tendréis que rendir cuentas a Dios por eso!

—¡Estáis loco de atar! —le grité—. ¡Os veré en Bedlam, expuesto como advertencia de adónde puede llevar la corrupción católica!

De pronto, el tesorero cogió la antorcha con ambas manos y echó a correr hacia

mí gritando como un endemoniado. Las pesadas alforjas entorpecían sus movimientos y me proporcionaron el tiempo suficiente para hacerme a un lado y esquivarlo. Edwig dio media vuelta y volvió a la carga. Levanté el bastón, pero lo golpeó con la antorcha y me lo arrebató de las manos. Indefenso, comprendí que ahora era él quien me cerraba el paso hacia la puerta. Avanzó hacia mí lentamente, blandiendo la antorcha, mientras yo retrocedía hasta la barandilla que me separaba de las campanas y el vacío. El tesorero había recuperado el dominio de sí mismo; sus negros y astutos ojillos calculaban la distancia que nos separaba y la altura de la barandilla.

—¿Dónde se ha metido vuestro ayudante? —me preguntó de pronto con una sonrisa malévola—. ¿Hoy no está aquí para protegeros?

De improviso, se abalanzó hacia mí y me asestó un golpe en el brazo, que había levantado instintivamente para protegerme el rostro. Antes de que pudiera reaccionar, me dio un empujón en el pecho que me hizo perder el equilibrio y caer por encima de la barandilla.

Aún revivo aquella caída en sueños y, como entonces, giro en el aire y manoteo intentando agarrarme al vacío, con el grito de triunfo del hermano Edwig en los oídos. Afortunadamente, mis brazos chocaron contra una campana e instintivamente se cerraron sobre ella, mientras trataba de agarrarme a los relieves de su superficie con las uñas. Conseguí evitar la caída, pero las manos me sudaban y resbalaban sobre el metal.

Un segundo después, toqué algo con el pie y conseguí afianzarme. Apretándome contra la campana y estirando los brazos tanto como pude, logré entrelazar las puntas de los dedos a su alrededor. Al mirar hacia abajo, vi que tenía el pie apoyado en la placa de la vieja campana española. Me abracé a ella desesperadamente.

De pronto, noté que empezaba a oscilar. El peso de mi cuerpo la había puesto en movimiento. Al chocar con la de al lado, un tañido ensordecedor llenó la torre y la vibración de la campana hizo que aflojara los brazos a su alrededor. La campana volvió atrás, conmigo pegado a ella como una lapa, y por un instante vi al hermano Edwig, que había dejado las alforjas en el suelo y recogía las monedas que se le habían caído, lanzándome miradas de malévola satisfacción. Ambos sabíamos que no podría seguir agarrándome durante mucho tiempo. Bajo mis pies, oía el eco de débiles voces que ascendían hacia nosotros; la gente que esperaba fuera debía de haber entrado al oír la campanada. No me atrevía a mirar hacia abajo. La campana volvió a oscilar y a chocar con la de al lado; esta vez el golpe hizo que sonaran todas, con un ruido tan ensordecedor que creí que me iban a estallar los oídos. Agitados por la vibración, mis dedos empezaron a separarse.

Entonces, hice lo más desesperado que he hecho en mi vida. Si lo intenté fue porque sabía que la alternativa era la muerte segura. Con un solo movimiento, solté las manos, giré en el aire e, impulsándome en la placa con el pie, salté hacia la barandilla, mientras encomendaba el alma a Dios en el que podía ser mi último

pensamiento en la tierra.

Golpeé la barandilla con el estómago; el impacto me dejó sin respiración e hizo vibrar la barra metálica, pero mis manos se agarraron a ella frenéticamente y consiguieron impulsarme al otro lado, aunque no sabría decir cómo. De pronto, me vi hecho un ovillo en el suelo de la galería, con el cuerpo atenazado por el dolor; arrodillado frente a mí, Edwig recogía puñados de monedas y me miraba con una mezcla de cólera y estupor, mientras el ensordecedor tañido de las campanas resonaba en nuestros oídos y hacía temblar el entablado de la galería.

El tesorero se puso en pie de un salto, agarró las alforjas y se volvió hacia la puerta al tiempo que yo me incorporaba y me arrojaba sobre él. Consiguió rechazarme, pero las pesadas alforjas le hicieron perder el equilibrio y trastabillar hacia la barandilla. Al chocar con ella, soltó las alforjas, que cayeron al vacío. El tesorero lanzó un grito, se inclinó sobre la barandilla y estiró la mano hacia la cuerda que las unía. Consiguió agarrarla, pero perdió el equilibrio. Por un instante, se quedó con el estómago apoyado en la barandilla y la piernas en el aire. Sigo creyendo que si hubiera soltado el oro podría haberse salvado; pero no lo hizo. El peso de las alforjas arrastró al vacío al tesorero, que cayó de cabeza, chocó contra una campana y desapareció de mi vista soltando un grito de cólera y terror, como si en el último momento hubiera comprendido que iba a presentarse ante su Creador antes de hacerle su gran regalo. Llegué a la barandilla a tiempo de verlo caer: el hábito revolaba alrededor de su cuerpo, que giraba hacia el suelo de la nave en medio de la lluvia de monedas de oro que escapaban de las alforjas. Presa del pánico, la gente se apartó a la carrera un instante antes de que el tesorero se estrellara contra las losas en una explosión de sangre y oro.

Inclinado sobre la barandilla, jadeante y sudoroso, observé a la gente, que volvió a acercarse lentamente. Unos miraban el cuerpo destrozado del hermano Edwig, mientras que otros alzaban la cabeza hacia lo alto del campanario. Para mi consternación, vi que monjes y criados se arrojaban al suelo y empezaban a gatear y a coger puñados de monedas.

Epílogo

Febrero de 1538, tres meses después

AL ENTRAR EN EL MONASTERIO, vi las enormes campanas de la iglesia en mitad del patio. Estaban destrozadas, reducidas a grandes pedazos de metal decorado amontonados uno sobre otro, a la espera de ser fundidos. Debían de haber cortado los anillos que las unían al techo y dejado que cayeran a plomo y se estrellaran contra el suelo de la iglesia. Debían de haber hecho un ruido infernal.

No muy lejos, junto a una gran pila de carbón, había un horno de ladrillos. Estaba tragando plomo; una brigada de hombres repartidos por el tejado de la iglesia lanzaba al suelo chapas y tiras, que otro grupo de hombres de los auditores recogía y arrojaba al interior del horno.

Cromwell no se había equivocado; el puñado de cesiones que había conseguido a principios del invierno había convencido al resto de las comunidades de que la resistencia era inútil, y ahora todos los días traían la noticia del cierre de otro monasterio. Pronto no quedaría ninguno. En toda Inglaterra, los abades se retiraban con sustanciosas pensiones, mientras que sus hermanos se hacían cargo de parroquias seculares o colgaban los hábitos para vivir de rentas más modestas. Las historias que circulaban hablaban del caos más espantoso; en la posada de Scarnsea, donde me alojaba, me contaron que, tres meses antes, cuando los monjes tuvieron que abandonar el monasterio, media docena, demasiado viejos o demasiado enfermos para continuar el viaje, habían alquilado habitaciones allí y se habían negado a marcharse cuando se les agotó el dinero. Las autoridades habían acabado echándolos de la ciudad. Entre ellos estaban el monje grueso de la pierna ulcerada y el pobre idiota, Septimus.

Cuando el rey se enteró de lo ocurrido en San Donato, ordenó arrasarlo por completo. Portinari, el ingeniero italiano de Cromwell, acudiría a Scarnsea para demoler el monasterio en cuanto hubiera hecho lo propio con el priorato de Lewes. Tenía fama de hábil en su trabajo; en Lewes había socavado los cimientos de la iglesia y conseguido que se derrumbara de una sola vez en medio de una inmensa nube de polvo. En Scarnsea se comentaba que había sido un espectáculo portentoso y estremecedor, y esperaban con impaciencia que se repitiera allí.

La crudeza del invierno había obligado a Portinari a esperar hasta la primavera para bajar con sus hombres y sus máquinas por la costa del Canal. Llegaría a Scarnsea en una semana, pero entretanto los funcionarios de Desamortización se habían presentado para llevarse todo lo que tuviera algún valor, incluidos el plomo de

los tejados y el cobre de las campanas. Fue uno de ellos quien me recibió en la entrada y examinó mi nombramiento; Bugge y los demás criados se habían ido hacía tiempo.

La carta en que lord Cromwell me ordenaba viajar a Scarnsea para supervisar el cierre me había cogido por sorpresa. Apenas habíamos tenido contacto desde que, en diciembre, lo había visitado en Westminster para comentar mi informe. Entonces me había descrito la embarazosa entrevista de media hora que había mantenido con el rey, enterado de que llevaba semanas ocultándole la caótica situación del monasterio y los asesinatos cometidos en él, y de que el ayudante de un comisionado había desaparecido con la asesina de su predecesor. Puede que Enrique le hubiera calentado las orejas, como se rumoreaba que solía hacer; en cualquier caso, Cromwell me había tratado con aspereza y me había despedido sin darme las gracias, de lo que deduje que me había retirado su favor.

Aunque formalmente seguía ostentando el título de comisionado, mi presencia en San Donato carecía de objeto, pues los funcionarios de Desamortización se bastaban y sobraban para realizar el trabajo; en consecuencia, no podía evitar preguntarme si Cromwell me habría hecho volver al escenario de tan terribles sucesos como venganza por la media hora de rapapolvo real. Conociéndolo como lo conocía, no me habría extrañado en absoluto.

El juez Copynger, actual arrendatario de las antiguas tierras del monasterio, se encontraba a cierta distancia examinando planos con un desconocido. Me acerqué a él sorteando a un par de funcionarios de Desamortización que estaban formando una pira con los libros de la biblioteca.

—¿Cómo estáis, comisionado? —me preguntó Copynger estrechándome la mano—. El tiempo ha mejorado mucho desde la última vez que os tuvimos entre nosotros.

—Desde luego. Casi estamos en primavera, aunque el viento que sopla del mar es frío. ¿Qué os parece la casa del abad?

—Me he instalado en ella muy cómodamente. El abad Fabián la mantenía en excelente estado. Cuando derriben el monasterio, tendré una vista espléndida del Canal —dijo señalando hacia el cementerio de los monjes, donde otra brigada se afanaba en retirar lápidas—. Allí voy a construir unos establos para mis caballos; he comprado toda la cuadra de los monjes a un precio muy razonable.

—Espero que no hayáis puesto a los hombres de Desamortización a hacer ese trabajo, sir Gilbert —le dije sonriendo.

Copynger acababa de recibir el título de lord; en Navidad, el rey en persona le había tocado el hombro con una espada. Ahora Cromwell necesitaba más que nunca hombres leales en los condados.

—No, no, esos hombres trabajan para mí —se apresuró a responder Copynger—. Lamento que no hayáis querido alojaros conmigo mientras permanecéis aquí —añadió mirándome con altivez.

—Este lugar me trae malos recuerdos. Estoy mejor en la ciudad; espero que lo

comprendáis.

—Perfectamente, comisionado, perfectamente —respondió sir Gilbert asintiendo con condescendencia—. Pero espero que me hagáis el honor de cenar conmigo. Me gustaría enseñaros los planos que ha dibujado mi agrimensor, aquí presente; vamos a transformar algunos de los edificios auxiliares en cercados para las ovejas, en cuanto derriben los principales. Será todo un espectáculo, ¿no os parece? Sólo quedan unos días.

—Lo será, sin duda. Y, ahora, si me disculpáis... —dije inclinando la cabeza y alejándome mientras me arrebujaba en la capa para protegerme del viento.

Crucé la puerta que daba acceso al claustro. Las idas y venidas de innumerables botas habían dejado un rastro de barro en el suelo de la galería. El auditor de Desamortización había sentado sus reales en el refectorio, al que una incesante procesión de funcionarios acarreaba platos y estatuas policromadas, cruces de oro y tapices, copas, albas e incluso la ropa de cama de los monjes; en suma, todo lo que pudiera venderse en la subasta que se celebraría dos días más tarde.

Instalado en el centro de un refectorio despojado de todo su mobiliario pero atestado de cajones y arcas, de espaldas al crepitante fuego de la chimenea, William Glench comentaba con un escribiente una entrada de su libro de registro. Era un hombre alto y delgado que usaba lentes y tenía un carácter quisquilloso; ese invierno, Desamortización había reclutado todo un ejército de individuos como él. Me presenté, y Glench se levantó y me hizo una reverencia, no sin antes marcar la página del libro objeto de controversia.

—Veo que lo tenéis todo muy bien organizado —le dije. Glench asintió, orgulloso.

—Todo, comisionado, hasta el último cazo y la última sartén de la cocina.

Por un instante, su tono me recordó al hermano Edwig, y no pude evitar estremecerme.

—He visto que están haciendo una pira con los libros. ¿Es realmente necesario? ¿No podría sacarse algo por ellos?

—No, señor —respondió Glench moviendo la cabeza enérgicamente—. Hay que quemarlos todos; son instrumentos del culto papista. No hay ni uno en inglés liso y llano.

Me volví y abrí un arcón al azar. Estaba lleno de ornamentos sagrados. Cogí un cáliz de oro finamente labrado. Era uno de los que el tesorero había arrojado al estanque tras hacer lo propio con el cadáver de Orphan para hacer creer a todo el mundo que la chica era una ladrona. Lo hice girar entre mis manos.

—Eso no se venderá —dijo Glench—. Toda la plata y el oro se fundirá en la ceca de la Torre. Sir Gilbert quería comprar algunas de esas piezas. Dice que son trabajos finos, y tendrá razón, pero también son parafernalia del ceremonial papista. Parece mentira que no se dé cuenta.

—Sí, eso parece —murmuré devolviendo el cáliz al arcón.

En ese momento entraron dos hombres cargados con un enorme cesto, del que el escribano empezó a sacar hábitos.

—Deberían haberlos lavado —dijo el chupatintas—. Sacaríamos más.

—Os dejo —le dije a Glench, comprendiendo que estaba impaciente por volver al trabajo—. Aseguraos de que no os olvidáis de nada —añadí, y me tomé un instante para recrearme con la expresión ofendida que asomó a su rostro.

Crucé el patio del claustro en dirección a la iglesia, sin quitar ojo a los hombres que zascandileaban por el tejado, pues el suelo bajo los aleros estaba sembrado de tejas rotas. En la iglesia, la luz seguía entrando a raudales por las polícromas vidrieras, formando un calidoscopio de colores cálidos en el suelo de la nave. Pero ahora los muros y las capillas estaban desnudos. El sonido de los martillazos y de las voces del tejado se amplificaba a mi alrededor. En la cabecera de la nave, el suelo estaba levantado; un montón de losas destrozadas señalaba el lugar en el que había caído el hermano Edwig y en el que también debían de haber aterrizado las campanas cuando las soltaron de sus anillas. Levanté la cabeza hacia el cilindro vacío del campanario, recordando.

Al mirar por el cancel, vi que los facistoles y el enorme órgano habían desaparecido. Negué con la cabeza y me volví para marcharme.

Fue entonces cuando descubrí una figura encapuchada, sentada en un extremo del coro, con el rostro vuelto hacia el presbiterio. Por un instante, imaginé que el hermano Gabriel se había alzado de la tumba para llorar la desaparición de la obra de su vida y sentí un escalofrío de miedo supersticioso. De pronto, la figura se volvió, y casi solté un grito, porque durante unos segundos no vi ningún rostro bajo la capucha; al cabo, distinguí las delgadas y oscuras facciones del hermano Guy, que se levantó e inclinó la cabeza en mi dirección.

—¡Hermano! Por un momento os he tomado por un fantasma... —le dije.

—En cierto modo lo soy —respondió el enfermero sonriendo con tristeza. Me acerqué a él, me senté y lo invité a imitarme—. Me alegra volver a veros —dijo—. Quería daros las gracias por la pensión, doctor Shardlake. Supongo que fuisteis vos quien me la consiguió.

—Después de todo, cuando Fabián fue declarado incapaz, vuestros hermanos os eligieron abad. Teníais derecho a una pensión más generosa, aunque sólo ejercierais el cargo durante unas semanas.

—Al prior Mortimus no le hizo ninguna gracia que me eligieran a mí en lugar de a él. ¿Sabíais que ha vuelto a trabajar como maestro, en Devon?

—Que Dios se apiade de sus alumnos.

—No sabía si aceptar una pensión tan abultada, considerando que los hermanos tienen que vivir con cinco libras al año. Pero rechazarla no habría servido para que a ellos les dieran más. Y con mi aspecto, las cosas no me van a resultar fáciles. Había pensado conservar mi nombre monástico, Guy de Malton, en lugar de volver a usar mi apellido seglar, Elakbar... ¿Puedo hacerlo? Prescindiendo del «hermano», claro.

—Por supuesto.

—No pongáis esa cara; no tenéis nada de qué avergonzaros, amigo mío. Porque somos amigos, ¿no?

Asentí.

—Sí, lo somos. Creedme, volver aquí no me produce ninguna satisfacción; no tengo ningún deseo de seguir siendo comisionado. Qué frío hace aquí... —murmuré arrebujándome en la capa.

Guy asintió.

—Sí. Llevo demasiado rato sentado aquí. Estaba pensando en los monjes que ocuparon estos sitios día tras día desde hace cuatrocientos años, cantando y rezando. Los venales, los perezosos, los devotos, los que eran todas esas cosas a la vez... Pero es difícil concentrarse —dijo el enfermero alzando la cabeza hacia el techo.

Mientras mirábamos hacia arriba, oímos un fuerte martillazo y vimos formarse una nube de polvo. Un instante después, una lluvia de cascotes golpeó el suelo estrepitosamente y, de pronto, el sol penetró por un agujero del techo y una lanza de luz atravesó el aire de la nave.

—¡Listo, muchachos! —gritó una voz en lo alto—. ¡Ojo con el agujero!

Guy emitió un sonido extraño, mitad suspiro, mitad gruñido.

—Deberíamos irnos —le dije dándole una palmada en el brazo—. Podría caernos algo encima.

Una vez fuera, vi que el rostro del enfermero estaba sombrío pero sereno. Al vernos pasar, Copynger lo saludó asintiendo con frialdad.

—A finales de noviembre, cuando se marcharon los demás, sir Gilbert me pidió que me quedara —me explicó Guy—. Lo habían puesto a cargo del monasterio hasta que llegara Portinari, y necesitaba alguien que conociera bien el lugar. En enero el estanque rebosó e inundó la huerta, y tuve que ayudarle a drenarlo.

—Debe de haber sido duro para vos seguir aquí después de que se fueran vuestros hermanos...

—No demasiado, al menos hasta hace una semana, cuando llegaron los funcionarios de Desamortización y empezaron a vaciarlo todo. Durante el invierno, tenía la sensación de que los monjes volverían en cualquier momento.

De pronto, un gran trozo de plomo se estrelló contra el suelo detrás de nosotros, y el hermano Guy dio un respingo.

—¿Esperabais un aplazamiento?

El enfermero se encogió de hombros.

—La esperanza es lo último que se pierde. Además, no tenía adonde ir. Todo este tiempo he estado esperando que me dijeran si me conceden permiso para irme a Francia.

—Si tardan en contestaros, tal vez pueda hacer algo.

Guy sacudió la cabeza.

—No, me contestaron hace una semana. Me lo han negado. Se rumorea que Francia y España han vuelto a aliarse contra Inglaterra. Tendré que ir pensando en cambiar el hábito por un jubón y unas calzas. Después de tanto tiempo, voy a sentirme muy raro. ¡Y deberé dejarme crecer el pelo! —añadió Guy bajándose la capucha y pasándose la mano por la corona de rizos negros, en la que empezaban a asomar las canas.

—¿Qué pensáis hacer?

—Me iré dentro de unos días. No puedo estar aquí cuando derriben los edificios. Vendrá toda la ciudad, y esto se convertirá en una feria. Cuánto debían de odiarnos... —murmuró Guy, y soltó un suspiro—. Quizá vaya a Londres, donde los negros no somos tan exóticos.

—Tal vez podáis ejercer como médico. Después de todo, tenéis un título de Lovaina.

—Sí, pero ¿me admitiría el Colegio de Médicos? ¿O el gremio de boticarios? ¿Admitirían a un ex monje con la cara del color del barro?

Guy arqueó una ceja y sonrió con tristeza.

—Uno de mis clientes es médico. Podría hablar con él.

Guy vaciló; luego sonrió.

—Gracias. Os estaría muy agradecido.

—También puedo ayudaros a encontrar alojamiento. Os daré mi dirección antes de que os vayáis. Hacedme una visita, ¿de acuerdo?

—¿No os perjudicará relacionaros conmigo?

—No volveré a trabajar para lord Cromwell. Viviré más tranquilo si me dedico a mi despacho. Y así podré pintar.

—Tened cuidado, Matthew —me susurró Guy echando un vistazo a nuestras espaldas—. No creo que os convenga pasearos charlando amistosamente conmigo en presencia de sir Gilbert.

—Al diablo con Copynger. No soy tan tonto como para hacer algo que viole la ley. Y, aunque tal vez no sea el reformista que fui, tampoco me he vuelto papista.

—Eso no es suficiente protección en estos días.

—Puede que no. Pero si nadie está seguro, y ciertamente nadie lo está, prefiero no estarlo ocupándome de mis propios asuntos en mi casa. —Pasamos ante la casa del abad, que ahora era la de Copynger. Un jardinero estaba esparciendo estiércol de caballo alrededor de los rosales—. ¿Ha arrendado mucha tierra Copynger?

—Mucha, sí, y muy barata.

—Ha tenido suerte.

—¿Y vos? ¿No os han recompensado?

—No. Conseguí encontrar al asesino, recuperar el oro robado y obtener la cesión del monasterio, pero no lo bastante deprisa para Cromwell. —Hice una pausa y me acordé de todos los que habían muerto—. No. No lo bastante deprisa.

—Hicisteis todo lo humanamente posible.

—Tal vez, aunque a veces pienso que, si hubiera sido capaz de dejar a un lado la antipatía que me inspiraba Edwig, habría conseguido ser más objetivo y penetrar en su alma. Aún hoy me cuesta aceptar que alguien tan ordenado y puntilloso como él estuviera tan profundamente trastornado. Tal vez utilizaba ese orden, esa obsesión por los números y el dinero, para mantenerse bajo control. Puede que sus sueños de sangre le dieran miedo.

—Ruego a Dios que fuera así.

—Pero lo cierto es que esa obsesión por los números acabó alimentando su locura —dije, y solté un suspiro—. Descubrir la verdad nunca es fácil.

Guy asintió.

—Se necesita paciencia, coraje y esfuerzo, si lo que se desea encontrar es la verdad...

—¿Sabíais que Jerome murió?

—No. No sabía nada de él desde noviembre, cuando se lo llevaron.

—Cromwell lo hizo encerrar en las mazmorras de Newgate, donde mataron de hambre a sus hermanos. Murió poco después.

—Dios acoja su alma torturada. —El hermano Guy hizo una pausa y me miró dubitativo—. ¿Sabéis qué ha sido de la mano del Buen Ladrón? Se la llevaron el mismo día que a Jerome.

—No. Supongo que se quedarían con las esmeraldas y fundirían el relicario. La mano debe de haber sido pasto de las llamas.

—Era auténtica, ¿sabéis? Existen pruebas sólidas.

—¿Aún creéis que podía obrar milagros? —Guy no respondió; durante unos instantes seguimos caminando en silencio y entramos en el cementerio de los monjes, donde los obreros seguían retirando lápidas; en el camposanto laico, los panteones familiares habían quedado reducidos a pilas de cascotes—. Decidme, hermano, ¿qué ha sido del abad Fabián? —le pregunté al fin—. Tengo entendido que le negaron la pensión por no firmar el documento de cesión.

Guy movió la cabeza con pesar.

—Vive con su hermana, que es costurera en Scarnsea. No ha mejorado. Hay días que se empeña en ir a cazar o visitar a los terratenientes locales, y su hermana se las ve y se las desea para impedir que salga a la calle vestido pobremente y montado en un jamelgo. Le he prescrito algunas medicinas, pero no han servido de nada. Ha perdido la cabeza.

—«¡Cómo han caído los poderosos!» —citó.

Comprendí que, inconscientemente, había dirigido nuestros pasos hacia la huerta. Al ver la muralla, se me hizo un nudo en la garganta y me detuve en seco.

—¿Volvemos? —me preguntó Guy con suavidad.

—No. Sigamos.

Nos acercamos a la puerta que conducía a la marisma. Saqué mi juego de llaves y la abrí. Salimos al camino y contemplamos el lúgubre paisaje. La balsa que cubría la

marisma en noviembre había desaparecido hacía tiempo y ahora se extendía ante nosotros un silencioso yermo marrón salpicado de cañaverales que se mecían en la brisa y se reflejaban en las charcas de agua estancada. El río iba crecido; el viento del mar despeinaba las plumas de las gaviotas posadas en las márgenes.

—Me visitan en sueños —murmuré tras un largo silencio—. Mark y Alice. Los veo braceando en el agua, hundiéndose, pidiendo auxilio... A veces me despierto gritando —añadí con voz ahogada—. Aunque de distinto modo, los quería a los dos.

El hermano Guy me miró con expresión dubitativa; al cabo de unos instantes, se llevó la mano al interior del hábito, sacó un papel doblado y cubierto de arrugas y me lo tendió.

—No sabía si debía mostraros esto. Temía que os hiciera más daño que otra cosa.

—¿Qué es?

—Lo encontré hace un mes sobre el escritorio de mi gabinete. Una mañana entré y allí estaba. Supongo que algún contrabandista sobornó a un hombre de Copynger para que lo dejara allí. Es de ella, pero la escribió él.

Abrí la carta y empecé a leer la clara letra redonda de Mark.

Hermano Guy:

Le he pedido a Mark que os escriba estas líneas en mi lugar, pues tiene mejor letra que yo. Os las envió con un hombre de Scarnsea que viene a menudo a Francia, cuyo nombre prefiero mantener en secreto.

Os ruego me perdonéis por escribiros. Mark y yo estamos sanos y salvos en Francia, aunque no puedo deciros dónde. No sé cómo conseguimos atravesar la ciénaga aquella noche; hubo un momento en que Mark se hundió en el lodo, y creí que no podría sacarlo. Pero gracias a Dios conseguimos llegar al barco.

Nos casamos hace un mes. Mark sabía algo de francés y está mejorando tan deprisa que confiamos en que consiga trabajo como escribiente en la pequeña ciudad en la que vivimos. Somos felices, y yo empiezo a sentir una paz como no había sentido desde la muerte de mi primo, aunque no sé si el mundo nos dejará tranquilos en los tiempos que vivimos.

No hay ninguna razón para que todo esto os interese, pero deseaba que supierais que para mí fue muy amargo verme obligada a engañar a alguien que me protegió y que me enseñó tantas cosas. Lo lamentaré siempre, pero nunca me arrepentiré de haber matado a aquel hombre; si alguien merecía morir, era él. No sé qué será de vos fuera del monasterio, pero rezo a Nuestro Señor Jesucristo para que os guíe y proteja.

Alice Poer.

25 de enero de 1538

Volví a doblar la carta y clavé los ojos en el estuario.

—Ni siquiera me mencionan.

—Es una carta de Alice dirigida a mí. No podían saber que volveríamos a vernos.

—Así que están vivos y bien... ¡Mal rayo los parta! Puede que ahora deje de soñar con ellos. ¿Puedo decírselo al padre de Mark? Está destrozado. Sólo le diré que me han informado de que Mark está vivo.

—Por supuesto.

—Alice tiene razón. Ya no hay ningún sitio seguro en el mundo, ninguna certeza. A veces pienso en el hermano Edwig y su locura: creía que podía comprar el perdón de Dios por sus crímenes con dos alforjas de oro robado. Puede que todos estemos un poco locos. La Biblia dice que Dios nos hizo a su imagen y semejanza, pero me parece que nosotros lo hacemos y lo rehacemos a la imagen que mejor se adapta a nuestras cambiantes necesidades. Me preguntosi Él lo sabe o le importa. Todo se

disuelve, hermano Guy, todo es disolución.

Nos quedamos callados observando las gaviotas que se abatían sobre el río, mientras a nuestras espaldas se oía un lejano estrépito de plomo.

Nota histórica

La disolución de los monasterios ingleses fue concebida y llevada a cabo entre 1536 y 1540 por Thomas Cromwell, en su calidad de vicerregente y vicario general. Tras una inspección de los monasterios, que proporcionó abundante material comprometedor, en 1536 Cromwell obtuvo del Parlamento la aprobación de una ley que disolvía los pequeños monasterios. No obstante, cuando sus agentes empezaron a aplicarla, el norte del país se alzó en armas de forma casi generalizada, en una rebelión conocida como la «Peregrinación de Gracia». Enrique VIII y Cromwell la atajaron sentándose a negociar con los cabecillas mientras reunían un ejército para aplastarlos.

La ofensiva contra los grandes monasterios se inició un año después con presiones como las descritas en la novela, ejercidas sobre los más vulnerables con el fin de arrancarles la cesión «voluntaria». La del priorato de Lewes, obtenida mediante intimidaciones en noviembre de 1537, fue crucial para conseguir que en los tres años siguientes todos los monasterios se entregaran al rey. En 1540 no quedaba ninguno abierto; los edificios fueron abandonados, aunque los funcionarios de Desamortización retiraron el plomo de los tejados. Los monjes recibieron pensiones. Los pocos que se resistieron se enfrentaron a una represión brutal. Parece indudable que los superiores y obedienciaros de la mayoría de los monasterios tenían más miedo a los comisionados, individuos sin duda despiadados, que los monjes de San Donato a Matthew Shardlake. Pero ni San Donato es un monasterio como la mayoría ni Shardlake un comisionado al uso.

Es un hecho generalmente admitido que las pruebas de múltiple adulterio contra Ana Bolena fueron falseadas por Cromwell para Enrique VIII, que se había cansado de la reina. Mark Smeaton fue el único de sus supuestos amantes que confesó, probablemente en el potro. Su padre era carpintero; su anterior ocupación como espadero es fruto de mi invención.

La Reforma de la Iglesia inglesa sigue siendo un hecho controvertido. La tesis de antiguos historiadores, para quienes la decadencia de la Iglesia católica había llegado a un punto que hacía necesaria, si no inevitable, una reforma radical, ha sido rebatida recientemente por numerosos autores, entre los que destacan C. Haigh, con *English Reformations* («Las Reformas inglesas», Oxford University Press, 1993) y E. Duffy, con *The Stripping of the Altars* («El despojamiento de los altares», Yale University Press, 1992), que describen una Iglesia pujante y popular. En mi opinión, estos estudiosos, especialmente Duffy, idealizan la vida católica medieval; resulta significativo que apenas mencionen la Disolución, que no ha merecido un estudio exhaustivo desde la publicación de *The Religious Orders in England: The Tudor Age*

(«Las órdenes religiosas en Inglaterra: el periodo Tudor», Cambridge University Press, 1959), de David Knowles. En esta obra excepcional, el profesor Knowles, que unía a su condición de erudito la de monje católico, reconoce que la relajación de la vida en la mayoría de los grandes monasterios era escandalosa, y si bien deplora su extinción forzosa, considera que se habían alejado tanto de sus ideales fundacionales que no merecían pervivir tal como eran.

Nadie sabe realmente qué pensaba el pueblo inglés en su conjunto sobre la Reforma. En Londres y en determinadas zonas del sudeste había un fuerte movimiento protestante, mientras que el norte y el oeste seguían profundamente apegados al catolicismo; pero el centro del país, donde vivía la mayoría de la gente, continúa siendo *terra incógnita* en gran medida. Mi impresión es que la inmensa mayoría de la población debió de ver los sucesivos cambios que les imponían desde arriba tal y como los ven Alice y Mark: como simples cambios decididos por las clases dominantes, que les decían lo que debían pensar y hacer, como siempre. Hubo tantos cambios —primero, la implantación de un protestantismo cada vez más radical; luego, bajo María Tudor, la vuelta al catolicismo; y, por último, el definitivo retorno al protestantismo durante el reinado de Isabel I— que la mayoría de la gente difícilmente pudo dejar de contemplarlos con escepticismo. No lo decían, porque naturalmente su opinión no le importaba a nadie; pero sobre todo porque, si Isabel tal vez no deseó abrir ventanas en las almas de los hombres, sus predecesores las abrieron con el fuego y el hacha.

Quienes más se beneficiaron con la Reforma fueron los «nuevos hombres», las emergentes clases capitalistas y burocráticas, individuos de origen humilde y buena posición. En la Inglaterra de mediados del periodo Tudor debieron de abundar los Copynger; entre otras cosas, la Reforma fue un cambio en la estructura de clases. Tal vez no sea el punto de vista más de moda; hoy por hoy, mencionar la palabra «clase» hablando de Historia queda feo. Pero las modas han cambiado en el pasado, y volverán a hacerlo.